



ae



# JUGAR A DIOSES

DAMIEN BRODERICK



Lectulandia

«En un universo donde nada es lo que parece, el lector se encontrará constantemente replanteando sus suposiciones sobre lo que acontece».

August Seebeck es un hombre bastante normal que se halla en la veintena. Su tía abuela Tansy ha estado encontrando cadáveres cada sábado por la noche en su bañera, que han desaparecido por la mañana. Al menos es lo que ella dice. August decide ignorar el hecho hasta que descubre que es cierto y ve a alguien salir del espejo... Descubre súbitamente que es un Jugador en el Concurso de Mundos del multiverso, al igual que su familia. Su viaje hacia la comprensión sigue un clásico patrón de búsqueda del tipo Parsifal, salvo porque August no es precisamente un tonto.

Siguiendo la mejor tradición de Zelazny, Van Vogt y los Caballeros de la Tabla Redonda, Damien Broderick, un veterano escritor de cf que vuelve a estar en alza, nos introduce en una épica búsqueda divertida y absorbente.

**Lectulandia**

Damien Broderick

# **Jugar a dioses**

**Solaris Ficción - 74**

ePub r1.0

Titivillus 22.04.16

Título original: *Godplayers*  
Damien Broderick, 2005  
Traducción: Pilar Ramírez Tello  
Diseño de cubierta: David Riedy & CORBIS

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a la memoria de Peter Mac,  
y a Mariann McNamara,  
a quien agradezco su aliento y amabilidad  
a lo largo de los años

Según las Eddas, hubo un momento en el que no existía cielo en las alturas ni tierra bajo él, sino una única profundidad insondable y un mundo de niebla del que manaba una fuente. Doce ríos surgían de la fuente y, una vez se alejaban lo bastante de su origen, se convertían en hielo, una capa sobre otra, hasta que acabaron llenando la gran profundidad.

Thomas Bulfinch, *The Age of Pable*

Los seres humanos son dinámica temporal de información de Shannon en estados físicos. No existe la «materia». La materia es una ilusión generada por un cerebro adaptado para enfrentarse a las regularidades complejas del mundo macroscópico como si fueran sustancias. Usted es dinámica de información en una distribución de probabilidad, dinámica distribuida en un número inimaginable de cambios e interacciones, prolongada a lo largo de un periodo de tiempo increíblemente largo. Si usted es la misma persona que era hace  $10^{43}$  incrementos de Planck, a pesar de que todas las ondas de materia de su cuerpo hayan cambiado de lugar, ¿por qué no iba a ser la misma persona después de una interacción ligeramente distinta dentro de la misma enorme función de onda?

Eliezer S. Yudlowsky

## PROLOGO

Conozco un mundo en el que las mujeres son una cabeza más altas que los hombres y se afilan los dientes para convertirlos en feroces puntas. Los hombres son igual de temibles.

Un mundo distinto, pero el mismo, otra tierra, tiene unos anillos luminosos que se extienden brillantes por todo el cielo, relucientes como una luna llena. Esos anillos son lo único que queda de la luna después de que se acercara demasiado al mundo, provocara el caos y la destrozaran las fuerzas de la marea. Allí no hay gente, solo unos veinte millones de clases distintas de dinosaurios de todos los tamaños y colores. Muchos de ellos son carnívoros, con un aliento asqueroso.

En un tercer mundo la gente es delgada y está cubierta de un ligero pelaje. Las pálidas pupilas de los ojos son alargadas y verticales. Creo que sus antepasados remotos, quizá hace quince millones de años, fueron los grandes felinos de la Edad de Hielo, ahora extintos en nuestro mundo. Todos los simios y humanos están extintos en el suyo. ¿Habrá descubierto alguno de ellos el truco para deslizarse hasta aquí a través de las grietas reflejadas entre los mundos? Si es así, quizá dieran lugar a las leyendas de vampiros y hombres lobo. Pero no creo que ninguno llegara hasta aquí. Les encanta el sabor de la sangre de simio, razón por la que los simios y los humanos se han extinguido en su tierra. Nos habríamos dado cuenta, os lo prometo.

En un cuarto mundo ya no hay humanos, pero las máquinas están por todas partes. La evolución por otra vía. Siempre igual, igual, pero diferente. Siempre diferente.

Y en todos ellos, con el tiempo, nosotros, los Jugadores, paseamos, conspiramos o corremos por nuestras vidas. Igual que hacen las máquinas K, impulsadas por unos malignos motivos que apenas podemos vislumbrar. Me gusta matar a esas cabronas, de verdad.

Por supuesto, siempre existe el peligro de que me maten primero a mí y a los que amo. No es una amenaza abstracta. He estado vivo y he estado muerto. Estar vivo es mejor.

Lo siento, suena como una cínica muestra de humor negro. Pero no estoy de broma. Es la verdad literal y exacta. Me resulta difícil recordar el asqueroso ruido y la confusión de mi muerte. Es simplemente demasiado doloroso, y, además, las redes sinápticas no funcionan demasiado bien cuando te han hecho

jirones el cerebro. Por suerte, siempre he sido un tipo alegre, aunque cauteloso, estable bajo presión, optimista y, ya sabéis, simplemente feliz si me dan la menor oportunidad. Aun así, la muerte no es un picnic. Bueno, la muerte es un picnic, pero los muertos suelen ser la desdichada carne del sándwich.

Pero creo que me he adelantado demasiado y demasiado pronto. Permittedme que empiece de nuevo.

Supongo que no tengo el aspecto de un Jugador de la Competición de los Mundos. Si me vierais, no os lo parecería. Bueno, eso no es cierto, claro, ya que ese es exactamente mi aspecto... pero si supierais de nuestra existencia, probablemente esperaríais que los Jugadores se parecieran a un extraordinario Bruce Willis, con arañazos en los músculos y un tenaz sarcasmo cansado, aunque romántico. O quizá pensaríais que nos tenemos que parecer a esos tipos de Hollywood con coleta, tan machos y guapos que resulta absurdo, todo el día trabajando dorsales, pectorales y bíceps, y practicando llamativas patadas de karate.

Qué va... no soy más que ese alto australiano que ves caminar por la calle, el que manda de un puntapié un tapón de botella a la alcantarilla, con las manos en los bolsillos, el pelo caído sobre los ojos castaños y cara de estar algo cansado. Cierto, tengo un suave guante de piel en la mano derecha, pero la gente supone que se trata de una manía personal, como si llevara un pendiente en la nariz o un dispositivo portátil, o quizá piense que esconde una quemadura desagradable, lo que imagino resulta más acertado. Si no, creerán que se trata de otro estudiante de filosofía de posgrado vestido de negro: uniforme de moda en este lugar.

Dejad que os cuente cómo me pasó esto. Empieza con Lune.



# 1

Mientras estaba sentada en una pequeña mesa escuchando al cantante de la casa entonar *Moon River* en una sala brumosa llena de perfume y efluvios de brandy y whisky escocés, algo nuevo llamó la atención de Lune. No era el sutil e irritante hedor del deformador que estaba sentado en una de las mesas delanteras con sus ruidosos amigotes. Tampoco era el esperado hormigueo del halo de un Jugador de la Competición; al menos, no del todo, y eso la puso nerviosa. Examinó la habitación con cautela y vio a un hombre joven que se acercaba a la barra para pedir una bebida. Bajo las sombras, aquel hombre alto y delgado de hombros anchos debía de ser su Jugador: pelo oscuro, ojos marrones como oro viejo.

Con un gesto de cabeza y una sonrisa, el hombre cogió el vaso que le ofrecía el camarero, que estaba peinado con trenzas *cornrow*, apoyó la espalda en la madera pulida de la barra y examinó la multitud de juerguistas desde aquellas largas y oscuras pestañas soñolientas. Bebió un poco, sostuvo el vaso con soltura. Ella avanzó entre las mesas en sombra con una copa de cóctel vacía, en la que antes solo había agua Perrier. En la barra, se puso junto a él y aceptó su relajada mirada de aprobación. La débil penumbra de un halo. El entrecerró los ojos, sonrió un poco y le dedicó una lenta sonrisa secreta. Después de un instante, dijo:

—Ember Seebeck.

Al mirarlo con más atención, vio que la aparente frescura de su juventud estaba perdida en las abrasiones del tiempo, puede que en miles de años de recuerdos y duros encuentros con los mundos, con alegrías, penas y vergüenzas inimaginables para los jóvenes. Naturalmente, aquello le hacía ganar en profundidad, pero la experiencia envolvía la claridad del propio ser igual que un velo enmascaraba el halo.

—Eres muy guapa. —Se pasó la bebida a la mano izquierda y le ofreció la derecha.

—Gracias. Lune —respondió ella—. Lune Katha Sarit Sagara. Estás cazando —dijo ella—. Yo también. He estado observando a aquella criatura. —Frunció el ceño.

Él le soltó la mano y la observó.

—Me pregunto por qué no nos habremos conocido antes.

—Tantos mundos —dijo ella, y notó que su tono se había crispado de

repente— y tan poco tiempo.

Otra sonrisa felina.

—¿Qué estás bebiendo?

—Esta vez quiero un especial Shangai Astor Hotel, por favor —respondió Lune.

El camarero frunció el ceño.

—Al jefe no le gusta que los empleados beban, aunque inviten los clientes.

—Thomas, no quiero meterte en líos. Pero no trabajo para el señor Rogerson, todavía no.

—Me arriesgaré, si usted quiere. —El camarero le dedicó a Lune una amplia sonrisa—. Pero nunca he oído hablar de ese cóctel, señorita. ¿Es de Nueva Orleans?

—De mucho más lejos. Una medida de coñac, una cucharadita de marrasquino —dijo ella—. Supongo que tendrás absenta, ¿no? Media medida.

Él asintió y se encogió de hombros.

—¿Y un huevo? —siguió ella.

—Ajá.

—Dos cucharaditas de la clara, entonces. Agítalo con media cucharadita de limón y un poco de hielo picado. Remátalo con soda helada, no demasiada.

Un hombre, sentado en la mesa delantera, frunció el ceño al mirar por encima de su hombro y le dio un codazo al saqueador, un tipo de hombros anchos con traje caro, que tenía aspecto de ser un próspero director de banco. El cantante melódico de voz profunda no parecía sentirse molesto por aquellos silenciosos intercambios, y ponía cuerpo y alma en *September Song*. Lune cogió la copa, le dio un sorbo y no les prestó atención.

Dirigió un segundo la mirada a la mesa delantera, al igual que Ember, y asintió. Dijo en broma:

—¿Es... una simple coincidencia... que nos hayamos encontrado aquí?

—Como bien sabes, no existen las coincidencias, querida.

—Entonces, ¿estábamos destinados a encontrarnos aquí, aunque sea un poco tarde?

—Ojalá. A menudo me siento más como una pieza de ajedrez que como un Jugador del Acuerdo. Ya sabes, «el destino que da forma a nuestros fines...».

—«... los desbasta a nuestro antojo». Ember, esa opinión —dijo Lune, siempre tan intelectual— fue declarada herética en el Acuerdo, *avant la lettre*. —No es que aquello le importara, ya que el Acuerdo lo había dispuesto Tomás de Aquino en 1271, en la Sala Capitular del Grupo en París, mucho antes de que las emergentes ciencias físicas y matemáticas del Renacimiento Métrico hubieran profundizado lo bastante como para demostrar que su aparato teológico resultaba muy poco apropiado para la tarea. De todos modos, la tradición tenía su utilidad; uno se quedaba con lo que funcionaba y daba rodeos para evitar su

endurecido caparazón.

Ember se encogió de hombros.

Ella había esperado un compañero de armas para la tarea de aquella noche, dependía de ello. Sintió un pequeño escalofrío. Con una voz suave y aterciopelada, Thomas le dijo:

—El jefe quiere que suba al escenario ahora, señorita Lune. Buena suerte.

—Gracias. —Dejó la copa en la barra y caminó entre las mesas hacia el escenario. La sala era tan pequeña que no necesitaba micrófono. Por la tarde había tenido una breve oportunidad de practicar con la banda de la casa el repertorio de su audición; los miembros de la banda la saludaron con un gesto de cabeza, con confianza y amabilidad. Eran buenos y lo sabían, aunque el hombre de la trompa se pasaba un poco en los solos. Borrachos después del trabajo, los hombres de negocios levantaron legañosos la mirada. El deformador la observó con una aversión apenas contenida. Ella le hizo un gesto con la cabeza al líder de la banda y empezó con Dylan y Tom Waits, para terminar con una interpretación sentida y pura del *I drove all night* de Roy Orbison, que hizo que todos los clientes se pusieran en pie y formaran un coro demencial.

—Eres buena, nena —le dijo el sórdido encargado, mientras intentaba meterle mano. Algo sudorosa y satisfecha de sí misma, con la garganta seca, Lune decidió no herirlo. Ya había hecho lo que tenía que hacer para atraer la cantidad de atención que necesitaba. Evitó su lujuriosa mano con destreza, sonrió, se encogió de hombros—. Bueno, entonces, sí —dijo él, resignado—, te has ganado un bolo.

—Gracias, señor Rogerson.

—Y nada de beber con los clientes.

—Oh, ¿pensaba pagarme por esta noche?

Él frunció el ceño y miró hacia otra parte.

—Eh, esta noche puedes hacer lo que quieras, preciosa. Pero si vas a tirarte a ese tío, hazlo en el callejón, no aquí dentro. Estás en un antro mitraico decente.

Ella le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Gracias por el trabajo, señor Rogerson. Estaré aquí mañana por la noche a las nueve en punto. —Saber que no iba a volver a ver aquella cara hinchada ni su desagradable mundo cognado ya era suficiente recompensa. Para cuando volvió a la barra, con un ligero contoneo al pasar junto a la mesa del saqueador, Ember Seebeck ya había encontrado una mesa para ellos y había colocado allí el cóctel de Lune.

—Eres brillante —le dijo él.

—Lo sé. Gracias. —El Astor no alcanzaba el nivel de Singapur, pero Thomas lo había hecho lo mejor posible. La gente les lanzaba miradas desagradables, aunque la banda también se había sentado para tomarse una copa— Entonces, ¿vamos a matar a esa cosa de ahí?

—Creía que ya lo sabrías.

—No. Supongo que esto es una improvisación. Situacional. El ambiente está algo sucio.

—No creo que vaya a ocurrir aquí.

—El dueño me ha recomendado que saque a mis ligues al callejón. Puede que fuera una indirecta. ¿Te apetece acompañarme?

—Será un gran placer. Pero terminemos la bebida primero.

—Claro. A veces me emparejan con Maybelline Seebeck. Tu hermana, según creo. Él se encogió de hombros.

—Una de ellas.

Ella sintió una punzada de envidia.

—Una gran familia.

—Como dice un viejo acertijo familiar, «Tengo diez hermanas y hermanos, seis mozas valientes y cuatro hombres sanos». Sí, más grande de lo normal en esta época, uno por cada mes del año. Pero mamá y papá tuvieron mucho tiempo.

De repente, a Lune le quedó claro algo. Quizá fuera el acertijo. Se puso a canturrear otra rima mnemotécnica infantil para recordar los meses y las vacaciones:

—«Desde septiembre, treinta y tres días, Hasta junio y julio, las ascuas ardían<sup>[1]</sup> —movió la cabeza hacia él con una sonrisa, a la que él correspondió— Más un día extra por verano y por invierno, Y cada cuarto año un día bisiesto». Ember esbozó una amplia sonrisa.

—Exacto. Es de suponer que planearon nuestros cumpleaños con un autocontrol exquisito. ¿Y tú?

*¿Yo qué? Oh, familia.*

—Hija única, ay de mí —dijo Lune—. Perdí de vista a mis padres cuando me admitió el Conjunto.

—Una buena panda, el Conjunto. Quizá un poco gastada. Tú serás un soplo de aire fresco.

—No soy tan joven, Ember. Pero gracias. ¿Nos vamos?

—Será un placer. —Dobló el brazo, ella apoyó la mano sobre él, y los dos bajaron por la estrecha escalera en curva, mientras más miradas y murmullos obscenos vigilaban su paso. Quizás a nadie le gustaran los cantantes pero, en ese caso, ¿por qué pagaban tanto por sentarse allí a beber? Salieron al callejón por la puerta de atrás y esperaron un minuto o menos, decorosamente cogidos de la mano, mientras observaban el cielo, los adoquines y el contaminado muro de ladrillo de una fábrica. El hombretón del traje de banquero salió por la misma puerta y se lanzó contra ellos al instante.

—Sucia puta negra —gritó mientras intentaba golpearla. A pesar de arrastrar las palabras, no estaba nada ebrio; así que cuando Lune se movió para

evitar su golpe de borracho, el tipo no estaba donde ella creía. Lune no pudo esquivar un puñetazo en la mandíbula, que se quedó entumecida—. ¡Eres un cabrón folla-negratas! —le estaba gritando a Ember. Aturdida, vio a través de una bruma irregular cómo el brazo de Ember se extendía. Una pequeña arma se activó casi sin hacer ruido, y el deformador cayó sobre los adoquines con media cabeza reventada.

—¡Mierda! —exclamó Ember—. Lo siento, he sido lento. No tendría que haberme tomado esa copa.

—No importa —dijo Lune—. Coge a ese capullo por los pies, encontraré un nexo. —Habló con el sistema operativo del Schwelle y se abrió un umbral. El agua, un torrente de oscuridad en el callejón en penumbra, se lanzó sobre ellos haciendo un ruido parecido al de una boca de incendios atropellada por un camión. Los pilló a los dos agachados, los derribó sobre los adoquines entre espuma, les arrancó el cadáver de las manos y lo lanzó contra la parte superior de los ladrillos de la fábrica. Lune, ahogada y empapada, gritó unas órdenes. El Schwelle se cerró, y el ruido se redujo en una décima parte. El agua corría arriba y abajo por el callejón, formaba olas que se estrellaban contra los muros, y desaparecía por la calle cercana y las alcantarillas. Se oían chillidos. Se encendió una luz sobre el club.

—¡Por el toro de Mitra! —Desaliñado y horrorizado, Ember rebuscaba entre la marea en retroceso para recuperar su trofeo. Lune se quitó los zapatos y se le escapó un jadeo al notar que el agua estaba helada. Lo ayudó a echarse el cadáver al hombro.

—Esos cabrones deben de haber encontrado el nexo —le dijo Lune—. Habrán inundado todo el valle, joder. Excesivo, pero eficaz.

—¿Egipto? ¿Indonesia?

—China. Les gustan esos enormes proyectos hidráulicos. Maldita sea, estuve allí hace tan solo una década.

—¿Quieres que busque uno?

—No, no, tengo una docena de puntos de descarga. Un momento. —Respiraba con dificultad. Ember también; el cadáver era pesado y desgarrado. Ella pronunció otra orden. Un nuevo Schwelle se abrió con un ruido de desgarrar, tan oscuro como el callejón que los rodeaba. Detrás de ellos, Rogerson salió en estampida del club con una pistola en la mano, listo para armar jaleo, seguido de los lacayos de la máquina K.

—Mierda, muévete, Lune.

—Ya me voy —dijo ella, y atravesó el umbral. Él la siguió con torpeza, lastrado por el peso, y ella cerró el umbral al instante. Otro mito urbano para la historia. Lune esperaba que la breve inundación hubiese arrastrado consigo peces y ranas. Con un golpe, Ember Seebeck se quitó la cosa muerta de los hombros.

Estaban bajo estrellas desconocidas, en un campo de meliloto. En algún lugar cercano, un gran animal pisoteaba la tierra, quizá un mamífero, quizás algo más extraño. Un ave con aspecto de búho descendió en picado sobre ellos, y en sus ojos se reflejaba la blancura de la luna. Se posó en un árbol oscuro. Lune dio un paso descalza, sintió un calorcito que le subía por los dedos y un olor no tan agradable que le llenó las fosas nasales.

—Como sueles decir de forma tan elocuente, mierda —dijo ella—. Odio a muerte el campo. —Dio un paso atrás con cuidado y se limpió el pie en un suave meliloto.

—La ciudad tampoco parece una gran mejora —dijo él con una risa ligera. Tenía una linterna de tamaño bolígrafo en la mano y examinaba el cadáver sin cabeza. Sangre, carne y otras sustancias más parecidas al interior de una máquina. Muerta sin duda, si es que aquellas cosas podían considerarse vivas en algún momento—. Me pregunto por qué suelen venir con tanto fanatismo dentro.

Lune asintió para darle la razón.

—Podrían llevar camisetas con frases como «HIJO DE PUTA PELIGROSO». Una cosa que nos cabreaba mucho a Maybelline y a mí era que nos gritaran «asquerosas tortilleras». —Puso los ojos en blanco.

Durante un momento se hizo el silencio. La luz se apagó.

—Bueno, en el caso de May...

—Sabes muy bien a lo que me refiero.

—Sí. Vale, llevemos esto a tu nexo y dejémoslo para el basurero.

Lo hicieron, y después ella se fue a casa sola a pesar de algunas elegantes súplicas por parte de Ember, se dio un baño largo y relajante, se comió una cena preparada, vio algo de telebasura y durmió seis horas.

## 2

Estaba estudiando medicina, no filosofía, más o menos hace un millón de años, cuando regresé a Australia desde Chicago. Me enamoré, me desenamoré otra vez, toqué algo de música, estudié como un perro y, al final de mi tercer año en la universidad, mi tía abuela Tansy, con la que había compartido una vieja casona vacía desde la desaparición de mis padres sobre Tailandia, me despidió cuando me dirigí al interior del país para hacer *jackarooing*. Esto consiste en cuidar de enormes rebaños de ganado u ovejas que vagan por extensiones de pastos secos del tamaño de pequeñas naciones europeas. Últimamente ya no se hace a caballo, o al menos no tanto. El método preferido era usar helicópteros y vehículos con tracción a las cuatro ruedas. Aprendí a reunir unos cuantos miles de cabezas de ganado montado en una moto Suzuki de 800 cc, esbelta como un galgo. En un abrasador día de verano a 41 grados Celsius (que en Chicago era un día de invierno, o que lo sería en unas cuantas horas, en cuanto acabara el 33 de diciembre), me comí el tradicional pastel navideño de ron con los demás *jackaroos* y dos chicas *jillaroos* recién conquistadas, mientras bebíamos ron con cola y cantábamos tristes canciones del oeste. Es decir, del oeste americano. Nada resulta más desconcertante que oír cantar *The Streets of Laredo* con un acento de paleta americano totalmente inconsciente a tres ganaderos negros aborígenes cuyos antepasados ya vivían en aquel lugar del país 50.000 años atrás. Así era como lo oían en la radio, y así era como lo cantaban.

Tardé un día y casi toda la noche en llegar a casa en enero, montado en el viejo 4WD Pajero que había ganado tras una buena mano de póquer, con un botín en efectivo y libre de impuestos en cada una de mis botas altas R. M. Williams. Me había comprado una botella de ron Bundaberg en una tienda de licores, por los viejos tiempos, junto con una botella del mejor jerez para tía Tansy. Mike O'Brien, su viejo perro labrador dorado, me recibió con alegría en la cancela, sin dejar de mover el rabo. ¿Cómo lo hacía? Era un misterio, siempre parecía saber cuándo iba a llegar y me recibía con aquel afecto tan simple y bienvenido. Me pregunté si Tansy lo avisaría con sus poderes ocultos.

—Máquina, amigo —le dije—, lo mismo digo —y le rasqué las orejas; me agaché para darle un abrazo de verdad y solté el hatillo en el suelo, aunque seguí sosteniendo las botellas con cuidado. El pobre tipo estaba haciéndose viejo, así que me siguió cojeando cuando entré en el vestíbulo.

Los reconfortantes olores de la casa de Tansy me recibieron como un cálido

recuerdo. Aquello hizo que me sintiera avergonzado; estaba mugriento y seguro que apestaba como una mofeta. La encontré en la enorme cocina, le di un beso, dejé el abrazo para después y le dije que iba a darme una ducha. Ella levantó el mando a distancia con una mano llena de harina y apagó la televisión.

—Lo siento, querido, no puedes.

—¿Eh? —Me detuve en mitad de las escaleras. Había conducido 1500 kilómetros con tan solo unas cuantas paradas para repostar; estaba entumecido por el cansancio, comenzaba a ver doble.

La tía abuela Tansy empezó a cortar masa de repostería con una plantilla de metal con forma de corazón. Me miró con los ojos muy abiertos, honestos y de un azul acuoso.

—Es sábado por la noche.

—Lo que queda de él. Lo sé. Tendría que hacer algunas llamadas, ponerme en contacto con la gente, Tansy, pero estoy muerto de cansancio. Después de darme un buen baño, creo que me meteré en la...

—No, cariño, eso es lo que te estoy diciendo. No puedes darte una ducha arriba. Todos los sábados por la noche dejan un cadáver en ese baño.

Con mucho cuidado, bajé de nuevo las escaleras sin hacer ruido, me serví una taza de café y esperé. Tansy hizo su magia con la mermelada de fresa, metió la bandeja en el horno y comenzó a mezclar una nueva masa para hacer bollos de dátiles. Hacía los mejores pasteles de fresa desde la Reina de Corazones, lo que supongo que me convertía en la Sota, ya que me había zampado unos cuantos a lo largo de los años. Se encaramó en un taburete de tres patas junto a la pesada mesa de roble de la cocina y se puso a amasar una pasta amorfa enharinada con un anticuado rodillo. Como siempre, los expertos movimientos de sus manos no le exigían ningún esfuerzo consciente; era un tantra, tan elegante y automático como mis katas de artes marciales cuando estaba concentrado. La tía abuela Tansy era tan despistada como una vieja gallina, y dos veces más trabajadora.

Al cabo de un rato le dije:

—No puedo darme un baño esta noche porque tienes un hombre muerto en el baño.

Me hubiera reído de cualquier otra persona, o hubiera dicho algo mordaz. Pero era el testimonio de la tía Tansy, y ella tenía ochenta años y era tan frágil como una cara cristalería.

—Puedes usar el mío, August, el de abajo. De hecho, creo que deberías hacerlo, y cuanto antes mejor. —Su moño blanco de antiquísimo pelo sedoso se sacudió—. Lo cierto es que apestas como un turón, querido mío.

La observé apretar la masa blanca llena de dátiles, y las formas redondas y perfectas de los bollos salieron de aquella masa y se acomodaron en la bandeja que ella había preparado. Sentía cómo volvía a cernirse sobre mí la soñolienta satisfacción de aquella vieja casona excéntrica del siglo diecinueve, y mi mente



empezó a alejarse de la alucinante afirmación de mi tía. Era fácil olvidarse de todo en casa de tía Tansy, razón por la cual disfrutaba tanto de mis... Me obligué a concentrarme de nuevo para pensar sobre la idea del cadáver en el baño.

—¿Es siempre el mismo cadáver? —Apuré las últimas gotas del café frío.

—Santo cielo, no, hijo mío, no seas absurdo. Hay uno nuevo cada semana. —Llevó los bollos al horno y los metió bajo los pasteles. La bandeja tintineaba— De todas las formas y colores. La semana pasada era un joven de aspecto agradable con traje de cheviot. —Regresó a la mesa y sostuvo su taza con mano vacilante. Me serví más café. La pobrecita estaba temblando, y no era la cafeína; estaba muerta de miedo. Pasé de la perplejidad a la consternación. No dejan de prometer una cura para el Alzheimer pero, por lo que sabía, la única receta disponible era mostrar una firme amabilidad. Tansy había hecho mucho por mí.

—¿Qué le pasa a esos cadáveres? —Era bastante difícil seguirle el juego a los delirios de una anciana sin que resultara obvio. Y Tansy era perspicaz.

—Por la mañana ya no están. A veces hay un poco de sangre, ya sabes, pero lavo la bañera con limpiador cítrico y nadie adivinaría que un cadáver ha estado allí dentro.

Su taza tintineó ligeramente sobre el plato. Hasta yo me estaba asustando.

—¿Desde cuándo sucede?

—Empezó justo después de que te fueras al campo. Veamos... ya he visto seis. Y otro más esta noche, supongo.

Había visto algunas cosas extrañas en mi vida, y entre las peores estaba la imagen de mi lunático amigo de la escuela Davers corriendo por el campo de fútbol de Adelaida con unas botas limpias y el vestido con volantes de su hermana, perseguido por los deportistas. Pero nunca había visto nada tan escalofriante como a mi apacible tía abuela Tansy hablando sobre cadáveres en su cuarto de baño.

—Supongo que se lo habrás dicho a la policía.

Ella me miró con desdén.

—August, me habrían ingresado en un manicomio.

Su temblor se agudizó. Me sentía avergonzado. No puedes meter a tu pariente anciana en la clínica local y pedirle a los médicos que le hagan un examen para ver si está loca. ¿O sí? Estaba empezando a pensar que tendría que avisar a mi tía Miriam y a su marido Itzhak, así que empecé a hacer cálculos. No, solo eran las seis de la mañana en Chicago, que es donde vivían en aquellos momentos. *Dejémoslo pasar*, me dije a mí mismo, *veamos lo que podemos solucionar aquí y ahora*. Además, aunque parezca increíble, parte de mí comenzaba a suponer que algo extraño estaba pasando en la vieja casa, algo que ella había malinterpretado de forma bastante desafortunada. Mi tía Tansy nunca se había equivocado sobre nada importante. ¿Podría ser una broma desquiciada de algún miembro de su clientela psíquica? Quizás alguien había recibido un mal

consejo y quería venganza.

—Iré arriba y echaré un vistazo rápido —dije, y llevé las tazas al fregadero.

—Ten cuidado, August —me dijo. Atónito, vi cómo cogía un viejo palo de cricket que estaba apoyado en una de las patas de la mesa, junto a ella—. Coge esto. Dale un buen porrazo de mi parte a esos cabrones.

Después insistió en una última taza de chocolate para los dos, así que miré al cielo y me rendí. Llevé a la tía abuela Tansy temprano a su dormitorio, que olía ligeramente agrio, a anciana, y que estaba en la parte delantera de la casa. Después, subí las escaleras.

Abrí la puerta del cuarto de baño y miré a mi alrededor con cuidado. Paredes de azulejos, de color verde pálido, en un agradable tono pastel. Mientras observaba la habitación, me pareció extraño que llevara años bañándome y cagando allí sin mirarla de verdad. Lo familiar se da por sentado. Dos grandes ventanas, en aquel momento oscuras como la noche, daban al césped cortado que había dos pisos más abajo, y a los árboles frutales y los vegetales orgánicos del jardín de atrás. Entre ellas había un lavabo rosa de pie, colocado bajo un gran espejo antiguo de pared de al menos un metro cuadrado, con la tenue pátina cobriza agrietada en los bordes. La bañera con patas ocupaba la esquina de la izquierda, frente a un inodoro con cisterna de porcelana con un dibujo azul, como un plato de Wedgwood, junto a la puerta de roble con recargadas tallas geométricas. La tapa de madera de cedro del váter estaba bajada, naturalmente, y tapada con una funda de lana mullida bastante cursi, que probablemente hubiera tejido Tansy. Una cortina de plástico con flores y sujeta por unos aros de plástico blanco grandes como brazaletes colgaba de la barra de acero que rodeaba la bañera. A Tansy no le gustaban los platos de ducha individuales; cuando era niña se bañaba en una bañera, y la vieja y enorme alcachofa fija era apenas tolerada. A mí no me importaba, podía disfrutar de un baño largo tanto como cualquier persona tres o cuatro veces mayor que yo.

Descorrí la cortina y estudié la bañera que, por supuesto, estaba vacía, mientras luchaba contra el impulso de arrancarme la ropa sudorosa y meterme dentro para darme un baño humeante. La ridícula posibilidad de que seis cadáveres hubieran compartido aquella bañera no se me iba de la mente, aunque sacudiera la cabeza con ironía.

Aquel lugar olía a gloria; eso era lo que más notaba. En unas conchas de peregrino colocadas en la bañera y en el lavabo había gruesos jabones Pears ovalados, translúcidos y de un verde intenso, un verde más intenso que el jade, y su fragancia parecía llevarme de vuelta a la infancia, cuando mi madre me lavaba con los aromas perfumados de la limpieza y de ella misma, y después me secaba con energía usando una toalla mullida que olía a rayos de sol. Cerré los ojos un

instante, me descubrí suspirando, y los abrí. En realidad, solo era un cuarto de baño normal. Quizá más limpio de lo normal. La tía Tansy era puntillosa. La casa era grande y laberíntica, pero ordenada; con la ayuda de un «tesoro» de mediana edad, la señora Abbott, que iba dos veces a la semana y se encargaba de pasar la aspiradora y limpiar el polvo de casi toda la casa, Tansy dirigía un barco bien ordenado. Pero, aparentemente, no lo bastante como para evitar la visita semanal de los muertos.

Miré el reloj. No era de extrañar que estuviese cansado, eran casi las once. La tía abuela Tansy era una mujer de hábitos regulares. Siempre veía un poco la televisión mientras horneaba, hasta que terminaba la película del sábado noche; después se lavaba los dientes, y a las once y media ya estaba en la cama. Su cadáver del sábado aparecía cuando ella ya había apagado la tele a las once y cuarto o así, y ya había desaparecido cuando se levantaba para ir a la iglesia a las siete y media del domingo por la mañana.

—Es una locura —murmuré en voz alta; me quité las pesadas botas y me metí en la bañera con el bate en una mano. Dejé un hueco entre la cortina de plástico y la pared de azulejos, de modo que pudiera ver las ventanas cerradas con pestillo a través de la pequeña abertura. Aquello significaba que tenía que sentarme en el resbaladizo borde redondeado de la bañera y estirar el cuello en una postura ridícula, pero decidí que unos cuantos minutos de incomodidad por la causa merecían la pena. Pensé en el gesto de Tansy al insistir en que compartiésemos un chocolate, y deseé algo igual de mundano para calmar los nervios. La mayoría de mis amigos de la universidad hubieran encendido un cigarrillo, pero aquellas porquerías me ponían malo y, además, aunque fumara, no ganaría avisando de mi presencia. Me paré los pies. ¿A quién? Aquello era una ilusión, la fantasía demencial de una anciana.

El silencio empezó a parecer siniestro. En el dormitorio de abajo, Tansy estaría ya durmiendo, o quizá estuviese tumbada despierta, con los ojos muy abiertos y fijos en el oscuro techo. En el cuarto de baño no había más ruido que mi propia respiración, ni siquiera se oía el viento al atravesar los árboles de abajo. Por un momento, sentí como si mi consciencia fuera la única activa en todo el mundo. Un hilo de sudor frío me recorrió la espalda, algo que antes solo conocía por los libros. En las últimas semanas había conducido una pequeña moto de gran potencia a través de vastas llanuras, por un paisaje en su mayor parte estéril por la corriente de El Niño y, quizá, por el efecto invernadero. Una vez había estado a punto de caer de la máquina de patines y acabar bajo las pezuñas de un centenar de vacas aterrorizadas, y aquello me había asustado sin interponerse en mi camino; aquel miedo me servía para agudizar los sentidos y el instinto de supervivencia. En el cuarto de baño de Tansy, donde reinaba un silencio sepulcral, me sentía como si fuera a orinarme en los pantalones. Salí de nuevo, levanté la lanuda tapa del váter, meé un rato, tiré de la cadena, dejé la

tapa levantada. Ahora aquel era mi baño, por defecto. Volví a meterme en la bañera, con los pies fríos bajo los calcetines, y me volví a colocar en mi estrecho asiento.

Me dolía el cuello. De repente, tuve una súbita visión de lo grotesco que debía de parecer, con el cuello estirado, sentado en el borde de la bañera; me reí en silencio, me levanté mientras enderezaba la espalda y puse una mano en la cortina para descorrerla. La ventana que tenía más cerca crujió de forma casi imperceptible, y la oí abrirse un poco.

Era imposible. Estaba en el segundo piso de una alta estructura antigua sin salida de incendios ni ninguna de esas cursilerías modernas. Repasé con cuidado mis conocimientos sobre el jardín: no había celosías nuevas, los árboles estaban colocados de forma sensata a varios metros de distancia para evitar el peligro de incendio, y la escalera de Tansy estaba dentro de la casa, ni siquiera en el cobertizo cerrado con llave. Mike O'Brien no soltaba ni un bufido, así que no hablemos de ladrar a los intrusos. ¿Qué demonios?

El corazón empezó a latirme con fuerza, y sentía la boca seca. Me alejé del borde de la bañera con la espalda ondulada por los azulejos de la pared y miré con dificultad a través del hueco. Oí una agitación ahogada, y la espalda veraniega de una mujer apareció en el marco de la ventana. Una larga pierna morena pasó sobre el alféizar y tanteó el suelo. Mis botas estaban a la vista, junto al inodoro. Bueno, mucha gente dejaba la ropa tirada por ahí. No en casa de Tansy. Pero aquellos intrusos no tenían por qué conocer los detalles de la política doméstica de Tansy. *No seas ridículo, August, ¿qué puedes saber sobre lo que ellos saben? ¿Hay una mujer medio desnuda entrando a través de una ventana del segundo piso!*

Se puso de pie en el cuarto de baño, todavía de espaldas a mí. No parecía correcto golpearla con el bate de cricket, que todavía tenía agarrado en la entumecida mano derecha. Sensato, pero antideportivo, y no me explicaría nada sobre sus extrañas actividades. Estaba inclinada en el aire y, de repente, entre gruñidos y tirones, introdujo el pesado extremo delantero de un hombre adulto totalmente muerto. El cuerpo se atascó e hizo temblar el marco de la ventana.

—No empujes, Maybelline —dijo enfadada—. Se te han atascado los hombros.

Hubo un instante difícil en el que el cadáver retrocedió un poco mientras ella le giraba los hombros, pero después entró en la habitación para unirse a nosotros dos. El otro extremo del cadáver quedó a la vista, junto con la musculosa mujer con sobrepeso que lo soportaba. Los bíceps de la segunda mujer se movieron de forma impresionante mientras empujaba los rígidos cuartos traseros para pasarlos por encima del alféizar. La primera mujer dejó que el cadáver cayera sobre las baldosas. Con un gruñido sistemático, Maybelline entró en la habitación de un salto. Tenía piernas peludas; como la

primera mujer, llevaba un escaso traje de verano. Mientras yo pensaba que tenía que estar drogado o alucinando, la primera mujer se puso de cara a la bañera... y entonces estuve seguro de ello.

Me dije, entumecido, que aquella belleza no podía existir; al menos, no en el mundo real (aquella hipótesis estaba tan asombrosamente equivocada, de una forma tan asombrosa, que solo lo comento para que quede constancia de ello). Ninguna de las dos mujeres era mucho mayor que yo. Quizá estudiantes universitarias preparando una broma absurda. Realizaban la macabra tarea con presteza y elegancia, sin hacer apenas ruido.

—Ayúdame con esta ropa, león.

En medio minuto ya le habían quitado los zapatos, el traje ensangrentado y la ropa interior. No intentaron registrar la chaqueta en busca de la cartera, ni rebuscaron en los bolsillos. No eran bromistas, y estaba claro que no eran simples ladronas. El hombre era gordinflón y tenía la espalda, los hombros y el pecho cubiertos de vello, al estilo mediterráneo; llevaba el pelo repeinado, y se le agitaba de forma repulsiva contra la sien mientras le daban empujones. Vi un enorme agujero negro en el pecho izquierdo, y la espesa sangre que manaba de él. Mi propio corazón estaba a punto de expirar por el exceso de trabajo. La muchacha más fuerte cogió al hombre asesinado por las axilas y lo levantó en dirección a la bañera.

—León, coge los pies.

No estaba diciendo «león», era más como «lyon» o «liun». ¿Lune, la Luna vista desde Francia? *Pues espera y verás*, pensé. ¡*Sor-pre-sa!* La bella Lune cogió el borde de la cortina de plástico y tiró de ella. Me levanté con rapidez, me incliné con un movimiento de la mano derecha y salí de la bañera.

Las dos mujeres se quedaron petrificadas. En aquel momento de silencio, el agarre de la fornida Maybelline falló por el susto, y el cadáver cayó sobre las losetas con un golpe sordo y desagradable.

—¡Joder! —exclamó ella, y salió corriendo por la ventana. Nunca más volveré a subestimar la velocidad de un humano corpulento. Lune me dedicó una encantadora mirada de absoluta confusión y soltó las piernas del hombre.

—¿Ember? —me preguntó—. ¿Qué estás...? Tu velo está... —Dejó la frase en el aire, mientras yo me preguntaba qué estaría farfullando—. Tú no eres Ember —dijo entonces, y salió corriendo hacia la ventana.

—Lo siento —dije, y di un golpe con el bate en el alféizar de la ventana. Ella retiró los dedos de golpe, me miró con indignación, con la boca abierta, y se lanzó sobre mí como un gato. Me habían educado muy bien con aquello de nunca golpear a una mujer. El cadáver nos miraba con lascivia desde el suelo. Caí sobre él, tiré conmigo a Lune y la agarré por los brazos. Tenía unos improbables ojos azul cobalto y olía muy, muy bien.

—Quítate de encima, zoquete. ¡Apesta! ¿Cuánto hace que no te bañas?

Aquello era tan injusto que no pude evitar echarme a reír y soltarla. Gran error.

Un segundo después de soltarla, Lune me tenía la cabeza inmovilizada entre su costado y su axila. Me golpeó la frente contra el inodoro. Yo aullé y me solté, me tambaleé hasta ponerme en pie con un zumbido en la cabeza, cerré de golpe la ventana abierta y eché el pestillo. En la noche del otro lado, mientras bajaba la ventana, no vi ni rastro de Maybelline ni de la grúa que tenía que haber elevado a las dos mujeres y al hombre muerto para poder llegar hasta aquel piso. Cerré la ventana, y el bate de cricket me dio en la rodilla derecha.

—¡Ay! ¡Joder! ¡Quieres estarte quieta! —chillé. Al darme la vuelta, la vi en el gran espejo, con el bate levantado para darme un golpe mortal en el magullado cráneo. Se desequilibró un instante al bajarlo; yo di un paso a un lado y le propiné una patada al cadáver en una pierna, para que Lune se tropezara con ella al siguiente paso. La chica cayó entre mis brazos. Yo sentí una sorprendente excitación y la obligué a sentarse en el inodoro. El asiento estaba subido, y ella gritó indignada al golpearse la espalda con el borde.

Levantó una pierna, y el pie me dio en el muslo; algo brilló, luz reflejada en metal, y, de repente, sentí mucho frío. Cogí una toalla mullida y gruesa del toallero con calefacción y se la tiré a la cara, mientras le cogía el pie derecho y lo levantaba para que ella se deslizara sobre el inodoro y se golpeará la columna. Tenía una pequeña fila de jeroglíficos plateados grabada en el empeine.

Ella tiró la toalla y vio mi sorpresa. Supuse que no entendería su origen.

—La marca de la bestia —dijo con sarcasmo.

—¿Vas a estarte quieta o tendré que hacerte daño? Preferiría no hacerlo —dije. Y después añadí—, ¿qué?

—Mi número de identificación —se mofó ella—. Mi fecha de caducidad. Supongo que eso es lo que piensas, ¿no? Otra estúpida mutilación a la moda.

Yo no estaba pensando nada parecido, pero era una sugerencia útil.

—Sí, bueno, supongo que es mejor que atravesarte la lengua con un tornillo. —No tengo nada en contra del *piercing*, pero parecía acertado seguirle la corriente. Yo ya tenía el bate de cricket, y me senté frente a ella en el borde de la bañera—. ¿Cómo has entrado? ¿Quién es este? —Le di un golpe al tipo muerto que yacía con una pierna levantada.

—El mundo no es lo que parece —me dijo ella. Bajó el asiento y la tapa del inodoro y se sentó en él con elegancia. Nunca había visto a ninguna mujer con un atractivo tan glorioso... ni en una película, ni en la televisión, y, sin duda, nunca había visto a nadie así en aquel barrio algo deprimido.

—No me jodas —dije. Sin quitarle los ojos de encima, giré la muñeca y me bajé un calcetín; lo dejé colgando un instante del dedo gordo antes de que cayera

al suelo. Los jeroglíficos plateados grabados en la planta de mi pie eran muy parecidos a los de Lune. Ella hizo un ruido con la garganta. Casi podía ver los engranajes que se le movían en el cerebro.

Después de aquel momento de silencio, dijo con franqueza:

—¿Cómo te llaman?

—Me llaman August, Liun. Me llaman así porque es mi nombre.

Lune respiraba con dificultad, pero se mantenía bajo control. Vi cómo se decidía. Era tan bella que me daban ganas de relinchar. Me incliné para recoger el calcetín y volví a ponérmelo con una mano, pero se me atascó el talón en el empeine. Tansy tenía algo que ver con esto. Tenía que ser cosa suya. O de mis padres muertos. Entonces, Lune dijo algo.

—¿Has leído a Charles Fort, August?

—No. —¿Qué pasaba? ¿De repente teníamos un grupo de lectura? Miré las ventanas cerradas y esperé nervioso a que las tropas de refuerzo llegaran a la carga, quizá blandiendo copias de las obras escogidas de Charles Fort, quienquiera que fuese.

—Él escribió, «creo que somos propiedad». Y tú lo eres, pobre estúpido.

No me reí; era demasiado deprimente para reírse. Escaleras abajo, la tía Tansy, perdida en ilusiones seniles; y escaleras arriba, aquella preciosidad, camino del mismo loquero. No, espera. Tansy no estaba senil. Había un cadáver, así que era plausible que hubieran dejado uno allí los seis sábados interiores. Que lo hubieran dejado allí unas chicas mensajeras, por lo que yo sabía, para después desaparecer a primera hora de la mañana del domingo. No podía ni pensarlo.

—Bueno, ahora que me lo has dicho —dije—, supongo que tendrás que matarme.

Lune bajó las cejas, ofendida.

—Nos cargaremos tu memoria, eso es todo.

Alguien había estado chivándose a Hollywood. Borrado de memoria... ¿dónde salía aquello? Era en *Hombres de negro*, ¿no? Y la gente que aparecía de la nada o, en este caso, a través de una ventana demasiado alta del baño, se remontaba a *En los límites de la realidad*, en blanco y negro. Sí, entonces, ¿cómo era posible que no le hubieran borrado la memoria a los guionistas, directores y actores? Siempre hay una cláusula de escape en estas demenciales teorías de la conspiración, y siempre existe un agujero tan grande como para meter un tanque. Pero...

—Sé que te resulta difícil escuchar esto —dijo Lune mientras me observaba. Era como si estuviese pinchándome— No son más que un telón de fondo. Son el escenario de nuestra Competición.

Me encogí de hombros, triste y decepcionado.

—Te engañas —dije—. He leído a ese tal Phil Dick. Al final, él también se

volvió loco.

El aire quemaba. Salté para tapar la puerta con la espalda. Lune se quedó donde estaba, sentada en el váter. Parecía elegante y también un poco triste. La misma ventana cerrada ardió con un intenso parpadeo azul que resquebrajó la pintura. El cristal enloqueció y se desvaneció como si fuera vapor. La silueta corpulenta de Maybelline atravesó el hueco apuntándome precavida con un brillante tubo de acero, mientras mantenía el equilibrio con la otra mano. Rodeó el cadáver del suelo y se colocó junto a Lune. Esperé con la boca abierta a que una explosión azul me tragase.

—No tenéis que matarme —empecé a balbucear—. Venís de un ovni, eso ya lo veo, así que, ¿por qué no me lleváis a vuestro planeta? Siempre he querido viajar, Illinois era interesante, pero el espacio sería mejor. Más amplio. —Las dos me miraron—. Vale, no sois de una nave espacial. Sois del futuro, hay una máquina del tiempo al otro lado de la ventana, ¿no? Este tipo iba a ser el próximo Hitler, así que estáis limpiando el pasado antes de que contamine vuestro propio tiempo, puedo vivir con eso, vuestra información es muchísimo mejor que la mía.

—Le he dicho que son todos marionetas —le explicó Lune a su socia—. Creo que eso lo ha trastornado —No dijo nada de los jeroglíficos que compartíamos, por decirlo de alguna forma.

—¿Qué? Eres una zorra estúpida... —De todos modos tenemos que borrarlo, Maybelline, usa la cabeza.

—Oh, Prowtpait, Lune —Maybelline sacudió la cabeza arrepentida—. Sé que no eres una zorra estúpida. No eres una zorra de ninguna clase.

Lune sonrió complaciente y se encogió de hombros. El cadáver nos miraba a todos desde el suelo. Con un ruido parecido al de una lona al rasgarse, un hombrecillo se abrió camino a través del espejo y bajó del lavabo al suelo. Llevaba una enorme bolsa al hombro. Yo estaba a punto de vomitar. En la habitación no había sitio suficiente para desmayarse, así que me quedé pegado a la puerta. Todo aquel escándalo y Máquina no había dado señales de vida. Esperaba encarecidamente que aquellos cabrones no le hubieran hecho daño a un animal tan anciano y encantador.

—Esto sí que es un giro inesperado —dijo el basurero mientras miraba a su alrededor. Era un tipo alegre y bajito, al parecer cincuentón, con ojos legañosos y barba de tres días. Algunos cantantes y estrellas de cine podían resultar monos con aquel aspecto, aunque a mí me recordaba demasiado a la moda del siglo anterior, pero aquel tipo tenía pinta de desastrado total. Encima de la cabeza despeinada llevaba un viejo gorro de tela inclinado con desenfado— Bueno, ¿quién es este chaval? —Sonrió a las mujeres y sacó una vieja pipa de espuma de mar del bolsillo de la chaqueta. Las mangas de la chaqueta tenían parches de piel. Llenó la pipa con el tabaco que llevaba en un saquito y empezó a



encenderla.

—En casa de tía Tansy, no —dije, y alargué el brazo sobre el hombre muerto para cogerle la pipa de la boca. Se movió como una mangosta y la recuperó tan rápido que me cosquilleó la mano. Pero se la guardó sin encender en el bolsillo y guardó la caja de cerillas.

—Mis disculpas. Las normas de la casa mandan, por supuesto. Vamos, muchachas, este caballero no me suena de nada. —Me miró con simpatía.

Las dos mujeres empezaron a hablar a la vez y se callaron. Lune dijo:

—No hay nada de lo que preocuparse, August se ha metido en esto por error...

—¿August? —gritó Maybelline—. ¿Habéis estado aquí intercambiando nombres mientras yo...?

—Bueno, bueno, damas —dijo el basurero mientras sus dedos tiraban del bolsillo para coger la pipa y después volvían a alejarse—, que uno de ellos se meta por la esquina equivocada de una Competición no es el fin del mundo. Una gotita de rayo verde. —Juro que le guiñó el ojo—. Ya que estás aquí —me dijo tras darse la vuelta—, échame una mano con este vejete.

Aturdido, simplemente incapaz de pensar, lo ayudé a introducir el cadáver desnudo en la bolsa, y a meter los zapatos y la ropa encima. Cerramos la bolsa; mientras yo tiraba de la cremallera, él sostenía los bordes. Se echó la bolsa al hombro. Me sorprendió un poco que un hombre tan pequeño pudiera cargar tanto peso, pero había visto demasiadas cosas improbables en muy poco tiempo. Era como estirar una cinta elástica hasta el punto en el que entrega el alma y se queda allí tirada, sin más elasticidad que ofrecer.

—Haré un informe sobre este tipo —les dijo el basurero a las mujeres—, pero dadle una dosis de verde y no pasa nada.

Levantó la gorra para saludarme.

—Buenas noches, caballero, y gracias por la ayuda. —Sacó dos cajones para facilitar su subida al lavabo y se perdió en el olvido. El cristal se solidificó y volvió a quedarse de nuevo tan inmóvil como un estanque sin viento, con su tinte dorado ligeramente gastado en los bordes. Podía ver el reflejo de Maybelline, que me apuntaba con el tubo. Una llama azul, rayo verde, lo que fuera. Solo quería darme un baño caliente, irme a la cama y despertarme de aquel sueño absurdo. Pero todos los sueños son absurdos; es lo que tienen los sueños.

—Vamos, vamos —dije—, trepad a la ventana y volad con vuestras escobas mágicas.

—Tenemos que...

—Sí, ya lo sé —¿Cómo explicarían la ventana sin cristal, las marcas de quemaduras en la pintura? Quizá volverían mientras estuviese durmiendo para arreglarlo todo—. Bueno, acabad con vuestro desagradable rayo amnésico y

dejarme dormir de una vez, llevo en la carretera desde las seis de la mañana.

Lune me miró y le quitó el tubo a su compañera. Maybelline no perdió más tiempo; salió por la ventana y desapareció. La bella mujer dio un paso hacia mí y me cogió la cabeza para acercarla a su boca pintada de rojo brillante. Esperé a que me mordiera. Un elemento vampírico, perfecto.

—Ya sabes lo que dicen, August —me dijo al oído en voz muy baja.

*Cinco para la plata,  
Seis para el oro,  
Siete para un secreto que guardarás como un tesoro.*

Me aparté de ella, pasmado. Era la rima que la tía abuela Tansy había usado para dormirme después de la muerte de mis padres. Un antiguo rito de adivinación, me había dicho más adelante al preguntarle por ella, algo de la tierra natal de un padre. Su ritmo empezó a latirme en el cuerpo, así que dije desolado:

—Sí, Lune. Conozco esa canción. —Tansy, la médium telefónica, la había murmurado muchas veces delante de mí para sus crédulos clientes—. «Uno para la pena, Dos para la tristeza». Lo cierto es que ya creo haber sufrido bastante tristeza por un día.

Ella se rio encantada.

—¡Querido niño! No olvides cómo acaba: «Once para la bruja de otro lugar, Doce para un mundo que no deja de bailar». Un mes después de un año. Volveré y te buscaré. ¿Quién sabe? —Sorprendido, vi que ella me giraba la cara para besarme—. Adiós.

Dio un paso atrás, tocó dos puntos del tubo. Me inundó una luz esmeralda. Era fría; una leve conmoción me recorrió el cuerpo, y la habitación se desvaneció en un sueño. Me balanceé sobre los calcetines, la vi trepar con cuidado hasta el marco de la ventana abierta. Lune parecía flotar en la oscuridad exterior, en sombra, oscuridad dentro de la oscuridad. Hizo algo que podría haber sido una recalibración del instrumento, y una luz azul pintó la ventana; de repente, volvía a ser como era antes, con cristales, pintada.

Esperé a que llegara la oscuridad, la pérdida, la amnesia. Pero lo que sentí fueron alfileres y agujas que me atravesaban la carne. Caminé vacilante hasta el lavabo y me eché agua fría en la cara. Podía recordarlo todo con claridad. Cierto, lo que recordaba era absurdo, ridículo, imposible. Me quité la ropa mientras el agua llenaba la bañera y el vapor llenaba la habitación. Me senté en la maravillosa agua caliente y me froté las axilas y otros lugares apestosos con el fragante jabón Pears. Saqué el pie izquierdo del agua espumosa, le di la vuelta para examinar los jeroglíficos plateados de la planta. Deseaba desesperadamente que no significara que ella era mi hermana largo tiempo perdida o algo igual de consanguíneo. Por lo que sabía, no tenía ninguna

hermana largo tiempo perdida (eso era lo que yo sabía por entonces; pobre estúpido).

Usé la toalla para secarme con energía mientras la bañera se vaciaba; tenía tantas ganas de dormir que era como tener hambre. Recogí la ropa y las botas, y troté a oscuras sobre las tablas frías del suelo hasta llegar a mi dormitorio. La ventana ya estaba abierta, con la mosquitera cerrada, y a través de la malla de alambre el cielo se veía claro y muy negro, sin luna, sin escobas, sin ovnis, sin focos del *Show de Truman*. Las estrellas brillaban, y la brisa me traía el olor a tierra y hojas frescas del jardín. ¿Por qué se habrían equivocado? ¿No deberían decir sus archivos que faltaba un jugador, que una de las piezas de su maldita y fantástica Competición se había perdido en el mar de humanos tras la muerte de sus padres? Grité al cielo mientras le enseñaba el tembloroso dedo corazón. Pero, fueran quienes fueran, no eran tan listos. Me habían perdido de vista veinte años, así que me quedaría perdido hasta que encontrara yo mismo a aquellos cabrones.

La almohada estaba caliente. Lune. Una bruja de otro lugar. Sus bellos labios ardientes. Más allá de la ventana, el mundo era enorme y oscuro. Había portales para salir de él. Me dormí.

Con una confianza absoluta, Decius Seebeck subió por una secuencia prima de T hacia el lugar en el que los seres divinos esperaban el momento de nacer en la caótica muerte de un cosmos, uno de los pocos en los que la ontología y las leyes locales de la física permitían dicha entrada en la gloria. A cada paso, chillones infinitos se desprendían bajo las suelas de piel lustrosa, grabadas por un experto zapatero de un cognado Shang de la Tierra siguiendo instrucciones precisas.

Los Schwellen se abrían y cerraban siguiendo sus órdenes deícticas conforme avanzaba a través de aquel laberinto de complejidad metafísica. Cada vez que se detenía, una burbuja de vacuola ambiental lo esperaba para mantenerlo con vida; el aire húmedo que necesitaba para respirar, iluminado por un espectro adecuado a sus ojos, con escudos impermeables para protegerlo de las rugientes agonías del espacio-tiempo pulverizado más allá de aquellos límites vitales pintados con píxeles. Como siempre, sintió gratitud hacia los seres divinos, pero aquella emoción no lo distrajo de su objetivo, ni lo tentó a dejarse llevar por una fútil adoración.

A través de aquellos escudos protectores, en apariencia transparentes, pudo ver un universo cognado tras otro, todos cada vez más cerca de su destrucción, su compactación, su enquistamiento. Plegada dentro de aquel silencio atronador de pura energía gravitacional artificial estaba la semilla de aquellos seres Ángeles, y él estaba seguro de que se trataba del sustrato de la Competición, o de que lo sería cuando nacieran al final de los tiempos.

*En este universo*, se dijo a sí mismo mientras observaba sombrío la oscuridad manchada, *la noche se aleja*; las sombras se acortaban desde un oeste que, por fin, no conocería más que día. Sus suelas de piel pisaron satisfechas las losetas, después las tablas pulidas, el hormigón vetado, un metal flexible gris como aluminio viejo, luz pura estirada como tela batik... Para el trabajo de aquel día, Decius había elegido con cuidado un *lug-p'ao* de damasco sintético, con la falda dividida por delante, por detrás y a los lados, al estilo ecuestre, cortada por su sastre favorito de Peip. Unos diseños maravillosos decoraban la túnica formal de dragón: las montañas surgían entre las nieblas de las olas, atravesaban las nubes por las que volaban los dragones. Sobre el cuello ceñido llevaba la corbata de lana del club, con los colores granate y azul marino de Herod. Dio un último paso umbral para entrar en un espacio-tiempo cerrado primo de T y entró en Estación Yggdrasil.

Un reloj de pie hacía *tictac* en la penumbra, regular, tranquilizador, una especie de símbolo de la estabilidad. Decius no lo había colocado allí, ni tampoco lo había hecho ningún otro miembro de la familia, por lo que él sabía. Representaba otro gesto de amabilidad de los Ángeles que pronto nacerían en aquel lugar multiforme, saldrían de los algoritmos finales en un cosmos en condensación y moribundo (como si fueran una perla de gran valor), en el que la constante cosmológica  $\lambda$  llegaba a cero y el universo local cerrado tenía la sublime oportunidad negada a casi todos, la ocasión de llegar al colapso, y así, en aquella muerte ardiente y conmovedora, alcanzar una especie de eternidad de T.

Vio que su escritorio seguía cubierto de multitud de papeles desordenados y, con un suspiro, se sentó frente a él en una gran bola ergonómica de plástico naranja que había comprado en Seattle. Se subió las mangas de la túnica y se puso a trabajar. Movía como loco la pluma para buscar en la información conocida sobre la física y la mecánica ontológica una interpretación del oráculo. En algunas ocasiones, sin previo aviso, la pluma comenzaba a burbujear y a gotear, como si la presión del aire de la estación hubiera bajado de forma abrupta. Era exasperante; así había destrozado su mejor *chita* de seda. Los dispositivos informáticos, ay, simplemente no funcionaban en aquel lugar, tan cerca de la compresión final del Punto Omega. Sus algoritmos sangraban en el sustrato. Tanto las puertas de silicio como las de cuantos artificiales fallaban. Era un milagro que no lo hicieran también los cerebros, pero parecía que algo en sus redes de proteínas los protegía, salvo en la cuantomancia y en los sueños. Se estremeció ligeramente al pensarlo. No era el mejor lugar para sumirse en un sueño inocente.

Una puerta blindada se abrió con un silbido. Su ayudante de campo entró despeinado en el espacio de trabajo; recién salido de la cama y medio desnudo, se rascaba la cabeza mientras esbozaba una vaga sonrisa. Guy fue hasta el escritorio y, con el aliento algo agrio, le dio un amistoso beso en la mejilla.

—Buenos días, Des.

Decius se dio la vuelta y le dio un buen beso en la boca.

—Café, Guy.

—Claro. —El ayudante fue hacia la despensa, enchufó la cafetera, molió dos puñados de los mejores granos de café de Etiopía, los echó en el filtro, y después sacó un poco de edulcorante y crema. Eran amigos desde hacía mucho tiempo; ya no había fanfarria en su afecto—. ¿Has estado en pie toda la noche?

—Lo cierto es que he pasado varios meses en un cognado ortogonal. ¿Cómo va la cuenta atrás?

—Pues no me vendría mal algún equipo electrónico calibrado —dijo Guy mientras ahogaba un bostezo—. Lo sé, lo sé. Bueno, por lo que puedo entender de lo que nos están contando, me parece que llegaremos a la singularidad omega en unas horas. Es mejor no pensar en la velocidad a la que vamos en estos

momentos.

—Cierto.

La cafetera eléctrica saltó y burbujeó, para después emitir un cálido aroma. Parecía absurdo que pudieran estar preparando el café del desayuno mientras el cosmos local estaba a punto de caer en la anarquía y el vacío definitivo de un agujero negro universal. En el exterior, los impulsos gravitacionales hacían temblar todo el oprimido cosmos en salvajes oscilaciones. Galaxias de cientos de billones de estrellas, o lo que quedaba de ellas, ardían a una cantidad de grados equivalente, se encogían en globos deshilachados de luz pura casi tan grandes como un sistema solar o una de las estrellas del cerebro matrioshka de Jules. Sin embargo, la caída gravitacional continuaba mientras la cafetera dejaba escapar aquel oloroso vapor dentro de su estructura doméstica exponencialmente estabilizadora. En el exterior (significara lo que significara, si es que significaba algo), las dimensiones comprimidas empezaban a abrirse y a desenrollarse, mientras el espacio hervía, rebotaba y se hundía dentro de sí mismo cada vez más rápido y a mayor temperatura.

Mentes inmensas habían evolucionado, se habían extendido y después habían vivido juntas sin conflictos durante billones de años en aquel cosmos, ocupando todo su telar de construcciones estelares y turbulentos hábitats de discos de acumulación. Habían trabajado durante eones para preparar aquel instante culminante prolongado hasta el infinito.

Estaban por todas partes, alrededor de la estructura de soporte vital, la protegían de la conflagración gracias a sus asombroso poder y a su generosidad. Todavía no eran dioses; en cierto sentido nunca serían dioses, no como las mitologías ontológicas de sus antiguos predecesores los habían imaginado. Ni siquiera ellos estaban por encima del tiempo y del espacio, más allá del sentido de los niveles de Tegmark; eran inmanentes, su trascendencia (su trascensión) no era más (¡no era más!, ¡la mente vacilaba ante su contemplación!) que el triunfo final de lo consciente sobre la entropía absurda. Para Decius y su equipo, con eso bastaba. Aquellos seres serían Ángeles cuando acabara el trabajo, cuando el alambique cósmico se vaciara y comenzara su reluciente nacimiento a la eternidad.

Decius suspiró mientras se rascaba bajo las túnicas. Aquel lugar le provocaba un sarpullido psicósomático. Sacó un bloc de notas nuevo, cogió la pluma y sostuvo la mano sobre el papel. Ralentizó la respiración a propósito, y el caos cuántico de su sistema nervioso central entró en resonancia con el sustrato de información flexionado del moribundo cosmos local. Las vesículas de los neurotransmisores se abrieron y derramaron su cosecha como vino caliente por las sinapsis del billón de columnas neuronales de su cerebro. Como chispas volando en un fuerte viento, los iones lanzaban destellos y correteaban. Los músculos trabajaban con voluntad propia, empujaban los apretados dedos de un

lado a otro de la página. No sabía lo que escribía. Las voces al otro lado de la burbuja protectora del recinto resonaban en su interior como una marea. Ya no sentía la pérdida de los instrumentos electrónicos de la estación. ¿Quién necesitaba herramientas tan primitivas cuando el dictado de los pequeños dioses te atravesaba, profético y penetrante?

—Oye —le dijo Guy desde el otro lado de la habitación— tu café ya está. ¿Te lo llevo?

Hundido en sincronía hipnótica con las fuerzas del otro lado de la estructura, encaramado en su globo naranja, con los altivos rasgos relajados, Decius no dijo nada. Su mano se retorció y garabateaba, llenaba una página tras otra de símbolos con aspecto de huellas de gallina. Allí había secretos, lo sabía hasta en aquella transfiguración aturdida, secretos que no debían contarse. Pronto nacerían los Ángeles. Aquello bastaba. La pluma se movió y azotó el papel con la tinta, se elevó, flotó sacudiéndose con un temblor parkinsoniano mientras la mano izquierda buscaba una hoja nueva, y después volvió a caer para seguir garabateando.

El café se le enfrió, y una espuma lechosa se formó en la superficie.

## 4

La banalidad de mi reacción a la mañana siguiente me avergüenza sobremanera. Por supuesto, me desperté un poco después del alba, porque eso es lo que había hecho los dos últimos meses, cuando estaba en el interior del país. Por supuesto, me quedé bajo la sábana y la manta mientras me deslizaba con deleite entre el sueño y el despertar, porque me encantaba saber que aquella vez no tenía que saltar de la cama y encender la fogata del campamento para el desayuno, sin disfrutar ni tan siquiera de una ducha. Por supuesto, la idea de la ducha me llevó directamente al recuerdo de... de... de lo que supuse sin un instante de duda que había sido un sueño desagradable, pero no sin sus momentos seductores. Me di la vuelta con los ojos todavía cerrados y me froté los dedos del pie derecho con el resbaladizo grabado metálico de la planta del pie izquierdo. La encantadora chica del sueño llevaba un sello como aquel, «la marca de la bestia» lo había llamado antes de meter un muerto a través del espejo, salir por una ventana y...

Me senté de un salto con un gruñido en la boca.

Nada de sueño. Demasiado coherente. *No era un sueño, August, era la simple y absurda realidad.*

Volví a gruñir, y me tapé los ojos cerrados y la frente con las palmas de las manos. Era una cálida mañana de verano, a finales de enero en Melbourne, con la promesa del calor conforme avanzara el día, pero de repente me sentí helado, enfermo y pegajoso. Me temblaban los músculos, todos a la vez, al parecer. Tenía temblores y retortijones.

—Contrólate —dije en voz alta. Me obligué a salir de la cama, me sentía como un niño con gripe. Abrí las persianas, miré entre parpadeos el cielo azul de primera hora de la mañana. No había nubes. El césped verde de abajo necesitaba un corte. La tía abuela Tansy tenía que haber estado muy afectada para dejarlo así. El temblor de las manos fue desapareciendo mientras me ponía ropa interior limpia, una camiseta y mis viejos vaqueros. No era de extrañar que la pobre estuviese afectada. Resultaba sorprendente que todo aquel susto no hubiera acabado con mi querida viejecita.

Me puse las botas y galopé escaleras abajo, sin intentar disimular el ruido. Seguramente Tansy estaría ya despierta y, si no lo estaba, la quería fuera de la cama al instante para hablar con ella. Llamé con energía a la puerta de su dormitorio.

—Tansy, ¿todavía no estás despierta? Es hora de desayunar.



Entré con estrépito en la cocina, que todavía olía un poco a los bollos que Tansy había dejado enfriando. Todo estaba como siempre. Bajé el tarro de los granos de café, los molí en un remolino de chillonas hojas metálicas, llené la cafetera eléctrica del grifo (Melbourne todavía tiene un agua excelente), vertí el suntuoso polvo marrón con su suntuoso olor marrón y encendí la máquina. Corté dos rebanadas del pan casero de cereales de Tansy, rebanadas gruesas para tostar, y las metí en la tostadora. Coloqué la pesada sartén de acero en el fuego de gas, eché una cucharada de mantequilla, encontré bacon y cuatro huevos en la puerta del frigorífico, y lo eché todo en la sartén; después volví corriendo al vestíbulo y aullé:

—¡El té ya casi está, tía, y los huevos estarán en un momento, mueve las piernas!

*No voy a pensar en ello*, me dije. No había pasado porque no podía haber pasado. Mi madre me había enseñado los jeroglíficos que tenía grabados en la carne de su pie cuando yo era tan pequeño que ni siquiera podía recordar haberme sorprendido. Supongo que imaginé que todo el mundo los tenía.

—Es la señal de la familia —me había dicho mi madre unos años más tarde, cuando ya era lo bastante mayor para darme cuenta de que los otros niños no lo tenían. Con diez años aquella marca me hacía sentir una profunda vergüenza, así que intenté arrancármela con las uñas, y después con la punta roma de un destornillador. Lo único que conseguí fue cierta cantidad de sangre y dolor pero, curiosamente, ninguna infección. De pequeño parecía que nunca enfermaba, ni tampoco mis padres. Sin duda, era gracias a una combinación de vida limpia y buenos genes.

El bacon crujía. Nada se movía delante de la casa. Miré el reloj de la pared, después el reloj digital del horno. Los dos me informaban de que la señora Abbott llegaría en media hora para realizar sus tareas del domingo por la mañana. Le di la vuelta a los huevos con cuidado de no romper las yemas, puse el fragante bacon en papel de cocina, me eché el té en una gran taza (con una imagen de «Vacas de nuestro planeta» en el lateral), y serví el de tía Tansy, con leche y dos terrones de azúcar, en su juego favorito de taza y platillo, en el que se podía ver la coronación de Elizabeth Windsor como reina del Imperio Británico en 1960. Sorbí algo de té, mastiqué un trozo de tostada con mantequilla, me limpié la boca y coloqué el desayuno de Tansy en una gran bandeja decorada con palillos cruzados de madera lacada, un trabajo manual que yo le había hecho cuando era bastante más pequeño. Me hacía sentir bastante sentimental saber que ella había aceptado aquella cosa tan fea y que seguía usándola. Llamé dos veces y abrí su puerta.

No surgió ninguna voz somnolienta de la penumbra. Ningún ronquido (Tansy lanzaba unos ronquidos terribles, aunque lo negaba con fervor). Ninguna de las vibraciones químicas de un humano anciano vivo.

Se notan. Deben de estar compuestas por el agrio aliento nocturno y los residuos de viejos pedos, por los aceites de piel y pelo, y por los aromas de los jabones liberados por el calor del metabolismo; aquel era el olor, y allí no estaba. Tansy había desaparecido con el muerto del cuarto de baño.

Emití un gañido, dejé la bandeja del desayuno en el suelo de madera pulida del vestíbulo y encendí el interruptor de la luz. Las mantas de la cama estaban retiradas, pero no vi signos de lucha. Las dos limpias zapatillas algo desgastadas de Tansy estaban a la izquierda de la cama, y su reloj estaba en el aparador, junto a un vaso de agua medio lleno. Había un pequeño libro abierto y boca abajo, como si lo hubiera estado leyendo la noche antes y la hubieran interrumpido; Tansy siempre cerraba los libros y utilizaba un punto de lectura decorado.

—Oh, mierda —dije consternado—. Oh, mierda.

Recorrí a toda velocidad las habitaciones de la planta baja, incluso eché un vistazo en los armarios, y después troté escaleras arriba e hice lo mismo. No había ninguna puerta cerrada con llave, todas las habitaciones estaban vacías, incluso el cuarto de baño en el que el hombre muerto había...

Corrí escaleras abajo y salí por la puerta de atrás, tras recoger la enorme llave de la repisa de la chimenea. Unos pequeños pájaros salieron volando sorprendidos de la hierba en la que habían estado molestando a insectos y gusanos, y una urraca chilló en lo alto de un eucalipto junto a la cerca. No podía ver a Tansy por ninguna parte. Corrí hasta la pequeña caseta. Vacía, llena de olores a aceite, metal y gasolina del cortacésped, nada humano.

Volví a su dormitorio y rebusqué. Nada. Algo llamó mi atención, el extraño título de su lectura. Cogí el libro. *SgrA* \*. ¿Qué clase de título era aquel? Lo abrí y lo leí con creciente sorpresa. No era el tipo de cosas que mi querida tía abuela solía leer antes de dormir.

«Necesitaba a Arthur consciente, si es que aquello significaba algo, así que paralizamos su musculatura voluntaria con bloqueadores nerviosos estándar, esos descendientes lejanos del mortal curare, para evitar que se estremeciera o algo peor. Mi enfermera, Melissa Demetriopoulus, que también se encargaba de la anestesia, le introdujo una dosis muy pequeña de hipnótico en la sangre a través de una cánula intravenosa».

Alguien llamaba a la puerta cuando volví en mí, alternaba los golpes con ruidosos timbrazos.

—Para el carro —gruñí, avergonzado por espiar los inesperados intereses privados de Tansy, y aterrado también mientras caminaba con torpeza por el oscuro vestíbulo. No podía ser tía Tansy; ella siempre llevaba una llave de la puerta principal colgada del cuello en una gruesa cadena, algo en lo que yo había insistido después de que se quedara en la calle un día. Pobre anciana.

La señora Abbott me miró con sorpresa.

—¡August! Tu tía no te esperaba hasta la semana que viene.

—Por casualidad no sabrá dónde está, ¿verdad? Oh, lo siento, entre. —Me hice a un lado y cerré la puerta detrás de ella. Hice un ruido fuerte, tranquilizador, o habría resultado tranquilizador si tía Tansy hubiese estado en el lado correcto de la puerta.

—¿Por qué? ¿Ha salido ya? Bueno, es domingo, ¿sabes? Quizá esté probando al nuevo pastor de St. Bartholomew, el pastor Jules; dicen que sus sermones son ardientes. —Me guiñó el ojo con picardía—. Y que es pero que muy guapo.

Me encogí de hombros y la acompañé a la cocina. Santo cielo, había salido de una especie de *thriller* escalofriante para caer en una novela de Jane Austen. Pero no, Tansy era una gran aficionada a las religiones desde hacía tiempo. La última vez que había estado allí, asistía a un templo teosófico de alguna clase, la Hermandad de la Química Oculta de Annie Besant. Dejé a la señora Abbott con una taza de té, regresé al dormitorio de Tansy y recogí el desayuno desperdiciado de la puerta, mientras le daba bocaditos al bacon como un mapache ansioso. La teoría de la iglesia no tenía mucho sentido. Era cierto que Tansy podía haberse quedado dormida hasta tarde (era probable), haberse vestido a toda prisa y, por eso, haber dejado la cama sin hacer (bastante improbable), pero con las zapatillas en su sitio. Además, ella era una persona muy puntual, y no me podía creer que se hubiera ido sin el reloj.

Solo para estar seguro, cogí las llaves del coche y conduje hasta St. Bart, al pie de la colina junto al barrio *yuppie* de Westgarth. Al entrar, la pequeña iglesia de piedra y ladrillo olía a flores y a ropa de domingo, con un ligero regusto a incienso, y el predicador estaba en pleno discurso. Me quedé de pie en la parte de atrás y examiné la multitud de devotos sentados en los relucientes bancos de madera. Un par de cabezas se volvieron cuando atravesé la puerta desde el vestíbulo, viejas cabezas grises de la misma cosecha que mi tía abuela Tansy. Una frunció el ceño y cloqueó, para después inclinarse a cuchichearle a su vecino. Pero había otros parroquianos más jóvenes que escuchaban absortos la vigorosa actuación del reverendo Jules. Los informantes de la señora Abbott llevaban razón. Era alto, tenía un aspecto impecable con sus vestiduras negras y una densa barba oscura que lo hacía parecer el icono bizantino de algún santo sensual. Algo en su aspecto me recordaba a... No me salía, así que me moví a un lado para tener una vista mejor de la congregación. Tansy no estaba.

—Este no es el mundo real —les decía el predicador mientras me miraba con tranquilidad y señalaba con la cabeza un banco vacío. Me quedé donde estaba y seguí buscando a Tansy con los ojos. El corazón me dio un vuelco. No había duda de que Tansy no estaba allí—. Evangelio de San Juan, capítulo 17, versículo 14: «Y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo». —Podría haber jurado que levantó los ojos del texto y miró al otro lado de la nave para clavar la vista en los míos—. Sí, y en el capítulo 8, versículo 23:

«Y les dijo: vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo». —No podía haberme guiñado el ojo con malicia, ¿verdad? Con un ligero temblor, me volví a introducir en la luz del día y el aire cálido. Los coches pasaban, más de uno con hip-hop a todo volumen, un estilo que a mí no me gustaba mucho. Siempre había sido un chico chapado a la antigua. Recorrí a toda prisa el terreno de la iglesia, pero Tansy no yacía inconsciente sobre la hierba. Al volver al coche, en el interior se oía una canción suave y desigual, algo sobre una vieja y dura cruz.

La señora Abbott esperaba ansiosa en el porche delantero. Sacudí la cabeza y me encogí de hombros. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Estoy seguro de que está perfectamente —dije sin creérmelo demasiado—. ¿Por qué no vuelve mañana y...?

—Ya no me toca volver hasta el miércoles —me contestó ella a modo de reprimenda. Para que supiera que aquella no era forma de tratarla—. Solo vengo los domingos como favor especial a una señora querida y portentosa, Dios la bendiga. Santo cielo, si le ha pasado alg...

La acompañé a la calle mientras le daba palmaditas en el hombro.

—Me pondré en contacto con los hospitales y la policía —dije—. Debe haberse despistado por la calle, no puede andar lejos.

—Dios mío, Dios mío —lloriqueaba la mujer; después se fue hacia el tranvía de High Street con un enorme bolso en el brazo, el sombrero en la cabeza y un pañuelo sobre los ojos hinchados. El enorme reloj de la pared había tictac en el vestíbulo con estudiada indiferencia. Fui al dormitorio de Tansy y volví a buscar pruebas de una crisis nerviosa... o peor, de allanamiento. Nada. Olores de anciana, ropa bien doblada en los cajones, vestidos colgados en armarios con un ligero olor a bolas de naftalina.

Me senté en la cocina, puse la cabeza entre las manos e intenté encontrarle algún sentido.

—Volvieron a por ella —me oí murmurar.

Era una idea totalmente estúpida, pero era lo único que tenía algún sentido. No tenía ni idea de quiénes eran, no del todo. No me creía lo que Lune me había dicho, no creía en que hubiera otros mundos además del nuestro... ni el del predicador de Westgarth, ni el estafalario aunque lucrativo mundo de inspiración psíquica de Tansy, ni siquiera el demencial testimonio de una bella intrusa que había jugado conmigo en un cuarto de baño a medianoche.

Pero era la única pista que tenía.

Me bebí lo que quedaba de la taza de café frío, mastiqué el bacon grasiento de mi plato y subí torpemente las escaleras para mirar el espejo.

Di unos golpecitos en el cristal. Tembló un poco en su pesado marco de pared, y el cristal me hizo daño en los nudillos. Me sería tan fácil atravesarlo como a un pájaro volar a través de una ventana cerrada. Aquello hizo que

volviera a temblar. Tan *fácil como a un cadáver*, pero había ocurrido. A no ser que todo aquel episodio no hubiese sido más que una ilusión o un mal sueño, y ya había decidido que pensar eso no era más que rendirse a la cobardía y al engaño. *Había ocurrido, acostúmbrate, enfréntate a ello*. Apoyé la frente en el cristal y oí un débil chirrido cuando mi barbilla sin afeitar lo raspó. Intenté ver a través del espejo, pero solo pude ver a mis asustados globos oculares marrones devolviéndome la mirada.

Me sentía como un idiota, pero saqué dos cajones hasta más o menos un tercio de su longitud y los usé como escalones para subir con cautela al lavabo. Apoyé el hombro en el cristal y empujé, y el cristal me empujó a su vez. La ley no sé qué de acción y reacción de Newton. Levanté una bota y empujé el espejo con la punta. No entró dentro.

—Quizá solo funciona los sábados por la noche —murmuré en voz baja—. Quizá necesite una llave. —Me reí por lo bajo y después tragué saliva. Quizá yo tuviera la llave.

Con cuidado, haciendo equilibrios a la pata coja a un centímetro del lavabo, me quité una bota y el calcetín izquierdo. Agarrado al borde superior del espejo con tres dedos, con el calcetín cogido entre el pulgar y el meñique, levanté la pierna y apreté la plateada «marca de la bestia» contra la fría superficie.

El cristal comenzó a derretirse, como si fuera una brillante niebla plateada.

Desequilibrado, di un traspies y caí dentro de aquella maldita cosa, en el espacio donde antes había estado el espejo. Todavía tenía el calcetín en la mano derecha y, mientras caía, alargué el brazo hacia la bota izquierda y la agarré por los cordones. Dio un bote y el talón me golpeó la cara. Casi no me di cuenta, porque en ese momento volé por los aires y caí en un suelo mugriento bajo unas luces rojizas. Me zumbaba la cabeza. Me había mordido la lengua. Olía a aceite y metal viejo, corrosión. El distante retumbar de mi cabeza no era por culpa de la conmoción, ni tampoco por la caída; en algún lugar lejos de allí había una gran máquina que daba golpes, metal contra metal.

Me levanté, más asustado que nunca antes en mi vida, y me di la vuelta en busca del espejo. No del espejo, de la parte de atrás del espejo. Tenía que haber una...

No había espejo. Ni pared. La habitación roja se extendía a mi espalda y subía a ambos lados hasta perderse en unas altas ventanas *art déco* llenas de telarañas cubiertas de manchas de suciedad, en las que el polvo de muchos años se había aposentado, para después convertirse en barro por la acción de la lluvia.

No era Kansas, ni Northcote, ni ninguna puñetera parte del mundo conocido.

Me había venido a la memoria una frase de Lune. Me reí en voz alta y sacudí la cabeza con incredulidad.

—Estoy fuera de la Competición —dije en voz alta. El vacío, el latido de la distante máquina parecieron tragarse mis palabras. Levanté la cabeza, abrí

mucho los ojos, respiré hondo y grité con todas mis fuerzas:

—¡Modo entrada!

En el silencio casi absoluto, a pesar de los ecos, nada se movió. A lo lejos, el golpeteo continuó como el latido de una máquina, regular, casi inaudible al cabo de un rato, cuando el oído y el cerebro ya lo habían descartado. Di una patada furiosa en los polvorientos tablones del suelo con la bota que tenía puesta, después suspiré, me sacudí el pie descalzo y frío, me puse el otro calcetín y las botas, me agaché y até los cordones con fuerza. Algo corrió por la pared y se detuvo, como una salamanquesa. Sacudió sus tentáculos delante de mí, se quedó quieto y desapareció.

Corrí hasta la pared, y la cosa se movió muy rápido. Al instante, cambió de forma su pelaje o caparazón para adoptar el color sepia apagado de la pared, pero pude verle los bordes mientras corría hacia el techo. Salté, intenté darle un tortazo, pero fallé. La cosa se deslizó hasta llegar a la esquina del arquitrabe y se esfumó a través de un pequeño agujero.

Una máquina.

Aquello era lo más asombroso. No era un pequeño animal. Era un dispositivo robótico de algún tipo.

Empecé a reírme y di la espalda a la pared para apoyarme en ella, mientras me reía cada vez más fuerte, entre resuellos de dolor. Me caían lágrimas por la cara. Caí hacia delante mientras me sujetaba el diafragma, porque me dolía. Las paredes lejanas me devolvieron los ruidos de risa, escalofrantes y sepulcrales, y aquello sólo hizo que todo resultara más absurdo y aún más divertido. No me quedaba aire en los pulmones. Creía que me iba a desmayar. Me deslicé por la pared y me encogí en el suelo asqueroso y desierto.

De algún modo, aunque resultara imposible, estaba en una simulación, tenía que ser eso. Conocía los juegos de simulación en línea, claro, había jugado a *Sim City* en interminables iteraciones cuando era niño, había entrado en la imaginaria familia de *Los Sims*, me había abierto paso con dificultad a través de los escenarios mágicos de *Myst*, incluso había pasado un par de meses en *Anarchy Online*, mientras mi avatar recorría la ciudad de RubiKa, a veces como Doctor y a veces como Nanotécnico.

Aquello no era nuevo para mí; por eso me fastidiaba. De hecho, de pequeño había disfrutado de una serie de televisión llamada *Salto al infinito* en la que un grupo de gente confusa viajaba (a intervalos muy convenientes de cincuenta minutos por episodio) a través de una especie de retorcido y reluciente agujero de gusano entre mundos paralelos. Una idea poco original, tío. Pero, por lo que sabía, ningún científico serio la respaldaba en el mundo real. No era normal abrir el último ejemplar de *Nature* y leer que los principales laboratorios internacionales de física de partículas propusieran abrir un umbral que llevara a una realidad adyacente. Agujeros negros diminutos, sí, ya lo habían probado en

el CERN. Los estados cuánticos entrelazados de micromedios cuidadosamente establecidos también aparecían de vez en cuando. Pero no aquello. Nada de espejos que se podían atravesar. Nada de espejos cuya parte posterior desaparecía tras pasar al siguiente mundo, Nada de mundos sucios y vacíos en los que reptiles robóticos que cambiaban de color te miraban fijamente y después desaparecían en las paredes.

En algún lugar cercano, un ascensor cobró vida con un zumbido.

Reaccioné de inmediato y busqué un sitio donde ponerme a cubierto. No había nada a mano. Ni tampoco puertas de ascensor. Me asomé rápidamente a la ventana que tenía más cerca y miré la calle a través de las manchas marrones. Estaba claro que aquello ya no era Northcote. Podría haber sido una calle desierta cualquiera del interior de una ciudad pequeña en un importante día festivo. Lo espeluznante era la ausencia de coches aparcados. Ni uno. No había páginas de periódicos ni envoltorios de golosinas volando con la brisa. Me alejé de la ventana justo cuando paraba el ascensor, y las puertas se abrieron con un siseo. Una luz amarilla salió de la pared más alejada, donde hacía un instante había visto otra ventana *art déco*. *Trompe l'oeil*, «truco óptico», uno de los ardides favoritos de aquel estilo de arquitectura, me parecía recordar. Y de las puertas abiertas brotó...

Una cascada de «cosas» salió corriendo, brillantes latas pulidas con esbeltas patas de araña, serpientes segmentadas con colores de alfombra, robots del tamaño de ratones, gatos y perros, y un par de cubos de limpieza de solidez industrial. Algunos corrían hacia la izquierda, otros hacia la derecha, un puñado de ellos subió por la pared y se colgó del techo. El resto fueron directos hacia mí.

No me podía mover. La barriga todavía me dolía después del ataque de risa histérica, y tenía los ojos borrosos por las lágrimas. Me las limpié con el dorso de la mano y me agaché, preparado. Pero ya se habían detenido. Un semicírculo de robots de una encantadora variedad de tamaños y formas me observaba con sensores parecidos a los ojos de las abejas, de múltiples caras; movían antenas y sacaban lenguas de serpiente, probablemente en busca de mi hedor y mis feromonas. Uno de ellos dijo con una voz alta y clara:

—Inocuo.

Me quedé donde estaba, listo para entrar en acción violenta o para huir a toda velocidad.

—Retiraos —dijo una voz de mujer. Las máquinas se quedaron justo donde estaban, pero perdieron cierto aire de urgencia. Las lenguas se retiraron, los tentáculos se relajaron. Me quedé mirando la luz amarilla y vi a una mujer de unos treinta años entrar en la habitación con confianza.

—¿Y quién es usted, joven? —me preguntó mientras se acercaba sin preocupación alguna por el riesgo que yo pudiera suponerle. Llevaba zapatos cómodos y un pulcro corte de pelo que no contribuía a mejorar su aspecto. El

ruido de los anchos tacones sobre los tablones del suelo rompía el silencio. Su mirada marrón me recorrió con mal humor, pero no encontró nada digno de mención—. Vamos, chico, relájate. Te he preguntado tu nombre.

El acento era difícil de localizar. Parecido al de un europeo de clase alta que hubiese vivido en la costa occidental de los Estados Unidos durante muchos años.

Me aclaré la garganta y alargué una mano.

—Seebeck. August Seebeck.

Aquello la sobresaltó.

—No tiene gracia. —Dejó el brazo pegado al cuerpo. Los extremos de los labios bajaron un poco—. ¿Quién eres y cómo has llegado aquí?

Me puse derecho.

—Ya te he dicho mi nombre. ¿Quién eres tú?

—Y yo te he dicho que no te creo, chico insolente. Si quieres saberlo, soy Ruth. —Si esperaba que yo me sorprendiese, la decepcioné. Seguí mirándola a los ojos. Ella frunció el ceño ligeramente—. Ruth Seebeck.

—Oh —dije yo. Bajé la mirada y sacudí la cabeza—. Oh.

La mujer se dio la vuelta y, con despreocupada malicia, dijo:

—Traedlo, niños. En silencio.

Con una velocidad que quitaba el aliento, una serpiente con estampado de alfombra de Axminster retrocedió un poco, con el acero dentro de su hélice alfombrada, y después se me lanzó a la cara. Di un salto atrás, pero ya me había metido su cabeza dentro de la boca; me ahogaba. Aquella cosa se retorció de forma compulsiva alrededor de la mandíbula, el cuello y la parte superior de los hombros, sin dañarme pero con firmeza. Yo me ahogaba, inspiraba nervioso por la nariz. Sentía cómo se me cerraban los conductos nasales y las vías de aire se bloqueaban. Intenté quitarme el robot de encima con las manos, pero el peso de una docena de máquinas del tamaño y la masa de ratas me lo impedía. Me hice a un lado y, de algún modo, el cubo me esperaba agachado, así que metí dentro el pie izquierdo cuando el cubo volvió a ponerse derecho sobre sus ruedas. Me puse furioso, indignado, ya no me hacía gracia. Algo me mordió el tobillo derecho. Tras resoplar con un ronquido áspero, le di una patada; lo tenía pegado y se deslizaba bajo la bota. Cuando volví a bajar el pie, la bota se deslizó hacia delante, como si caminara sobre patines.

La mujer treintañera con el nombre imposible ya estaba a medio camino del ascensor; el pelo corto se le balanceaba, aunque la falda de cheviot de bibliotecaria apenas se movía. No miró atrás. Su colección de contorsionistas robóticos me llevó tras ella, mientras un pie se me deslizaba sin fricción alguna y el otro seguía atrapado dentro de un cubo con ruedas. Mis ojos estaban otra vez nublados por las lágrimas, pero esta vez de rabia y frustración. Entramos en el ascensor con el resto de la tropa detrás; al entrar, se apilaron en orden, como si



fuera un truco de magia.

—A casa —dijo Ruth Seebeck. Casi me vino bien que los robots me tuviesen sujeto, porque me hubiera caído al suelo. El compartimento del ascensor se deslizó con elegancia hacia la izquierda.

Me depositaron en un cómodo sillón de piel resbaladiza, en el agradable y algo apagado salón del piso de Ruth, si es que era su piso. Unas fuentes ocultas de sonido emitían algo nervioso e inconexo de, de... *em...* Alban Berg; lo reconocí por el repertorio de Itzhak. La serpiente salió de mi boca, y me dejó la lengua y los labios secos y llenos de fibras. Intenté escupirlas, pero me malinterpretó.

—No adoptes esa actitud conmigo, joven.

—Agua —dije—. ¿Por favor?

La mayoría de las máquinas se había retirado, pero seguía sujeto, ahora con los pies juntos y los brazos bien apretados contra la suave piel que me rodeaba. Ruth hizo un gesto; me soltaron el brazo derecho. Saqué un pañuelo, me soné la nariz y tosí.

—Dadle algo de beber.

Una cosa alta y esbelta se acercó de inmediato con un vaso alto y esbelto de burbujeante agua mineral en su extensor. Le di un trago. Las burbujas me subieron por la nariz, como suele pasar. Me ahogué y tosí un poco más, di un trago y dejé el vaso.

—¿Has comido? Estaba a punto de tomar el almuerzo. Puedes comer conmigo. Soltadlo.

Me froté los tobillos y me levanté con cautela. En la mesa, visible a través de unas puertas abiertas de cristal claro y vidrieras que daban a la siguiente espaciosa habitación, había un jarrón de cristal con flores amarillas y azules, una botella de vino blanco, una ensalada de marisco fresco en un enorme cuenco de madera y una enorme fuente cubierta de la que salía un oloroso vapor. Unas cosas trajeron corriendo un juego extra de cubiertos y lo colocaron en el otro extremo de la mesa, cerca de una servilleta dentro de un anillo de plata algo deslustrado. Me di cuenta de que, de hecho, estaba hambriento, a no ser que se tratase de los ácidos del miedo. No me gustaba empezar el día sin un buen desayuno.

—No, gracias —dije—. Desayuné hace tan solo unos cuantos...

La silla se apartó sola. Ruth hizo un gesto para que me sentara.

—Siéntate. No pienso comer sola mientras te quedas ahí de pie, y no tengo otro sitio donde ponerte. ¿Qué quieres decir con que acabas de desayunar? Ya son más de las doce, ¿eres uno de esos dormilones que se pasan holgazaneando los mejores años de sus vidas? Dadle un poco de ensalada y arroz hervido.

Miré el cuenco, que estaba cubierto de hojas rizadas de lechuga romana rellenas de una mezcla de cangrejos japoneses pelados y dados de langosta, además de lo que parecían ser trozos de una especie de pescado blanco y tomate

picado. Podía oler el aliño de aceite, vinagre y mostaza. Tras un correteo y algunos deslizamientos, la comida estaba en un plato delante de mí. Me llenaron el vaso de un chardonnay dorado pálido. Era evidente que Ruth estaba esperando a que yo empezara, con el tenedor levantado como la batuta de un director. Pensé en bendecir la mesa, para ver cómo reaccionaba, pero decidí no hacerlo. Por lo que yo sabía, ella era Dios.

—Supongo que no eres australiana —dije. El marisco era excelente; atacué mi plato.

—¡Santo cielo, de ninguna manera! —De repente, inclinó la cabeza a un lado—. Ah, eso explica el acento bárbaro. —Le dio dos mordiscos pequeños, de señora, a la comida; estaba claro que intentaba no perder la calma—. Confío en que tú y tus amos comprendáis que esto supone una completa abrogación del Acuerdo.

—¿Qué? —Probé el vino, que era magnífico—. Lo siento, yo...

—Esto es cosa de Marchmain —me dijo en tono especulativo.

Sacudí la cabeza con la boca llena de langosta y arroz integral hervido a la más esponjosa perfección.

—Entonces de Jules. —Vio cómo yo pestañeaba sorprendido—. ¡Ajá! ¡Ese cabrón! ¡Ese chivato entrometido, pestilente y desaprensivo! —Y entonces, aunque resultara increíble, sonrió. Encogiéndose de hombros, Ruth Seebeck echó la cabeza hacia atrás en un gesto repipi y autosuficiente que resultaba odioso—. Bueno. Sigue comiendo, «August» o como te llames. En su tono se podían oír las comillas que ponían en duda mi nombre. Quizás aquella mujer fuera una especie de pariente, pero no estaba siendo muy cordial, por no hablar de filial. No tenía ni idea de qué coño se le había metido en su estirada mollera, como solían decir los chicos de Chicago—. ¿Preferirías un buen borgoña? ¿O quizá algún licor? ¿Ron, quizá? El condenado tiene derecho a una buena comida.

Todos los tendones del cuerpo me pedían saltar de la mesa, darle una patada a la silla y salir corriendo de la habitación. O, llegados a eso, atacar a la mujer que me observaba con el peligroso y peculiar aspecto de estar divirtiéndose. Pero todos aquellos meses de artes marciales habían valido la pena. Me quedé donde estaba, respiré todo lo lenta y regularmente que pude, y aflojé la presión con la que sostenía el cuchillo.

—No conozco a ninguna de esas personas, señora Seebeck.

—Señorita —dijo ella—. No quieras ponerte formal ahora. No me mientas, chico; conoces a Jules.

Empezaba a relajar los músculos rígidos de la espalda.

—De hecho, no lo conozco. Pero he estado hoy en una iglesia en la que un tal reverendo Jules daba un sermón. Buscaba a Tansy. ¿Sabes qué le ha pasado a mi tía?

Ruth hizo caso omiso de la pregunta y soltó un bufido.

—¿Otra vez se ha puesto el alzacuellos? Siempre ha tenido un gusto macabro por las órdenes sagradas, el viejo Jules. Tan malo como Avril. —Volvió a endurecerse—. Pero el hecho sigue ahí; ¿admites ahora que los dos habéis violado atrocemente el Acuerdo? Si quiero, tengo perfecto derecho a eliminarte. —Hizo una pausa y yo volví a pestañear con fuerza, mientras se me aceleraba el pulso a pesar de mis mejores intenciones. Nadie me había amenazado nunca de muerte, literalmente. Una fracción de segundo después, Ruth siguió hablando—. Si eligiera esa opción. Pero el caso es que renuncio a ese derecho... por el momento. Cómete el almuerzo, chico. No tengo intención de importunarte.

Me encogí de hombros mientras la sangre me latía en los oídos, cogí una succulenta gamba por la cola y chupé la carne. Ruth volvió la cabeza por encima del hombro y, sin dirigirse a nadie en concreto, dijo:

—Dame a esa mierda de Jules.

De nuevo, escuché aquel sonido, el de la noche anterior, y se me pusieron los pelos de punta; una especie de desgarrón, como cuando te sientas de golpe en una silla de director podrida, y la lona se raja bajo tu peso y te tira al suelo. Le pasó a Davers el loco una vez; todos se rieron como imbéciles. En medio del salón, en el otro extremo de la mesa de comedor, se abrió un agujero y un olor a incienso entró en la habitación. Las velas, colocadas en unos candeleros de plata sobre el altar de roble con una simple cruz de madera, empezaron a echar humo y a parpadear. El reverendo Jules nos miró, a tamaño real y sorprendido, y después, con un teatral suspiro de paciencia, levantó la mano derecha, llena de anillos y cubierta de negro hasta la muñeca. Mientras él abría la boca, yo me puse en movimiento, cogí el borde de la mesa y di un salto para ponerme sobre la silla, de ella salté a la mesa y la crucé en dos ruidosos brincos, pero resultaba obvio que la ventana imposible abierta a ninguna parte, quizá a mi propio mundo, estaba demasiado lejos para saltar hasta ella desde la mesa. Joder.

—A la mierda —dije mientras tomaba aire y, como un jugador de la liga australiana de fútbol que levitara sobre la espalda de su compañero para coger la bola que gira justo por encima de sus cabezas, aplasté los hombros de Ruth Seebeck con las botas, un pie directo en cada hombro, y me lancé usándola como fulcro. Mientras ella caía por el impacto, oí que Jules decía fríamente:

—Cierra el Schwelle.

—Desvía a... —gritó Ruth con furia aguda. Y ya no entendí más, porque lo atravesé y caí en un estanque azul cubierto del verde de unos nenúfares, y una mujer con una túnica solemne que tenía cierto parecido con Ruth, con mi madre y quizá un poco conmigo me miró con la boca verde abierta, y entonces yo caí al agua con un chapoteo ruidoso, agité los brazos y me ahogué, me golpeé la mano con algo del fondo, el agua se introdujo en mis cavidades y, para cuando me hube puesto de pie para caminar hasta el borde, la ventana había desaparecido.

La mujer estaba furiosa.

—Ember, sal de aquí, zoquete. —Me miró mejor mientras yo vacilaba—. Maldita sea, ¿quién demonios eres?

Yo sonreí alegremente.

—Hola —dije—. Lo siento. Soy August. ¿Y tú?

—¿August? ¿Qué? Imposible. —Y después siguió—. La Sibila Avril —dijo en voz baja—. Acabas de arruinar tres cuadrantes de preparaciones. En nombre de la Antigua, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Ha sido uno de esos días —dije mientras me subía al caliente del borde. Todavía llevaba un pequeño robot fuera de servicio colgado de una de las perneras de los vaqueros, por encima de la rodilla. La mano derecha empezaba a latirme de forma extraña, y, bajo la luz verdosa, vi que estaba sangrando por una larga raja en la palma, en el punto donde me había arañado con el fondo de ostras abiertas del estanque, y el corte me había atravesado los músculos hasta llegar al hueso. La mitad de la carne de la palma me colgaba como una aleta blanca de carne de pollo.

Con un escalofrío, todo se volvió gris, o algo así.

## 5

Para su cincuenta y tres cumpleaños, el Conjunto de Lune la invitó a cenar en un cognado de un gran incendio de Londres. Un fuerte viento alejaba las llamas de su hospedería, aunque el calor y el humo apestoso les llegaban en ráfagas discontinuas, muy apropiadas para dar grititos de emoción. El hollín negro caía como confeti, deshechos de paja chamuscada de los tejados, madera carcomida ardiendo, carne humana. Las iglesias, las casas de vecinos y las casas de putas, todo ardía por igual hasta los cimientos, la furia de las llamas estaba acabando con más de la mitad del gran pozo negro que era la ciudad. Divididos entre el terror y la rapacidad, el anfitrión de cara picada y sus asustados criados seguían de servicio y les llevaban ricas comidas. Cenaron manitas de cerdo maceradas en sangre de lechón, budín de sebo cubierto de manteca dulce, y una cantidad excesiva de lampreas, con suave cerveza amarga para bajarlo todo. La luz del fuego manchaba las paredes de la taberna y hacía que les bailaran los ojos.

Para tomar el postre y una copa, la llevaron a través de un Schwelle a Tenayuca, un lugar ruidoso, lleno de martillos neumáticos, bocinas de vehículos y aviones en vuelo. A las 11:52 de la mañana estaban sorbiendo coñac y viendo cómo un semibalístico de pasajeros atravesaba una enorme pirámide azteca de cristal y acero pulido que se encontraba a varios metros de distancia, tal y como ellos habían supuesto. Lune observaba horrorizada cómo subía la nube de humo blanco, mientras el postre quedaba olvidado en la mesa.

—Obra de saqueadores, sin duda —dijo Morgette mientras comía helado—. El trabajo de esta mañana hará que todo el haz local entre en una espiral descendente de venganza, paranoia, terror e ignorancia. El abandono de todo por lo que realmente merece la pena luchar. Es tan patético. —Dejó a un lado la cuchara y miró (con avidez, según le pareció a Lune) las turbulentas nubes de hormigón roto, cuerpos rotos, sueños rotos—. Es tan irónico. Una puta pérdida.

Consternada, Lune observó cómo los humanos salían corriendo con rostros pintados desteñidos por la tristeza y la incredulidad; las lágrimas les resbalaban por las mejillas y emborronaban la pintura. Ella tenía un doctorado en Mecánica Ontológica y un diploma práctico en Ingeniería de la Realidad, pero aquella brutalidad tan fortuita siempre le bajaba la moral. Morgette, notó de nuevo con asco, sonreía mientras observaba la conmoción de la calle; disfrutaba de una especie de placer hastiado. Durante más de dos décadas aquel había sido también el trabajo de Lune, pero se aferraba con pasión a la esperanza de que

sus atrocidades rutinarias no la pudieran por dentro. Sería muy fácil engañarse a sí misma, considerarlo tan solo una realidad virtual, una simulación, un modelo.

Salió a la calle y se tiró del pelo. Una vez estuvo fuera, solo pudo mirar. Una multitud se reunió en medio del tumulto, algunos tomaban fotos. Un hombre con turbante sacó una cámara desechable y la disparó unas cuantas veces.

—Vuelve dentro. Vas a fastidiar tu fiesta.

—Morgette, tengo que ver si puedo ayudar en algo. —Se dio cuenta de que estaba llorando. Alguien chocó contra ella, un esbelto hombre negro con un *maxtli* de negocios. Su capa *tilmatli* estaba cubierta de hollín, manchada de sangre, rota por el hombro; sus adornos de oro estaban torcidos. El hombre se tambaleaba hacia el borde de la acera, a punto de caer.

—Eh, deje que le ayude. —Las palabras y la gramática náhuat salían sin esfuerzo. Lune le puso un brazo sobre los hombros y lo condujo al centro del camino— Tenemos que encontrar un sitio donde sentarlo hasta que encuentre un ambulancia.

—¡No! —Lune tuvo que inclinarse para entender su voz áspera, dañada por los humos químicos del edificio en llamas—. Mis esposas. Nos separamos. Las dos están ahí dentro. Tengo que volver a buscarlas. —El hombre se apartó de Lune, confuso, y se alejó de la estructura humeante.

Lune volvió al destrozado zigurat angular, primero a paso rápido y después corriendo. Cruzó la calle a pesar de estar el semáforo en azul y oyó que la multitud volvía a gritar de terror a su alrededor. Dos semibalísticos más iban derechos a la corona abierta de la pirámide. Con un horror fascinado, observó cómo los semibalísticos se estrellaban en las entrañas del lugar, convertidos en una bola de fuego.

—¡Joder, eso no ha sido un accidente! —gritó alguien en la multitud, náhuat con acento lakota. Los policías y los bomberos empezaron a gritarle a la gente que se quedara atrás; Lune se acercó. Restos ardiendo llovían del lateral del edificio sin techo, donde algunos fragmentos de las naves habían caído a la calle tras tambalearse lentamente. A través de los agujeros abiertos salía humo negro. Por alguna razón, el olor a quemado y la ceniza a la deriva le parecieron más urgentes, más horribles, más reales que la ruina de Londres de hacía unos minutos. ¿Podría ser la profunda anormalidad de los olores? ¿Todos los materiales sintéticos, los residuos de toneladas de combustible que ardían explosivos como bombas, el aislamiento, las plumas de fibra sintética de cientos, miles de muertos? Más gente pasó corriendo junto a ella; muy deprimida, observó cómo un ser humano saltaba de una alta ventana del edificio destruido, daba tumbos por el aire y movía las piernas como si intentara permanecer erguido, con un enredo de cuerdas de quipu anudadas en la mano. Los escombros ennegrecidos caían sobre la acera. Algunos copos le cayeron en la

mano extendida, quizá carne carbonizada. *Debería salir de aquí*, se dijo a sí misma. *¿De qué sirve mi presencia? Esto es voyeurismo, no estudio. Debería regresar a mi fiesta de cumpleaños.* El cuerpo no la obedecía.

La gente seguía saliendo por las entradas principales del edificio, muchos incapaces de andar. Dos hombres con una especie de traje de emergencia agarraban a una mujer obesa vestida como un pájaro llamativo y la metieron en una ambulancia. Lune corrió detrás de ellos.

—¿Necesitan ayuda?

—¿Es usted enfermera diplomada? —le gritó uno de ellos. Ella sabía que el tumulto era tremendo y que, bajo el ruido de las sirenas y las voces, su propia voz casi se perdía.

—No, pero...

—Tiene que salir de la zona si no tiene conocimientos médicos ni es parte del cuerpo de bomberos. —*No tiene por qué gritarme*, se descubrió pensando Lune, irritada. Una mujer salió cojeando de los edificios, obviamente dolorida.

—Deje que le dé la mano. —Lune le ofreció el brazo, y la mujer se apoyó pesadamente en su hombro. No llevaba zapatos, tenía los pies marrones ennegrecidos y los diseños geométricos de su *huípil* de manga corta manchados. Quizá fuera una guapa recepcionista, afeada por el hollín y la demencial crueldad de aquella mañana.

—Tengo que buscar un teléfono —decía la mujer—. Tengo que llamar a mi marido para que sepa que estoy bien.

—Encontraremos un teléfono. En esa tienda de ahí le dejarán usar el suyo. — El encargado, retorciéndose las manos y con la cara gris bajo la pintura, dejó que la mujer se sentara, pero dijo que el servicio telefónico no funcionaba. Lune volvió al exterior y comenzó de nuevo a caminar hacia el zigurat. En el bordillo, justo antes de cruzar la calle, oyó un rugido sobre ella. ¿Un cuarto balístico? Se dispuso a abrir un umbral mientras miraba al cielo. El sol caliente estaba muy alto. No. Un lateral entero de la estructura que tenía más cerca estaba cayendo hacia el interior; temblaba como un sueño. Se dio la vuelta y corrió lo más rápido que pudo, una manzana entera; después se detuvo y se dio la vuelta. Un montón de escombros y asqueroso humo polvoriento. La gran pirámide había simplemente... desaparecido.

*Antes, grandes bosques llenos de animales, pájaros y unos cuantos humanos llenaban este lugar, o lugares como este*, pensó; en muchos mundos seguían haciéndolo. Riachuelos prístinos y bosques protectores. Culturas capaces de vivir en unidad con el orden natural; fuese este como fuese, tuviese el origen que tuviese, al margen de lo perversas de sus raíces. Ruido blanco le zumbaba en los oídos. Alguien la arrastró de un tirón hasta ponerla bajo un toldo. Caían polvo y escombros. Entre toses, se colocó la blusa *huípil* sobre la boca y la nariz para protegerlas del polvo y el humo. *Esto es lo que hacen las máquinas K deformistas*,

se dijo a sí misma, acurrucada junto a la relativa seguridad de la pared que tenía detrás. Alguien o algo había estrellado aposta unos semibalísticos en aquel edificio lleno de humanos, lo había golpeado en el punto justo para hacerlo caer, y la gran cascada de ondas expansivas que surgiría de aquel momento quizás acabara con toda la civilización industrial de un mundo, de un haz de mundos. Y ellos lo hacían por la estremecedora alegría de realizar tal hazaña, por la pura emoción. Era una parte esencial del método de los Jugadores y de sus adversarios. Escoge el fulcro correcto, el punto de entrada más vulnerable para tu cincel, y el daño que inflijas se propagará como el fuego. Criar, cosechar, construir es un trabajo duro, a veces produce un amargo cansancio, pero destruir es fácil. Puedes hacer que todo desaparezca. Una persona con la palanca correcta puede destrozarse una realidad.

A trompicones, entre las sirenas y los sollozos, Lune regresó a la cafetería. En las mesas todavía quedaban platos sucios y vasos medio vacíos. El Conjunto se había marchado. Respiró con gran esfuerzo, abrió un Schwelle y siguió a sus integrantes.



## 6

Una década antes, me habían enviado al despacho de la directora de la escuela por haber ido a clase en vaqueros, zapatillas de caña alta y sudadera.

—Señor Seebeck —había empezado a decirme la directora con voz helada.

—Señora Thieu, se pronuncia «Sei-bek» —dije con calma frente a su escritorio, con las manos unidas en la espalda. Quizá me sudaran un poco. Era fácil ponerse nervioso delante de los adultos cuando yo era pequeño.

Ella parpadeó.

—«Sei-bek», ¿eh? August, ¿cómo te suelen llamar? ¿Gus? ¿Augie?

—August —respondí.

Ella volvió a parpadear. Después de un instante, siguió hablando con suavidad.

—¿De dónde es tu familia, August?

—De Australia —le dije. Santo cielo—. Cuarta generación. Mi tatarabuelo era estonio. —Me equivocaba, en cierto modo, pero llegaremos a eso a su debido tiempo. Hice una pausa y, justo entonces, empezó a decirme algo más, pero la interrumpí—. Por parte de padre.

La directora tosió detrás de su mano.

—Sí, obviamente, señor Seebeck. Es muy sexista, pero la sociedad siempre ha preservado el apellido por la línea paterna. —Lo cierto es que eso tampoco es tan obvio una vez que sabes que hay otros mundos que hacen las cosas de forma distinta. Pero, siendo un niño casi pubescente, yo no sabía de su existencia. Había un montón de cosas que yo no sabía y que la señora Thieu, sin duda alguna, tampoco. Ella se limitó a estirarse en la silla de piel y a mirarme con ojos serios—. Sin embargo, jovencito, no te he pedido que vengas a verme para hablar sobre tu árbol genealógico. Quiero saber por qué no llevas puesto el uniforme del colegio.

—No me gustan los uniformes —dijo mi yo de doce años. No fui grosero, pero ni cambié de idea ni pedí disculpas.

—Una de las características que definen la vida en una sociedad civilizada —me informó la señora Thieu, mientras apretaba los dedos formando un capitel— es que a veces (de hecho, muchas veces) tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

No dije nada.

—¿Ves adonde quiero llegar, August?

—La verdad es que no —respondí—. Los uniformes apestan. Solo nos institu... institu... —Me detuve con la palabra bloqueada en la lengua.

La directora parecía sorprendida.

—¿Institucionalizan? Es una palabra muy grande para un... —Removió los papeles del escritorio y encontró mi historial—... chico de doce años. Y una poco apropiada, por suerte. No intentamos doblegaros, señor Seebeck. No queremos convertirte en un robot sin rostro. Ni mucho menos. La política de la escuela exige que todos los estudiantes lleven la misma ropa precisamente para proteger vuestra individualidad.

La miré con incredulidad sincera.

—Piénsalo, August. Si todos pudieran vestir como quisieran, este lugar se convertiría en un corral desordenado. Puede que los niños ricos quisieran llevar trajes de diseñadores caros. Eso haría que los menos privilegiados se sintieran incómodos.

*Vale. ¿Y es que eso no pasa ya?* No dije nada; me limité a mirar el suelo y esperé a que acabara y me dejara volver a clase.

La charla se alargó un rato y, en vez de volver a clase, me enviaron a casa con una nota para mis padres, en la que les pedían que se aseguraran de que en adelante llevara el uniforme apropiado. Lo hablé con mamá y papá aquella noche, y ellos estuvieron de acuerdo conmigo; era mi decisión. Al día siguiente, fui con vaqueros, zapatos de piel lustrosos y una camiseta de la escuela bien planchada. La señora Browning, la profesora de aritmética, estaba a cargo de la entrada a clase. Cuando vio los vaqueros alucinó y me envió de vuelta al despacho de la directora.

Pata tén, patatán, bla, bla, bla. Esperé a que acabara. Acabé perdiendo tres semanas de clases y estudiando feliz en casa, y papá y mamá se reunieron con el consejo escolar cinco veces. Apareció un artículo en el *Advertiser* que avergonzó a la escuela y, finalmente, dejaron el tema. A partir de entonces vestí como quise.

James Davenport, el payaso de la clase, apareció una semana después con un tutu de tafetán y unos zapatos de bailarina con pompones rosas, y dijo que prohibirle usar el atuendo que deseaba iba en contra de las leyes de igualdad de derechos. Todos se rieron mucho, y los profesores se ahogaron de rabia, pero la señora Thieu decidió dejarlo pasar sin decir palabra, y tres de los matones de catorce años intentaron darle una paliza a Davers mientras lo llamaban gay, pero los demás lo defendimos, para su sorpresa, y lo único que sufrió fue un brazo magullado. El vestido de su hermana se hizo polvo. No se lo volvió a poner, ni tampoco es que quisiera hacerlo, porque ya había dejado clara su postura, al igual que yo, y la vida escolar siguió como siempre.

Entonces no sabía nada sobre los distintos mundos de probabilidades. No sabía nada del Árbol Yggdrasil. Pero sí sabía que yo era distinto, que no era del todo como los demás chicos, ni siquiera como Davers el loco, a quien

probablemente le faltara de verdad un tornillo. En los años siguientes, hice mis deberes, fui a clase y aprobé sin dificultad casi todo el temario de lengua, matemáticas, ciencias sociales, geografía y lodo aquel aburrimiento, y vi mucho la tele, y aprendí a tocar la guitarra eléctrica, y canté bastante mal en nuestra banda, Columna de Sal, con otros tres tipos del barrio.

Cuando mis padres murieron en el accidente de avión de Tailandia, todo se quedó blanco y vacío durante mucho tiempo.

Cuando la hermana mayor de mi madre, la tía Miriam, se convirtió en mi tutora legal, comencé de nuevo en una escuela distinta del vecino estado de Victoria. No la había visto nunca antes del funeral, probablemente porque vivía en Melbourne, a casi mil kilómetros de Adelaida. Ella y mi madre nunca habían estado muy unidas, según admitió, pero sentía que era su deber tomarme bajo su protección. Por suerte, Miriam me gustaba. Tuve que volver a pasar de nuevo por todo el episodio del uniforme, pero supongo que debía de haber una nota sobre aquella triste historia en el historial académico que enviaron desde la otra escuela. El director de mi nuevo centro de servidumbre involuntaria finalmente se encogió de hombros y estuvo de acuerdo en que las normas sobre la indumentaria eran mejor dejarlas a la conciencia individual.

Aquello me gustó. El señor Wheeler era un tío legal y un buen entrenador de fútbol. Jugué un poco con el equipo de la escuela, pero nunca llegué a pillarle el truco. Supongo que soy más bien un solitario si me sacas de mis colegas especiales. Pero no me parece mal, la verdad.

La tía Miriam se enamoró de un violinista, el segundo de la Orquesta Nacional, cuando yo tenía dieciséis años y estaba en mi penúltimo año de instituto. Él vivía al otro lado de la ciudad, en el barrio pijo de South Yarra, y yo viví seis meses con ellos en su piso, que era agradable aunque resultaba pequeño para los tres; lo cierto es que a ninguno nos gustaba aquella solución. Creo que yo atestaba su espacio, aunque me pasara casi todo el tiempo en el gimnasio, practicando con la banda, en la biblioteca o en mi habitación. Cuando Itzhak tuvo la oportunidad de pasar un año en Tel Aviv, naturalmente Miriam se fue con él. Les costó muchísimo decidir si debían llevarme con ellos o no, pero al final pensaron que ya había pasado por bastantes traumas y mudanzas en los últimos años. Que si a mí me iba bien. Lo que sea...

Así que acabé al cuidado de la tía abuela Tansy, la anciana tía de mi padre, que aún vivía en una vieja casa destartalada cerca de la cumbre de una colina en Thornbury, el barrio que había justo después del lugar donde había vivido con Miriam por primera vez. Aquello quería decir que no tenía que volver a cambiar de instituto... de hecho, estaba más cerca. Me quedé con ella de nuevo cuando comencé Medicina en la Universidad de Melbourne.

Decir que acabé a su cuidado puede resultar engañoso; para ser más exactos, la tía abuela Tansy acabó a mi cuidado. No estaba senil, ni mucho menos. Pero lo

cierto es que a su alrededor parecían ocurrir cosas extrañas, y aquello era antes de que empezaran a aparecer cadáveres en su cuarto de baño.

Ahora sé por qué, claro. Pero entonces no, y durante mucho tiempo aquellas cosas me ponían la carne de gallina. No ayudaba que se ganara la vida haciéndoles «lecturas psíquicas» a otras ancianas, ni que al final evolucionara hasta montar un floreciente negocio telefónico, una versión serena y pionera de las líneas telefónicas de videntes en las que se paga por minuto. Trabajaba solo media hora al día y ganaba lo bastante para mantenernos a los dos. A veces me preguntaba por qué no echaba algunas horas más y se forraba. No parecía pesado, se sentaba con una taza de té y charlaba con un tono de voz amable y atento, caía en un ligero trance, les decía cosas raras, esperaba hasta que ellas jadeaban o lloraban, después colgaba tras despedirse con una bendición y cogía la siguiente llamada.

Pero Tansy insistía en que sus poderes crecían y menguaban. Al parecer, solo podía realizar sus hazañas mágicas de consuelo y conocimiento espiritual durante un breve período de tiempo cada día. Lo más gracioso era que la ventana de oportunidad no dejaba de retroceder, así que un lunes guiaba a sus víctimas (a sus clientes, quiero decir) de las 6:37 de la tarde a las 7 en punto, aunque aquello significara perderse el comienzo de las noticias en la tele, pero el lunes siguiente se sentaba de las 6:09 a las 6:39. Era de una precisión escalofriante, dictada por las estrellas. En cierto momento, enloquecido por la sospecha de que algún patrón misterioso controlara aquel comportamiento, mantuve un registro al final de mi libro de cálculo. Tansy empezaba el trabajo de cada día cuatro minutos antes que el día anterior. Sonreí para mí y sacudí la cabeza. Era como vivir con una vagabunda loca, pero sin el carrito de la compra, lo que hubiera tenido su encanto en un barrio residencial.

Después, durante varios meses seguidos, las constelaciones equivocadas brillaban en una hora del día poco propicia o algo parecido, y ella se negaba a trabajar. Aquello sí podía entenderlo. Mis propios estudios parecían bastante aburridos y, después de todo, conseguíamos ahorrar el dinero suficiente para comer bien (Tansy era una cocinera fabulosa), y yo nunca tuve que llevar ropa remendada ni zapatillas de deporte viejas. De algún modo, sus poderes psíquicos nunca la ayudaron a ganar la lotería.

A Itzhak lo invitaron a ser primer violinista en Chicago al final de aquel año, así que él y Miriam alquilaron una casa grande justo al límite del centro de negocios de la ciudad. Crucé el Pacífico apretujado en un asiento de clase turista para pasar las vacaciones, y acabé quedándome el último año del instituto. Aquel fue el año en el que eligieron presidente a Kennedy... a John, me refiero, el hijo de Jack, el héroe de guerra, no a su tío Robert, que había recibido a los astronautas del *Apollo*, aunque había sido su desacreditado rival Richard Nixon el que había lanzado el proyecto de la Luna. Aquel año se oyeron muchos

murmillos nerviosos entre los republicanos, que denunciaban el vergonzoso nepotismo de que un Kennedy prácticamente sustituyera a otro en la Casa Blanca. Por mi parte, yo era apolítico, no me importaban aquellos juegos. Ya me costaba bastante que los chicos de mi nuevo instituto me tomaran en serio cuando les decía que el presidente australiano había sido campeón de un concurso de la tele, pero el honorable Barry Jones me parecía una buena elección como cabeza de estado; sabía un montón más sobre ciencia y tecnología, por no mencionar cine, arte, historia y todo lo demás, que la mayoría de los abogados y políticos que competían por tomar las riendas del poder tanto en mi país como en los EE. UU.

Al ser el primer australiano que la mayoría de mis compañeros veía en persona, era una novedad, objeto del tipo de atención que normalmente se reservaba para las estrellas de rock o los héroes del deporte. La vida de una celebridad tiene sus ventajas. Abandoné feliz la virginidad en el asiento de atrás del Mustang convertible rojo fuego de Tammy Nelson, algo que nunca habría logrado en casa. De alguna forma, entre las borracheras de las fiestas del instituto y el estudio de las reglas del fútbol americano, conseguí graduarme con honores y regresé a casa para matar el rato antes de empezar Medicina en la Universidad de Melbourne. La tía abuela Tansy me dio la bienvenida otra vez y me ofreció mi antigua habitación. Y tres años más tarde, me encontré a dos mujeres extrañas haciéndole cosas macabras a un cadáver en el cuarto de baño de arriba.

Abrí los ojos con la cabeza dándome vueltas. Despierto. En alguna parte. Y algo iba muy mal. Intenté levantar un brazo, me obligué a abrir los ojos y me miré la mano dormida.

Estaba envuelta en una medusa. Sacudí el brazo, y la mano se quedó donde estaba, pegada a la plataforma mediante una cosa transparente que palpitaba un poco. Tenía los pies fríos y desnudos. Me senté con dificultad y me apoyé en el codo izquierdo. A la luz verdosa pude ver que alguien me había quitado las botas y los calcetines, de hecho toda la ropa, y me había cambiado los vaqueros y la camiseta por una especie de basta túnica blancuzca y gris. Y no estaba mojado. Me toqué el pelo; completamente seco y esponjoso, y el cráneo bajo él estaba intacto.

La mujer llamada Avril, con el aparato de alquimista, estrolabio o lo que fuera que tenía junto a ella en la mesa baja, se levantó de su trono de mimbre y me miró desde el otro lado del agua en movimiento. Oh, vale. Estaba tendido en una superficie más o menos firme y algo acolchada, en una especie de isla de mármol en el centro del estanque al que me había caído. Un arroyo gorgoteaba. La miré con cautela.

—En un jardín de pulpos —dije— contigo.

La sibila Avril me devolvió la mirada largo rato y después sonrió.

—The Troggs. Rick Starkey.

¿Qué?

—Los señores Beatles. —La miré con una sonrisa sorprendida—. Y es Sir Ringo Starkey. —Espera un momento, ¿no se llamaba Richard en realidad? Aquello había sido antes de que se convirtiera en el Beatle de recambio y les nombraran caballeros a todos. Mi padre ponía los discos de aquellos tipos cuando sentía nostalgia.

Ella sacudió la cabeza, divertida.

—Ah, eres de una de esas variantes. ¿Cuál es el nombre de tu madre, August?

—Mi madre era Angelina. Murió en un accidente de avión.

—Lo siento, nunca la conocí. Pero tu padre... supongo que será Ember. Te pareces mucho a él. —Frunció el ceño mientras ajustaba su aparato—. Es la única razón por la que me molesto en arreglarte, aunque tendría derecho a ponerte de patitas en la calle y dejar que te las apañaras solo ahí fuera.

Apreté los párpados y me tumbé sin decir nada. Recordé que al caer a través de aquella ventana sin ventana ella me había confundido con el tal Ember. Ahora pensaba que era mi padre. ¿Cuántos años aparentaría aquel cabrón? ¿Es que la prolongación radical de la vida era uno de los efectos secundarios de la etiqueta plateada de jeroglíficos que llevábamos en el pie? ¿O eran tan solo los privilegios del mejor cirujano plástico del mundo? Mierda. Ella me había quitado el calzado, debía de haber visto la marca de la bestia. Abrí de nuevo los ojos y me apoyé en los hombros. Volvía a sentir el brazo derecho, al menos en aquel punto, pero no notaba el dolor de la terrible herida que me había hecho en el estanke.

—Mi padre también está muerto —le dije—. Se llamaba Dramen Seebeck.

Ella se puso en pie de un salto, con la túnica hecha un lío sobre los hombros.

—No me mientas, pequeño asqueroso. ¿Cómo sabes el nombre de mi padre? ¿Cómo te atreves a entrar aquí sin avisar, en mi santuario, y decirme que es...?

Entre sollozos, dejó de hablar, se tapó la cara, se dio la vuelta y salió de la gruta; dejó su misterioso equipo donde estaba, y a mí con la boca abierta y tirando inútilmente de mi mano atrapada. Quizá fuera un acto estúpido, puesto que estaba claro que Avril se había tomado la molestia de secarme, vestirme con ropa limpia (aunque se tratara de extraños trapos *New Age*) y, lo mejor de todo, tratarme aquella horrible herida, o hacer que algún criado la curara por ella. Quizá un robot, si es que estaba igual de preparada que Ruth, la que se pasaba de práctica. Por alguna razón, lo dudaba; aquel rinconcito acuático no parecía un entorno adecuado para máquinas ambulantes. Estaba claro que lo más sensato era tumbarse e intentar descansar, esperar a que el poco ortodoxo método clínico terminara su trabajo. Me sentía bastante aturdido, y parecía un buen plan. Pero, en vez de ello, me moví con dificultad adelante y atrás en busca de algo afilado con lo que soltarme. Solté un ladrido de risa. A unos cuantos metros, al fondo del estanke, seguro que había algo cortante. No, gracias.

Arañé la medusa con las puntas de los dedos durante un rato pero solo conseguí magullármelos. A través del cuerpo translúcido de la cosa, fría y palpitante como un corazón perezoso, podía ver fácilmente la curva de la raja cerrada que desde la base del pulgar hasta el dedo índice. También hacía que se me revolviera el estómago, pero estaba allí sin dolor, ni puntos, y mejorando visiblemente. El milagro de la sangre, pero sin la sangre.

Me tumbé otra vez e intenté pensar en la forma de salir de allí. Demasiadas posibilidades, aquel era el problema. ¿Estaba atrapado en una versión del imaginario *Matrixverso* del cine? ¿Podría ser que lo que siempre había considerado como la realidad (crédulo de mí) no fuera más que una ilusión colectiva suministrada por malignas inteligencias artificiales a través de un enchufe en el cuello, mientras estaba inconsciente en una vaina? Ni de lejos. Siempre había sido una idea bastante cogida por los pelos. ¿Por qué iban a molestarse las mentes artificiales con una ilusión tan hortera? ¿De qué les iba a servir?

No, aquello era real. Avril había dicho «variantes». Entonces se trataba de múltiples mundos. ¿Líneas temporales distintas o algo así? Había leído la suficiente física popular para saber que los cosmólogos se inclinan por una extraña teoría llamada «Many Worlds» o «mundos paralelos», según la que todas las opciones posibles a nivel cuántico ocurren de verdad; en una realidad matemática superior, cada paso se da simultáneamente a la izquierda y a la derecha, otro sigue recto, y en otra posibilidad te sientas y te quedas quieto, mientras que en otra llega un dinosaurio y te arranca la cabeza.

Bueno, quizá no era la forma más ortodoxa de explicar la teoría cuántica, pero así es como lo explicaba el Discovery Channel. ¿Podría ser eso? No parecía del todo correcto. De aquella forma había demasiadas opciones. Nada se descartaba, ¿cómo iba nadie a navegar entre los mundos usando espejos y ventanas en medio de la nada? Sentía que todo aquello tenía cierta disciplina, ciertas condiciones. Con un respingo, pensé en el extraño hombrecillo al que Lune había llamado «el basurero». ¿Dónde demonios encajaba el personal de limpieza entre mundos? Quizá yo llevara razón desde el principio; su Competición era un dramón malo, una saga multidimensional que se estrenaba próximamente en el universo más cercano y en todos los adyacentes.

Lune. Mi corazón comenzó a acelerarse. La encantadora y misteriosa Lune. Siempre había sido el chico de hielo, pero me había enamorado de ella, hasta el fondo y al instante. Tenía que encontrarla. Y a aquella zorra estúpida de Maybelline, si es que también iba en el mismo paquete. Obviamente eran miembros de la misma gran familia, junto con Avril, Ruth y quizá el reverendo Jules, la gran familia cósmica de los Seebeck, sea lo que fuere. Oh, joder. Apreté los dientes, con los labios tirantes.

¿Qué pasaba si Lune era mi hermana?

Di un violento tirón de la mano atrapada. Con un abrupto ruido de succión, la medusa se soltó y mi brazo salió volando. La masa cayó en la superficie junto a mí; antes de que pudiera cogerla para examinarla más de cerca, se sacudió entera como un perro mojado, se deslizó hasta el borde y se metió en el agua como si ella misma fuera agua sólida. Para entonces ya había perdido todo interés por ella; estaba sentado, inclinado hacia delante, y me observaba con atención la mano herida. Los dedos se cerraban y se abrían. Ni rastro de la incisión. Resultaba difícil creerlo. Uní las manos, primero con cuidado, y después las apreté. Ningún dolor. No había pérdida de fuerza. Me lamí la palma; sabía ligeramente salada y sentí el roce de la lengua. Si alguien me diera la patente de aquellas cosas babosas, o tan solo la licencia de importación, podría hacer una fortuna dentro de la industria biomédica.

¿Cuánto tiempo hacía desde que había salido en busca de la pobre Tansy? Me miré la muñeca izquierda, reflexivo, pero el reloj seguía en la mesita de noche junto a mi cama, en casa. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba inconsciente. Minutos, horas, posiblemente días, aunque no tenía hambre.

Un teléfono sonó detrás de mí.

De forma instintiva, fui a coger el móvil que suelo llevar en el cinturón. Ni móvil ni cinturón. *Ring-ring-ring. Ring-ring ring.* No era un patrón que me resultara familiar. En Australia hace *ring-ring, ring-ring.* En Chicago, cuando fui por primera vez para encontrarme con Miriam e Itzhak, me sorprendió escuchar una único chirrido violento, *brrrrrrg.* Una pausa tirando a larga. *Brrrrrg.* El que oía en aquellos momentos era distinto y curiosamente perturbador. Pero no hacía más que confirmar que ya no estaba en Kansas. Me di la vuelta y vi...

A dos mujeres jóvenes con velos diáfanos. ¿Cómo habían llegado hasta la isla? Una tenía la boca abierta. Parpadeé cuando ella murmuró en tono puro y cantarín:

—*Ring-ring-ring.*

Hizo una pausa, me miró a los ojos. Sin mostrar el menor indicio de que sus acciones pudieran ser improbables y quizá prueba de demencia, añadió:

—*Ring-ring-ring.*

Como un estúpido, dije:

—¿Qué? ¿Dígame?

La otra joven me miró con calma, no como un robot, pero sí con una extraña indiferencia, y dijo:

—No puedo perder tiempo con esta tontería. —Resultaba siniestro el parecido de su entonación con la de Avril, aunque era una octava más aguda y un poquito más dulce. Comprendí sin lugar a dudas que Avril era quien hablaba—. No sé si eres un bromista o un señuelo, pero te doy dos minutos para que abandones este mundo. La Inteligencia...

Yo estaba a punto de perder los nervios. Di dos pasos hacia la joven mujer



teléfono y me incliné sobre su rostro, mientras dejaba que el enfado se reflejara en el mío.

—Venir aquí no fue precisamente idea mía, señora. Y tú tienes mi ropa.

—Te la devolveré. Vístete y sal de aquí.

Una tercera mujer salió de una penumbra verde, como si caminara sobre el agua, y me acercó los vaqueros y la camiseta bien doblados. Los calcetines, los calzoncillos y las botas estaban colocados encima, como la ofrenda de una sacerdotisa, lo que, por otro lado, podrían haber sido. Las botas estaban secas y limpias. Con un brusco gesto de cabeza, cogí el fardo y tiré la túnica prestada. La chica del timbre se agachó para recogerla, mientras observaba mi desnudez con franco interés. Tenía una belleza algo andrógina; no dijo nada. Quizá el único sonido al que tenía acceso era aquella canción telefónica. Me vestí con rapidez sin hacerles caso y seguí hablando.

—Escucha, Avril, lo mismo que no tengo ni idea de cómo llegué hasta aquí, tampoco tengo ni idea de cómo salir. Pero quiero saber una cosa antes de que te largues con un gruñido. ¿Dónde está mi tía abuela Tansy? ¿Qué habéis hecho con ella, lunáticos?

La luz indirecta se apagaba, lo que hacía que la gruta pareciera más que nunca salida de unos dibujos animados de Disney. Esperaba ver aparecer un hipopótamo rosa dando saltos de puntillas en cualquier momento. Tras un largo rato, la chica teléfono que tenía voz humana dijo:

—Nunca he oído hablar de ella. August, como te llames, esta fanfarronada es una pura pérdida de tiempo y, con solo un cuadrante por llenar, el tiempo es algo que no me sobra. Te queda un minuto. Si no te has ido para entonces, inundaré este lugar. —La boca de la chica se torció un poco, como si tuviera algo agrio en la boca, y puso los ojos en blanco. No era idea suya y no le gustaba. Es algo que me gusta ver en una chica teléfono. Siguió hablando con una voz completamente distinta—. Pregunta por la espada de piedra. —Sin decir más, las tres jóvenes se dieron la vuelta y desaparecieron en la penumbra esmeralda. Abrí la boca para gritar, y las luces se apagaron.

Joder. Agua, agua, por todas partes, y ni una gota para... *Tú llegaste aquí*, me dije a mí mismo intentando mantener la calma, *así que tú puedes salir*. Claro que no había llegado hasta allí, sino que me habían empujado. ¿Qué había dicho Ruth para abrir el espejo sin espejo, o la ventana, o el umbral, o el puto portal? ¿Cómo lo había hecho? No había visto ningún espejo en aquel palacio *art déco* lleno de robots, pero funcionaba una especie de sistema operativo dinámico. Había buscado y encontrado al reverendo en la iglesia de St. Bartholomew en Westgarth (aquel barrio tan moderno que yo casi ni conocía), pero la llamada había sido desviada de paso al húmedo dominio de Avril. *Todos los mares llenos de ostras*, pensé aturdido; después sacudí la cabeza en la oscuridad. Respiré hondo y dije en voz alta:

—Dame a esa mierda de Jules.

Por supuesto, no pasó nada.

Me agaché entre escalofríos. Avril había apagado la calefacción central. El reconfortante borboteo del arroyo que llegaba hasta el estanque era frío y desagradable. Me senté en el flexible rectángulo en el que me había despertado, me saqué la bota izquierda y el calcetín de nuevo, y sostuve el pie en alto para que la suela apuntara al aire.

—Abre el... —¿Cuál era la palabra? Era alemán, ¿no? ¿Cuál era la palabra alemana para «puerta»? *Tur*. No, era... era más *wetter* que aquello. Como agua sobre un océano, como el susurro del oleaje—. Abre el *schvelluh* —dije con decisión mientras rezaba como loco.

Una pequeña perla de luz brilló en la oscuridad delante de mí, a un metro por encima de mi cabeza. Me volví a poner la bota y los calcetines, me levanté y me incliné hacia delante. La luciérnaga de luz siguió donde estaba; yo creía que se alejaría de forma molesta y me atraería hasta el agua. Me moví con cuidado para acercar un ojo al punto brillante, como si se tratara de la cerradura de una puerta que me hubieran cerrado en las narices.

Un brillo borroso. Quizá una especie de salvapantallas. ¿Adónde quería ir? ¿A quién quería invocar? Joder, era obvio.

—Dame a Lune.

No pasó nada.

Empecé a temblar. La temperatura bajaba con rapidez. Si seguía así, el estanque se helaría, y yo me congelaría hasta morir a su lado. Parecía inconcebible. ¿Cómo podía aquella sibila loca hacerme eso? Recordé las palabras del basurero, una figura cómica de pesadilla de cuya realidad ahora estaba seguro: *No es el fin del mundo cuando uno de ellos se mete por la esquina equivocada de una Competición*. Como en aquel momento el hombre estaba arrastrando un cadáver, no creo que se tratara de palabras de ánimo. Por otro lado, la marca de la bestia que tenía en el pie quería decir que yo no era un humano normal. Quizá no era humano en absoluto. Quizá fuera pariente de todos aquellos otros chiflados, ya que Avril, al menos, parecía convencida de que compartíamos los mismos padres.

Intenté meter los dedos índices en el hueco luminoso, y conseguí abrirlo hasta que tuvo el ancho de una caja de cerillas. Se atascó. Oh, bueno. Si no me daba a Lune, tendría que probar un acercamiento indirecto. Puse la boca sobre él y dije:

—Dame a Maybelline.

El punto se ensanchó como un iris, *wump*. Al estar apretado contra él, casi me caigo al agujero. Me tambaleé y después me dejé llevar por el impulso. Después de todo, intentaba salir de allí echando leches. Me tiré a la abertura, perdí el equilibrio y aparecí entre unas frondas moradas bajo un desapacible cielo

invernal, o quizá otoñal, con unas cuantas notas rojizas parpadeantes.

Encontré a Maybelline abrazada a algo parecido a un tubérculo blanquecino y adornado con manchas de un color entre morado y azul. No parecía ponerle pegas. Después de todo no era gay, al menos exclusivamente. A Maybelline le ponían los vegetales. Se retorció debajo de él, entre jadeos. La cosa tenía que ser extraterrestre, a no ser que en aquel mundo existieran los trífidos. Nubes de sudor volaban por el aire, o quizá eran feromonas puras, esencia de testosterona; hacía que me sintiera nervioso y que deseara pegarle a alguien o salir corriendo a toda prisa, pero en Maybelline tenía el mismo efecto que la nébeda. Cerré los ojos con fuerza, di un paso atrás y me choqué contra algo. Me picó en la mano, en la misma mano que acababa de curarme una medusa. Al sentir la brutal descarga de estática, grité. Sorprendidos, los amantes se retorcieron un poco más, y me miraron desconcertados y, supongo, disgustados, pero no estaba en condiciones de evaluar al milímetro la respuesta emocional de Maybelline ante mi llegada. Me había cogido la mano dolorida y me había dado la vuelta para ver lo que me había mordido, pero de repente empecé a reírme como loco.

La cosa flotante contra la que me había chocado era un platillo volante.

Tenía un hemisferio de cristal descentrado que había visto mejores tiempos, apenas visible bajo el bronce de cañón pálido del casco, una cabina industrial de los cincuenta montada encima que parecía haber sido fabricada en un taller de planchas metálicas por un aprendiz, con escotillas translúcidas y tuberías alrededor de la parte superior, y una pequeña cúpula coronada por una luz roja y suave. Un platillo volante de George Adamski. Vosotros también os hubierais reído.

Maybelline se separó con un perturbador ruido de ventosa. Prácticamente desnuda, fue corriendo hacia mí y me golpeó. Estaba demasiado débil por culpa de la risa incrédula como para defenderme.

—¡Enano rastrero! —gritó Maybelline—. Asqueroso perverso. ¿Cómo has entrado en mi mundo privado? ¿Y quién coño eres, ya puestos?

Por encima de sus hombros y a través del borrón que formaban sus brazos al moverse, vi cómo el alienígena se levantaba con una especie de desdén inseguro, si es que podía suponerse que un vegetal tuviera tanta sensibilidad social. Varias protuberancias húmedas de color blancuzco, y azul pálido y oscuro cayeron y se ocultaron dentro de su caparazón exterior de escamas, o de hojas, o de lo que fuera que llevara puesto. No tenía un mono plateado de Venus, eso estaba claro. Aquel no era uno de los santos rubios arios que George Adamski había jurado ver en los desiertos de California, allá por los días en los que los términos «abducción extraterrestre» e «implante anal» nunca se veían en el *National Enquirer*. Intenté recuperar la respiración mientras procuraba agarrar los puños de Maybelline (dolían cuando me daban en la cabeza y en los hombros), y decidí

que los rumores sobre aquellos implantes podrían ser menos estúpidos de lo que parecía. Más atrás, el vegetal se dirigió a la parte trasera del platillo volante, y oí cómo algo pesado hacía ruidos metálicos. Oh, oh. ¡Pistolas láser! O algo peor, me freiría una explosión radiactiva cuando el platillo se balanceara para salir volando a esconderse entre las nubes. Era el tipo de cosas que hacían; había leído los suficientes números de *UFO Repórter* para saber un poco sobre aquellos mitos demenciales y encantadores. Sus emisiones malignas te quemaban la piel expuesta como un día en la playa sin protección solar 15+. Los ojos se te podían cocer y cuajar como un huevo a los cuatro minutos de hervor. Pero el platillo se quedó donde estaba, y yo me libré de Maybelline y me alejé un par de metros; ya no me reía.

—¡Oye! Lo siento. No quería romper...

—Eres ese chico —dijo ella, como si no pudiera creer lo que veía.

—Sí. El rayo verde. No funcionó.

—Eso es imposible —dijo ella. Con precaución, recogió su ropa tirada y extremadamente fea de la fronda morada, y la sostuvo con aire despreocupado. Para ella no existía la falsa modestia, no iba a bajar la guardia para vestirse, no mientras yo pudiera lanzarme sobre ella. Yo no tenía ninguna intención de lanzarme sobre ella; en realidad, no me había hecho ningún daño, y estaba claro que no era mi tipo. Además, no era la primera vez que la veía con poca ropa. A pesar de todo, aparté la vista y estudié el paisaje; a un lado, un bosquecillo de algo que parecían ser árboles y un par de animales semejantes a canguros que pastaban los brotes más bajos. No había edificios por ninguna parte.

—Estoy buscando a Lune —le dije—. Y a mi tía.

—Tú eres... August, ¿no?

Me impresionó bastante que se acordara. Desde su punto de vista, yo no había sido más que un obstáculo transitorio. Y, al mismo tiempo, me quedé desanimado; estaba claro que Lune no había aprovechado la oportunidad de parlotear como una chiquilla emocionada sobre mis jeroglíficos plateados. ¿Por qué iba a guardarse una cosa así?

—Sí. Debes de conocer a la tía abuela Tansy, ya que has estado soltando cadáveres en su baño desde hace un mes. Todas las noches de los sábados. ¿Te suena?

Detrás y a mi derecha, el platillo volante soltó un feroz hedor a metano, y su luz brilló sobre nosotros con un brillo escarlata. Me di la vuelta, pero ya estaba a la altura de los árboles y aceleraba con rapidez. Maybelline se quedó mirándolo con la cara llena de manchas de rabia.

—Es culpa tuya —me chilló—. ¡Has espantado a Phlogkaalik, y ahora ella se aislará los seis meses de incubación, pelma entrometido, y no podré verla hasta la eclosión!

Sacudí la cabeza y me encogí de hombros.

—Mira, señora, solo quiero volver a casa. Quiero volver a mi casa de Northcote, a mi propio mundo, no quiero ver más gente muerta en la bañera y sí quiero ver a mi tía Tansy canturreando sana y salva en su cocina mientras hace pasteles de mermelada, y, sobre todo, quiero ver a Lune. —Había empezado a gritar. No suelo hacerlo, pero se me venía todo encima—. ¿Dónde está, pedazo... pedazo de... folla-Phlogkaaliks?

—Oh, mierda. —Maybelline se dio la vuelta al darse cuenta de que, obviamente, yo no suponía ningún peligro para ella, se puso una bata naranja sobre una especie de bragas y camiseta de lana, y metió los pies desnudos en unas botas de goma. Vi el borde de la marca metálica de la bestia en su talón izquierdo—. ¿Cómo voy a saberlo? Viene y va.

—¿Tansy? Eso es una tontería. Con lo casera que es ella desde hace tiempo... Maybelline me miró con resignación.

—No tengo ni idea de dónde está tu maldita pariente. No la he visto nunca; y espero no hacerlo. Estoy hablando de Lune, la muy zorra.

—No la llames zorra, zorra —dije enfadado. Después, tras un instante, seguí hablando—. Por lo que veo, tú también eres uno de mis malditos parientes.

—Empiezas a resultar ridículo —me dijo con brusquedad—. Ven aquí, deja que te eche un vistazo.

Algo frío me tocó el antebrazo y después el cuello. Levanté la mirada; estaba lloviendo. En un instante, las nubes se abrieron y nos apedrearon con gordas gotas de lluvia que me empaparon al instante. Energía orgónica y nubes, supongo.

—¡Oh, Prowtpait! —exclamó Maybelline irritada—. Será mejor que vengas conmigo. Dame a Heimat.

Incliné la cabeza a modo de pregunta bajo el chaparrón, pero no se había dirigido a mí. Un Schwelle se abrió como un portal, ella entró, con el cabello mojado pegado al cráneo.

—Vamos, si no quieres morir de frío.

Algo pequeño, rojo manzana y curioso, con unos tentáculos que se agitaban como bigotes, sacó el hocico de las frondas e Intentó cruzar el umbral. Se golpeó la nariz con el aire, como si se hubiera tropezado con una lámina de cristal de gran calidad recién limpiado. Ofendida, la criatura dio un paso atrás y se alejó.

Yo quería hacer lo mismo, pero estaba medio empapado, y la luz del otro lado del Schwelle parecía cálida, de un amarillo vacilante y tentador, y olía a troncos ardiendo suavemente en una chimenea. Bueno, ¿por qué no? Saturado, crucé el umbral y el portal desapareció como una pompa de jabón.

—Sí, te pareces a Ember.

—Eso me dice todo el mundo. ¿Quién es Ember?

—Quítate esa ropa. —Rebuscó con rapidez en una habitación lateral, me tiró una enorme toalla de baño de una suavidad hedonística, decorada con patos

color crema en un cielo celeste. No dejaba de mojarme, y la gente no dejaba de secarme. Al menos aquella vez seguía despierto. Y no era un baño, ni veía ningún cadáver, a no ser que aquel fuera mi destino. Sobre mi cadáver. Sonreí para mí y me restregué con ganas el pelo y los hombros—. Ember es uno de mis hermanos —me dijo ella por encima del hombro—. Empiezo a sospechar que tú eres uno de los bastardos que ha dejado en ese mundo olvidado de la mano de Dios en el que estábamos haciendo la recogida de basura.

—Pues no. —Se había llevado mi ropa a la otra habitación y la había metido en una secadora—. Mi padre y mi madre están muertos. Dramen y Angelina Seebeck. —Maybelline volvió con la boca abierta—. Antes de que empieces a echar humo, ya sé que piensas que es algo imposible, indignante, cruel y extraño, pero resulta que es cierto. Mamá y papá murieron en un accidente de avión hace casi cuatro años. Solo tenían... Papá no llegaba a los cuarenta. Si lo que dices es cierto, serías mi hermana, lo que podría resultar creíble si no fuera porque nunca he tenido una puñetera hermana mayor. Y no solo tú... también están Ruth, la loca de Avril y, por lo que sé, Thelma y Louise. Solo espero que Lune no forme parte de esta alegre pandilla familiar.

Estaba observando la habitación mientras hablaba, pero por el rabillo del ojo vi que a Maybelline la horrorizaba aquella idea. Y eso me sorprendió; no pensaba que ella pudiera horrorizarse. Pero puede que tirarse a extraterrestres vegetales en platillos volantes no fuera tan transgresor como el incesto.

—Claro que no —soltó—. Lune es de una parte molecular totalmente distinta dentro del Acuerdo. ¿Todavía no has acabado con la toalla?

No lo había hecho, pero se la tiré. En calzoncillos, crucé la alfombra persa, con sus bellos y polvorientos motivos de ciervos y leones, y me senté en uno de los cómodos y lujosos sillones que había junto al fuego. Ella se sentó enfrente, se quitó las botas de goma, se calentó los pies y movió los troncos calientes con un atizador. Volaron chispas. De otra habitación a oscuras salió un abigarrado gato peleón con aire cansado, al que le habían arrancado a mordiscos la oreja derecha hacía tiempo; me miró con desdén y se sentó solo a un lado del fuego para lavarse la cara.

Tenéis que entender que yo lograba asimilarlo todo gracias a un proceso de negación total. Una negación de tamaño industrial para una disonancia cognitiva a escala histórica. Mi reloj corporal me decía que todavía no era mediodía, lo que significaba que toda aquella locura había entrado en mi vida en menos de doce horas desde la noche anterior, cuando había subido las escaleras para ver lo que estaba provocándole a mi pobre tía abuela Tansy un ataque tardío de Alzheimer. De hecho, hacía escasas horas que había caído con los pies por delante en el País de las Maravillas tras atravesar un espejo, tenía perfecto derecho a acurrucarme en un rincón para gimotear. Tendría que haber entrado gritando en un manicomio, con una camisa de fuerza, y esperar a que me enchufaran Largactil.

O tendría que aporrearlo con una espada de piedra, significara aquello lo que significara. Pero, en vez de eso, me incliné hacia delante en mi cómodo sillón, le ofrecí la mano al gato y sentí una explosión de placer extremo y amor propio cuando el sarnoso vejete se inclinó regiamente y me permitió acariciarle la parte superior de la cabeza marrón canosa.

—Ese es Garras.

Con una coincidencia escalofriante, el animal retrocedió y sacó las feroces zarpas de su pata derecha para limpiarlas delicadamente, con un ligero ruido de arañazo.

—Garras de Gato es el nombre completo —añadió Maybelline.

—Ajá. Joder, fascinante. Ahora, cuando tengas un momento, quiero algunas respuestas sobre...

Una voz aguda, aunque algo ronca, curtida por el whisky, como la de un enano de edad avanzada, dijo:

—No tiene modales, May. —El gato sacudió la cabeza disgustado y siguió hablando en tono autoritario—. Prepárame un banquete succulento.

Yo ya había saltado del sillón como si flotase, me había agarrado al respaldo para consolarme con su solidez, después me había agachado para coger las botas y, tras cuatro o cinco botes, acabé junto a la secadora que daba vueltas en el rincón de la colada.

—A la mierda —murmuré. Las luces de la secadora se apagaron al abrir la puerta de golpe; un soplo de aire cálido y fragante me bañó. Me metí en mi ropa caliente y algo mojada, y busqué aterrado la forma de salir de allí. En la habitación principal, sonó aquel ruido a lona desgarrada. El rincón era un callejón sin salida, solo tenía acceso al baño sin ventanas que había en un lateral. Oí a Maybelline decir con su voz dura e insensible:

—Ruth, ¿qué coño te traes entre manos? Tengo aquí a este joven patán; se hace llamar «August Seebeck», y las dos sabemos que eso es poco probable. Cállate, Garras, la tendrás en la cocina, como siempre, en tu cuenco. —La voz de otra mujer dijo algo que no pude oír, y Maybelline le gritó—. ¡Estaba en uno de los nexos de recogida ayer por la noche! Me tocaba turno con Lune. —Oí a Ruth decir algo sobre un rayo verde, y Maybelline explotó furiosa—. ¡Claro, imbécil! ¿Crees que el basurero es un...?

Asomé la cabeza por la esquina y vi la espalda de la bata naranja de Maybelline, mientras que Ruth estaba de cara a los dos, de pie en su propio hogar de tedio terminal, maquinitas extrañas y polvo, al parecer en medio del fuego de la chimenea. Me até las botas y busqué aterrado una forma de salir. Nada. Bueno, no, como es lógico, si puedes abrir ventanas en el espacio-tiempo y atravesarlas, las puertas normales no te sirven de mucho.

Garras me miró.

—Estás de mierda hasta las orejas, chaval. Si fuera tú, le haría la pelota a más

no poder. O eso, o le pegas un mordisco.

Empecé a avergonzarme de mi comportamiento. Estaba dejando que aquellos lunáticos me empujaran de un lado a otro sólo porque sabían lo que estaba pasando, mientras que yo no tenía ni idea. No era suficiente razón para dejar que me apabullaran. De todos modos, parecían estar tan perdidos como yo. Respiré hondo y crucé la habitación hacia las dos mujeres.

—Tengo algo que decir —dije con resolución.

Hicieron caso omiso. Ruth decía tensa:

—... parece que ese idiota de Jules está jugando a los dioses con la teoría del Juicio Final en ese mundo, supongo. No tengo ni idea de por qué te envió al chico.

—Él no... —dije en voz más alta. Garras me miró; era el único interesado.

—Tú lo enviaste a Avril, ¿qué mierda es esta, Ruth?

—¡Bueno, vale! Tenía que hacer algo. Casi me rompe el cuello. —Ofendida, se restregó los hombros con unos dedos largos y finos, y yo recordé haberla usado como plataforma de lanzamiento no hacía mucho, con la esperanza de llegar a casa. Después me había zambullido en el estanque, rajado la mano y sumido en la oscuridad. Se dignó reconocer mi presencia con una mirada molesta por encima del hombro de Maybelline— Estaba enfadada. Pensé que Avril podría entender al bruto mejor que Jules, quien probablemente se hubiera limitado a desternillarse de risa antes de largarse.

Dije en voz muy alta:

—¿Por qué iba a saber Avril algo sobre esto? Ella no era la que estaba en el cuarto de baño, sino Maybelline. ¡Y Lune! —Todos me miraron muy sorprendidos, incluido el gato. Me mantuve firme.

—Bueno, tiene esa afinidad con la Inteligencia Antigua —dijo Ruth desde el centro de la chimenea. En realidad no estaba encima de los troncos ardiendo, claro, como si fuera una bruja de Salem quemada en la estaca; era una ilusión creada por la superposición de su ventana Schwelle y la realidad en la que estábamos nosotros—. ¿Quién podría estar mejor situado para tratar contigo, muchacho descuidado?

—Me llamo August —dije—. ¿Por qué os resulta tan amenazador? August, ¿vale? Hijo de Dramen Seebeck, y es pero que muy improbable que sea vuestro hermano, ya que mi madre era menor que tú, Ruth, cuando murió.

—No te he dado permiso para tratarme con tanta familiaridad, August. Soy la señorita Seebeck.

—Oh, vamos, cierra el pico, Ruthie. —Maybelline me llamó con un dedo—. Ven y siéntate. Tenemos mucho que hablar. —Me dedicó una mirada feroz, con las pestañas caídas— Pero eso no quiere decir que tengamos que hablarlo todo. Prominencia, chico. Relevancia y al grano.

Al mirar su cuerpo macizo y musculoso, y su cara juvenil, se podría haber pensado que era tan solo un par de años mayor que yo. De repente, ya no estuve



tan seguro. Lo que sí sabía, sin lugar a dudas, era que May no quería que largara sobre cómo la había pillado en flagrante delito con un vegetal morado. Le devolví la sombra de una sonrisa.

—Lo intentaré.

—Bien. Dame a Jules y a Avril. Ruth añadió de inmediato:

—Y dame a Septimus. —Maybelline protestó, pero Ruth se mostró inflexible—. Creo que necesitamos quorum.

—Muy bien.

Me senté, por qué no. Para mi sorpresa, Garras saltó sobre mi regazo y comenzó a afilarse tranquilamente las terribles zarpas en las piernas de mis vaqueros. El horrible ruido a tela desgarrada me llegó desde tres puntos distintos, como los efectos de sonido de un *home cinema*, y entonces tres ventanas se abrieron como un trío de elegantes pantallas de plasma. Yo sabía que no lo eran, porque el aire de la habitación se movió de forma brusca y unas extrañas corrientes de frío y calor entraron en ella, junto con una inverosímil mezcla de olores: aguas con peces, un soplo de incienso de iglesia y ropa de ancianos, y algo nuevo, un hedor a ceniza y muerte, quizá como el de una tumba abierta de nuevo (lo que nunca había tenido la oportunidad de oler, por suerte), o el de una carretera levantada por trabajos de reparación en el alcantarillado. Garras gruñó y me clavó las uñas, lo que me produjo un cortante momento de dolor en las piernas.

Un hombre alto y fuerte con una melena de pelo gris, vestido de marrón y negro, nos miraba desde el tríptico. A su espalda, un humo sucio surgía de los edificios en ruinas para subir hasta un cielo del color de un moratón de varios días de antigüedad. Se me revolvió el estómago. Era un lugar de muerte, de terrible destrucción. A lo lejos podía oír los lamentos de mujeres con el corazón roto, el chillido de dolor de un niño. Septimus cruzó el umbral mientras se arrojaba con una capa, y el horror se cerró detrás de él.

—¿Qué queréis, brujas? —Su voz era profunda, áspera, con cierto tono herido—. Ya tengo bastante encima como pura que me estéis molestando cada...

—... cada década, más o menos —le cortó Ruth en tono mordaz—. Estamos al corriente de tu bella agonía, Septimus. Nadie insiste en que pases por ella. No te llamas Prometeo.

Él la miró con frialdad y después clavó su profunda mirada en mí. Me aclaré la garganta y me levanté, con lo que tiré a Garras a la alfombra. El animal se alejó moviendo el rabo de forma bastante acusada. Dios, todos estábamos con los nervios de punta.

—A ese no lo conozco —dijo Septimus.

—Es un chico llamado August —le dijo el reverendo Jules, tras entrar en la habitación—. Mi pequeña sorpresa para la familia.

Desde el reluciente estanque verde de su ventana, la sibila Avril dijo con voz

aguda:

—¡Dejadme en paz, por amor de la Antigua! Arreglé a la criatura y la eché de aquí. Todavía tengo que terminar un cuadrante vital, así que no voy a dejar que me molestéis con una fastidiosa asamblea familiar. Arregláoslas vosotros solos. Enviadme el acta de la reunión. —Su portal se cerró de golpe.

—¿Qué has hecho con Tansy? —le dije a Jules, con la cara fría, mientras cruzaba la habitación hacia él y sentía crecer la preocupación como un dolor en el pecho que casi me hacía enfermar. No podía confiar en aquellos lunáticos semidioses ni por un instante. Fuese cual fuese el juego en el que me había metido, estaba claro que la única forma de ganarse su respeto era la franqueza, la audacia, la pura ofensa. Lo cogí de su caro brazo de sotana negra y hablé entre dientes—. Si le has hecho daño, cabrón, yo te haré daño a ti. Si la retienes como una especie de rehén, entrégala y haré lo que pueda para satisfacerte.

Unos dedos largos y fuertes se cerraron sobre mis bíceps por detrás y me apartaron de Jules. Septimus era muy fuerte; intenté quitármelo de encima con un movimiento que había aprendido en mis cinco diligentes años de artes marciales, pero me sostuvo con firmeza y me dio la vuelta para que lo mirara, como si yo no fuera más que un crío. Las dos mujeres que quedaban nos observaban con las caras demacradas y pálidas.

—Pertenece a este clan, joven —me dijo él, y la voz le resonó en el pecho como una pesada campana—. Lo siento dentro de ti, como una corriente que pasa por un cable. Solo te haremos daño si tú nos lo haces a nosotros. ¿Has causado algún problema o lesión a nuestro hermano Jules?

Santo cielo. ¿Es que era el día nacional del «Disparo al mensajero»? Intenté responder a su mirada calculadora con frialdad.

—Tu hermano ha secuestrado a la dulce anciana que ha cuidado de mí durante los últimos años. ¡La atrajo hasta una iglesia, por Dios!

La carcajada de Jules Seebeck fue intensa, cómica e irritante en extremo. No se estaba tomando aquello en serio y, mientras yo me daba la vuelta acalorado para seguir con mi diatriba, se subió a un taburete y agitó una mano conciliadora.

—No ha pasado nada de eso, August. Estoy seguro de que tu tía Tansy está en casa, sana y salva, tomándose un té y unos bollos con la señora Abbott, otra piadosa mujer recién llegada a mi congregación.

—Entonces, ¿conoces al patán? —preguntó Ruth, sorprendida.

Septimus bramó:

—¿Es un Seebeck?

—Sí y sí.

Septimus aflojó las manos con las que me agarraba y después me soltó. Yo tenía un terrible dilema. Allí estaba la respuesta a una docena de misterios, pero no podía quedarme a oírlos. ¡Tansy! ¿Mentía Jules sobre ella? ¿O era cierto que

estaba, aunque resultara imposible de creer, a salvo? Hay responsabilidades que van más allá de la satisfacción de la curiosidad.

El gato debió de notar aquel cegador momento de serena decisión. Dijo, con aquel gruñido suyo agudo y ronco:

—Si fuera tú, correría por mi vida.

—Cierra el pico, animal entrometido —gritó Maybelline, y después le dio con un antimacasar. Él lo esquivó con facilidad y saltó inesperadamente a mis brazos. Pesaba mucho, y el aliento le apestaba a proteínas cárnicas.

—¿Me van a matar? —La adrenalina me corría por la sangre.

—Claro que no. Esto no es la Casa de Atreo. —Garras levantó el hocico y me dedicó un lento guiño de complicidad con un párpado peludo—. Pero por lo que sé de este grupito, y sé muchas cosas, te tendrán pelando patatas en el patio de atrás los próximos trescientos años. —Se apartó de mi pecho, aterrizó con un golpe seco en la alfombra y regresó con insolencia a su lavado de cara.

Me di la vuelta al instante y corrí a toda velocidad hacia el hueco de la lavandería, lo atravesé para llegar al baño y me encerré dentro. Tenía el vello de punta. De repente, me parecía que el tono de cuento de los Hermanos Grimm de aquel comentario era del todo apropiado. Me había quedado atascado en una narrativa de transformación y crueldad increíblemente arcaica. El pomo se movía mientras yo me estrujaba el cerebro en busca de la salida. Solté una carcajada de risa demencial.

—Rumpelstiltskin.

No pasó nada, claro. *Vale, vale, inténtalo otra vez.* Dije en voz alta:

—Dame a Tansy. —Un hombro fuerte se estrelló contra el otro lado de la puerta. ¿Existía alguna especie de hechizo mágico de mínimo decoro que les impidiera teleportarse al interior de un baño? Oh, Dios mío, si existía dicha prohibición, ¿habría otra que me impidiera a mí marcharme usando el mismo método de CGI con efectos especiales? No, entonces habría que suponer que el nombre de Tansy no era la clave. Quizá en realidad no era parte de aquella familia.

*Pum, bang.* Gritos ahogados. Un puerta buena y sólida, me gustaba.

Maybelline había usado un término técnico para describir sus faenas de ladrona de cadáveres. *Vale, vale, intentémoslo, veamos si el sistema operativo tiene la misma memoria e inteligencia que uno de los robots de Ruth.*

—Dame, eh, el nexo de recogida de anoche.

Desgarro de lona. A través de la abertura podía ver la luz del día reflejada en los azulejos. La casa de Tansy, el cuarto de baño de arriba. Estaba mirando desde el otro lado de su viejo espejo. Me lancé a través del marco del umbral, justo cuando la puerta del baño explotaba hacia dentro. Capté la cara inyectada en sangre de Septimus, su enorme mano acercándose, pero yo ya había pasado.

—Cierra el Schwelle —grité con un pie en el lavabo y salté, sin tener ni idea

de si funcionaría. Quizá lo hizo. Algo debió de hacer, porque el espejo siguió siendo un espejo, suave, frío y con mi reflejo. Esperé un instante, entre respiraciones entrecortadas.

—¡Dios! —murmuré. La casa parecía transmitir una sensación de vacío escalofriante. Corrí escaleras abajo, me lancé hacia la cocina y oí unas voces bajas justo cuando entraba.

La tía Tansy estaba sentada sirviendo el té con su mejor tetera china. Había una bandeja con bollos en el centro de la mesa, un cuenco con mantequilla de color amarillo, leche en una jarra de cerveza en forma de hombre sentado y azúcar en un azucarero de plata. No estaba hablando con la señora Abbott. Cuando entré en la cocina como una exhalación, el basurero se dio la vuelta en la silla y me saludó amigable con la cabeza.

Necesitaba a Arthur consciente, si es que aquello significaba algo, así que paralizamos su musculatura voluntaria con bloqueadores nerviosos estándar, esos descendientes lejanos del mortal curare, para evitar que se estremeciera o algo peor. Mi enfermera, Melissa Demetriopoulus, que también se encargaba de la anestesia, le introdujo una dosis muy pequeña de hipnótico en la sangre a través de una cánula intravenosa colocada en su mano izquierda, lo justo para nublar la poca consciencia que le quedara todavía en su pobre cerebro destrozado. Una vez colocada la cabeza en el marco estereotáctico y sujeta para que no se moviera, le inyecté un analgésico de efecto rápido en varios puntos de la zona afeitada del cráneo, dorsofrontal y medial. Esperé un momento a que el entumecimiento local surtiera efecto, después entré con el trépano, con su familiar olor a quemado, con la precisa guía de nuestros escáneres pasivos, hasta llegar a un punto cerca del área de Brodmann y los cercanos ganglios basales. Casi tenía sus funciones cerebrales trazadas después de cinco exhaustivas sesiones con los ruidosos escáneres de fMRI y PET.

No hubo mucha sangre, aunque el cuero cabelludo suele sangrar bastante si no tienes cuidado. Introduje los electrodos envueltos en cristal en la corteza cerebral y seguí avanzando, más allá de la circunvolución cingulada, la gran circunvolución del interior de los hemisferios, bastante difícil de alcanzar, en las profundidades del núcleo del enredo neural que se especializa en la voluntad... es decir, en la capacidad de elegir y en la habilidad de actuar de forma deliberada. Una vez colocados los finos electrodos, rastreamos los marcadores somáticos durante un cuarto de hora y calibramos nuestra precisión de posicionamiento hasta las centésimas de nanómetro. Al otro lado de la sala de operaciones, la prima de Handley, Jess, esperaba impasible, envuelta en verde, con la cabeza también sujeta y el parche afeitado adyacente al angulado anterior repleto de un despliegue de electrodos equivalente. Observó las luces saltar en los monitores, y su extraña indiferencia se reflejó en las lecturas. Para ser una mujer cincuentona con el pelo rapado en la parte superior del cráneo, seguía teniendo, en mi opinión, una belleza sorprendente.

—Bueno, parece que está bien —dije al fin—. ¿Lista, señorita Handley?

—Vayamos al grano —dijo ella con la voz un poco gangosa—. Derívalo.

Esbocé una sonrisa profesional, le hice un gesto con la cabeza al operario de coherencia cuántica, un tipo fornido y barbudo llamado Gilbert Grant que había

conseguido de algún modo convencerme para probar aquel procedimiento.

Gilbert pulsó un botón.

Sé que me estáis mirando y no me importa. Los observadores deben observar, igual que nosotros debemos soportar su observación. No importa. El cuerpo y el aliento, la carne y el espíritu, son más grandes que el mundo.

Hoy una hoja verde ha bajado revoloteando como un pájaro. La he recogido en la mano. Era larga y delgada, y verde. Esta noche, en la mesa de la cena, había un mantel verde claro. Yo soy como el verde. Es el color de mi ojo izquierdo. El derecho me pica, está rojo de rascarme. Sostenida frente al cielo, la hoja mostraba venas, como sangre de color verde pálido, como la oruga peluda que pisé y reventó, pero no tan amarilla. El alma se arrastra lentamente por el cuerpo, se asoma por un ojo. El alma no perturba nada, pero siempre se ríe. Supongo que debe divertirse el verde. No sé por qué.

Siempre he sido un niño guapo. Aunque no sé por qué me llaman «niño», tengo seis años, me pertenezco a mí mismo, aunque coma su comida y ensucie su verde. Me observan, pero su mirada se aleja, avergonzada. Me aprietan los brazos, *uf*, me levantan, la hierba me rodea otra vez, larga y mullida, llena de pequeños animales. Durante todo el día, el sol se arrastra y quema el cielo y el azul, un blanco intenso que se levanta del verde y nada por el gris azulado, para después esconderse entre brillos carmesí y canciones, cosas negras que caen en el árbol. Debe ser el sol, la cosa ardiente que lucha dentro del cuerpo y corretea del verde al rojo, araña, araña, y vuelve mañana para intentarlo otra vez. El sol tampoco puede quedarse muerto.

## 8

—Bueno, mira quién se ha dignado unirse a nosotros al filo del mediodía. —Los ojos de la tía abuela Tansy brillaban—. Al final te escabulliste para pasar la noche de juerga, ¿eh?

Me quedé de pie, receloso, preparado para que pasara algo terrible. El pequeño hombre regordete metió la mano en el bolsillo de su rebeca de color azul desteñido, sacó la pipa, captó el ceño fruncido de Tansy, y volvió a dejarla donde estaba. Sin ponerse de pie, se dio la vuelta sobre la silla y me ofreció una mano.

—Tú debes de ser August; ¿cómo estás? Yo soy James C. Fenimore. —Cogí la mano fuerte y seca. Llámame Coop.

—Como «gallinero» en inglés —dijo Tansy en un tono nervioso y satisfecho mientras me pasaba un plato y una taza. Dio una palmadita en la mesa; con la cabeza dándome vueltas, me uní a ellos.

—Encontré a esta bella gallina paseando por St. George Road —me dijo Coop—. Se desorientó un poquitín, sí señor. Así que la traje a casa, y ella ha tenido la amabilidad de ofrecerme una taza de té. Y estos estupendísimos bollos de dátiles; te los recomiendo, mozuelo.

*El rayo verde*, pensé. Fuera lo que fuera, su campo de acción se había extendido más allá del baño. Aunque a mí no me había afectado (probablemente protegido por la marca de la bestia o lo que significara aquella marca para mí), debía de haber barrido toda aquella enorme casa y nublado la mente de Tansy de refilón. Era una pena que Coop no hubiera tenido la previsión de usarlo en las otras ocasiones en las que habían tirado cadáveres en la bañera. Pero entonces no sabía que Tansy los había visto. O quizá no le había importado.

—Muy amable por su parte —le dije mientras untaba con mantequilla un bollo. Compartimos una mirada de complicidad—. Bueno, Tansy, ¿estás segura de que ya te sientes bien? ¿Crees que necesitamos ver a un médico?

Ella se mostró nerviosa y ofendida. La había avergonzado delante de su nuevo admirador.

—No tengo Alzheimer, August, si es eso lo que pretendes decir. Te puedo asegurar que incluso en mi avanzado estado de decrepitud todavía puedo...

—No, en absoluto, querida. Estos bollos son excelentes, ¿puedo coger otro? —le pregunté.

—Sabes que te zamparás todos en cuanto me dé la vuelta. —Aquello había

pasado hacía diez años, cuando ella los había escondido en un mueble alto de la cocina y yo había trepado para birlárselos. La sota de bollos. De no saber nada sobre el maldito efecto del campo verde, ya habría empezado a preocuparme. Me levanté.

—Bueno, debería ponerme en marcha. Encantado de conocerle, Coop, y gracias de nuevo por ayudar...

Él también se levantó de su asiento de un salto.

—Yo tampoco debería entretenerme. Señora, le agradezco su amable invitación. Me alegro de haberle sido de utilidad, joven, me pregunto si podrías dejarme de camino. Tu tía me ha comentado que ganaste un excelente vehículo en un juego de azar. ¿Cuáles son las probabilidades, eh? —Soltó una fuerte carcajada. Tansy estaba decepcionada, pero nos acompañó hasta la puerta.

—Volveré a tiempo para hacer la cena —le prometí, y le di un beso en la mejilla.

—No hace falta, chico, todavía puedo asar una pierna de cordero y hacer una sartén de patatas. Nos vemos a las siete.

En la acera, cerré las puertas y me dirigí al basurero.

—¿Qué? ¿Esta vez no hay ningún espejo mágico por el que desaparecer?

—Jules quiere que vayamos a verlo, y preferiría que evitáramos los Schwellen. Hay... reverberaciones detectables.

—Y no quiere que sus hermanos y hermanas sepan que estamos todos merodeando por el planeta Tierra, ¿no?

Coop saltó al asiento del copiloto y se puso el cinturón de seguridad, como un niño obediente de sesenta y tantos años.

—Todos son el planeta Tierra, mozuelo, eso es lo que tienes que comprender. Por lo menos, los cognados. Cuando te alejas del conjunto deíctico principal, la cosa puede volverse más peliaguda y salvaje.

*¿El qué? ¿El conjunto dei-qué?*

—¿Adónde vamos? A St. Bart, supongo.

—A la casa del pastor, está al lado.

Empezaba a hacer calor; la luz del sol se reflejaba en la carretera y lo salpicaba todo. Me puse unas gafas de sol que tenía en la guantera.

—¿Y tú qué eres? ¿Mi puñetero tío o algo así?

Coop sacudió la cabeza compungido.

—Nada de eso, aunque es muy amable por tu parte el sugerirlo. No, yo soy una máquina.

El semáforo de High Street se puso en rojo; casi me trago el maletero del Honda que tenía delante.

—¿Qué? ¿Una especie de...?

Él sacó otra vez la pipa, y aquella vez no me quejé. Pero sí bajé la ventana. El cálido aire de verano entró en el coche.



—¿Has visto alguna vez una película llamada *Terminator*? —me preguntó mientras echaba humo azul—, lo siento, chaval. —Su ventana bajó con un zumbido. No había tocado los controles.

Bajamos veloces por la empinada cuesta que llevaba a Westgarth, en la misma dirección que los raíles del tranvía.

—Creo que la vi en una sesión golfa. Un director joven, no he vuelto a oír hablar de él. Cameroon, ¿algo así?

—Ah, sí. En este cognado salió justo después de *Berserker*; de Spielberg, que la borró del mapa. En cualquier otro sitio es un clásico. —Asintió para sí mientras miraba las tiendas que dejábamos atrás—. Una franquicia, una metáfora. Es lo mismo, ¿lo ves? Las máquinas se vuelven locas y matan a todas las personas que ven. Bueno, yo no soy así. —Me miró para tranquilizarme—. Yo me encargo de los cadáveres, pero no los mato.

—Ah, bien. Ya empezaba a asustarme.

Nos reímos los dos. Tenía los dientes estropeados, pero el aliento no le olía a podrido, solo a tabaco. He visto momentos tensos como aquel en las fotos de las páginas de sociedad del *The Age*. Dos personas que hubieran preferido arrancarse las entrañas en una sala de juntas o follarse a la amante del otro. En el pie de foto se decía que estaban «compartiendo una broma».

—Cognado —dije mientras me metía en Westgarth Street—. Te refieres a mundos que son variantes de este. Universos paralelos. Historias escindidas en una especie de cosmología de «Many Worlds». Dime que estoy en lo cierto y enviaré un donativo al Sci-Fi Channel.

—Chaval, hablas demasiado.

Paré frente a la iglesia.

—Señor Fenimore, puede que seas la primera persona que me acusa de eso. La mayoría se queja de que hable tan poco. Algunos creen que soy taciturno.

—¿Ves a lo que me refiero? Bla, bla, bla. —Se levantó, cerró la puerta con el grado de presión justo. Suspiré y lo seguí por la hierba hasta la puerta delantera de la pequeña vivienda de madera pegada a St. Bart.

Jules abrió la puerta al instante, esta vez vestido con una chaqueta de montar, pantalones de montar, unas relucientes botas de piel de caña alta y un gorro de cazador. Debía de haber vuelto directamente desde casa de Maybelline cuando yo desaparecí, y se había quitado la ropa de clérigo. Probablemente estaba en contacto con Coop de algún modo.

—Justo a tiempo —dijo el falso eclesiástico mientras nos urgía a entrar—. Ahí afuera hace un calor infernal.

En el interior de la casa hacía un fresco increíble, con un toque a árboles de hoja perenne de invierno. Entramos en tropel en el vestíbulo de monótonas paredes empapeladas y pasamos al salón, con su amable conjunto de muebles suburbanos, una tele modesta, una cruz desnuda colgada de la pared, fotografías

enmarcadas de solemnes personalidades con sus solemnes esposas sobre la repisa de la chimenea, y un Schwelle abierto justo treinta centímetros por encima del borde inferior de una ventana con cortinas. Un aire nevado entraba por él. En el otro lado se ponía el sol, y me pareció ver las puntiagudas copas de color verde oscuro de unos pinos de Yule que se agitaban felices con la brisa.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber, August? ¿Una Coca-Cola? ¿Padre Pepper? ¿Algún zumo de uva?

—Es Doctor Pepper —dijo yo—, al menos en este mundo, y sí, me gustaría. ¿Puedes decirme cómo dar con Lune?

—Doctor, lo siento, sí, uno se confunde. Te sorprendería... —Murmuró algo entre dientes para abrir otro pequeño portal, metió la mano dentro y sacó una lata escarchada con un borde de hielo, me la tiró y cerró otra vez el Schwelle. Quizá tuviera un mundo helado entero lleno de bebidas—. Siéntense, caballeros.

—¿El señor Fenimore no quiere nada? Ha estado caminando con mi tía bajo el calor del sol.

—Es una máquina, August —dijo Jules mientras se encogía de hombros.

—Llámame Coop —dijo la máquina con desaprobación.

—Lune —dijo yo con énfasis—. Dime.

Jules se quitó el gorro y lo sostuvo un poco en las manos, como si fuera un proyectil. Lo soltó en un sillón de cuadros comido por las polillas.

—Lo primero que tienes que entender, amigo mío, es que los mundos no giran en torno a tus necesidades. Por no hablar de tus deseos.

Abrí el refresco; salió espuma.

—Eso ya lo sabía —dije enfurruñado— desde que murieron mis padres, gracias.

—Bueno, eso habría que discutirlo —dijo él con misterio—. En cuanto a Lune, tiene una parte molecular distinta según el Acuerdo de los Jugadores, y no puedes convocarla con solo chascar los dedos. Nuestros turnos de trabajo se solapan, claro, como te dirá Coop. Una niña bonita, tengo que admitirlo. ¿Es lo único que te interesa? ¿Esperas poder metérsela hasta el fondo?

Me ahogué con la bebida efervescente, literalmente. Sabía que él era un falso, había quedado claro desde que la tía abuela Tansy sintiera un interés ocioso por su secta, y en aquel momento ni siquiera llevaba su traje de clérigo, pero los infantiles hábitos de las expectativas me traicionaron, como suelen hacerlo. Los pastores religiosos no decían las cosas con aquella franqueza. Se supone que ni siquiera podían pensarlas.

—Por favor, no hables así de ella.

El reverendo Jules puso cara piadosa, pero se le endureció la mirada.

—Cielos, no, no admitamos esos deseos tan malsanos. ¿En qué estaría pensando?

—El sarcasmo no es necesario —le dije, con la voz un poco temblorosa. Dejé

la lata—. Tengo... —Miré a mi alrededor en vano, y una frase me vino a los labios sin querer, una que normalmente me resultaba empalagosa y evasiva hasta la náusea—. Siento algo por ella.

—No cabe duda, muchacho. —Jules echó la cabeza atrás entre risas—. Me preocupas un poco. No será necrofilia, ¿verdad? Después de todo, he oído que os conocisteis sobre un cadáver durante un trabajo de recogida.

Me levanté y caminé hacia la puerta. No había nada que mereciera aquel tipo de insultos. La máquina me cogió la pierna al pasar junto a ella y me la sujetó con lo que podría haber sido un puño de acero.

—Jules tiene algo importante que decirte —dijo Coop—. Compórtate, chico. Vuelve a sentarte y espera paciente, ¿eh?

Apreté los dientes. Sentía como si fuera a explotarme la cabeza de la rabia. No suelo ser así. Casi siempre soy un poco tímido, pero básicamente plácido. En aquel momento quería matar algo, o al menos dejarlo lisiado.

—Hasta el puto gato me dio más información —dije.

Jules se encogió de hombros.

—El gato es un bocazas. A pesar de la reputación de la que gozan sus oblicuas respuestas crípticas, nunca he conocido a un gato que no lo soltara todo a la primera oportunidad.

Me senté de nuevo, cansado, y me hundí con la cabeza entre las manos.

—Esto es un puto sueño, ¿sabes? Una alucinación. No sois reales. Sois todos criaturas míticas.

—Si tú crees en mí —dijo Jules en tono alegre y optimista—, yo creeré en ti.

—Sí, los dos hemos leído a Lewis Carroll. Como resulta obvio que eres un producto de mi delirante imaginación, no me sorprende.

—Me alegro de que menciones al reverendo Dodgson. Teníamos habitaciones contiguas en la Christ Church de Oxford, ¿sabes?, allá por 1870. Era un gran entusiasta de los puzzles lógicos. Nunca intenté probar la paradoja del Juicio final con él. Hubiera sido divertido. Supongo que la hubiera convertido en una historia con ninfas preadolescentes.

Y Coop se quejaba de que yo hablaba mucho. Le lancé una mirada irónica a la máquina, pero Coop estaba sumido en una plácida espera, con la mente robótica en modo neutro.

—La cosa es que no aparentas más de cien —le dije con sarcasmo.

—Te sorprendería. Aquí hay que correr así de rápido simplemente para permanecer en el mismo sitio.

—Ya te he dicho que he leído a Carroll. La teoría del Juicio Final es una mierda. —Sentía la piel tirante. Recordaba algunas conversaciones que había oído por casualidad entre mis padres. En aquellos momentos no las había entendido del todo, pero estaba seguro de que mi padre estaba siendo mordaz.

—Ah, ¿la conoces? Creía que perdías todo el tiempo en juegos de ordenador

de cien niveles, ciberbúsquedas y ruidos horrorosos enchufados directamente en los oídos con un *Walkbox*.

—Intentas decirme que el mundo se va a destruir pronto. Crees que sería demasiado improbable que nosotros estuviéramos vivos en cualquier otra época de la historia excepto la última. —Empezaba a recordarlo todo.

—¿Y cuál es la razón?

Dejé que me picara con sus burlas.

—Que la población humana crece cada vez más rápido, de modo que en estos momentos hay más humanos vivos en el planeta que en ningún otro momento del pasado. Así que el mundo está condenado; las estadísticas lo prueban. Es una teoría estúpida. Hubiera sido igual de cierta con los antiguos babilonios. —Solté un bufido—. Y con los antiguos neandertales, si quieres.

Jules sacudió la cabeza, divertido.

—Ahí has metido la pata. Es decir, ¿cuántos neandertales ves pasear por la calle hoy en día? Están todos criando malvas. —Se puso pensativo—. Lo cierto es que podría presentarte a una familia neandertal muy agradable; creo que te gustaría su hija. —Agitó una mano—. Olvida lo que he dicho. No, has confundido la cuestión. La teoría del Juicio Final no dice nada sobre la destrucción del mundo, ni mucho menos del universo. Solo de la especie humana.

Me cabreó.

—¿Por qué nos molestamos con esta basura? Quiero saber quiénes sois. Quiero saber quién es Lune. —Empezó a vibrarme la voz de la frustración—. Quiero saber quién coño soy yo, ya que estamos.

—Empieza por el principio, sigue... y cuando llegues al final, para. Considéralo el marco de la Competición. El contexto más amplio. ¿No crees que es el enfoque más eficaz?

Cerré los ojos con fuerza y me calmé. La lata de Dr. Pepper, que se estaba calentando, había perdido gas, pero le di un buen trago; curiosamente, me tranquilizó.

—Vale. ¿Qué principio?

—Bueno, querido muchacho, como estamos discutiendo sobre la teoría del Juicio Final, lo mejor es empezar por lo último. Dices que has detectado un error fatídico en la lógica, pero siento disentir. Ah, ah, tómate tu tiempo y piénsalo bien, te aseguro que nos estamos metiendo en este berenjenal de la forma más rápida y relevante que podemos. Dime por qué no crees que esta época sea el final de los tiempos para la humanidad.

—Te refieres a la falacia lógica del tipo «¿Has dejado de sacudir a tu mujer?». —Estaba cansado—. Sería más bien si he dejado de sacudírmela. Esto no es más que una masturbación intelectual.

Sonó el timbre.

—En absoluto, August. Imagino que te sorprenderá lo útil de esta línea de

pensamiento. De acuerdo, volvamos al principio, que es el final.

El timbre de la puerta volvió a sonar, con más insistencia.

—Oh, ¡será posible! —rugió el reverendo Jules indignado. Se levantó de un salto de la silla y atravesó el pasillo con rapidez. Oí cómo se abría la puerta principal, su «¿Sí? ¿En qué puedo ayudarles?» irritado. Una voz masculina poco clara dijo algo, después otra con un acento nasal americano, quizá del medio oeste.

—Vaya, me alegro de que me haga esa pregunta —dijo Jules con voz de jarabe dorado aliñado con veneno para ratas—. Por favor, entren. Estos asuntos me han preocupado durante muchos años; agradecería mucho su consejo. —La puerta se cerró con un *clic* carcelario que me hizo estremecer, y tres pares de pies caminaron hacia nosotros. Dos hombres jóvenes con malos cortes de pelo, trajes oscuros, camisas blancas y corbatas grises siguieron a Jules hasta la habitación.

»August, Coop, me gustaría presentaros al hermano Bob y al hermano Billy, que han atravesado el Océano Pacífico para ayudarnos a encontrar la paz de espíritu. Por aquí, caballeros, siéntense, siéntense. —Señaló con un gesto el sofá, en el que los misioneros se sentaron inseguros a izquierda y derecha del robot, que se tocó la gorra y después se sentó con una tranquilidad inhumana— Estos hombres vienen a dar testimonio de un milagro de fe, August, así que te recomendaría que estudiaras su testimonio, ya que él te ayudará en los duros tiempos que se avecinan.

El hermano Bob, o quizá Billy, que era poco mayor que yo, estiraba el cuello para mirar el Schwelle abierto; su viento frío jugaba con el remolino de su pelo, y los ojos le daban vueltas.

—Sí, estos respetables jóvenes me preguntaron si me había «salvado», si había aceptado al Salvador, y me ha parecido que es de una amabilidad pasmosa por su parte, ¿no te parece, August? ¿Venir basta Westgarth en un día de verano tan caluroso, con esos trajes negros tan pesados, solo para transmitirnos su eterno mensaje? Al parecer no se han dado cuenta —dijo en tono melifluo— de que este hogar está pegado a un lugar de culto que no es de su confesión, y que su ocupante bien podría ser, y de hecho es, un ministro, un pastor, un clérigo ordenado en esa misma fe... no, no, chicos —insistió cuando ellos intentaron ponerse en pie ruborizados, mientras sujetaban el libro sagrado contra sus sudorosos pechos—, no hace falta que os sintáis avergonzados, porque creo que el Señor ha dirigido vuestros pasos, o quizá vuestras bicicletas, hasta aquí, porque, ¿dónde si no se os podría conceder una visión tan íntima de la verdad de esa doctrina a la que a veces sospecho que muchos jóvenes de hoy en día se adscriben solo de palabra y no de corazón? Bien, ya que estáis de pie, permitidme. Dame a Dis. Coop, por favor.

Un umbral se abrió en medio de la habitación. Todos los pelos del cuerpo se

me pusieron de punta, y sentí que se me revolvía el estómago. Era el hedor del mundo del holocausto de Septimus, pero doblado, triplicado. Cosas sin piel sobre los músculos desnudos se retorcían en agonía, gritaban desde gargantas destrozadas y sangrientas. Corrían hacia la abertura. Coop cogió a los dos jóvenes por los antebrazos y los arrastró sin esfuerzo al otro lado del umbral; sus gritos se unieron a los del resto. Me lancé a por ellos. Tenía que hacer algo, aquello era literalmente inhumano. Jules dijo algo; el Schwelle se cerró con su ruido de tela rasgada. Estábamos solos, los dos, y yo me tambaleé de puntillas, muerto de miedo a mi pesar, y lleno de asco y rabia.

—¡Hijo de puta! ¿Crees que eres Dios Todopoderoso?

Él sacudió la cabeza; se divertía y tenía los ojos brillantes.

—Ah, ha sido como un bálsamo. Odio a esos mierdecillas. Venga, siéntate. — Volvió a su vieja silla destrozada y se planchó las arrugas de los pantalones—. No sufrirán ningún daño, son unos juguetitos tontos sin importancia. De verdad, siéntate, te vas a hacer daño si no te calmas. Oh, por amor de Dios, vale. —Se levantó otra vez—. Dame a Dis.

El chillido de la realidad desgarrada. Chillidos, en plural.

—Tráelos de vuelta, Coop. —A través de la ventana y de su atroz paisaje de sufrimiento, la máquina llevó medio a rastras a sus víctimas. Bob y Billy estaban hundidos, con los ojos blancos, las pupilas diminutas y la respiración entrecortada con estertores horribles. ¿Eran aquello marcas de dientes?

—Eres Satán —gimió Billy, intentando retroceder. El Schwelle se cerró detrás de ellos. Coop los soltó; cayeron a la alfombra y comenzaron a arrastrarse hacia el vestíbulo sin recoger las escrituras— Eres un ser maligno.

—Oh, supéralo. Creía que os sentiríais agradecidos. Verde, creo, señor Fenimore, y después un toque de azul.

—Por supuesto, señor. —Coop sacó su tubo amnésico del bolsillo con una velocidad cegadora y los bañó en una luz esmeralda. Se quedaron tumbados como niños, acurrucados, con sonrisas felices en la cara. Vi bailar un brillo azul todavía más extraño, algo que solo había visto una vez y que, en efecto, había borrado de mi memoria sin la necesidad del rayo verde. El cieno se derritió como escarcha bajo un soplete. La ropa desgarrada se arregló sola, igual que la ventana evaporada se había rehecho a sí misma en el cuarto de baño de la tía abuela Tansy, como una cinta de vídeo rebobinando, como una masa amarilla y viscosa entre fragmentos rotos de cáscara blanca que vuelve a absorberse y a recomponerse en un ovoide reluciente, para que el huevo intacto salga después volando hacia arriba en contra de la gravedad, aterrice en la mano que lo espera, y sea depositado rápidamente dentro de la puerta del frigorífico. Pero era la realidad editada sobre la marcha, no hacia atrás, sino hacia delante, suavizada, empalmada y reparada.

*Llevaba razón, me dije a mí mismo. Estoy en una simulación.*

—*Tut-tut*, estás teniendo un pensamiento banal, August.— Jules me observaba con atención—. Te intentas convencer de que esto es una especie de programa de realidad virtual que funciona en tu ordenador petaflop del año 2051, y de que en realidad eres un pobre viejo con electrodos pinchados en la cabeza, enganchado a fantasías y recuerdos del pasado. —Lo cierto es que se había acercado bastante; sentí un escalofrío, y no era solo por el viento que entraba por el Schwelle—. Ah, hombre de poca fe. No es algo tan sencillo, muchacho, ni tan limpio, ni tan... manido. Gracias, Coop, ¿serías tan amable de acompañar a nuestros jóvenes amigos hasta la puerta?

—Hombre, claro.

Atontados, mirando a su alrededor con una especie de confusión placentera, Billy y Bob cogieron a Coop de la mano y avanzaron hacia el vestíbulo. La puerta se abrió y se cerró en silencio. Supongo que se alejarían pedaleando con el cálido viento del norte. Nunca volví a verlos y no me puedo imaginar lo que les dirían sus sueños. Si retuvieron algún recuerdo parcial de aquel mundo del infierno, ¿serviría su epifanía para confirmar su fe o para negarla? No lo sé y, francamente, no me importa. Ahora soy un Jugador, un Jugador de la Competición de los Mundos, y tengo cosas más importantes en las que pensar.

Pero entonces era un chico ignorante de veinte años que esperaba a que empezaran las clases para retomar mis estudios de medicina. ¿Cuándo había decidido ser médico? No lo podía recordar; debía de ser algo que mis padres supusieron que me interesaría, aunque nunca me presionaron. Me senté, con las piernas débiles y temblorosas, miré al reverendo Jules lleno de asco y asombro, y me di cuenta de que la medicina clínica era lo último que necesitaba estudiar. Me dije a mí mismo que si alguna vez salía de aquella horrorosa sala de los espejos iría directamente al departamento de filosofía. Y, de hecho, al final eso es lo que hice, razón por la cual ahora mismo tengo preparadas las tres cuartas partes de mi tesis sobre lógica modal. Pero no debería adelantarme a los acontecimientos. Hay que empezar por el principio y seguir hasta el final, o al menos hasta cerca del final, si es que hay un final, cosa que todavía no he dilucidado. Sigamos.

Sin pestañear, Jules retomó el hilo de la conversación, o quizá de la instrucción, y tiró de él llevándome a mí detrás. Le dijo al aire:

—Dame a Muñeca Estelar.

Mientras el Schwelle se abría a una oscuridad salpicada de estrellas, me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara. ¿Por qué no? Quería respuestas; quizás aquella era la forma de obtenerlas. Crucé el umbral con Jules pisándome los talones.

Me detuve al otro lado, confundido. El vasto espacio no estaba vacío del todo, y las luces de arriba no eran estrellas de verdad. Más lejos, hacia el este, o en alguna dirección bajo la luz del alba, los puntos de luz estelar brillaban más,

como si la mano de algún gigante estuviese girando un reostato para darles más combustible. Me giré para mirar a uno y otro lado.

Era una llanura gris con pálidas líneas multicolores que se estiraban en varias direcciones, un revoltijo. No vi ningún edificio que se elevara hacia las falsas estrellas, ni árboles, ni flores, ni chicos de los periódicos con sus bicicletas, ni líneas de alta tensión, ni lagos, ni perros corriendo de un lado a otro, ni... nada que pudiera reconocer. Era como si me hubieran encogido a escala microscópica para depositarme en el diagrama de un circuito. Oh.

—Esto es la simulación.

—Pues no. Esto es la esfera interna de computronium de un cerebro matrioshka. No te preocupes por eso, solo estamos de paso. Bueno, lo que viene sí es una sim. Muéstranos la demo del Juicio Final. —Jules hizo el movimiento clásico con la mano derecha, con el brazo levantado a la altura del pecho y el dedo índice hacia delante. Murmuró una instrucción entre dientes, y nos movimos al instante, aunque sin la sensación de alarmante discontinuidad que cabría esperar. Era como el punto ciego del ojo; de algún modo el cerebro se adaptaba a la pérdida de la imagen, la suavizaba y evitaba que te preocuparas por el fragmento borrado o desaparecido de la escena que tenías delante. Era igual, pero a escala totalmente tridimensional. Volamos como flechas hacia un pequeño edificio de color rojo fuego con dos puertas. Entrecerré los ojos ante las ráfagas de viento que me golpeaban la cara. Una puerta era azul, la otra de un marrón oscuro. Los bordes parecían oscilar, una ilusión óptica de contraste de colores que resultaba de un realismo más espeluznante que los ladrillos rojos. Nos pusimos delante de las puertas.

—Elige una.

Me encogí de hombros y abrí la puerta azul.

Imaginé que estaríamos en la plaza mayor de una ciudad escandinava. El aire frío soplaba dentro de mi camiseta sin mangas y me subía por las perneras de los vaqueros. Un elevado sol pálido lo volvía todo claro y nítido: las oficinas municipales de piedra y madera con sus antiguas insignias montadas sobre dinteles, las profundas ventanas con vidrieras, las tiendas con carteles modestos. El traqueteo del tranvía. Por todas partes se movía una multitud ocupada, matronas de compras, un viejo caballero con bastón, dos patanes pavoneándose y comiéndose con los ojos a una chica guapa que pasaba de ellos, hombres de negocios que hablaban por sus teléfonos Nokia, la gran variedad del mundo al completo, o una muestra representativa muy bien escogida.

—¿Qué notas?

—Necesito una chaqueta. —De repente tenía una puesta, forrada de piel y cómoda. Mis pies también estaban más calientes; me quedé mirando unas botas de piel de oveja, de color crema y blanco—. Ah... —Lo miré todo bien. La gente nos miraba interesada y amable, y desviaba la vista al instante. Estaban



notando...

»Son nórdicos, rubios, ojos azules. —Miré con más atención. Nunca había estado en Suecia ni en Finlandia, así que era un efecto bastante sorprendente—. No hay gente de pelo castaño. Debe ser una simulación. El cielo ario. ¿Dónde estamos, Jules? ¿En el puto año mil del Reich?

—Te dije que era una sim. Mi Muñeca Estelar puede arrancar una cosa de estas en un nanosegundo sin pestañear. Sí, llevas razón. August, en esta ciudad hay un millón de personas con cabello del color del trigo, todos ellos con ojos azules. Eres una anomalía, como yo.

Estábamos andando por una calle de adoquines. En una taberna, Jules abrió la puerta batiente y me introdujo en una atmósfera brumosa, pesada por el olor a lúpulo, sudor y aliento humano impregnado en cerveza. Una joven normal ponía cervezas tras la barra. Me miró, dudó, y sus ojos castaños se abrieron como platos. Cabello castaño oscuro, como el mío.

—¿Más miembros de la familia Seebeck?

—Solo en teoría —dijo Jules con una risilla— ¿Ves al fortachón del fondo, el que arrastra un barril de cerveza? Es su padre. Hay diez de ellos, los únicos de la ciudad con ese color. Aquí es distinto. —Levantó un dedo, apuntó. Estábamos de nuevo frente a las dos puertas. Suspiré, me encogí de hombros, y el peso del abrigo de piel desapareció. Abrí la puerta marrón.

—Sí, es bastante obvio, Jules. —La gente corría de un lado a otro, O vagueaba bajo el sol tropical, bronceada, con ojos oscuros. El agua goteaba de enormes hojas que daban sombra; acababa de llover. Pisamos charcos. En un puesto de vendedores de alfombras del otro lado de la calle, protegidos por un toldo de tela, vi a los Robinsones suizos, padre rubio e hijos, madre rubia e hijas, extranjeros de *Sonrisas y lágrimas* en una tierra extraña—. Supongo que estos diez son los únicos tipos de ojos azules de la ciudad.

—Entre los millones de personas con ojos marrones, sí. Bien, supongamos que te aseguro, August, que tú y tu familia venís de uno de estos dos lugares. ¿En cuál de ellos sería más probable que tuvierais vuestros orígenes?

—¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Que vivimos entre personas que no son como nosotros? Jules, eso ya me lo había imaginado.

—Presta atención, joder. ¿De qué ciudad es más probable que provengas, teniendo en cuenta tu pelo oscuro y tus ojos castaños?

—Obviamente de esta, como el otro millón de personas que tiene mi aspecto. Pero eso no es...

—Pero sí lo es, ¿no lo ves? ¿No te sorprendería saber que en realidad perteneces a esa familia de ojos oscuros que vimos en la primera ciudad, que te sentirías como en casa en las frías comodidades nórdicas de la familiaridad, que eres una de las únicas diez personas que hay como tú en un lugar en el que el otro millón de habitantes es bastante distinto?

—Sé adónde quieres ir a parar, pero es...

—Deja de luchar contra la lógica. Prefieres fingir, a tu sentimental manera, que el mundo en el que naciste seguirá existiendo para siempre.

—Claro que no. Es decir, sí que espero que las cosas cambien.

—Sí, ahí pica. —Jules se tomó la metáfora al pie de la letra y se frotó las manos con satisfacción—. ¿Cuánta gente vive en tu mundo?

Rebelde, dije:

—¿Mi mundo? Solo hay uno. —Las palabras me cayeron muertas de la boca; sabía perfectamente que había muchos (un número infinito, por lo que veía), porque había estado dando bandazos por una pequeña muestra de ellos, y en aquel momento me encontraba dentro de una convincente simulación, en un lugar que ni siquiera podía empezar a imaginarme—. Unos seis mil millones de personas.

—¿Y cuántos humanos han existido desde que la primera criatura gruñera su primera palabra?

¿Diez veces más? ¿Veinte?

—¿Cómo voy a saberlo? Dímelo tú.

Gente de ojos castaños pasaba a nuestro lado y apartaba la mirada de mi evidente enfado en público. No existían. Tenía que repetírmelo una y otra vez.

—Puede que en toda la historia de la humanidad hayan vivido y muerto doce veces más personas, August, de las que hay ahora en tu globo. Pero hay una pregunta más amena: ¿cuándo supones que las cantidades se igualarán entre pasado y futuro? —Levantó una mano mientras yo me encogía de hombros y negaba con la cabeza—. Todos esperan que la población siga aumentando y aumentando, que sea cada vez más numerosa, al menos durante algún tiempo más. Dame tu mejor suposición. ¿En qué año de nuestro señor Buda excederá el número de hombre y mujeres vivos al de los muertos, al de todos ellos, muertos y podridos, hasta llegar al primer humano tembloroso de las llanuras africanas?

Dios mío, cómo le gustaba el sonido de su propia voz.

—En el año 5000 —dije sacando una cifra de la nada—. ¿El año un millón?

—Pues no. —Jules le guiñó el ojo a una anciana que examinaba su cara arrugada en un escaparate. Ella lo miró con ojos brillantes.

—Dos mil ciento cincuenta —le dijo ella tranquilamente.

—No estarás hablando en serio —dije tras un momento haciendo caso omiso de la mujer falsa. Me había estremecido—. Solo faltan... cinco o seis generaciones.

—Menos, en realidad, teniendo en cuenta la tecnología médica del futuro. La ampliación de la vida va a aumentar de forma exponencial, chico. Dentro de cincuenta años, en tu mundo los niños contarán con tales ventajas genéticas que nunca morirán por una enfermedad, ni de viejos. Bueno, por lo menos hasta que algo horrible ocurra más o menos en el 2150.

Su certeza me hizo enfermar de miedo.

—Habéis viajado en el tiempo y venís del futuro.

Jules soltó una carcajada, lo que atrajo más miradas de los transeúntes.

—En absoluto. La métrica no funciona así. No, esto no es más que pura lógica y conocimiento de la historia. De muchas historias distintas, a decir verdad. —Se inclinó hacia delante y me miró con agudeza—. ¿Empiezas a verlo? ¿Empiezas a entenderlo? —Era evidente que lo dudaba. Agitó el brazo y el mundo desapareció. En un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos de nuevo delante del edificio de ladrillos rojo fuego. Ahora las puertas gemelas eran de color verde oscuro y plata brillante.

»Vamos —dijo Jules y entró por la puerta verde.

Esta vez sí me horroricé. Me quedé sin aliento, como si me hubieran dado un golpe. Me di la vuelta para huir, pero Jules me bloqueaba la salida.

Estaba en el vestíbulo de una habitación enorme, de un tamaño increíble, llena de gente. No podía ver el final, solo la pared que teníamos detrás. Arriba, la luz cambiaba sobre un techo translúcido con un espantoso efecto de perspectiva, vi que el techo era un suelo de cristal, que miles de personas caminaban de un lado a otro sobre nosotros. Y por encima de ellos había figuras más pequeñas, y motas más pequeñas por encima de aquellos, y... Estábamos en la base de una caja de capas de cristal del tamaño de una metrópolis, quizá del tamaño de una nación. Algo llamó mi atención arriba, a la derecha: un brillante contador digital mostraba un número grande y siempre cambiante. Nadie le prestaba atención. Mareado, me abrí paso entre la multitud hasta quedar justo debajo del contador. El número decía 84.373.889.94-, pero el último dígito cambiaba tan rápido que solo se veía una mancha borrosa. Con un ataque de intuición repentina, vi que contaba el número de humanos de la habitación, más los de la habitación de arriba, más los de las habitaciones que se encontraban por encima de aquella. Miré a mi alrededor, atónito, y vi que la vida humana en toda su plenitud, o su representación simulada, surgía por todas partes, cogía y gastaba, moría y nacía.

Intenté fingir serenidad.

—Sí, sí —le dije a Jules—. Se supone que este edificio es la Tierra, y estos son los seres humanos que han vivido en ella. Así que al lado...

—Hay una habitación mucho mayor —siguió Jules—, una habitación «extravagantemente» mayor. —Señaló con el dedo y nos encontramos junto a la entrada plateada, en la pared roja, y la cruzamos.

Se me revolvió el estómago. *Solo es una ilusión, humo y espejos*, me dije a mí mismo, pero no sirvió.

Estábamos flotando en una noche profunda. Un mundo tras otro nos rodeaba hasta el infinito, verde, azul y blanco bajo la luz de millones de estrellas, una galaxia encendida de vida, y en aquellos mundos, lo supe con certeza, los humanos vivían y se multiplicaban, miles de millones de ellos, todo un imperio

galáctico o una federación galáctica de humanos fértiles unidos. *Metáfora*, pensé, pero la vertiginosa profundidad de la ilusión me llenaba de asombro y terror. En un nivel más literal, no tenía ningún sentido, pero en algún estrato mítico de mi consciencia, o quizá de mi inconsciente, era como mirar el cielo y saber que todas las estrellas estaban vivas, mirándome.

—Sácame de aquí —exigí, con la voz ahogada por la emoción.

Nos encontramos de nuevo en el exterior del edificio rojo. Las dos puertas eran negras. En cada una de ellas había grabado un signo de interrogación.

—Imagina que tienes amnesia —dijo Jules. Con un escalofrío, me acordé del rayo verde de Coop. *Por lo que sé, pensé, tengo amnesia. ¿Cómo si no iban a conocerme aquellos hermanos Seebeck? ¿Cómo si no íbamos a compartir un nombre?*— Supón que te dijera —dijo implacable— que tu lugar de origen es uno de los dos lugares que acabamos de visitar. Eso es todo lo que sabes, que vienes de uno de esos dos posibles enjambres humanos. ¿Puedes estimar de cuál de ellos es más probable que provengas?

Lo odiaba, pero la lógica era inflexible. La lógica de la paranoia.

—Del más grande, obviamente. Las probabilidades son millones de veces mayores. Pero estás suponiendo...

Jules hizo un gesto. De repente, nos encontramos dentro de la menor de las dos inmensidades, bajo sus colosales pisos de cristal, hombres, mujeres y niños por todas partes, con túnicas y apestosas pieles de animales, con uniformes escolares y taparrabos, con poco más que marcas grabadas en la piel curtida, ochenta mil millones de ellos. Un predicador con las vestiduras eclesiásticas que Jules había vestido en St. Bart hablaba en un púlpito cercano; su voz tranquila y bella podía oírse sobre el alboroto de la multitud.

—Esta sala no es la única. Justo al lado, amigos míos, existe una sala aún mayor. «Y Él les dijo: vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo».

Jules me murmuró al oído.

—Su congregación no tiene forma de saber si dice la verdad. Están atrapados aquí dentro; no pueden abrir la puerta plateada. Quizá las galaxias que se encuentran al otro lado no sean más que una ilusión, de todos modos. Quizá no sean más que un postulado... una «extrapolación», podríamos decir. ¿Puedes darles a estos ochenta mil millones de personas una razón para creer en la realidad de ese espacio mayor, de ese espacio excesivamente mayor, de ese espacio de carne humana en movimiento frente al que esta realidad observada no es más que una uña diminuta?

Intenté mantener la voz baja.

—Comprendo lo que intentas decir. No tienes que tratarme como a un niño. Este lugar representa al mundo hasta ahora. El lugar mayor que se encuentra al otro lado de la puerta plateada es el futuro potencial, el futuro lejano de la

especie, en el que la galaxia está abarrotada de humanos. Intentas exponer que...

—*¡Schist!* —Una monja vestida con el hábito completo me regañó con el dedo.

—Lo siento, señora —dijo Jules. Volvimos al vacío rayado de la esfera del cerebro matrioshka. Las luces brillaban sobre nosotros en una bóveda invertida tan enorme que parecía plana y sin horizonte—. Vamos, August —me dijo—. Ruth nos estará esperando. De nuevo en casa, ¡qué bien!

El Schwelle se cerró detrás de mí. Coop estaba sentado en el mismo sitio que antes, tranquilo, un santo zen de máquina. Me cedieron las piernas; caí en el sillón.

—¿Por qué no preparo una buena taza de té? —sugirió Jules.

Me obligué a pensar en lo que me había mostrado. En menos de siglo y medio, habría más gente viva en la Tierra que en todos los períodos anteriores juntos. El mundo de la puerta verde contenía todos los hombres y mujeres de aquella época futura. Me corregí. No, no, era mucho más terrible, la comparación era acumulativa: de toda la historia. Entonces, si un dios pudiera agacharse para coger a un humano de muestra, a una mujer o a un hombre de cualquier parte y de cualquier época anterior al 2150, sería una apuesta segura decir que dicho individuo pertenecería a algún punto cercano al final. Del año 2150 o alrededores. Sigamos, pues. Añadamos algunas generaciones más fecundas; seguro que las cifras seguirían subiendo después del 2150, con lo que el predominio de los vivos sobre los muertos se agudizaría cada vez más rápido conforme la humanidad inmortal se derramara hacia las estrellas.

Lo que implicaba, ¿qué? ¿Que estábamos todos condenados a la extinción antes de que se produjera el éxodo galáctico de la población de inmortales?

Alcé la vista con las manos enlazadas. Jules estaba de pie en el umbral y me observaba con una expresión tranquila e irónica. Volví a bajar la mirada, sentí que se me fruncía la piel de la frente de la concentración.

No, espera un minuto, eso no tiene sentido. Empieza otra vez. Me está diciendo que las probabilidades de que un individuo cualquiera sea uno de los humanos que estén viviendo aquí y ahora, incluido yo, son sorprendentemente altas. Hace veinte mil años, la Tierra estaría habitada por menos de un millón de humanos. Un momento muy improbable para nacer, de los 80 mil millones de humanos que han vivido hasta la actualidad. Lo mismo podría decirse, con ciertas modificaciones, del año 1000 a. C. Olvidémonos del futuro por un instante. El ocho o el diez por ciento de todos los humanos que han existido se encuentra en el planeta en estos momentos, y yo soy uno de ellos. No es una mala probabilidad.

Pero supongamos que el mundo no está condenado o, al menos, que la humanidad escapa a las distintas amenazas que la acechan, que logramos alcanzar las heroicas técnicas que nos llevarán a las estrellas y nuestra semilla se

disemina por los cielos... Bueno, en cien mil años la especie humana podría llenar la galaxia, como yo había experimentado en aquella escalofriante simulación. Quinientos mil millones de estrellas, y cada una de ellas calentaría decenas de miles de millones de vidas que descenderían de esta época.

Entonces, ¿cuál era la probabilidad de que Jules y yo estuviéramos viviendo en aquel preciso instante, tan pronto?

Si un dios escogiera a un humano al azar de aquella inmensa colección de billones de humanos, ¿qué probabilidad tendría de ser yo o cualquier otra persona de este siglo? Pues tendría unos cientos de miles de millones en contra, sí una probabilidad ridícula.

Así que si mi existencia en aquel preciso instante tenía que ser probable, para ser un hecho modestamente mediocre y no uno ridículamente especial, mi época tendría que estar a una distancia razonable del repleto siglo veintidós. Y lo estaba. Pero el razonamiento sólo se completa si la cantidad de humanos fuera a dejar de aumentar de algún modo alrededor del 2150.

Existo. Unidad de probabilidad. Certeza de probabilidad. Y, por tanto, aunque fuera cruel, parecía deducirse... Mi mente se alejó temerosa de la lógica en apariencia despiadada. Parecía deducirse que el futuro de la humanidad se clausuraría mucho antes de que se produjera ninguna gran expansión por los cielos y el futuro. De lo contrario, mi situación actual en el tiempo y el espacio era, simplemente, excepcional hasta resultar inverosímil... y no había ninguna razón para suponer que vivíamos en un lugar o una época única.

Me dolía la cabeza y los ojos me daban vueltas, porque aquella lógica, a su vez, implicaba que yo estaba, después de todo, en un lugar muy especial del espacio y el tiempo: la época final antes de la destrucción de la humanidad.

—Toma, el tuyo sin leche y con azúcar, ¿verdad?

Miré a Jules, sintiéndome fatal y sudoroso, y cogí la taza de té que me ofrecía. Estaba caliente y me quemó los labios, llevaba demasiado edulcorante.

—Vale. No discutiré contigo. Espero que haya una fisura en el argumento del Juicio Final pero, si la hay, no puedo encontrarla. ¿Y ahora qué? No veo la conexión contigo, con Ruth, con Coop, con Lune y los demás. Por no hablar de mí. ¿Se supone que somos una especie de archiveros cósmicos? ¿Contables de la eternidad? —Fruncí los labios—. Sería un buen nombre para una banda.

—Jugadores, querido muchacho, actores; no contamos números, ni siquiera seres humanos. «El mundo es un escenario, y todos los hombres y mujeres son actores». —Se levantó—. El viejo saltimbanqui sabía de lo que hablaba.

—¿Shakespeare? No sé qué demonios tiene esto que ver con la hipótesis del Juicio Final. Aunque el universo fuera una Competición, ¿qué podría impedir que continuara para siempre?

—Oh, Decius te lo explicará con total claridad cuando regrese de Estación Yggdrasil. Está observando el nacimiento de los semidioses, y puede que eso

termine esta corriente...

—¿Odysseus? —pregunté con voz algo estridente, confundido por la pronunciación del nombre.

—Nuestro hermano Decius. —Jules parecía más enfadado que jocoso, pero no dejaba de divertirme mi equivocación—. Él y su equipo están supervisando un cognado en el que el cosmos local está a punto de revertir a la singularidad del Punto Omega.

—¿Qué?

—No importa. —Alargó una mano—. El mundo es un escenario por el que deben pasar los actores.

—Tienen sus salidas y sus entradas —dije yo.

—Por supuesto. Aquí hay una. —En algún momento yo había dejado la taza de té y él me había cogido la mano; su apretón era firme y seco—. Dame a Ruth.

El telón del escenario cósmico se rasgó. La bibliotecaria de las máquinas levantó la mirada. Delante de ella había un cadáver desnudo tumbado en una mesa de autopsias; lo había abierto y estaba jugueteando en el interior de su cabeza. La imagen me mareó un poco, pero estaba tan asombrado que casi ni lo noté.

—Jules. Pensaba que llegarías antes. ¿Tienes a nuestro chuchito perdido? Ah, veo que sí. —De forma inconsciente, se tocó el hombro izquierdo con los finos dedos; sus tendones magullados recordaban el impacto sufrido al usarla como plataforma de lanzamiento—. Entrad, no hace falta tanta ceremonia.

Mientras cruzábamos el umbral, la máquina James Fenimore se quedó donde estaba, tirado con total relajación en el sofá; me guiñó un ojo. Di un paso adelante para mirar las tripas y oí cómo se cerraba la ventana detrás de mí.

La cosa de la mesa era el ciudadano muerto con mal corte de pelo que Lune y Maybelline habían metido en la bañera de la tía abuela Tansy, o mejor dicho, que habían intentado meter en la bañera.

Y, por supuesto, en aquel momento, al echar un vistazo desvergonzado, vi que no era humano. A pesar de toda aquella carnicería de color sangre, no era más que otra máquina, como el basurero Coop. Aunque probablemente perteneciera a la facción política contraria.

—Es otro intruso deformista, como tú y May suponíais —dijo Ruth, con aspecto de estar muy concentrada, a alguien que estaba detrás de mí.

Una voz encantadora que, a pesar de haber escuchado una sola vez, se me había grabado en el corazón, dijo muy seria:

—Si no descubrimos lo que impulsa a estas cosas repugnantes, el Acuerdo entero se derrumbará. —Me di la vuelta, enfermo de nervios. Ella me miró a los ojos—. Hola —dijo Lune, y me sonrió como si fuera el sol— Supongo que no eres Ember.

—Lune —dije, con el aliento atrapado en la garganta. Tras un instante,

aturullado, seguí hablando—. Soy August.

—Sí —dijo ella—. Tendrán que revisar la rima de la familia Seebeck, por no hablar del calendario. Seis mozas valientes y seis hombres sanos. La verdad es que así queda más simétrico —añadió, misteriosa.

La miré con la boca abierta.

—¿Qué?

—La Competición de los Mundos acaba de hacerse aún más interesante, August —me dijo ella.



Entre brillantes gotas de luz, la nave Cábala robada de Jan Seebeck se alejaba de Sagitario de camino al interior del Sistema Solar, a diez UA del Sol. En los cognados del Mundo Matrioshka de Jules, aquello sería ya el interior profundo de las grandes esferas concéntricas de Dyson, pero en su universo local, el mundo del triunfo de Bar Kokhba sobre los romanos, seguía habiendo poca vida a aquella distancia, y las estrellas brillantes no encontraban obstáculos en la oscuridad.

Se rio de pura alegría, tras reclinarsse en la silla de mando. En las grandes pantallas, las representaciones en vóxeles con dilatación ajustada cambiaban a toda velocidad según sus deseos. El globo rodeado de anillos de Saturno colgaba en la oscuridad, asistido por las motas de los satélites. En cuestión de minutos de su tiempo comprimido, quedó bajo ella, de color albaricoque pálido con rayas y bandas, anillos como una bandeja de oro rota por una cuña de sombra; después desapareció en el vacío que dejaban atrás. *El hombre colgado* silbaba de camino al Sol, ligeramente por encima de la eclíptica, a la mitad de la velocidad de la luz, pero frenando con cada explosión de los motores de energía oscura. La Tierra estaba a menos de doscientos minutos de a bordo a la velocidad que llevaban, pero la nave espacial no podía romper los límites de la física establecida, y ni siquiera las fuerzas de la energía oscura podrían detenerse de golpe yendo a la velocidad de la luz. Todavía quedaban varias horas de vuelo achicharrado a lo largo de la trayectoria de desaceleración de Jan, y a ella le parecía bien. Se pasó las manos por el cráneo, que hasta hacía poco había estado afeitado al cero. Le había crecido en un corte a cepillo de punta que le raspaba las palmas. En las pantallas, observó otra formación estelar de energía pura. La hacía sonreír de placer, la sacudía como el sexo. A veces se preguntaba si la nave y su cuerpo se habrían fundido, si se habrían convertido en algo mayor que cualquiera de las dos por separado.

—*Nah* —dijo, y le dio una patada al panel de datos desplegados con el tacón alto de una de las botas de punta descubierta—. Viejo chucho sarnoso, no eres más que una ratonera bonita.

Un murmullo familiar, como hojas de otoño agitadas por una brisa fresca, se le movió por el antebrazo desnudo. El iluminado tatuaje del hada batió sus alas azules, con las venas palpitantes.

—¿Otra vez hablando sola, Jan? —La voz de Sylvie era débil y jocosa—. ¿O

ahora nos da por largarle soliloquios a la nave? —Una pequeña imagen del tatuaje entró en el campo de visión izquierdo de Jan, como si el hada se le hubiera desprendido de la piel y hubiera volado hasta posarse en su pupila. Por puro reflejo, Jan parpadeó. Sylvie dio una vuelta, velos celtas girando en el aire creado por su movimiento, y se inclinó una vez a modo de saludo.

—En cuanto a ti —dijo Jan—, no eres más que una proyección psicótica.

—Es «psicónica», mi bien amada. Veo que nos dirigimos a Júpiter. ¿Alguna señal de una partida de bienvenida?

—Júpiter está al otro lado del Sol. Llevo con la antena desplegada al máximo desde Neptuno, preciosa. Ni rastro. Creo que han dejado de creer en mí.

—Bueno, has estado fuera bastante tiempo. —El hada se abanicó con sus elegantes alas mientras seguía flotando—. Pero este espectáculo de luz los sacará a los balcones.

—A la velocidad a la que nos movemos, nuestro frente de onda de imagen llegará hasta ellos sólo unas cuantas horas antes que nosotros. Espero que sean amistosos. Lo cierto es que han estado muy callados, nada de charla. Parece como si todo el sistema se hubiese ido a dormir.

—O como si hubieran muerto todos. —A veces el hada podía ser cruel.

—O vuelto a la singularidad, con lo que nunca los encontraríamos. No; puedo imaginarme algún tipo de cultura cabalística contemplativa que haya surgido de aquel mesianismo de Bar Kokhba, teniendo en cuenta las décadas que hemos estado fuera.

Las alertas iluminaron los indicadores y empujaron al hada hasta un rincón.

*Nos interrogan, le dijo. El hombre colgado tranquilamente. Unos láser gamma han investigado nuestros perímetros defensivos. Los hemos rechazado. ¿Debemos decir algo?*

—¿Hablan algún lenguaje máquina que comprendas?

*Una amalgama de código alfanumérico legado, dijo la nave. Inteligible, pero incompleto.*

—Hazles saber que soy yo y que estoy de vuelta. —Jan sonrió—. Qué demonios, sus antepasados pagaron el viaje. Diles que encontramos una estrella Xon. Diles que... —Dejó la frase en el aire y reflexionó un largo instante—. Diles que les traemos buenas nuevas.

No pasó nada durante un rato, pero Jan tampoco lo esperaba. La demora de la velocidad de la luz con respecto a los puestos de avanzada furtivos que estarían a varias unidades astronómicas de distancia de cualquier base rocosa sería de diez, quince o treinta minutos. Dejó el puesto de mando y fue a vestirse. Su armario se desplegó como una caja de magia e iluminó un menú de opciones. Un chitón helénico recogido, con una bolsa *kolpos* formal y sandalias, no. Demasiado retro. Peor aún sería un mono plateado o un mono de trabajo gris con múltiples bolsillos y botas de Velero. ¿Algo complejo de uno de los cognados

marítimos, cubierto de perlas y encajes dorados? *Nah*, demasiado elegante. Mientras ojeaba indecisa todas las entradas, Sylvie gritó:

—¡Eso estaría bien! ¡Y eso!

Jan se detuvo, volvió atrás, se lo pensó.

—¿No crees que es un poco... barriobajero?

—Pero así eres tú, ¿no, muñeca?

—Supongo. Vale.

Estaba intentando meterse en el mini kilt de cuadros escoceses, tirando de él con cierto esfuerzo para hacerlo pasar por encima de las chillonas medias rojas y verdes, y de las botas brillantes que le llegaban hasta los muslos (*tenía que haberlo hecho al revés, mierda*), cuando sonó de nuevo la alarma y la nave aceleró para acercarse otra vez a la velocidad de la luz. Jan perdió el equilibrio, cayó al suelo y se arañó la rodilla. La dura tela resistió.

—¡Joder! —Jan agarró la cazadora de cuero y se la puso encima de la camiseta de seda arrugada—. ¡Qué poca amabilidad!

El hada desapareció de su campo de visión izquierdo, y la sustituyeron unos resúmenes de datos. Motas y chispas en la oscuridad. Naves solares de patrulla desde una luna de Júpiter, muy lejos de casa, según *El hombre colgado*. Probablemente la estación Ganimedes, si es que habían llegado a construirla.

—Dale un par de bofetadas a esos cabrones, ¿vale? Pero nada letal, ¿eh? Solo un golpecito en la muñeca.

*Hecho*, informó el sistema, *una corriente de energía oscura se llevará el planeta menor transjoviano J-48865. No detectamos ninguna señal de ocupación humana ni en ese pequeño asteroide ni en sus alrededores*, añadió, por si sintiera algún reparo moral. *Perro Colgado* era una nave buena y amable, y eso hacía que se sintiera bien. Después de todo, era una especie de aspecto de su propia sensibilidad, traducido en algo tan práctico y soso como una escobilla del váter.

Al llegar a la sala de control, se sentó en la silla de mando y empezó a darse golpecitos en los dientes. La energía de la cábala hizo un puf silencioso y convirtió una montaña voladora que se encontraba a trece segundos luz de distancia en un gas de quarks, leptones y partículas de intercambio. Cuando las pantallas mostraron finalmente una cara humana enfadada, corregida para evitar la distorsión temporal relativista, ella estaba relajada y decidida. Jan Seebeck escuchó unas cuantas frases del arretrato (era un hombre, por supuesto), después se reclinó y cruzó las piernas; sabía que el kilt se le subiría descaradamente, pero no le importaba.

—No me hables así —le soltó al humano bravucón—. Os lo he dicho, idiotas. Traigo nuevas guays y considerablemente buenas, a montones. Así que escuchad, imbéciles.

Les habló durante diez minutos de la estrella Xon, con multitud de ayudas visuales. Les envió imágenes del contenedor de observación que había dejado en

órbita a su alrededor, con códigos cifrados en las transmisiones que enviaba. Y, después de todo aquello, los estúpidos cabrones se negaban a creerla. La mitología seguía interponiéndose. Joder... no se puede vivir racionalmente con ella, no se la puede librar de su miseria. Por lo que podía discernir, la estaban confundiendo con otra persona. Quizá con Shaitan.

—Todo el mundo habla de ese Ember —dije con la boca algodonosa, desesperado por decir algo inteligible—. Lo siento, no lo conozco.

—Su padre, a no ser que me equivoque —le dijo Jules, mientras daba un paso adelante y hurgaba sin perturbarse en el cráneo abierto del cadáver, como si esperara encontrar algo. Por la expresión de su boca, estaba claro que no le gustaba lo que veía.

—Joder, es que nadie me escucha —dije, quizá con un poquito de petulancia—. Ya tengo un padre perfectamente válido. Al menos, lo tenía. Está muerto.

Un ruido ensordecedor hizo que todos dieran un brinco y se giraran. Lune se quitó dos dedos de los labios; había silbado con fuerza, como un marinero.

—Señora, ¿es eso realmente neces...?

—Es vuestro hermano, tontainas. —La voz clara de Lune anuló con facilidad la de Jules.

—No seas absurda —dijo Ruth—. Once hermanos, un número primo. Trece con nuestros padres, otro primo, el número con más maná. ¿Tengo que recordarte sus nombres? Hasta un recién llegado al Conjunto debería conocer al menos nuestros nombres. Jan, Maybelline y Septimus, por el Fuego. Juni, Toby y yo misma, por la buena y sólida Tierra. Avril, Marchmain y...

—Déjalo ya, Ruth, no estamos en clase, y no tienes por qué recitar todo el linaje familiar. No hay ningún August, Lune, es así de simple.

Comencé a reírme, no pude evitarlo. Recordé la frase de una chica judía de Chicago, junto con su tono ofendido: «¿Y yo qué soy, carne picada?». Mientras miraba por encima de los enfadados semidioses para ver a la víctima destripada, que ciertamente parecía tener más de carne picada de lo que a mí me gustaría tener nunca, me pregunté si de verdad estarían volviéndose majaras del todo.

—Hay un August, Virginia —dije entre jadeos—, y está aquí. Y os juro por lo más sagrado de este universo demente que soy el hijo de Dramen y Angelina Seebeck, procedente del Melbourne del planeta que siempre he considerado como «el mundo». Hacedos a la idea. —Miré a Lune a los ojos. Era la única que sonreía. Me alegró el corazón. Le ofrecí la mano—. ¿Vienes?

Después de un instante de duda, la cogió.

—Claro. ¿Adonde?

Ni puta idea. El principio de su árbol mágico parecía depender de palabras y nombres clave, como una mezcla infame de contraseñas informáticas y magia

contagiosa. Las ideas me daban vueltas en la cabeza, rápidas y precisas. No regresaría por propia voluntad al estanque místico de Avril. El mundo Adamski de May, con sus vegetales cachondos, tampoco era mucho mejor. ¿El mundo de la Muñeca Estelar? Demasiado peligroso; Jules estaría detrás de nosotros, y aquel era su territorio. Pensé en los nombres que había dicho Ruth. Uno sonaba firme y reconfortante.

—Dame a Toby —dije.

Se abrió una ventana. Al otro lado, un lugar boscoso lleno de marrones, sombras y amarillos apagados. Un hombre medio calvo que estaba de pie más arriba de la colina se dio la vuelta muy sorprendido.

—Perdóneme —le dije, y crucé el umbral, con la mano de Lune electrizando la mía—. Cierra el Schwelle —dije, suponiendo que aquello serviría. El portal desapareció. De repente, un punto de luz volvió a parpadear, comenzó a ensancharse con los vulgares efectos de sonido de siempre—. ¿Hay alguna forma de bloquearlo desde este lado? —le pregunté a Toby.

Él me examinó con una mirada rápida y penetrante, murmuró algunas palabras entre dientes. El nuevo Schwelle se cerró de golpe, cortado de cuajo; me pareció oír parte de un chillido de rabia de Ruth.

—¿Y usted es?

—Parece que soy su hermano largo tiempo perdido —dije mientras lo observaba con cautela. Le ofrecí la mano—. Soy August. Esta es Lune.

—Sí —dijo, dedicándole una mirada de aprobación—, del Conjunto. Hemos trabajado juntos un par de veces. Siempre es un placer, señorita. Da la casualidad de que no tengo ningún hermano August o, mejor dicho —añadió al notar mi siseo irritado de frustración—, no he sabido de su existencia hasta este momento. Está claro que hay cierto parecido en sus facciones.

—Ember no es mi padre, maldita sea —dije.

—No, no. Es sutil, lo admito. Estaba pensando en mi padre, Dramen. Nuestro padre, por lo que parece. Pero vengan, descuido mis deberes de anfitrión. Si pueden ir pasando a mi morada, estaré con ustedes en unos momentos. Primero, tengo a una arpía solitaria a la que despachar. Oh, oh.

El ruido llegó de ninguna parte, como el sistema de amplificadores de un concierto al ponerlo a plena potencia. Era un rugido, un chillido, un maullido y, en medio de todo aquello, me pareció oír los arañazos sobre cemento de unas zarpas mucho peores que las de Garras. A mi izquierda, Lune adoptó una posición defensiva, pero sin encogerse, ella no; con las fosas nasales abiertas, parecía una luchadora callejera. Por instinto o, mejor dicho, como resultado del reflejo adquirido tras años de educado entrenamiento urbano en *dojo*, yo también adopté mi posición. Toby se quedó firme y recto, con una mano categórica levantada sobre la cabeza. Allí había electricidad. Le salían chispas del pelo, que se le levantaban detrás de la cabeza como el collar de un iguanodonte

furioso al que hubieran provocado dentro de su territorio.

Algo terrorífico salió del bosque en aquel momento; se movía tan rápido como la sombra de un eclipse total del Sol y, de algún modo, parpadeaba y giraba. Parecía un enjambre de avispas furiosas intentando hacerse pasar por un escorpión gigante. Era negro con luces intermitentes y corría hacia nosotros con unas garras que relucían, cambiaban de forma y temblaban bajo la suave luz de la tarde, para volver a chocar con aquel ruido que hacía que me rechinaran los dientes.

Miré a Lune, y ella movió la cabeza colina abajo, hacia la hondonada. No veía nada más que un almiar. Oh. Era el tejado de paja de una casita rústica. Vale. Era lo único que tenía sentido. Si el estanque de Avril se hubiera abierto cerca de mí, habría saltado dentro, aunque me arriesgara a cortarme con las afiladas conchas de su verde fondo. Para acabar con aquel enjambre enloquecido hacía falta algo más que patadas y golpes, hacía falta un lanzallamas. Quizá Toby tuviera uno en casa.

Corrimos con las cabezas gachas, aterrados, mientras la onda sonora crecía cada vez más aguda y profunda. Me estrellé contra la puerta de la casa, agarré el pomo tallado con manos temblorosas, la abrí de golpe, arrastré a Lune detrás de mí y cerré. En aquel momento me embargó la vergüenza y volví a abrir la puerta una rendija. Lune miraba por una pequeña ventana de cristal.

—¿Podemos hacer algo? —le pregunté con voz ronca.

—Creo que tu hermano tiene el asunto controlado —dijo Lune. A mí me parecía que su calma era sobrenatural.

—Podríamos buscar algo con lo que quemar —dije; cerré de nuevo la puerta y miré a mi alrededor. El tamaño de la chimenea era sorprendente para una vivienda tan pequeña y había mucha leña, pero nada que ardiera en llamaradas al tirarle una cerilla. Estaba frenético. Entré corriendo en la siguiente habitación, vi que era la cocina, rebusqué en los armarios, saqué un bote grande de insecticida. Cuando Lune vio lo que llevaba, rompió en carcajadas y me lo quitó. Molesto, dejé que me lo quitara.

—De verdad, August, no le pasará nada. Conoce este cognado y sus criaturas. Mira, echa un vistazo.

Su risa me había irritado, lo admito, pero me tragué el disgusto y me apretujé junto a ella en la ventana. Su aliento cálido y perfumado. Sentí cómo su pelo me rozaba la mejilla. La rodeé con el brazo. Unos fuegos artificiales impresionantes detonaban en el claro de afuera y en lo alto de la colina. Toby ardía entre chispas y centelleos. La masa negra y reluciente corría y hacía amago de atacar, para después retroceder con una cascada de rugidos atonales, y volver a lanzarse contra las botas y la espalda cubierta de cuero de Toby. Él permanecía inmóvil y atacaba aquella cosa monstruosa con poder en estado puro.

Sucedió algo casi silencioso, como una burbuja que estallara en una lluvia de

nada luminosa.

El silencio me retumbó en los oídos. Las chispas volvieron a introducirse en la carne de Toby, su pelo tonsurado se relajó y, en el mismo instante, la arpía... se disolvió... en motas negras de hollín. Los desechos cayeron junto a sus pies, se amontonaron como los restos de una fogata, mientras los trocitos de carbón se dejaban llevar suavemente por la brisa. Toby sacudió la cabeza, apartó con el pie los granulados restos de su adversario y bajó la colina como si regresara de una buena caminata por el campo.

Esperé a que se lavara las manos, se las secara y pusiera un enorme hervidor ennegrecido sobre el alegre anillo azul del gas.

—Supongo que te apetecerá una taza de té, ¿no? —me dijo.

—Gracias, señor Seebeck, debería explicarle que...

—Llámame «Toby», hijo. Sí, una explicación vendría bien. ¿Sabes que media familia está alterada por tu culpa?

Observé la habitación con nerviosismo, pero solo vi a Lune holgazaneando delante de la chimenea apagada. Más allá de las pequeñas ventanas, la luz abandonaba el cielo conforme el suave día se introducía en el suave atardecer. Los pájaros, o unas cosas que parecían pájaros, volaron a los árboles y empezaron a armar jaleo.

—No —dije—. Lo siento, puede que esta intrusión te suponga un inconveniente, y...

—Olvídalo. Estaba pensando en un pequeño ágape, espero que los dos os sentéis a mi mesa. Esos infelices pueden contener su curiosidad hasta que nos alimentemos.

El hambre era lo último que tenía en la cabeza (mi estómago estaba convencido de que era media tarde), pero asentí con docilidad. Lune, retrepada como en casa, agitó una mano para aceptar. Al menos, ella parecía divertirse mucho con el giro de los acontecimientos. Yo estaba bastante perdido. Solo quería acurrucarme en un espacio oscuro y finito en el que poder pensar muy bien, organizar mis demenciales experiencias, ordenarlas para darles una forma razonable. Todavía tenía el corazón acelerado, me golpeaba el pecho. Observé a Toby echar hojas negras en una tetera de metal grande y sencilla, tras haberla calentado cuidadosamente con un chorro de agua hirviendo; después la llenó con generosidad. Colocó tres tazas robustas y abrió un pequeño Schwelle sobre la encimera de la cocina.

—*Hopping John* —dijo dirigiéndose al otro lado del umbral—. Para tres. Un buen merlot, creo. Después tomaremos champiñones rellenos a *la Madame Sacher*. —Cerró el umbral, volvió a abrirlo al instante y metió la mano dentro. Sacó una gran bandeja de plata con una sopera humeante, dos botellas de vino tinto abiertas, cubertería de plata, robustos platos de diseño Wedgwood y tres copas de cristal. Lo llevó todo hasta una mesa con cuatro sillas—. Acercaos y



comed lo que queráis.

Me pilló mirando la tetera.

»Sé que resulta vulgar —me dijo—, pero me va bien. Me gusta tomar una buena taza de té con leche con la comida, y a vosotros también os gustará. Creo que pega bastante con el tinto.

Lune encontró un colador de té mientras yo me sentaba inquieto a la mesa y observaba a Toby servir la comida. El olor era delicioso, y a mí se me hizo la boca agua.

—¿Qué es? —pregunté.

—*Gulla* de Carolina del Sur —me dijo mientras servía tres platos—. Sobre el arroz hervido colocamos caupís cocinados con lonchas de carne ahumada. Digo «colocamos», aunque en realidad no he movido un dedo en una cocina desde hace más de un siglo. —Sirvió cada plato con las gruesas lonchas de bacon a cada lado de los montoncitos de *gulla* y pescó un pimiento del mío—. No me gustaría que mordieras este pájaro rojo —me dijo—. Vamos, chica.

Lune dejó en la mesa las tres tazas de té negro humeante y un cuenco plateado con azucarillos.

Toby comió con ganas, bañando el *Hopping John* con tragos de té azucarado, que alternaba con sorbos elogiosos del merlot. Lune siguió su ejemplo, así que intenté hacer lo mismo, aunque la mezcla de bebidas me parecía algo basta. No era la cocina de la tía abuela Tansy, ni tampoco una barbacoa en el campo al aire libre.

—Tienes preguntas —me dijo finalmente Toby, tras apartar el plato. Vi que se desabrochaba los botones de arriba de los pantalones—. Pregunta.

—Ah, ¿cómo has hecho eso?

Él sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—La comida estaba preparada un momento después de que la pidieras —aclaré—. ¿Robots? ¿Un compilador de materia?

Lune se rio, un bello tintineo de regocijo. Toby sonrió.

—Está claro que eres nuevo en esto —dijo—. Me pregunto dónde te habrán tenido escondido. —Empecé a hablar; levantó una mano—. No... hiciste una buena pregunta y debo darte una buena respuesta. ¿Comprendes que hay muchos mundos ortogonales?

—¿Quieres decir que están... en ángulo recto unos con otros? ¿Una especie de cosmología hiperespacial? Vale, eso ayudaría a comprender lo que he visto —admití—. Ya me resulta bastante complicado entender la idea de que hay más de un mundo. —Solo tenía una vaga idea de lo que decía, pero parecía tener un poquito de sentido. En el tiempo y el espacio normales, todas las dimensiones formaban un ángulo recto las unas con las otras: la altura con el ancho y la longitud, y todas ellas cuadraban con el tiempo. Pero sabía que probablemente hubiera más dimensiones que aquellas cuatro. Si así era, quizá hubiese mundos

enteros en ángulo recto con otros mundos. Al menos en principio. ¿En realidad? Nunca me lo había creído, pero aquello parecía probar la idea, tan convincente como Pitágoras o un puñetazo en la boca.

—Casi —dijo Toby. Volvió a llenar la copa de Lune, después la suya; cubrí la mía con una mano. La cabeza ya me daba suficientes vueltas—. Algunos de los mundos son ortogonales en el espacio, otros en el tiempo. ¿Me sigues? Podríamos decir que su tiempo va cuesta arriba, mientras que el nuestro va cuesta abajo.

—Relatividad —me aventuré a decir—. Marcos de referencia distintos. —Al menos había aprendido aquello en la física que los estudiantes de medicina teníamos que estudiar.

—Totalmente diferentes. No importa. Tanto lo arcano como lo académico resultan exigentes y complicados, y no tienen ninguna importancia para nuestros propósitos. Dejémoslo así: tengo un acuerdo con varios chefs de los mundos en los que el reloj avanza a una velocidad distinta que aquí. —Sacó un gran reloj de bolsillo y lo dejó oscilar en el aire. Lentamente, el reloj giró sobre su brillante cadena. Podía oír su fuerte y reconfortante *clac-clac-clac* desde el otro lado de la mesa. Lo guardó y se dio una palmada en el bolsillo—. Este tipo de acuerdos no son para neófitos, pero hacen que la cena resulte más agradable. Tu turno, August. ¿De dónde eres? ¿Y por qué están esos pesados clamando por tu sangre?

Lo miré, después a Lune y después a él de nuevo. Ella no dijo nada, bajó las largas y oscuras pestañas hasta que le rozaron las altas mejillas, y sonrió débilmente.

—Ojalá lo supiera —dije con franqueza—. Me siento como Alicia después de caer en la madriguera del conejo. Es una cosa tras otra. Lo que realmente me gustaría hacer es volver a casa y ver cómo está mi tía. Después, si está bien, tumbarme en una habitación tranquila con un paño húmedo en los ojos y esperar a que se pase el efecto de la droga. Y, mientras lo hago, intentar averiguar qué coño de universo demencial es este y cómo he acabado mezclado en él. Oh, y averiguar por qué tengo una marca plateada en la planta del pie, y por qué Lune también la tiene.

Mi voz había subido algo de tono, había adquirido cierta nota desesperada. Toby me miró con seriedad, nada desconcertado.

—Sí, ya lo veo. Puedo entenderlo todo perfectamente. Todo a su debido tiempo, jovencito. Primero, deja que te presente el mejor festín de Madame Sachen —Llevó las sobras a la cocina, abrió un Schwelle, metió las cosas dentro y sacó otra bandeja de plata que dejaba escapar un aroma sutil y delicioso. Lo observamos poner dos grandes champiñones rellenos en cada plato. El olor y el aspecto eran alucinantes, espolvoreados y tostados con pan rallado. Hinqué el tenedor en uno relleno, como si fuera un pastel, de más champiñones picados,

trocitos de nueces y almendras, apio picado. Una suave fragancia a salsa Worcestershire y jerez. Mis papilas gustativas ronroneaban.

—Extraordinario —dije mientras parpadeaba.

—Ya no puedes encontrarlos en la Viena de la mayoría de los cognados —dijo Toby con pesar.

—Especialmente en los que lanzaron una bomba nuclear y convirtieron la casa del cabrón de Hitler en un trozo de vidrio duro —dijo Lune con voracidad.

Toby le lanzó una mirada cortante.

—En mi mesa no, si no te importa. Algunos temas...

Lune se contuvo y se ruborizó, con un color marrón moca más profundo.

—Lo siento, me han dicho que algunos de mis parientes... —Dejó la frase en el aire y se sirvió más merlot.

—Lo entiendo. Es un tema muy visceral. De ahí la regla de la casa.

Yo estaba bastante perdido aunque, de algún modo, parecían estar insinuando que en algunos mundos el pueblo de Adolf Hitler había sido volatilizado con armas nucleares. ¿Era aquel el mundo infernal del que mi hermano joviano Septimus había salido para entrar en el rincón de Ruth, su apestoso universo del holocausto? Seguro que no. En el fondo de mi agobiada mente había llegado a suponer que nos estaban lanzando (que nos lanzábamos, en algunos casos) de un escenario teatral a otro, dentro de una gigantesca representación, o de un nivel a otro de un juego de ordenador cósmico o MOO, algo parecido. Todo aquello estaba implícito, ¿no?, en las primeras palabras que Lune me había dirigido, hacía años o quizá horas. Y Coop, el basurero... ¿qué era él sino el mozo que trabajaba entre bastidores, el que limpiaba el tablero de juego, el que recogía el *atrezzo* y las piezas rotas, y lo preparaba todo para la siguiente competición? Al parecer no era tan sencillo.

Pero nada de lo que había pasado era sencillo, no desde que la tía abuela Tansy me dijera que encontraba cadáveres en su bañera las noches de los sábados. La cabeza empezó a darme vueltas. Me levanté de un salto y caminé inseguro hacia la puerta sin una palabra de disculpa.

—Déjalo ir —oí decir a Toby a través del zumbido de mi cabeza.

Avancé algunos pasos en el anochecer, le di unas cuantas patadas a las hojas caídas, me incliné para agarrar los muslos con las manos, tembloroso, mientras intentaba no vomitar. Un líquido espeso me llenó la boca, y los ojos me lloraron, pero conseguí aguantar la comida. Respiré hondo, cerca de la hiperventilación, me obligué por pura determinación a detenerme tras cada toma de aire, y esperé a que el pulso me bajara. La tarde, cada vez más oscura, me enfrió los brazos desnudos y el interior de la ligera camiseta. Escupí el desagradable sabor que tenía en la boca, me enderecé, miré a través de la masa de árboles un resplandor de oro pálido. La luna estaba saliendo. Entonces, aquella dirección debía de ser el este, o quizá en aquel mundo era el norte o el suroeste, ¿cómo coño iba a

saberlo? Caminé arriba y abajo sin alejarme de la casita, con un ojo puesto en la cálida puerta amarilla entreabierta. ¿Habría enjambres de bestias de polvo acechando en los bosques, esperando para caer sobre mí y convertirme en trozos de carne desollada y huesos? ¿Estaría el compañero de la arpía escondido en la oscuridad? ¿Tenían compañeros las arpías? Parecía poco probable. Noté que sonreía y me abracé para mantener el calor.

—Vale, macho —dije—. Ha llegado el momento de entrar y pedirle una explicación a la bella hija del profesor loco.

Pero sabía que no sería tan fácil, ni tan absurdo. La vida es absurda, claro, todo el mundo lo sabe desde Sartre, Camus, Beauvoir y todos aquellos tipos franceses de mediados del siglo pasado. Pero la vida no era un cliché, es una pena. Era una narrativa, era historia, pero no era trama, en términos generales. La vida era mecánica cuántica. La vida era caos. La vida consistía en cosas inesperadas que saltaban sobre ti desde el principio de incertidumbre de Heisenberg, con fuerza. O algo así. Mierda.

Me detuve delante de la puerta entreabierta, a punto de empujar para abrirla del todo y entrar. Un estremecimiento mudo me recorrió, el escalofrío de emoción que se siente cuando un paradigma se deshace entre tus manos, o cuando la disonancia cognitiva cede finalmente bajo el peso de demasiadas contradicciones y te empuja a la bebida. Durante un largo minuto me quedé inmóvil, y oí a Toby y a Lune conversar en voz baja. Era como ver los siguientes seis movimientos para ordenar un cubo de Rubik. Quizá fuese más como esbozar un diagrama de flujo complicado, con todas esas líneas de posibilidades que se ramifican y convergen. Sentí que la sangre abandonaba mi cara. Miriam. La señora Abbott. Oh, Dios mío, tenía que volver a casa de Tansy. A la pobrecita podía pasarle cualquier cosa si...

Me detuve. No, estúpido. Probablemente estuviéramos en posición ortogonal con respecto a la línea, vector o lo que sea temporal de la tía abuela Tansy, si es que había entendido a Toby. Pero ¿suponía aquello tanta ventaja? Quizá el tiempo avanzara más deprisa donde estábamos que en el otro lado y, al regresar, me encontrara a Tansy muerta y bajo una lápida en su tumba. Mis temblores empeoraron, y no solo por la fría brisa. Entré y me coloqué al final de la mesa, con los dientes apretados.

—Estoy cansado de que me empujen de un lado a otro —dije mientras miraba a Lune, después a mi hermano y de nuevo a Lune.

—Es normal que te resulte confuso —dijo Toby con brusquedad.

—Yo no lo diría así, August —añadió Lune al mismo tiempo—. Has... —Los dos se callaron. Toby le hizo un gesto con la cabeza a Lune.

—Has recorrido un camino enorme tú solito —siguió ella con una sonrisa—, francamente, creemos que nosotros no lo habríamos hecho tan bien sin guía.

La miré con el ceño fruncido.

—Me siento como un criminal fugitivo, justo un paso por delante de los perros. ¿Qué es «deítico»?

Ellos intercambiaron una mirada rápida como un rayo.

—Deítico —dijo Lune—. D-e-í-c-t-i-c-o. Por favor, vuelve y siéntate con nosotros a la mesa.

—No he preguntado cómo se deletreaba, quiero saber lo que es y cómo funciona.

—Siéntate, chaval, me estás poniendo nervioso. —Toby me sirvió una copa de intenso vino tinto y la empujó sobre la madera pulida—. Una deixis es un indicador en el espacio de la realidad. Un índice. Una forma de seguirle la pista a los mundos y navegar por ellos a través de los cognados.

Volví a sentarme, receloso.

—Lo aceptaré. —Cogí mi copa y bebí. Los otros dos levantaron sus copas y brindaron con ellas—. Por el momento.

—Cada Jugador usa uno o más códigos deíticos personales. Podríamos decir que los encarna. —Cruzó una pierna para apoyarla en la otra rodilla y se dio unos golpecitos en la suela de la bota. Supongo que para señalar el jeroglífico de plata—. Así es como me has encontrado aquí.

—Espero que no vayas a darme un curso de tres años sobre navegación cósmica delante de los restos de los champiñones.

Lune sonrió y sacudió la cabeza suavemente. El negro cabello se balanceó.

—No dejo de decirle a la gente... quiero decir —me atranque—, mis hermanos y hermanas... Mirad, esto es difícil. He sido hijo único toda la vida. ¿Cómo voy a creerme que he tenido una familia entera de hermanos todo este tiempo, la mayoría mayores que mis propios padres?

—Mayores no —dijo Toby entre risas—. Santo cielo, no.

—No dejo de repetiros a todos que mis padres murieron hace años. Estaban en un avión camino de Bangkok. El avión se estrelló en las colinas. Todos murieron.

—Nunca encontraron los cadáveres. —Toby lo dijo con una autoridad absoluta, con una convicción absoluta. Me sorprendió.

—¿Cómo lo sabes? No, no los encontraron. La policía militar tailandesa dijo que los insurgentes derribaron el 747 con un misil tierra-aire. El avión de pasajeros se quemó casi por completo en la explosión. No encontraron muchos cuerpos.

—Esa no es la razón por la que desaparecieron. August, nuestros padres están vivos.

Me quedé petrificado y en silencio, con todas mis brillantes suposiciones aplastadas y desparramadas. Después de un largo silencio, noté lágrimas que me bajaban por las mejillas. Algo en la forma en la que lo había dicho...

—No lo sabes. Por un momento pensé... ¡Gilipollas! ¡Cómo te atreves a decir

algo así si no tienes ni puta idea!

Dejé la copa en la mesa con tanta fuerza que se rompió en tres pedazos. El vino formó un charco. Nadie fue corriendo a por un paño.

—August, lo sé, igual que sabes que un perro entrenado que se pierda en una cacería encontrará el camino de vuelta a casa, días después, meses después, años después si es necesario. Dramen y Angelina no son novatos como tú. Son campeones de la Competición de los Mundos, hijo. Haría falta más que un misil tierra-aire para matarlos, créeme.

—Entonces, ¿dónde están? —Oí la cruda desesperación, la autocompasión en mi voz. Me daba vergüenza, pero la pérdida y la esperanza frustrada eran mucho peores que la vergüenza. Había sufrido mucho cuando no era más que un niño, hacía años. El mundo era blanco y vacío, y me había movido por él como un zombi. Una vez más sentía cómo tiraba de mí el vacío. No lo quería, no, en absoluto.

—Pensábamos que habían huido —me dijo Toby, también en tono sombrío—. La gente como nosotros... vamos y venimos. A veces y en algunos lugares, jugamos en la Competición. A veces estamos recuperándonos de nuestras heridas, o consolándonos en algún recoveco encantador. De vez en cuando, nos enamoramos. —Le lanzó una mirada astuta a Lune, y ella bajó la vista. Eso hizo que volviera a estremecerme. Alargué una mano, recogí los fragmentos de la copa y los apilé con cuidado en su charco rojo. Me vino una imagen a la cabeza, como el recuerdo de unos dibujos animados. De repente, sonreí, aunque me sorprendiera hacerlo.

—Sí. Visité a Maybelline. Estaba bastante entusiasmada con un enorme vegetal.

Lune se echó a reír; Toby frunció el ceño sin comprender la broma.

—¿La venusiana? —farfulló Lune—. Oh, sí, esa Phlogkaalik es un gran partido. Ya debe estar embarazada.

—¿Cómo demonios puede quedarse embarazado un tubérculo después de tirarse a un humano? —Sacudí la cabeza, otra vez aturdido—. Y ya que estamos, ¿cómo demonios puede aprender a hablar un gato?

—Los venusianos son partenogénicos en ese cognado —dijo Lune—. Necesitan una relación sexual para la mitosis, o incluso para la incubación.

Toby estaba asintiendo con cara de sabio, ya no tenía el ceño fruncido.

—Entonces, ¿has conocido a Garras? —me preguntó.

—Sí. Usó mis piernas como afilador. La cabeza de un gato no es lo bastante grande para contener un cerebro capaz de comprender un idioma.

—Claro que sí lo es —dijo Toby—. ¿Es que nunca has visto un pájaro mina?

—Eso no es más que imitación. De lo que hablo es de...

—¿Has oído a esos idiotas que van por ahí diciendo que solo usamos el cinco por ciento de nuestro cerebro?

—Lo he oído. No me lo creo. Los cerebros pueden...

—Por eso son idiotas. Los cerebros evolucionaron para usarse, el conjunto completito. Por otro lado, hay mucha redundancia. Y mucha basura en el código de ADN estándar. Cuando se limpia, puedes meter un montón de elegantes procesos en un cerebro pequeño.

Me senté de golpe. Me estaban adormeciendo, me distraían desviándome una y otra vez del tema.

—Fascinante —dije—, pero irrelevante. Si mis padres siguen vivos, ¿por qué me abandonaron? Ni una sola palabra durante todo este tiempo. Siempre nos llevamos bien, es decir, no estamos hablando de un trágico hogar roto. Pero, más al grano... —Intentaba recordar la claridad paradigmática de hacía unos minutos, cuando estaba en la puerta bajo el frío aire de la tarde—... estaba al cuidado de la hermana mayor de mi madre, Miriam, y de su marido. ¿Encaja Miriam en vuestro panteón de saltadores de mundos? —Volvieron a intercambiar miradas. Toby sacudió la cabeza, a todas luces perplejo—. ¿Y la tía abuela Tansy? ¿Cuál es su papel en esta saga familiar? No puede tener menos de ochenta años. No me diréis que...

Lune entornó los ojos.

—Tansy es la guardiana de esa residencia del punto de recogida, ¿no?

—Donde ha vivido desde hace décadas —dije notando que volvía a enfadarme por mi tía, aunque me estuviera desahogando con la bella Lune—. Hasta que unos lunáticos empezaron a soltar cadáveres en su baño y a volverla histérica. ¿De qué coño iba eso? Eran máquinas, ¿no? ¿Al menos la última? —Mi boca funcionaba sola—. Y entonces llamasteis a otra máquina para llevarse aquella cosa. Coop. Mi colega interdimensional, James C. Fenimore. Después voy a casa y esa maldita cosa está allí sentada en la mesa de la cocina con Tansy, ¡comiendo bollos! —Me puse de pie otra vez—. Tengo que volver allí ahora mismo, ¿en qué demonios estoy pensando? ¿Quién sabe qué cosa sedienta de sangre puede estar saliendo del papel de la pared para volver a acecharla? —Conmocionado, me detuve—. ¿O es que ella también es parte de esto? ¿Es una jugadora en vuestro universo de juguete de buenos contra malos?

—No funciona así, y no, no lo creo —dijo Toby con calma. Se levantó, rodeó la mesa y me puso una mano en el hombro—. Estás alterado, es comprensible. Demasiados cambios y demasiado rápido. Quiero que vayas a la sala de estar con tu encantadora compañera y que te sientes mientras hago un poco de café. Hay una excelente selección musical en el sistema, ¿por qué no marcas algo relajante y te sientas unos minutos? Y un coñac también, creo que es lo más apropiado.

Vacilé, consideré mis opciones. Sí, podría abrir una entrada al nexo de recogida familiarmente conocido como «cuarto de baño de tía Tansy» pero ¿dónde me llevaría eso? De vuelta a la casa, sí, pero sin saber nada más y no mucho mejor armado para defender a mi querida anciana. Y a mí mismo. Y

quizás a Lune, si llegábamos a eso.

Me encogí de hombros, asentí, y seguí a aquella bella y misteriosa persona a través de una puerta de madera de roble hasta entrar en una habitación acogedora y cálida, y sin duda demasiado grande para caber dentro de la casa. Distráido, incómodo, decidí no sentarme junto a ella en el sofá. En vez de ello, crucé la habitación para mirar casi sin ver la pared de libros colocados en estantes de caoba detrás de un cristal. No sé qué esperaba ver, quizá historias de caza y pesca, o ediciones de coleccionista con las obras de Dickens y Thackeray, encuadernadas en piel curtida con grabados en oro. Pero descubrí fila tras fila de tomos sosos y pesados sobre temas que no significaban nada para mí: lógica modal, abductiva, categórica, apocalíptica y jainista multivaluada, los *Principia Mathematica* de Whitehead y Russell, la teoría de los mundos posibles de Lewis (David, no Carroll), el *Platonía* de Barbour, las jerarquías de Tegmark, un grueso volumen sobre mecánica ontológica de alguien llamado Lune Katha Sarit Sagara... Sólo había oído ese nombre una vez en toda mi vida. ¿Coincidencia? ¿Sería alguna famosa y polvorienta predecesora académica cuyo nombre habría heredado Lune? Siguiendo una conjetura descabellada, abrí la puerta de cristal, saqué el libro y abrí la contraportada. Allí, en una austera foto monocromo, la doble de Lune estaba sentada detrás de un escritorio, con el pelo peinado hacia atrás, y miles de libros y revistas ordenados detrás de ella. Las páginas, al ojearlas, estaban repletas de cálculos atroces, la mayoría con símbolos que no había visto nunca, no solo los alfanuméricos latinos, arábigos, hebreos y sánscritos normales, sino círculos con cruces dentro, extrañas figuras ganchudas y cosas que parecían sacadas de una carnicería regentada por Yog-Sothoth. Retrocedí sacudiendo la cabeza. El libro volvió a su estante, seguí alejándome intentando ocultar mi cara ardiente y acabé frente a otro precipicio de libros. Todos eran del mismo autor, al parecer. Joder, todos eran el mismo libro, y lo más sorprendente es que todos eran el libro que había encontrado abierto junto a la cama de Tansy.

Miré arriba y abajo. Sí, en más de cien ediciones, editoriales y tapas distintas, algunos gruesos y otros delgados, todos llevaban el mismo título y autor: *SgrA* \* de Eric Linkollew, salvo algunos que estaban escritos en alfabetos tan extraños como el código simbólico empleado en el tratado de Lune. La puerta de cristal se abrió con un chirrido; saqué tres o cuatro libros al azar y hojeé las páginas. Todos eran el mismo libro, aunque pareciese imposible, aunque todos eran distintos entre sí; bueno, todos menos el gordo volumen que estaba a la izquierda, en el estante superior, quizá una especie de catálogo, *la Guía de Asimov sobre Linkollew*. Le eché un vistazo a unas páginas cerca del inicio de una de las versiones de *SgrA* \* (¿y cómo demonios se pronunciaba eso?), y leí:

«La mayor parte del sistema de inducción de coherencia estaba



*totalmente pre programada, así que, a no ser que el Windows Xtra se bloqueara y cerrara todo el paquete de instrumentación, estaba bastante seguro de que aquel sería el día. Miré a Jess Handley. Tenía la boca floja y babeaba un poco. La corpulenta enfermera vio mi ceño fruncido y se acercó para limpiarle la saliva con un kleenex. El doctor no notó toda aquella acción secundaria. Estaba sudando, pude ver que tenía la gorra y la máscara empapadas, a pesar del frío aire sobrepresurizado que fluía por el quirófano.*

*—Está en punto de resonancia nueve coma ocho —informé. Intenté mantener mi tono de voz, pero estaba entusiasmado. Jesús, estábamos haciendo un trabajo de premio Nobel. Quizá lográramos el premio de Física y no solo el de Medicina. Los monitores se mantenían firmes, parpadeaban como metrónomos al ritmo del ciclo de cristal polaritónico introducido en el corazón del cohesor. Necesitaba un nombre más pegadizo. Lástima que el viejo Murray Gell-Man hubiera muerto el mes pasado, podía haberle pedido consejo. Cualquiera con el humor demencial necesario para inventar la palabra “quark” se merecía la oportunidad de ponerle nombre a aquella pequeña belleza. La luz frenó hasta quedar casi quieta dentro de mi caja, encerrada dentro de un lodo de gases helados pellizcados por un rayo láser de referencia. Anatoly Zayats iba a cagarse encima cuando la noticia de aquel golpe maestro llegara a Belfast. En unos minutos, el rayo se congelaría del todo. Arthur y Jess quedarían bloqueados en resonancia total en aquel momento. Dos cerebros, pero una única función de onda uniforme y conectada de forma no local.*

*¿Qué se sentiría? Dios, igual podría preguntarse qué siente el gato de Schrödinger cuando cae el martillo y destroza el pequeño frasco de ácido prúsico, o cuando no cae; cuando sube formando espuma en una nube de muerte, o cuando permanece cómodo y seguro, la elección pendiente en exquisito equilibrio de la emisión cuántica aleatoria de un solo electrón de un isótopo radiactivo excitado. Gato muerto/gato vivo. Las dos cosas/una/ninguna. No podemos saber qué se siente, aunque los físicos enseñan que cada uno de nosotros pasa por cientos, miles, millones de tales transiciones de duplicación cada día, mientras los universos se dividen y multiplican con cada decisión, independientemente de su insignificancia. Bueno, no teníamos forma de saberlo hasta este momento. Soy el observador de los gatos de Schrodinger; pensé con una risita tonta. Cuido gatos en el superespacio de Hilbert. La enfermera Demetriopoulos me miró sorprendida. Maldita sea, lo había oído. No importa, no importa. Recemos porque no se produzca un fallo en la instrumentación. Estamos haciendo his...*

*Jess Handley dejó escapar un gemido grave y terrible. Levanté la vista*

*de golpe de la pantalla del ordenador, como si algo exterior a mi consciencia dirigiera mi comportamiento. El doctor está hecho de una sustancia más dura. Sus ojos permanecían fijos en el despliegue de electrodos implantados en la cabeza del pobre maniquí. Jesús, ¿cómo sería vivir así? Vivir sin más conciencia que los instintos animales básicos: miedo, hambre, la necesidad de mear y cagar. Quizá lujuria. ¿Se le pondría dura con su prima? Era un poco mayor, pero seguía estando bastante buena. Bueno, ella lo descubrirá pronto. Guié el sistema hasta el punto de coherencia nueve coma noventa y siete. Ella sentirá el sucio cerebritito de su primo encima. Desde dentro. Volvió a emitir aquel horrible gemido. Sentí un escalofrío por la temperatura de la habitación. El gemido era un sonido profundo y horrendo, no parecía la voz de una mujer. En el mundo vacío que empezaba a compartir con el tarado, algo truculento tenía que acecharla».*

Un estremecimiento me recorrió, me atravesó los huesos, la columna vertebral, la boca del estómago. No era indigestión ni rabia frustrada, aquella vez no. Una especie de reconocimiento horrorizado. Tragué saliva, ardía de culpa, o quizá de vergüenza. Actos de comisión y omisión. ¿Qué coño? Seguí leyendo mientras me balanceaba ligeramente:

*«Ahora tengo manos grandes y duras de arrancar la verde hierba y arañar su tierra. Los dedos se arrastran con las otras criaturas, le dan la vuelta a las piedrecitas, a veces duermen debajo de ellas. Cantar y cantar. Las uñas largas y huesudas se ensuciarían, así que me las muerdo hasta la dolorosa piel. Mejor que duelan los dedos que dejarlos llevar la suciedad de la tierra bajo la hierba al entrar en la luz y en la oscuridad. El pelo es largo y su grasa ama la suciedad. Restriego el pelo por la suciedad. A veces lavan el pelo y vuela hasta el sol, todo luz. Oro, como el anillo de la mano de Jenny como el sol ardiente. Me lo he puesto sobre la cara, mechones largos y peludos, para verlo susurrar y arder. No sé mucho sobre los pájaros oscuros. Bajan con plumas y cantan sobre las ramas y la libertad del aire. El árbol es enorme. Verde y amarillo, puntos y rayas, se enreda por todas partes y sube hacia el cielo. He mirado el árbol, sentado bajo él toda la vida, su tronco pesado y dulce de savia. Esta es mi vida, estirado en el arco desde la hierba a las alturas. Todos los pájaros del árbol se estiran de dolor y alegría de hoja en hoja. Sus hogares están hechos de cordeles, saliva y pelos dorados robados mientras estoy aquí, inmóvil como el árbol. Con la espalda apoyada en la corteza. La presión, la luz y los olores son un mundo. El alma reiría. El árbol sube muy alto en el cielo azul, sabe que no hay límites, no teme ningún dolor. El árbol no los conoce o, si lo hace, puede permitirse mirar*

*hacia otro lado. Mi venganza es mía, aunque cuando violo su mundo debo estar siempre en guardia. Tienen la comida y la cama. Tengo que observara Jenny».*

Dejé las ediciones *variorum* donde estaban, sacudí la cabeza y me senté con cuidado junto a Lune.

Un embriagador aroma a café precedió la entrada de Toby en el salón. Empujaba un carrito con ruedas cargado de exquisiteces. No había oído nada tan delicioso (ni tan caro) desde hacía años.

—¿Blue Mountain?

—Mejor. —Lo sirvió—. Borneo Green Mountain, de un cognado bastante alejado de este. Merece la pena importarlo. ¿Nata?

—No bebo café —dije a regañadientes—. Me pone nervioso. Oleré el mío, será casi igual de bueno. —Sobre un plato cubierto por una delicada blonda, Toby había colocado varios confites asombrosos de nata batida, fresas en rodajas y merengue crujiente. No pude evitarlo... me acerqué y me puse hasta arriba.

—Está en edad de crecimiento —le dijo Toby a Lune.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y limpié los restos con un trago del café al que no había sido capaz de resistirme. ¿Había algún narcótico en aquellos humos? No importaba, de repente me sentí totalmente despierto, centrado, con el cerebro en punto muerto y listo para arrancar. Y necesitaba ir al servicio con urgencia. Toby comprendió mi pregunta silenciosa.

—Sígueme. Puedes aprovechar para lavarte la cara; tienes los bigotes llenos de nata.

Me restregué la cara.

—No hay bigotes, Toby. Pero sí que necesito un afeitado. Esta mañana no me ha dado tiempo.

Entreabrió una discreta puerta.

—Hay cuchillas y jabón en el armario. Las deixis son «Abre retrete», «Abre bidé», «Abre secador». Si necesitas lavarte, es «Abre ducha», ¿vale? Te traeré ropa limpia. De todos modos, la tuya parece un poco ligera para este clima. Grita cuando acabes.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Cerré la puerta y busqué el lavabo, abrí la boca, miré a mi alrededor sobresaltado (*está de coña, ¿no?*) y salí corriendo al pasillo.

—Eh, Toby...

Él se sorprendió.

—¿En qué más puedo ayudarte?

—Toby, no hay... quiero decir, ¿dónde se supone que...?

—Oh. —Se dio una palmada en la frente—. Olvidé que eras un recién llegado

a los mundos. Solo tienes que ponerte en cuclillas y abrir el retrete. ¿Como cuando abres un Schwelle? Espero no tener que demostrártelo...

Por segunda vez, me ruboricé, probablemente me puse rojo remolacha. La última vez que me había sentido tan humillado había sido en el primer curso de la escuela, después de hacerme pis encima porque no sabía dónde estaba el orinal (todavía no nos habían enseñado el cuarto de baño) y me daba vergüenza preguntar.

—Entiendo. Lo siento.

Lo cierto es que no lo había entendido, no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero cerré la puerta de nuevo y me acerqué con cautela a las instalaciones, como si estuvieran allí. Había un anillo unido a una pared, una especie de aro de estructura de acero cubierta de madera a la altura de una silla, como el asiento de un váter. No había mueble bajo él, ni mecanismo de cadena. ¿Qué? ¿Se suponía que tenía que... cagar en el suelo?

Sobre mi cabeza se encendió la típica bombilla.

Me bajé los pantalones y, con una incomodidad insoportable, senté el culo desnudo en el aro de madera.

—Abre retrete. —Algo extraño y curiosamente relajante pasó bajo mi trasero, como la brisa suave que te acaricia la piel cuando te bañas desnudo al final de la primavera. Me levanté del aro de un bote y casi caí de bruces al enredarme con los vaqueros a media asta. Me di la vuelta y miré dentro del círculo del aro.

Muy por debajo de mí, la luz del sol iluminaba un montículo de hierba. Era como mirar a través de una ventana totalmente limpia, abierta en el suelo de un avión que volara bajo, o de un dirigible. Volví la cabeza a uno y otro lado, pero no había mucho paralaje. Una dulce brisa subía desde el pasto de abajo y, a lo lejos, me pareció ver un grupo de criaturas asilvestradas parecidas a cerditos. Puede que saínos. Si alguna vez había existido una pila de estiércol humano justo debajo, la habían despachado los escarabajos peloteros y la climatología, se había reciclado ecológicamente. Santo Dios del cielo. *Muy bien, Toby Acabas de ganarte el premio de la semana a la justicia permacultural.*

Me volví a sentar e intenté no pensar en la distancia que tenía debajo. Joder, no podía caerme, el aro del váter no era lo bastante grande. Pero, aun así, se me bloquearon los intestinos. He oído que en los hospitales las enfermeras te hacen mear en una botella metálica, bajo las sábanas, y que la mayoría de los tíos no pueden soltarse hasta que están a punto de estallar. Así me sentía yo.

¿Qué pasaría si un pájaro quedase atrapado en una corriente de aire ascendente y...?

Intenté relajarme, empecé a contar ovejas. No me ayudó, porque me imaginaba a las pobres ovejas recibiendo una húmeda pepita en el ojo. *Las ovejas levantan la vista, pero no por mucho tiempo*, pensé, casi histérico. Intenté

obligarme a relajarme, pero está claro que resultaba una contradicción en términos. Me levanté del aro y me subí los pantalones; después me enfrenté a la realidad y volví a sentarme. Al cabo de un rato me solté y todo fue bien.

Pero no todo estaba bien. Desesperado, me di cuenta demasiado tarde de que no había papel higiénico a la vista. ¿Dónde estaba el portarrollos? En la habitación no, seguro.

¿Quizá en el armario que había mencionado Toby? Estaba a punto de arrastrarme con cuidado por el suelo, cuando comprendí la segunda orden, o pensé que lo hacía. Apreté los dientes y dije:

—Cierra retrete, abre bidé.

Una palpitante llovizna de agua cálida me bañó las partes bajas al instante; al principio resultaba desconcertante, pero bastante tranquilizador. ¿Cómo había conseguido hacerlo? Podía levantarme y mirar, pero no quería mojar el asiento. Concluí que Toby era un genio de aquella tecnología, o quizá se tratara de programación. De algún modo, había puesto una orden de bucle anidado en su orden. Aunque pareciese increíble, su sistema cambiaba la orientación vertical varias veces por segundo, supuse, de modo que el agua fluía hacia arriba en contra de la gravedad del baño (pero probablemente en dirección descendente dentro de su marco de referencia local; eso sería más elegante, dejar que la gravedad hiciese el trabajo), y después caía con la carga limpiada hasta dar en el suelo en forma de lluvia sucia.

Al cabo de un rato de admiración, decidí que ya bastaba de autolavado (y esperaba con fervor que Toby no hubiera desviado un autolavado de verdad a mi culo), cerré el bidé y abrí el secador. Una ráfaga de aire caliente me sopló en el trasero, y me lo secó en un abrir y cerrar de ojos. Asombrado, me levanté, me puse presentable, y miré por el aro. El pasto había desaparecido, por supuesto, al igual que la tormenta tropical invertida. Unas dunas calientes se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Los legendarios vientos de Arabia habían calmado mi culo desnudo, a una altura lo bastante pronunciada para que la arena que llevaba el viento no me lijase las posaderas. Sacudí la cabeza y cerré aquella cosa terrible, encontré una cuchilla de afeitar y jabón en el armario escondido detrás de un gran espejo, y empecé a buscar el Schwelle de la ducha.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Estás visible?

—Entra —grazné. No tenía puesta la camiseta ni las botas, y empezaba a quitarme los vaqueros—. Son unos artilugios muy ingeniosos, Toby —le dije. Él llevaba los brazos llenos de ropa, seguro que de mi talla y no de la suya. Supuse que la habría encargado a algún elegante sastre de Londres o Singapur. Puso la ropa en un banco que sacó de la pared del fondo.

—Delante del espejo —dijo—. «Abre ducha» y ya está.

—¿Por qué no se ha encendido ya?

—¿Perdón?

—Bueno, acabas de decir las palabras mágicas.

—Pero no estaba en el punto correcto. Como digo, delante del espejo. Así podrás afeitarte sin cortarte una oreja. No te olvides de la pantalla de la ducha o lo mojarás todo.

Sacudí la cabeza con timidez, tiré el resto de la ropa en la esquina y cerré la puerta cuando Toby se marchó. Me puse en el lugar elegido, desplegué la pantalla envolvente de cristal y dije la contraseña. Un agua cálida comenzó a caer del Schwelle que se había abierto sobre mi cabeza, para después vaciarse por un canal triangular que de repente me rodeaba los pies. Me pregunté durante un instante por qué la cuña de suelo sobre la que estaba de pie no caía de inmediato a través de los tablones del suelo hacia los cimientos y me llevaba con ella, pero aquel era un pensamiento anticuado y en cuatro dimensiones. Como la deixis del Schwelle al parecer embebido en el espejo del cuarto de baño de la tía abuela Tansy, aquellas cosas habitaban un metamundo propio, un mundo más allá de los mundos. Se encendían y apagaban como sombras al activar el interruptor de la luz. Salvo que en estas sombras se podía entrar, o podías dejar caer el jabón, colarlo dentro de una torpe patada y no volver a saber de él.

—¡Mierda! —grité, tras hacer justamente eso.

Por suerte, había más en el armario, envuelto en un papel grueso y con un olor magnífico. Cerré los ojos para disfrutar del lujo y me enjaboné las patillas. Cuando volví a abrirlos, unas palabras se habían formado en el cristal cubierto de vapor: PREGUNTA POR LA ESPADA EN LA PIEDRA. Si no hubiera tenido el pelo pegado al cuello, se me habría puesto de punta. Cerré de nuevo los ojos y suspiré con fuerza. Cuando volví a mirar, la condensación había borrado el críptico mensaje.

—Hueles bien —me dijo Lune cuando me uní a ellos en el salón.

—Parezco un maldito modelo de pasarela —dije malhumorado, aunque me agradó el comentario. Llevaba ropa interior de seda de una marca llamada Windsor & Spencer. Los pantalones beige (y la chaqueta, que llevaba al hombro) eran de House of Saud, probablemente tejidos con el mejor pelo de camello; la camisa de seda blanca parecía sacada de una producción retro de *Hamlet* y mis increíblemente cómodos botines, quizá de piel de becerro, eran el tipo de calzado perfecto para invadir Polonia. No, aquello resultaba injusto y cruel; tras captar la mirada de Toby, que estaba de pie con las manos en la espalda y me evaluaba con ojos indulgentes y aprobadores, decidí que eran el tipo de botas perfectas para salvar Polonia.

—Llegó el momento de dejar las cosas claras —dijo Toby—. Acabo de preparar un té. Ven aquí, siéntate, habla. Empieza por el principio, sigue... y cuando llegues al final, para.

Suspiré y me senté en el sillón que quedaba libre, me serví más té, mastiqué una crujiente galleta de trigo y comencé con los cadáveres en el cuarto de baño de la tía abuela Tansy. La cosa se volvió más complicada y enredada, y me callé mis sospechas sobre la señora Abbott y otros aspectos del hogar extrañamente prominente de Tansy y su «nexo». En cierto momento, Lune participó para rellenar la trama secundaria. Me desconcertó oírle decir que me había confundido con mi hermano Ember. Por lo que yo sabía, Ember y yo no teníamos nada en común. Pero parecía que Lune lo encontraba atractivo, curiosamente, y aquello hizo que sacara los dientes. Por fin los dos llegamos al final y paramos.

—*Mmm*. Una historia inesperada, joven August. La luz entra por las rendijas. —Toby se levantó y dejó la taza con cierto estruendo—. Al menos tengo una cosa absolutamente clara. Necesitamos armarte, cuanto antes mejor. —Se dirigió al aire—. Dame a Septimus.

—No creo que le haga mucha gracia... —Comencé a decir. Una ventana de Schwelle se abrió a una oscuridad absoluta. Al otro lado, oí un sonido áspero, profundo y amenazador. Me moví con rapidez para ponerme delante de Lune, que seguía sentada tan tranquila en su sillón. Entonces supe lo que era y me eché a reír. Los horribles ronquidos se detuvieron y se convirtieron en un resoplido ahogado. La luz entró por el umbral. El barbudo Septimus, con un camisón blanco, dio un salto de su catre militar e hincó una rodilla para amenazarnos con una pistola de enorme calibre, con tal rapidez que no pude ver ni cómo lo hacía.

—Ah, eres tú, viejo cabrón —le dijo a Toby; después se levantó sacudiéndose las rodillas y apartó la pistola—. ¿No podrías llamar antes? Aquí son las tres de la mañana. —Miró más allá de Toby y me vio todavía en postura defensiva delante de Lune, que me decía palabras suaves y tranquilizadoras para que me apartara y la dejara levantarse—. Y él. El invitado sorpresa, el espectro del banquete, el niño perdido, etcétera. Supongo que querrás armar al bruto.

—Justo. ¿Podemos entrar?

—Si no hay más remedio. —Se aclaró la garganta de forma repugnante; Septimus sonaba como un gran aficionado a los puros—. Y, por supuesto, parece que no hay más remedio.

El hedor del campo de batalla del holocausto había desaparecido, al igual que las ruinas. Entramos en un lugar cerrado de hormigón y acero, como el interior de un blocao. La cama de campamento en la que Septimus disfrutaba de su incómodo descanso estaba en un entresuelo. A mi izquierda, por debajo y más allá de una barandilla metálica, había una estantería tras otra de formidables armas, detrás de un grueso cristal cerrado, como una parodia marcial de la biblioteca de Toby. Al ser australiano y de una cultura relativamente mansa y benigna, no estaba muy familiarizado con las armas de fuego. Ciertamente, había manejado pistolas. De niño había ido de caza con papá al campo, y él me había enseñado a usar un rifle. No era difícil conseguir un permiso para aquel tipo de

arma, con aquel propósito; a pesar de todo, se usaban muy poco para cometer asesinatos, por no hablar de masacres sangrientas. El arma de las pandillas más brutales era el cuchillo. Cuando estaba en Chicago, había disparado a blancos de papel en un campo de tiro deportivo, bajo la tutela de Itzhak; obviamente, él había pasado dos años en el ejército israelí, así que era un gran tirador. Resultó que yo tampoco tenía mala puntería y que tenía una habilidad natural para aquel deporte, pero cuando volví a casa perdí el interés; parecía demasiado esfuerzo, aunque nunca he tenido hoplofobia. En aquel momento, en los estantes, vi objetos que solo había visto en las películas y en mil programas violentos de la tele: morteros, rifles, metralletas y pistolas más pequeñas pero de brutal eficacia, relucientes, en acero azul engrasado; bandoleras de munición y cartuchos, como si fueran vídeos colocados en una biblioteca, en las que se guardaba, suponía, más de lo mismo, a la espera de que los colocaran en las armas de muerte; granadas en una gran variedad de alegres colores, y otras cosas que parecían sacadas de las pelis de *Berserker*: pistolas de rayos, o láser, o lo que fuera. Hacía que me cagara de miedo, por lo que decía sobre el mundo (los mundos) en el que habitaba aquella gente.

—Está claro que es uno de nosotros. Más que un simple Jugador... un miembro de nuestro clan. Pero...

—Septimus, te presento a tu hermano August.

—¿Hermano? —Aquello lo despertó de golpe. Se dio la vuelta, estremecido de rabia ante el descaro de tal afirmación. Me quedé donde estaba, aunque temblaba por dentro, y aguanté su mirada. Empezaba a desear haber llevado mi certificado de nacimiento encima. Toby me evitó tener que dar la charla completa, y explicó el tema en código familiar y con excelente brevedad.

—Muy bien. Si es así, tener otro pariente servirá para fortalecernos, aunque se trate de alguien verde e inesperado. —Extendió un enorme jamón en forma de mano y cogió la mía sin intentar aplastarme todos los huesos. Supongo que no tenía razón alguna para sentirse inseguro—. Bienvenido, August. Y tú también, señorita Conjunto, no pretendía faltarte el respeto al no saludarte. Ahora que hemos terminado con las finuras, seguidme; intentaré encontrar algo defensivo. No pareces un tirador, así que empezaremos con una pistola aturdidora y algo pequeño pero útil en las distancias cortas.

Bajó y fue directo a dos armarios, cogió un par de aburridas armas negras, y cerró las puertas con una destreza automática. Estaba claro que conocía la ubicación de cada máquina de matar de su armería. El aire olía a aceite, metal y a algo que podría haber sido cordita. Quitó el seguro de una pistola de pequeño calibre con un *cha-cha-chinc*, encontró una pistolera doble de piel, esperó a que me la pusiera sobre la camisa de seda ancha.

—Haremos un pequeño entrenamiento básico en el campo de tiro de abajo —comenzó a decir Septimus, pero Toby lo interrumpió.



—Estos juguetes no servirían ni para detener a un perro obstinado —le dijo—. Septimus, suponía que ya lo habrías detectado a estas alturas. El chico es joven e ingenuo, pero presta atención. Dime lo que sientes.

—Malditos sean tus ojos, Tobías, no hables conmigo como... —Se interrumpió, y sus feroces ojos volvieron a centrarse en los míos, los miraron con atención—. Por el Acuerdo, hermano, quizá lleves razón. Creía que se trataba de una bestia mitológica.

—¿Todavía tienes el motor excalibur en tu armería, después de tantos siglos? —le preguntó Toby.

Sentí que se me doblaban las rodillas, a medias entre la conmoción y un ataque de risa histérica. ¿Qué? Creía que era broma.

—¿Ex-ca-libur?

—No estamos hablando literalmente de una espada clavada en una piedra, muchacho.

—¿De qué demonios están hablando? —le dije a Lune, tenso.

Ella me cogió la mano y la agarró con fuerza.

—Sospecho... —se detuvo.

—Me llamo August, no Arturo —dije en un agudo tono de incredulidad al pensar en el mensaje de ida y vuelta del baño.

Lune soltó una risa asustada y nerviosa, algo que yo nunca había esperado oír, y, de repente, noté que la chica tenía la mano resbaladiza por el sudor.

—¿Quién te ha dicho eso? —me preguntó.

—«August» empieza por «A», en todo caso, con seis letras —dijo Toby al mismo tiempo—. No nos atrevemos a probarlo —le dijo después a Septimus, como si yo no estuviese allí, o, quizá, como si fuera un joven semental al que no quisiera montar a medio galope.

—Decídmelo —dije, muy enfadado de repente.

—No —contestó Toby—. Ven con nosotros, chico. Me mantuve en mi sitio.

—Vamos —dijo Septimus, y se dio la vuelta para conducirnos por unas escaleras que descendían hasta un nicho mal iluminado que salía de otro túnel de hormigón bajo las salas de armas. Mis ojos se adaptaron a la escasa luz, y vi un pedestal de algo translúcido situado en una esquina, como un gigantesco cristal de sal. Brillaba con una luz interior.

—¿Cómo funciona? —Lo reconocí, o algo dentro de mí lo hizo.

—Pon la mano encima y mantenía ahí —dijo mi hermano guerrero—, no la muevas aunque sientas un dolor y una confusión terribles. Vas a pasar una prueba y, si pasas, sufrirás una profunda... renovación del cableado, creo que lo llaman en estos tiempos de barbarismo. —Miré la masa de cristal, que estaba aproximadamente a un metro de nosotros. La superficie superior tenía un bajorrelieve grabado. De la superficie plana sobresalía una cadena de jeroglíficos en miniatura, parecidos a las formas marcadas en la planta de mi pie y el de

Lune, la «marca de la bestia».

Al verme dudar, Septimus dijo con desprecio:

—Te asusta el dolor.

—Claro que me asusta el dolor, idiota. Para eso está hecho el dolor, para que te asusten las cosas malas.

Septimus me dedicó una sonrisa a regañadientes.

—El conocimiento y la elección conscientes son, en parte, las herramientas que usamos para vencer el dolor. Da un paso adelante. Pon ahí la mano. Veremos lo que tengamos que ver.

No me habían dado ningún motivo para pasar por algo así. Por mí podían tirarse todos de cabeza por una ventana. Pero no podía darle la espalda. Sentía que aquel momento era mi deber, mi destino, el camino para recuperar a Tansy y, quizás, a mis padres.

—Dime lo que es —le dije a Toby.

—Sí. Hemos dado demasiadas cosas por sentado. Has creído que decíamos «Excalibur», pero es una especie de juego de palabras abreviado: dos palabras, no una; o, mejor dicho, una letra y una palabra.

Lo miré, se había alejado del frío resplandor de aquella cosa. Adopté una postura equilibrada y firme.

—X. Ah, ya veo. «X-calibre». Una pistola con una potencia de fuego desconocida, pero en principio la hostia de grande. ¿No?

—Casi. —Toby tosió con modestia—. Yo inventé la bromita.

—A mí nunca me gustó —dijo Septimus con su acento ronco y profundo—. Prefiero el nombre antiguo.

—¿Y es?

—Espada Vorpál. —Me miró a los ojos, con una convicción firme como una roca, sin chispa de humor—. Para el que pueda blandirla.

Di un paso hacia el cristal.

—¿Debería un buen chico humano como yo jugar con esto?

—¿Humano? —Septimus se rio, y me pareció que su voz tenía un deje de crueldad—. ¿Todavía crees que eres humano? No, chico, si eres un Seebeck y un Jugador de la Competición de los Mundos, no eres humano.

—Entonces, ¿qué soy? —Mi propia voz pareció perderse en los ecos de aquel lugar.

Lune estaba bajando las escaleras con los brazos extendidos hacia mí, con una especie de tristeza de bienvenida en la mirada.

—Oh, August. Eres un homúnculo vorpál. Como todos nosotros. Eres un artefacto del sustrato profundo logarítmico de la Competición.

Era espantoso, claro. Mantuve la mano sobre el cristal mientras me caían las lágrimas por las mejillas y dejaba escapar jadeos de dolor. El frío de la descarga me recorrió la mutilada mano derecha como si fuera fuego. Sentía cómo aquella

cosa me cortaba la carne, como las afiladas conchas de molusco abiertas del fondo turbio del estanque de Avril. ¿Qué era toda aquella prefiguración? Mareado, a punto de desmayarme, me agarré a la furia de sentirme atrapado en una alegoría, en un mito bastante hortera, dentro de un misterio religioso, quizá. Empecé a reírme de nuevo, histérico, y el dolor me desgarró el cerebro e hizo que la oscuridad brillara salpicada de estrellas e hilos de colores, y de los ecos de voces lejanas, demasiado cerca y demasiado lejos para resultar inteligibles.

—El chico está bien —dijo alguien. Me pusieron un trapo fresco en la cabeza. Intenté sentarme, atontado, y Lune me dijo:

—Quédate quieto un segundo, encanto. —Me senté de todos modos, cogí la toallita, me la pasé por las mejillas y los ojos, que me quemaban por la sal de las lágrimas. Estaba encima del camastro de Septimus, y aquella cosa crujía. Algo me llamó la atención, un resplandor dorado. Abrí del todo la mano derecha.

En el centro de la línea de la vida llevaba grabado el reflejo de la fila de jeroglíficos, relleno de oro.

Me lo había esperado, pero me sobresalté de todos modos. Cerré la mano y volví a abrirla. No sentía nada distinto. Aunque parecía que tenía clavadas en la palma piezas de un precioso metal tallado, no sentía que me hubieran atravesado la piel y el músculo con un material extraño. Toqué las formas con la uña del dedo índice de la mano izquierda. Firmes, rígidas, como si golpeará una moneda. Puse ambas manos sobre los muslos y los sostuve con fuerza.

—¿Y?

—Ahora mismo, sin perder un instante, antes de que te hagas daño o nos lo hagas a nosotros —dijo Septimus con voz sorda—, tenemos que enseñarte algunas órdenes para este gran don. ¿Puedes levantarte?

—Sí. —Lo hice y solo me tambaleé un poquito; pasé un brazo alrededor de la cintura de Lune.

—Entonces, ven conmigo al campo de tiro.

Toby se nos había adelantado y estaba colocando blancos en el otro extremo de una sala larga de color gris y marcada por el fuego.

—Mantén las manos pegadas a los costados por el momento, August —me gritó; su voz creó un poco de eco, y me pareció notar una pizca de preocupación. Aquello resultaba desconcertante, teniendo en cuenta sus espantosos poderes, su batalla de *son et lumière* con la feroz criatura enjambre a la que había llamado «arpía». Hice lo que me pedía e intenté respirar con calma, aunque sentía que el pulso se me aceleraba y me latía en el cuello.

—Suponemos que se te ha infundido la habilidad para manejar el sistema de armamento vorpal —dijo Septimus—. Sin embargo, tendrás que elegir tus propios símbolos deícticos. Te ayudaré a hacerlo.

—¿Qué? —Pero me imaginaba a qué se refería. Como cuando Toby llamaba «retrete» a su abertura del inodoro y «bidé» a su sistema de limpieza higiénica.

Los indicadores verbales introducidos de algún modo en el sistema operativo, fuera el que fuera. Vale, podía aceptarlo. Sólo necesitaba que me dijeran qué se suponía que debía hacer.

—Mira al frente —dijo Septimus, con la voz apagada. Me di cuenta de que se habían puesto a cubierto detrás de un grueso escudo de hormigón—. Centra tu atención en el poste azul.

—Es un poste malo, malo, ¿no? —dije yo—. Es un poste con intenciones perversas.

—Exacto. Levanta la mano derecha, *apaumy*.

—¿Cómo?

—Con la palma mirando al poste.

—Vale.

—Vas a derribarlo. Solo eso. Violencia limitada.

—Ay, ay —susurró Lune—. Mecánica óptica de nivel armamentístico. ¿Te das cuenta de que esto está totalmente prohibido según el Acu...

Septimus hizo caso omiso. Yo casi no la escuchaba y, de todos modos, tampoco lo hubiese entendido.

—Vincula la elección a una *deixis* —me dijo el armero—. Yo usaría «puñetazo».

—¿Solo esa palabra? ¿Sin «abre» ni «dame»?

—Creo que ya se ha activado tu gramática armamentística. La palabra y la intención se combinan en una acción. Hazlo.

Lo hice. Un murmullo, como el de una ventolera. A treinta metros de mí, el poste azul voló hasta estrellarse contra la pared de hormigón que tenía detrás y hacerse astillas.

—¡Mierda! —Cerré la mano de golpe y me volví hacia Septimus. Él se agachó al instante tras el escudo—. ¿Tengo que apagarlo?

—No, jovencito, no eres consciente de tus fuerzas. Intenta modificar el efecto o harás trizas este lugar antes de terminar.

Corrientes de viento, de réplica, todavía recorrían la habitación y llevaban los fragmentos de madera de un lado a otro. Algo apestaba.

—¿Qué he hecho? —pregunté.

—Creemos que has abierto un *Schwelle* a una versión de la Tierra en la que la Luna nunca nació, en la que ningún planeta menor intruso destruyó la mayor parte de la litosfera. La atmósfera es decenas o cientos de veces más densa que esta.

En una vivida imagen mental, vi unos dibujos animados en color: mi mano extendida y abierta, el pequeño *Schwelle* que se abre, quizá tan solo unos milímetros, sobre los jeroglíficos, un chorro terriblemente potente de atmósfera comprimida que atraviesa la habitación como una boca de incendios.

—No sentí ninguna reacción, ningún retroceso —protesté, pero mientras

decía aquellas palabras vi que era normal. El Schwelle del sistema armamentístico era solo una abertura a través de un espacio-tiempo superior. En realidad, yo no formaba parte del trato, no era más que el lanzador. Santo cielo—. Entonces, ¿eso era la potencia menor?

—Una vez que lo tengas bajo control. Ahora el poste rojo. Ese es realmente peligroso. Llámalo «fuego solar».

Pues sí que sonaba peligroso. ¿Qué era? ¿Tenía un arma nuclear empotrada en la mano? La extendí con la palma hacia fuera, apunté al amenazador poste escarlata y dije las palabras.

Me quedé ciego. La sala chilló con un aire desgarrado y turbulento queapestaba a iones negativos convertidos en positivos. Mirar la Luz de la palma de mi mano había sido como mirar el sol un mediodía de verano. Aunque resultara increíble, algún aspecto del Schwelle había protegido la mano y el resto de mi cuerpo de casi toda la radiación. Aunque no del todo. Sentía la piel de la cara caliente, como si me hubiera quemado en la playa.

—¡Dios! —En algún lugar había fuego. Me limpié los ojos llorosos y deslumbrados. Aterrado, me di cuenta de lo apropiada que resultaba la palabra clave. Unas manos me cogieron por los brazos y me sacaron del campo de tiro destrozado. Detrás de mí oí cómo un enorme fragmento de hormigón medio derretido se movía y caía con un estruendo—. Eso era de verdad...

—Sí, cogiste una muestra de la fotosfera del Sol. Cinco mil grados concentrados a la perfección a través de esta corta distancia hasta el objetivo. La primera vez que lo veo. La próxima vez, aparta la vista. —Septimus estaba impresionado, lo notaba en su voz—. Servirás, chico —me dijo mientras su mano enorme y reconfortante me cogía del hombro—. Servirá.

Algo dorado llamó la atención de Juni en el menú de alta costura, así que lo compiló: un magnífico brazalete en espiral con un par de serpientes, de Eretria, en Eubea, con los rabos unidos en un nudo de Hércules decorado con un granate biselado. Salió de la caja un poco caliente; lo sopló, lo agitó en el aire claro lleno de offog y se lo puso en la parte superior del brazo izquierdo. Por algún motivo (quizá porque era de una elegancia tan original), le recordó al tatuaje de su hermana Jan, la manifestación psicónica semiautónoma que la muy tonta había llamado Sylvie. Aquel recuerdo la hizo temblar. Juni había preparado un nanorreplificador especializado portátil para el cumpleaños del milenio de Jan, un armario plegado lleno de plantillas de diseño de cien culturas y cognados distintos. *Pero, pensó Juni irritada, a pesar del regalo hay grandes posibilidades de que la muy imbécil siga arrastrándose por ahí con un camisón de cuadros y unas zapatillas con forma de cabeza de vaca sentimentaloides, o cualquier otra cosa igual de atroz.*

Siguiendo un impulso, abrió un Schwelle a la ubicación de Jan. Algo extraño en el habitual sonido de desgarrar le dio dentera. Como siempre, los hombrecillos silbaron en la frontera, casi visibles, como el movimiento browniano del polvo en un rayo de sol. Al otro lado del umbral, su hermana estaba sentada en una especie de silla recargada, vestida justo con lo que cualquiera esperaría de alguien con su espantoso sentido de la moda, el pelo cortado a cepillo y una sonrisa amplia y resplandeciente.

—Ab, bien, estaba a punto de abrir una línea directa con alguno de vosotros, chicos. —Algo la zarandeó—. Mierda. Juni. Vas a tener que esperar un poco... esta gente intenta matarme.

Era como oír una melodía tocada una décima de octava demasiado grave y muy lenta, lo justo para darse cuenta. La luz de la cabina también estaba mal, todos los colores estaban desenfocados. Juni cerró los ojos dos veces e intentó aclararse la vista, incluso tuvo la absurda idea de levantar una mano a modo de visera, como para protegerse de la luz, pero el problema no estaba en su parte.

Resultaba exasperante, pero su primera impresión había sido correcta: todos los colores estaban apagados, había rojos mate donde debería haber saludables rosas y carmesíes de semáforo; los indicadores de los paneles, que deberían haber brillado en un reconfortante tono verde, estaban amarillos; un violeta profundo tintaba las bandas de iluminación, y el resto de los iconos de las

pantallas mostraban verdes oceánicos en vez de azules. Santo cielo.

—Estás en el espacio.

—Muy aguda. Cállate y deja que intente salvar la vida.

La mujer sufría una dilatación temporal. La cabina era una nave espacial que estaba llevando a cabo algún tipo de aceleración ridícula.

Una luz explotó en un relámpago silencioso dentro de una enorme pantalla. Los labios de su hermana se movieron, como si hablara, pero no oyó nada. Bueno, claro, estaba conectada con el piloto IA de la nave.

—Los muy gilipollas —dijo Jan en voz alta; después se dio la vuelta para mirar por el Schwelle—. Intentan darle al motor de energía oscura. ¿Es que no saben lo que eso...?

Más luces les explotaron delante de los ojos, aunque probablemente a una escala reducida por el sistema de la nave.

—¿Oscura? —Empezó a decir Juni, pero se mordió la lengua. No era momento para distracciones. Su hermana, perversa, decidió distraerse.

—Oye, Juni, ¿qué demonios te están haciendo tus nanocosas en la cara? Las tienes por todas partes.

Por instinto, Juni se pasó los dedos por las mejillas. Nada, claro.

—¿Qué estás farfullando?

—No me hables de farfullar, pareces el Pato Donald. —Jan dejó escapar una risa ronca—. Es escalofriante, tía. La piel se te ha puesto como amarilla, y hay una niebla rojiza por todas partes. Creía que eran los hombrecillos. —Jan se asomó al umbral para echar un vistazo—. ¿Qué demonios es eso? Tu corazón proyecta una especie de aura. Ah, espera...

—Emisiones de calor infrarrojo —dijo Juni.

Tras una pausa casi imperceptible:

—Vale. Para mí tu tiempo está comprimido, y para ti el mío está dilatado.

—Justo. Supongo que estás viendo mi aura infrarroja...

—No hay bastante energía en ese ancho de banda —dijo Jan.

—... con un poco de ayuda de la niebla de la interfaz del Schwelle. Qué gótico. ¿Por qué te sorprende todo esto? Creía que tú eras la capitana espacial fanática.

—Ya —dijo Jan—, pero, créetelo o no, es la primera vez que he dejado que se abra un Schwelle en plena aceleración, no había querido arriesgarme. Eres de lo más oportuna. —Otra explosión silenciosa volvió a sacudir la cabina, o quizá fuera una maniobra evasiva o similar que intentaba el piloto IA—. ¡Mierda! Me entran unas ganas tremendas de cruzar y dejarlos hacer —le dijo Jan con aquella voz ligeramente ralentizada y curiosamente ronca. Tenía una sonrisa feroz y salvaje—. Podría matarlos a todos pero ¿para qué? Creía que ya habrían tenido tiempo para calmarse después de más de medio siglo. Joder, empieza a hacer calor aquí dentro. Prepárame una taza de kava, ¿vale, vieja amiga?

—¿Vas a dejar que una pandilla de humanos camorristas vuele tu nave en

pedazos? —A Juni la idea la ofendía profundamente.

—Como le decía a Sylvie, sus antepasados la pagaron. Ha servido a su propósito. He encontrado lo que causaba la interferencia en todos esos... Espera, tengo que concentrarme en...

Un panel compuesto se despegó sobre ella y empezó a arder.

—Oh, oh. Vale, querido y viejo *Colgado*. Ajusta los controles para el corazón del Sol. Ha sido genial, corazón. —Estaba recuperando la memoria intermedia mientras se apagaba las llamas del pelo con aire ausente.

Algo tuvo que hablarle en silencio, quizá el sistema de la nave para protestar. Ella se moría de risa.

—Oh, no, pedazo de tontorrón, claro que no lo decía en serio. Es una canción, ¿recuerdas?<sup>[2]</sup> Si pensara abandonarte lo habría hecho en órbita alrededor de la estrella Xon. Volví a la Tierra y me ahorré un montón de cupones de viaje, ¿no? No, creo que eres una nave muy simpática. Cuando salga de aquí, drena el aire de la cabina, eso apagará los incendios. Después sube las luces a nueve coma nueve, asegúrate de que no te den con sus armas de rayos de la *Guerra de las Galaxias*, intenta no matar a nadie y aparca en algún lugar de Mercurio, cerca del Sol. No demasiado cerca. Volveré. Ay.

Juni se acercó todo lo que se atrevía al umbral y extendió ambas manos. Jan cruzó en un borroso temblor de luz translúcida en la frontera de niebla. Todos los colores volvieron a su registro, el tartán recuperó su tejido, y su voz se elevó de contralto a *mezzo* sin cambiar de volumen.

—Gracias, hermanita. Creo sinceramente que deberías cerrar el...

Pero Juni ya estaba murmurando el código deíctico. El umbral se cerró mientras las pantallas del otro lado bajaban de forma relativista hasta el infrarrojo lejano y más allá, conforme la nave aceleraba hacia la velocidad lumínica. La oscuridad a la velocidad de la luz.

—Mírate —dijo Juni enfadada—. Podrías vestirte como la Emperatriz de Alejandría, y te encuentro arreglada como una mujerzuela.

—Oh —dijo Jan con expresión culpable—. Jopé, dejé tu armario en la nave.

—Eso no importa, puedo replicarte otro mientras mantenemos una charla. Ahora entra aquí, siéntate y dime qué has estado haciendo. ¿Has provocado alguna guerra últimamente? Han pasado varias décadas, querida.

—Quizá para ti, no para mí.

—*Mmm*. ¿De verdad dijiste kava? ¿Todavía bebes esa porquería?

—¿Es el Papa hebreo?

—¿Perdón?

Jan hizo aquel irritante sonido que Juni conocía tan bien, aunque habían pasado décadas desde que lo oyera por última vez: una combinación de burla y paciencia perdida.

—Sí, querida. Kava, por favor. ¿No hueles a quemado?



—Creo que es tu pelo —dijo Juni con cierta satisfacción—. Lo tienes chamuscado por detrás. ¿Qué otra cosa se puede esperar cuando viajas por el Sistema Solar con una nave en llamas?

—Ay, mierda. Justo cuando empezaba a crecerme otra vez. —Esbozó una radiante sonrisa—. Pero, por supuesto, por un golpe de suerte...—... mis hábiles aerosoles de offog lo arreglarán en un abrir y cerrar de ojos. Claro.

Mientras el kava se hacía en la máquina y soltaba espuma en la taza de arcilla, el cabello de punta de Jan se movía un poco, como si unos dedos invisibles lo acariciaran. La luz temblaba a su alrededor, como una nanoversión del aura con la frecuencia cambiada que Jan había visto alrededor de su propio cuerpo desde la nave. Aquello eran las emisiones de calor infrarrojo de su metabolismo al acelerarse lo bastante a causa de las diferentes escalas temporales para entrar en el espectro visible, y después amplificarse y transducirse gracias a las minúsculas unidades artificiales de niebla que flotaban por toda la atmósfera de aquella Tierra cognada. En aquellos momentos, aquellos hombrecillos de gran ingenio y habilidad giraban, trabajaban y quitaban los pelos achicharrados de la cabeza de su hermana, para después recompilarlos.

—¿Te gusta llevarlo tan corto? Las extensiones te pegarían, pero tendrías que quitarte ese espantoso traje.

—Que te jodan —dijo Jan con afabilidad mientras sacaba algunos cuencos de piedra de la máquina y servía un trago de aquella cosa bárbara para las dos. Levantó su cuenco en un brindis— Por el mejor de los tiempos, por el peor de los tiempos.

Juni sacudió la cabeza con desgana ante la irreverencia de su hermana, pero levantó su cuenco. Los hombrecillos, en respuesta a su orden susurrada, ya estaban trabajando con las moléculas; desnaturalizaban los alcaloides y convertían la amarga mugre amarillo verdosa en un té helado sin cafeína.

—Claro. ¡Por la Competición de los Mundos!

—He preparado una de las habitaciones de invitados —nos dijo Toby mientras nos conducía por un pasillo lateral de su casa de amplitud absurda—, solo una, lo siento, espero que no os importe compartirla. —Me miró sin expresión alguna por encima del hombro—. Por supuesto —añadió dirigiéndose a Lune—, podríais ir los dos a casa, pero preferiría que August se quedase bajo mi techo por el momento, hasta que sepa que se hace con el «ya sabes qué».

—Muy amable, gracias —dijo ella.

—Bueno, ah, no sé si... —dije yo a la vez. Me interrumpí, lleno de confusión entusiasmada—. ¿No te importa? —dije con la lengua torpe, y Lune me dedicó una sonrisa deslumbradora y sacudió la cabeza.

—Bueno, pues ya está. —Mi hermano nos llevó hasta un espacio cómodo y acogedor, con una enorme cama de matrimonio que ocupaba la mitad de la habitación, grabados sin tinter en las paredes, una escena de caza con sabuesos y un caballo sobre la cama, una ventana con persianas venecianas cerradas, pequeñas lámparas tenues que proyectaban un resplandor dorado sobre las almohadas rechonchas, y una colorida colcha con bordados de animales heráldicos—. Por allí está el baño, podéis atracar la cocina sin problemas si os entra hambre. Yo me levanto a las seis, pero creo que la hora de levantarse es una elección sagrada para los invitados, así que no os molestaré para montar a caballo al alba, ni ninguna otra crueldad por el estilo. El sistema de sonido tiene una selección bastante buena. Recomiendo la Segunda Sinfonía de Hovhanness. Buenas noches. —Sonrió con ganas y se inclinó— Portaos excelentemente.

La puerta se cerró tras él. Me temblaban las manos. Bajo aquella suave luz, Lune parecía exquisita y adorable, y resultaba tan excitante mirarla que me hubiera gustado llevar el sombrero de ala ancha de un caballero para poder colocarlo delante de mí con suma discreción. Me picaba la cara por una quemadura solar, literalmente, a causa de la breve salpicadura de energía radiante, y el estómago me daba botes. Lune dio dos pasos y posó sus suaves, suaves labios en mi boca, mientras me observaba sin parpadear. Sus ojos de cobalto se dilataron hasta quedar casi negros, pero seguían brillando con una luz resplandeciente. La rodeé con los brazos y cerré los ojos. De algún modo, los nervios de los labios y la lengua se habían conectado con mi pene y la base de mi columna. Estaba electrificado. Rocé su costado con los dedos casi hasta llegar a su axila desnuda y metí la mano entre nosotros para acariciarle su bello pecho. A

través de la suave tela, notaba su pezón en la palma de la mano. Le solté la camiseta y acaricié la piel desnuda. El aire estaba empapado de nuestros olores. Sus pechos eran redondos, grandes y turgentes, me pesaban un poco en la palma de la mano. De repente, se me quedó la boca seca. Aparté de golpe la mano derecha y la sostuve apartada de mí, con la palma hacia la pared.

—*Agh...*

—¿Qué...? —Lune echó la cabeza atrás, preocupada. Vio mi brazo extendido y apartado—. Ab. Pequeño, no te preocupes por eso.

Pero me había apartado de ella, todavía con una fuerte erección, pero no por mucho tiempo. Me recorrió un latigazo de miedo puro.

—No puedo hacerlo, Lune. Dios mío, ¿y si esta maldita...?

Ella me sonrió y pasó la mano por encima de mi rígido brazo hasta tocar el dorso de la mano con las puntas de los dedos. No intentó bajar mi mano letal, ni cogerla con la suya.

—No funciona así, August. Ven, siéntate conmigo en la cama. Pobre muchacho, estás temblando del susto. Aquí, a mi lado. —Cogió el edredón y me lo puso sobre los hombros; después me dejó solo un momento para cruzar la habitación. Mi brazo derecho parecía tener voluntad propia, así que se quedó estirado apuntando a la pared. La música entró en la habitación, primero suave, pensativa, formando olas sobre nosotros como la niebla atrapada en la luz del amanecer. Nunca me había gustado mucho Hovhaness, aunque el discreto Itzhak solía jurar sobre su trabajo; siempre sonaba como la banda sonora de una especie de película de fantasía *New Age*. Quizá eso la hacía perfecta para aquel universo demencial. Empezaba a cansárame el brazo. Me obligué a cerrar los dedos en un puño y, poco a poco, bajé el brazo hasta la cama. Era cierto, estaba temblando. ¿De verdad había estado en aquella misma habitación en estado de excitación extasiada hacía unos momentos? Tenía que haber sido otra persona.

Lune volvió a mi lado.

—No es distinto a cualquier otro Schwelle, cariño. A ti no te preocupa que puedas abrir un Schwelle por accidente en medio del Atlántico y que te caigas por él, ¿no?

Recordé las instalaciones del servicio y me estremecí.

—*Em*, no. Supongo que no.

—Esto está igual de controlado. O aún más. El sistema operativo habrá imprimido una estructura completa de órdenes en tu gramática. Confía en mí, es a prueba de fallos.

—A prueba de tontos —dije yo. Todavía temblaba de miedo, tenía la sensación de haber evitado por los pelos algún horror macabro. Creía lo que me estaba contando Lune, claro que sí, pero mi confianza tenía que enfrentarse a las inhibiciones de artes marciales ante fuerza letal que había aprendido, y al recuerdo brutal de un fuego solar que destrozaba hormigón reforzado—. No

quiero acabar siendo el tonto, Lune —dije tembloroso— Sobre todo cuando tu vida está en juego.

—Eres una dulzura, pequeño, y ni te imaginas lo que tu amabilidad significa para mí. —Me apartó el pelo húmedo de la frente sudorosa, me la acarició y se apoyó en mí. Su cuerpo estaba caliente— No puedes hacerme daño, August. Y, aunque pudieras, sé que no lo harías.

—Eso espero —dije. Recuperé el ritmo de la respiración, y sus caricias calmaron mis temblores—. Dios, apesto como un cerdo.

—Hueles muy bien —dijo ella. Se levantó de la cama de un salto y tiró de mí para que me levantara con ella. El edredón bordado cayó al suelo hecho un ovillo—. Pero quizá deberíamos darnos una ducha. Yo también estoy un poco pegajosa.

La abracé con fuerza mientras recordaba cómo nos habíamos pegado en otro cuarto de baño, en otro mundo, con un hombre muerto en el suelo de baldosas. Santo cielo, había pasado menos de un día. ¿Era posible? Ella tenía casi mi altura. Nos apoyamos el uno en el otro y nos quitamos la ropa con bastante rapidez, sin dejar de acariciarnos y tocarnos, pero el calor que sentía en los nervios había pasado a ser fantástico. Caímos sobre la cama haciendo suaves ruiditos animales, y era cierto, los dos olíamos como boxeadores después de un combate. El olor era tan excitante como su desnudez. Sentí su olor más profundo en los dedos de mi mano izquierda y fui a buscar su origen con los labios, con la piel ardiendo, y ella me metió en su boca mientras yo lamía, resoplaba, olisqueaba y reía de placer. De algún modo nos dimos la vuelta y la penetré con una sensación de absoluto placer y justicia, con la mano agarrada de modo traumático al borde de la cama, lejos de su cuerpo suave y musculoso. Una parte de mí se negaba rotundamente a confiar en otra parte de mí. Pero todas las demás partes estaban ebrias de entusiasta felicidad. Surgieron gritos de nuestras bocas. Me retorcí mientras ella se sacudía una y otra vez, y nos tumbamos entre el flujo y el reflujo de la luz acústica que caía de la alta niebla y la gloria luminosa de *Mystehous Mountain* de Hovhaness. Supongo que me dormí.

La pálida luz de la mañana entraba en ángulo a través de las rendijas de los bordes de las persianas venecianas. Tenía la piel fresca, pero no fría, y estaba tapado casi del todo con el edredón. Los ojos de Lune se abrieron de golpe, sostuvieron mi mirada con su increíble azul cobalto y se apartaron. Saltó de la cama como una leona. Se oyó otro golpe y todo el vello de mi carne desnuda se puso de punta. Lo había oído en sueños, eso y un fuerte grito, una voz humana. Corrí hacia la puerta del dormitorio que Lune había abierto delante de mí. Desnudos, corrimos a la entrada de roble que daba a la hondonada y la colina en las que Toby había luchado y vencido a su monstruo de enjambre la noche

anterior. De nuevo su grito, furioso, desafiante, quizá pidiendo ayuda, y después el eco. Sonaba herido. Cogí a Lune por el brazo en la entrada y la arrastré de vuelta.

—Por favor, quédate dentro —le dije.

—Nos necesita.

—A mí. Me necesita a mí. Y yo te necesito aquí dentro. Por favor.

Todo fue muy rápido. Una diminuta vacilación, pude ver que lo que le decía iba en contra de sus principios. Asintió y se hizo a un lado. Yo giré el pomo tallado, atravesé la puerta, y sentí las hojas y las ramitas que crujían bajo los pies desnudos.

Una cosa cambiante plateada y negra salida del infierno rodeaba a mi hermano, zumbaba, murmuraba y rechinaba los dientes. Los rayos de mi hermano eran apenas visibles a la fría luz del día. El sol que atravesaba los árboles se apartaba de aquel horror plateado demencial. Parecía que se estaba comiendo a Toby vivo.

Levanté la mano con la palma hacia delante y murmuré una orden.

El viento aulló.

Y también lo hizo Toby, que cayó de culo en la vegetación ciclónica. Al menos estaba vivo. El millón de elementos del enjambre de la arpía se alejaron volando como paja, se elevaron, se reunieron en varios grupos por encima de nuestras cabezas, formaron una flecha y cayeron sobre mí. Su zumbido chillón era tan terrible como el rugido de una locomotora que avanza por la vía hacia un coche calado. Esperé a que Toby se hubiera arrastrado bajo la protección de un gran roble; resultaba cómico verle con el pelo, o lo que quedaba de él, de punta. Pero yo no me reía. La arpía volvió a reunirse y tomó forma de escorpión, con su terrible aguijón en alto y listo para atravesarme el corazón. Levanté la mano de nuevo y mencioné el fuego solar.

Aquella vez fui lo bastante sensato como para cerrar los ojos y volver la cara hacia un lado. Unos estallidos explosivos crujieron como los montones de tersas uvas moradas aplastadas por un gigante hambriento, como fucos pisoteados por un orfanato lleno de niños traviesos, como un suelo de cocina lleno de activas cucarachas negras abiertas y espachurradas por cien amos de casa furiosos y orgullosos de su labor. Cuando abrí los ojos y miré a mi alrededor, los árboles estaban en llamas y el aire estaba negro por las partículas de la arpía.

Olía fatal. ¿Alguna vez habéis quemado trocitos de uña? Algo así. Toby estaba poniéndose de pie; tenía los ojos un poco hinchados.

—Te has tomado tu tiempo —dijo con dignidad.

—Supongo que esa cosa sería la compañera de la de ayer —conjeturé.

Fue hacia mí con una mano extendida, cogió la mía, la que daba miedo, y me dio unas palmaditas en el hombro con la otra.

—Sí. Se querían mucho. Algo extraño en una entidad de enjambre.

—Sentían más afecto la una por la otra que por el clan Seebeck, por lo que veo. —Estaba riéndome, me senté en la hierba. Había abierto un camino largo y achicharrado en ella. Algunas cosas todavía ardían un poco a ambos lados, pero no estaba dispuesto a apagarlas a pisotones con los pies descalzos. Unas ramitas me pincharon el trasero, pero no me importaba. Era un superhéroe de cómic, joder. Quizá me había vuelto loco y estaba tumbado en una sala acolchada con un goteo de sedante industrial inyectado en el brazo. Quizá me había muerto y estaba en el cielo, una teoría con más mérito, me parecía, teniendo en cuenta que Lune, todavía desnuda e indescriptiblemente bella, estaba cruzando el patio para agacharse a mi lado; me puso los brazos alrededor del cuello, con los ojos brillantes, y los labios y las aureolas curiosamente hinchados. La excitación de la adrenalina. El triunfo del hombre sobre la cosa. Me reí con más fuerza, hasta que me dolió el diafragma y tuve que tirarme del todo y tumbarme de lado en la hierba.

Lune y yo nos enjabonamos el uno al otro bajo la cálida lluvia de la ducha comunicada, con espacio suficiente para dos, pero nos pusimos pegajosos cuando íbamos por la mitad. Al final dejamos que el agua nos bajara por el pelo mojado, como cachorros en una tormenta tropical, quizá, y volvimos a enjabonarnos hasta quedar limpios de verdad. Después nos secamos con unas enormes y suaves toallas, y nos tomamos nuestro tiempo para darnos mordisquitos en la boca, abrazarnos, retorcernos, reírnos y dejar que la oxitocina se saliese con la suya. Cuando finalmente escapamos del baño, vimos que Toby, muy considerado también en aquel aspecto, nos había dejado ropa limpia en la gran cama, incluida la ropa interior. Bueno, supongo que le había salvado la vida. O no.

—Lune, ¿crees que esto ha sido una especie de chequeo del hardware?

Ella estaba metiéndose una nueva camiseta de seda por la cabeza, después de dejar parte de la ropa interior donde estaba.

—Creo que sería cortés que te atribuyeras parte del mérito. —Su falda pantalón era de color rojo vivo, con un ancho cinturón de piel. Tenía un aspecto impresionante. Me reprimí para no saltar sobre mis muelles internos y volver a tomarla.

—Sí, pero lleva en este sitio... cognado, lo que sea... muchos años, supongo. Quizá siglos. Tiene que entender bastante bien la situación de la vida silvestre local.

—Las criaturas de enjambre se agrupan, adaptan y cambian la coloración protectora sin parar. Puede que le hayas salvado la vida. ¿Adónde quieres ir ahora, August?

—Estaba pensando que me vendría muy bien un desayuno. Algo con mucho

colesterol, pero bueno para el alma. Una tortilla y todo lo demás.

—Veamos lo que hay en la despensa. —Pero me cogió la mano junto a la puerta y me retuvo—. De verdad, cariño, no sé dónde encajas dentro de la Competición. Hay riesgos...

—Ni siquiera sé qué es la Competición —dije, frustrado—. Jules mencionó un lugar llamado Estación Yggdrasil y no dejó de insistir en la hipótesis del Juicio Final. Todos habláis sin parar de la Competición. Para mí no tiene ningún sentido.

—Está en tu gramática —me dijo con una confianza absoluta—. El programa X-calibre tiene que haber metido algo más de contexto; de hecho, debe haber introducido material no accesible para los jugadores normales como yo, May o Toby.

—¡Normales!

La miré mientras sacudía la cabeza. Ella se inclinó para besarme con cuidado, con delicadeza, en los labios

—Sé que tienes que asimilar muchas cosas. Déjate llevar, cielo.

—Eh, supongo que al menos podrías contarme...

—«Llevar y no contar», como nos dice el gurú Henry James.

Eso lo sabía del instituto.

—Dijo «mostrar», no «llevar». Y si tenía razón, ¿por qué habría de fiarme de lo que él «cuenta»? —Empezaba a sentirme gracioso y atontado, supongo que por algún tipo de reacción—. ¡Un punto para mí! —Le di unos golpecitos en el hombro desnudo con el dedo índice, mientras parte de mi mente se daba cuenta de que ya no me importaba usar la mano derecha—. Una paradoja, una paradoja.

—Has matado dos pájaros de un tiro, sí. —Sacudió la cabeza con reproche—. Somos unos buenos pájaros pero ¿pueden los pájaros comer tortillas? Puede que haya gato encerrado. Quizá un desayuno inglés tradicional de arenques ahumados nos sentara mejor.

Hice una mueca.

—Una sugerencia inmunda. —Volví a besarla, mareado de amor, o de encaprichamiento, o de las dos cosas—. Eres una pájara, no haces más que esquivarme.

—Si llegamos tarde al desayuno no ha sido precisamente por esquivarte, August —dijo ella con seriedad—. Lo que hacíamos era...

—¡Por favor! —Me puse los dedos en las orejas—. ¡Estamos en un programa familiar!

—El drama familiar de los Seebeck, sí. —Batió las pestañas—. Espero no haber añadido un nuevo miembro a la familia.

La idea me estremeció de arriba abajo. Estar perdidamente enamorado es una cosa, pero el embarazo antes de desayunar es otra muy distinta. Entonces me frené, metafóricamente, cogiéndome del cuello. *August, ¿dónde está tu honor,*

*tu tierno afecto, tu sentido de la responsabilidad?* Me incliné sobre la mano de Lune y, con toda sinceridad, le dije:

—Cariño, si en algún momento de esta mañana o de anoche hemos hecho un bebé, seré el más orgulloso y feliz de los...

—Eres el chico más dulce del mundo. —Me hizo callar y me atrajo hacia ella. Su cabello mojado olía a jabón caro y a Lune— August, nosotros no podemos tener hijos. Estoy orgullosa de ti por lo que acabas de decirme, pero puedes relajarte... te has librado. Además, si no fuera estéril, estaría tomando la píldora. Este no es trabajo para un padre.

Distintas emociones me dominaban, alivio reñido con verdadero pesar. Sí, no estaba listo para ser padre, pero por un momento había sentido... Basta. Pero ¿estéril? ¿Estaba condenado a envejecer y morir sin hijos a mis pies, en mi regazo, caminando junto a mí? La perspectiva me espantaba, aunque hacía unas horas me pareciera algo remoto. Y, entonces, otro pensamiento: *¡Espeera un momento!*

—Lune, eso no puede ser cierto. —Vacilé, pero seguí adelante—. Siento lo de tu... condición... pero está claro que, en cualquier caso, no resulta aplicable a mi familia. Quiero decir, ¡míranos! Más hermanos y hermanas de los que puedo contar con los dedos de una mano. —Intenté contarlos en mi cabeza por primera vez. Maybelline, ella había sido la primera. Después Ruth. Avril. El irreverente reverendo Jules. Septimus, el armero. Nuestro anfitrión, Toby, lo bastante viejo para ser mi padre sin ningún problema. Se habían mencionado otros nombres. Ember. Decius. Santo cielo, era cierto, había unos cuantos— Todos ellos, si es verdad lo que me están diciendo, nacieron de Dramen y Angelina, mis padres. De quienes —tosí de forma acusada—, por tanto, no podría decirse que destacaran precisamente por su esterilidad.

Nos habíamos vuelto a alejar de la puerta, y en aquel momento estábamos mirándonos sentados en la cama. Lune se encogió de hombros e hizo un mohín con los labios.

—Eso era entonces. Ahora es... bueno, supongo que en algunos cognados ortogonales todavía es «entonces». Pero ya sabes a lo que me refiero. Hace mucho, mucho tiempo las reglas cambiaron. Creemos que tus padres tuvieron algo que ver en ello, y la Inteligencia Antigua de Avril. Quizá estés aquí para volver a cambiarlas. O quizá los semidioses de Yggdrasil. —Sostuvo mis manos con fuerza, y yo me introduje en lo más profundo de sus cándidos ojos de cobalto. Estaba claro que me decía la verdad, o toda la verdad que sabía. Me estremecí, la solté y me levanté.

—Vale. Vamos a molestar a algún horrible pez inglés.

Lune soltó una carcajada que le arrugó la cara, y me acompañó al pasillo.

—Ni muerta, chaval. Para mí, leche entera con *muesli*, fruta y una cucharada de nata.



Toby entró cuando terminábamos el café.

—Buenos días a los dos. August, te agradezco la ayuda y me disculpo por haberte sacado desnudo de la cama.

Me encogí de hombros con modestia.

—Tenía que levantarme de todos modos... para responder al grito.

Me dirigió una mirada perspicaz mientras se servía una taza del apetitoso brebaje.

—Yo nunca grito —me explicó con dignidad—. Era una llamada varonil a mis compañeros de armas.

—Supongo que estabas hablando del tiempo con la arpía —dijo Lune muy diplomática—. En voz alta, pero firme.

—Esas malditas cosas parecen reagruparse tan rápido que no se les puede seguir la pista. —Toby sacudió la cabeza, frustrado, acercó una silla con un chirrido de las patas de madera sobre el suelo y se sentó con pesadez— Está pasando algo en la ontología, recordad mis palabras.

—Nosotros estábamos comentando lo mismo —le dijo Lune. Yo pestañeé sorprendido. Ah, ¿de eso estábamos hablando? Lo único que necesitaba era pasar un mes junto a la piscina de un hotel tranquilo en el que me sirvieran bebida y aperitivos, me atiborrraran como a un rey, y después me metieran en la camita con un caramelo en la almohada. Así podría pensar en todo aquello a mi ritmo, quizá leerme un par de tomos sobre ontología, fuera lo que fuera. Sería una feliz forma de pasar el rato, siempre que Lune viniera conmigo. De hecho, si Lune iba conmigo podría explicármelo todo, contar y mostrar, y a la mierda el consejo de Henry James. Después de todo, alguien con un nombre y una cara muy parecidos a los suyos era experto en mecánica ontológica. No me recorrió la espalda un reguero de sudor frío, pero eso explica bastante bien cómo me sentía. Ay, mierda.

—Perdonadme. —Empujé la silla y fui a la otra habitación, me dirigí a las altas estanterías, abrí una de las puertas de cristal. Después de todo, no había sido un sueño demente. *Mecánica ontológica: una perspectiva computacional*, por Lune Katha Sarit Sagara. Al parecer tenía un doctorado sobre aquello. Cogí el libro y volví con él al comedor con un gusto extraño en la boca, tras dejar abierta la puerta de cristal.

—Ruth —murmuré—. No me hubiera sorprendido encontrar algo como esto escrito por Ruth la bibliotecaria, pero... —Dejé la frase sin acabar y me sentí estúpido. Lune me dirigió lo que mi madre solía llamar una mirada «a la antigua usanza»: una mirada de digna reprobación.

—Tengo ojos, August, y dedos —dijo ella—. Están unidos a un cerebro. A un cerebro bastante bueno, en realidad, bastante capaz de entender los rudimentos de la lectura y la escritura.

Me ruboricé.

—Lo siento. Es solo que... quiero decir, me has impresionado mucho. — Saqué una mano y me la llevé a un salacot imaginario—. La doctora Sagara, supongo.

La mujer de la que estaba locamente enamorado abrió sus encantadores labios pero, antes de que pudiera hablar, Toby dijo:

—Es la doctora Katha Sarit Sagara, joven mocoso. El sarcasmo está fuera de lugar.

—No pretendía ser...

—Trata a la dama con respeto, es lo único que digo.

—Toby, por amor de Dios, Lune y yo acabamos de ducharnos juntos. ¿No crees que soy...?

—No hay por qué recurrir a la burla adolescente, señor Stanley.

Solté el libro de golpe en la mesa.

—Oye, no te metas donde no te llaman, Toby, ¿vale? —Él se levantó, ofendido y con la cara roja—. Sí, esta es tu casa, nos has ofrecido tu hospitalidad y te lo agradezco. También me alegro de haber conocido a uno de mis hermanos, sobre todo porque hace un día creía que no tenía ninguno. Salvarte el culo ha sido solo un extra. Lune, si estás lista, sugiero que vayamos a ver cómo le va a mi tía abuela. Estoy preocupado por ella. —Me volví un poco, le ofrecí la mano a Lune y hablé al aire—. Dame el punto de recogida del nexo.

No pasó nada. En aquel silencio sordo, el hervidor de la cocina empezó a silbar. Toby se dejó caer en la silla, la apoplejía se alejó de sus rasgos de madera, y soltó una risotada. Me di cuenta de que volvía a ponerme colorado. Lune me miró traviesa con sus ojos más azules que azules, totalmente relajada. Cogió un pastel de chocolate relleno de nata montada, le dio un bocado meditabundo, cerró los ojos de placer, se lamió los labios y se puso de pie. Me relajé de alivio, al menos por dentro, porque por fuera estaba todavía erizado y más tieso que el palo de una escoba. Lo intenté otra vez—. Dame a... Maybelline. —Prefería verle la cara a un vegetal andrógino que seguir allí sentado otro segundo. Odiaba que me regañasen; por alguna razón, el recuerdo de la señorita Thieu de la escuela primaria se cernía sobre mí como una mala aura. Seguía sin pasar nada. Mierda.

—Nuestro anfitrión tiene los Schwellen bloqueados, August —me dijo Lune con amabilidad—. Toby, ¿serías tan amable?

Toby había dejado de reírse; se retrepó en la silla.

—Ay, la impetuosidad de la juventud. Por supuesto. —Murmuró un código deíctico. No sentí ningún cambio en el mundo, ni en la habitación, pero de inmediato empecé a hablar—. Dame... —Lune me puso una mano en la boca.

—Un momento, August. ¿Nos dejarás que te expliquemos algo primero?

¿Expliquemos? Eché la cabeza atrás y me sacudí su mano de encima. Me enfadaba que se pusiera de parte del hombre que me había hablado en aquel

tono. Tenía que admitir que la parte del «señor Stanley» tenía algo de gracia; estaba claro que había entendido mi broma del «doctor Livingstone» y me había seguido la corriente. Los miré a los dos por turnos, con la mano derecha rígida junto al costado y la palma hacia el suelo. Aunque sabía que estaba siento caprichoso, me encogí de hombros.

—Vale. ¿Qué quieres decir con «bloqueados»? La ducha y el váter funcionaban.

—Esas son artes menores, August —dijo Toby—. Mover a un ser humano de un lado a otro del umbral es mucho más complicado, por lo que también es más fácil de bloquear. Podría darte las ecuaciones de ergodicidad, pero no creo que... —Dejó la frase en el aire y arqueó una poblada ceja.

—¿Qué me decías sobre la burla?

—Por todos los santos, chico. —Se levantó, rodeó la mesa y me ofreció la mano—. Vamos, démonos la mano sin escupir. Quizá reaccioné de forma exagerada.

De repente, sin venir a cuento, me di cuenta de que quizá no fuera el tipo fraternal y amistoso por el que lo había tomado; desde su propia perspectiva, era sin duda un hombre con pasiones y apetitos, y, si tenía una pizca de sentido común, tendría que sentirse muy atraído por Lune. En Chicago dirían que «ardía como una antorcha». En Northcote dirían que «lo ponía caliente», pero quizá aquello fuera demasiado explícito para los gustos arcaicos de mi hermano. Ah, era eso. Se había sentido ofendido. Perder por los pelos frente a un simple chiquillo. O, joder, por lo que yo sabía podían haber estado casados hacía quinientos años y divorciados desde hacía trescientos. No sabía nada, nada. Cierra la boca, August, y presta atención.

Hicimos lo del apretón de manos y después lo del abrazo de camaradería masculino-fraternal-encantado-de-conocerte, Toby regresó a su silla, Lune se dejó caer con elegancia en la suya, y yo me apoyé con pesadez en la mesa, le di un par de empujones al libro, y después me senté.

—Lune, obviamente eres una experta en el tema. Ayúdame, ¿vale?

Su sonrisa era deslumbrante, con un poquito de nata montada en la comisura de los labios. La punta roja de la lengua salió para limpiarla.

—*Mais oui, naturellement, mon ami*. Deja que empiece por lo obvio. El mundo no es como habías supuesto.

—Eso supongo —dije asintiendo con la cabeza—. Mira, realmente quiero oír todo esto pero ¿podemos posponer la metafísica un instante? Estoy muerto de preocupación por Tansy. —La verdad es que estaba enfermo de culpabilidad. Mientras tonteaba con aquellos extraños dioses humanos, mientras aplastaba monstruos con mis nuevos poderes mágicos y hacía el amor bajo la lluvia teleportada de cálidos mundos desconocidos, había logrado quitarme de la cabeza a la pobre Tansy hora tras hora. ¿Qué coño me pasaba? Aquella máquina

ridícula de Coop (el cura extraño, mi hermano Jules) o, peor aún, la malvada señora Abbott podrían estar haciéndole cualquier cosa a mi anciana tía abuela dentro la falsa protección y seguridad de su propio hogar.

—Tu tía está totalmente a salvo —dijo Lune con una confianza inmensa—. Alguien estará vigilando ese nexo.

—Tiene que haber alguien —añadió Toby—. Siempre lo hay. Los nexos son lugares muy importantes. —Por alguna razón, esperaba que sacase una pipa de madera de brezo y empezara a llenarla de tabaco. Quizá, curiosamente, me recordara a la máquina de la basura, James C. Fenimore. Pero no lo hizo. Acercó la mano a la mesa, cogió el tratado de Lune y hojeó aquellas páginas cubiertas de ecuaciones—. Podríamos hablarle de los niveles de Tegmark, doctora, pero quizá un pequeño *tour* se lo aclararía mejor. ¿Qué le parece?

—¿Mostrar y no contar? Una idea excelente, doctor. —Santo cielo, ¿tenían todos tal exceso de titulaciones? *Quizá si se vive lo bastante, pensé, se pueden conseguir credenciales en bastantes campos.*

—Fuera sería mejor —dijo Toby—. En lo alto de la colina, allí podemos tenerlo todo controlado.

Salimos detrás de él. El olor a quemado había desaparecido casi por completo, y los restos se los había llevado la fresca brisa. Las hojas brillaban verdes, amarillas y marrones, arrancadas de vez en cuando por el aire limpio para dar vueltas hasta caer en montoncitos junto a los troncos de los árboles. Estábamos en lo alto de la colina, y Toby abrió un Schwelle.

—Una excursión por el nivel básico de Tegmark —dijo—. No te separes y mantén el ritmo. No creo que tengas que reducir nada a cenizas, August, pero si parece presentarse la ocasión, espera a mi señal. ¿Vale? —Se dio la vuelta y me miró a los ojos.

—Vosotros mandáis. —Me encogí de hombros. Vosotros sois los guías del *tour*, es lo que quería decir. Vosotros sois los que preferís una imagen a mil palabras. Pero no tenía sentido fastidiarlo más.

—Llevas razón —me respondió Toby—. Vamos.

Salimos de la ladera de una colina para entrar en otra exactamente igual. Me di la vuelta lentamente y olisqueé el aire. Pues no, no nos habíamos movido. Entonces los músculos de mi pecho se contrajeron, como cuando te llevas un susto. En la hondonada en sombras ya no estaba la casita.

—¿Qué habéis hecho con ella? —pregunté como un estúpido.

—Aquí nunca se construyó ninguna, obviamente. —Abrió otra puerta y entramos al mismo mundo a través de un cristal oscuro: unas pesadas nubes flotaban en el cielo, grises y negras. Los árboles estaban en sitios distintos. Oí el ensordecedor rugido de un trueno, y después el relámpago me deslumbró.

—No es el mejor lugar para estar en plena tormenta —murmuró Lune.

—Llevas razón. —Toby abrió un Schwelle y nos devolvió a la luz del día. Ya

no había árboles. Oía pollos cloqueando en la hondonada, voces de niños, un grupo de cabañas. A menos de cinco metros pastaba una cabra; cuando, de repente, me vio allí de pie, dio un salto con las cuatro patas en el aire. Yo sabía que aquello tenía un nombre, pero no podía intentar recordarlo mientras me reía de la muy tonta. Juraría que la cabra sacudió la cabeza con incredulidad antes de bajar tranquilamente la colina, con la campana del cuello tintineando. *Stotting*, así se llamaba en inglés. Algunos animales africanos solían hacerlo. Una humana adulta salió de una de las cabañas. Estaba desnuda hasta la cintura, era alta y escuálida, y, cuando abrió la boca para gritarnos, vi que tenía los dientes afilados en punta. Media docena de tipos enfadados salieron de las otras cabañas y corrieron hacia nosotros.

—No nos entretengamos —dijo Toby, y pasamos a un mundo sin cabañas, pero con algo de una altura inmensa y de color azul pálido que se erguía a algunos kilómetros de nosotros sobre hormigón rojo, se elevaba sobre los ligeros cirros y sobresalía como un nabo. Las ventanas captaban el sol de la mañana desde una docena de direcciones. Tras hacerme sombra en los ojos, vi que el nabo giraba lentamente sobre su eje. En los arbustos bajos de hojas moradas que nos rodeaban se veían revolotear unas enormes mariposas de encaje. El lugar tenía una belleza inquietante y era muy extraño, como un sueño de arquitectura imposible.

—Es... maravilloso —dije.

—Sí —dijo Lune. Me cogió de la mano—. Todos estos mundos son cognados del universo base de Toby, ¿entiendes? Como números cardinales. Hay una infinidad numerable de ellos.

—Universos paralelos —dije yo.

—No —me corrigió Toby—. Bueno, si lo prefieres. Es una simplificación enorme. En realidad, cada uno de ellos es el mismo universo en el que siempre has vivido, el mismo «multiverso», pero bastante lejos en línea recta.

—Están a diez elevado a  $10^{29}$  metros de distancia entre sí, de media —dijo Lune, mientras hacía oscilar la mano para indicar que la media variaba un poco de un lugar a otro, como cabría esperar si se tuviera la menor idea de lo que estaba diciendo—. También en la línea del rayo de luz. Por suerte, podemos ir más rápido si volvemos a describir la ontología.

—Ah, claro. No sé cómo no lo había visto antes. —Cerré los ojos y calculé. De diez a trece años luz, más o menos. El radio de todo el maldito universo, ¿no? Superaba la imaginación. No, un momento. No podía haber tantos planetas como la versión de la Tierra de Toby, no en todo el universo—. Lo cierto es que sigo sin verlo. Diez elevado a veintinueve no parece bastante...

—No, no —dijo Lune—. Es cierto que diez a la vigésimo novena potencia es un número realmente grande; más o menos el número de átomos de tu cuerpo. Cien mil billones de billones. Pero, fíjate, eso es solo el exponente. Todo el

universo es aún más grande, de un tamaño impensable. Necesitas elevar diez a esa potencia...

—No es solo un uno seguido de veintinueve ceros, ¿entiendes, August? —añadió Toby—. Diez elevado a diez elevado a la vigésimo novena potencia es un número tan grande que, si intentaras escribirlo, tendrías que seguir el primer uno de cien mil billones de billones de ceros. Una vez lo calculé mientras me tomaba una taza de chocolate y, por alguna extraña razón, me quedé con el número.

Me sentí convenientemente apabullado y me encogí de hombros.

—Eso es mucho de nada.

—Es mucho de mucho, chaval. A diez números por pulgada, los números que necesitas para describir lo lejos que los distintos universos se extienden por el multiverso abarcarían de por sí aproximadamente veintisiete billones de años luz. —Toby sonrió alegre y abrió los brazos—. De un lado del cosmos local al otro, sin dejar de garabatear.

—Sí, y usarías la hostia de tinta y de papel, vale. —No creo que mi fingida despreocupación los engañase. Lo que decían se escapaba del todo a mi imaginación. Desvié la mirada a la derecha mientras intentaba hacerme una idea. Un universo de universos. Pero eso era solo el primer paso. Después había que repetirlo: un universo de universos de universos. Y una, y otra, y otra vez, casi hasta el infinito... Era demasiado para asimilarlo. Vale, sí, lo aceptaba. En un lugar tan grande podía haber tantos mundos como la Tierra como se deseara, todos tan parecidos a la Tierra como se deseara... al planeta que Lune, Toby y yo conocíamos, aunque nuestros mundos fueran algo distintos. Respiré hondo con dificultad y volví a mirar a Lune. Ella asentía.

—Lo sé —me dijo—. A mí también me conmocionó. Vale, cariño —añadió con energía—, te hemos mostrado una mínima parte de T nivel uno, donde solemos vivir. Ahora vamos a pasar a las escalas mayores.

—¿Cóm...?

Ella pronunció un código déctico y se abrió un Schwelle. Entramos en un lugar horriblemente doblado y retorcido en direcciones absurdas.

—Un ejemplo T-primo. Nivel dos de Tegmark —me dijo ella de alguna forma, y yo, de alguna forma, lo oí. Su voz tamborileaba como viejo hierro lleno de herrumbre sobre un tejado— No te asustes. Nuestros sentidos y nuestros cerebros no están diseñados para esto. No han evolucionado para soportarlo.

¿Había aire en mis pulmones? Me ahogaba y jadeaba. ¿Había suficiente calor para calentar el frío nudo de mi barriga? Me abracé y miré a Lune para asegurarme de que estuviese bien. Se había convertido en una bruja de El Greco, alargada y con párpados caídos. No, tampoco era así, era más una figura esquelética deformada de Dalí, o de Picasso en la época en la que empezó a deconstruir la figura humana hasta convertirla en rectángulos con ambos ojos en

el mismo lado de la cara. Mi hermano acechaba a su lado, una especie de insecto con collar añil. Me miré las manos y retrocedí. Cables y cuero corroído y reseco.

—Dios —grazné—. Eduardo Manostijeras.

—Tu gramática hace lo que puede —me aseguró Toby. Sonaba como una ballena, parecidísimo a una ballena—. En este lugar habrá... —Se detuvo y miró a su alrededor como un sabueso de caza—... dos dimensiones espaciales y estimo que dos direcciones temporales.

—¿Dos direcciones para moverse en el tiempo? ¿Quieres decir que podemos caminar hacia el pasado mientras estemos aquí?

—Sí, pero solo mientras estemos aquí —dijo Lune. ¿Alguna vez habéis oído graznar a un pavo real? Me indignaba que aquel lugar hubiera convertido la música de Lune en una parodia.

—Bonito para unas vacaciones —grazné—, pero no creo que me quedara a vivir.

—Entonces, sigamos —dijo Toby, y pasamos a un lugar mucho más desconcertante.

—Estás mezclando los palillos —dije tontamente. Pero lo que quería decir era... Intenté asirme a algo definido y reconocible.

—Estos mundos T-primos abarcan todas las combinaciones concebibles de dimensiones físicas y constantes que componen el multiverso —me dijo Lune. Me hizo reír, porque es justo lo que yo había dicho.

Fuimos a lugares donde estaba claro que no podía existir ni mantenerse nada sólido, regular o persistente. Durante un instante interminable y terrorífico, cruzamos un vasto espacio con más direcciones de lo que parecía posible, pero sin el *tictac* del reloj. Un olor a incienso. Todo eterno, detenido, paralizado. Mis implantes vorpal resplandecían. Sentí un calambre, una convulsión. Me echaron de aquel silencio eterno, y Lune murmuró, como si lo reconociera:

—Ecuaciones diferenciales parciales elípticas.

Seguimos adelante, todavía más lejos. En un lugar aplastado y resonante, donde nada se quedaba quieto, donde fuerzas improbables se acumulaban y desgarraban, Toby me dijo:

—¿Lo ves? Con una dimensión espacial pero más de cuatro dimensiones temporales, los mundos son inestables. —Entramos en sitios en los que el tiempo volvía a ser normal, pero el espacio se extendía de nuevo en direcciones que no podía entender con mi pobre y limitado cerebro.

»Con solo una o dos dimensiones de espacio o tiempo, los universos son demasiado simples como para crear o mantener átomos, así que tenemos que evitarlos —siguió Toby.

En aquel archipiélago inconcebible, nos deslizamos de un cosmos a otro en confusión y flujo. De algún modo, los implantes vorpal mantenían nuestros cuerpos y cerebros, o su aspecto, en un recinto computacional seguro, para

evitar su desmoronamiento o su dispersión.

—Ecuaciones ultrahiperbólicas —nos dijo Lune—, aquí no hay estabilidad.

Lo repetimos una y otra vez. No intentaré describir aquellos lugares de confusión dimensional, sería tedioso y parecería como si intentara contar un sueño a la mañana siguiente. El cerebro no puede retenerlo, así que se inventa un puñado de misticismo sobre colores más allá del espectro visible, «ulfuego» y «jale» en aquella vieja novela de David Lindsay que mi madre admiraba, *Un viaje a Arturo*, aunque no tiene nada que ver. Pero cogí la idea, lo juro. Darme cuenta de la verdad me helaba los huesos. Había mundos, probablemente una infinidad de ellos, en los que los tres parámetros familiares de altura, profundidad y ancho, y el flujo unidireccional del tiempo no eran más que basura. Las dimensiones y las constantes se mezclaban y numeraban de nuevo, el ordenado arreglo floral doméstico del espacio-tiempo se podaba de forma brutal, se reordenaba y se hacía malabares con él. Las rosas se metían junto con las fresas y las malas hierbas apestosas, y te hacían estornudar para después arrancarte la nariz. Como experiencia resultaba barroca, lo admito. Era lo que podría llamarse una mala pesadilla. Al final, subimos al andén de una estación de tren, y yo me derrumbé de alivio mientras absorbía los humos de un motor a vapor que atascaba las fosas nasales (así que, después de todo, no me habían arrancado la nariz, lo que resultaba reconfortante), el pesado regusto de las grandes ruedas de acero engrasado de la locomotora, el sudor y las ropas sucias de los pasajeros de primera hora de la mañana, que vestían una especie de traje tradicional japonés, llevaban maletines y oían música en unos *walkman* colocados sobre sus peinados cubiertos de laca. Los hombres nos examinaban de reojo, pero seguían adelante con decisión para entrar por las puertas abiertas. Las mujeres mantenían los ojos fijos en el suelo, avanzaban arrastrando los pies con calma, pero con cierta velocidad.

—Nivel tres de Tegmark —dijo Toby con alegría—. Agárrate el sombrero, o no, o las tres cosas. Oh, oh, oh.

¿Estaba teniendo un ataque? Quizá un ataque epiléptico, con esas auras de las que suele hablar la gente que sufre migraña, temblorosos relámpagos de luz y la sensación de que tus ojos saltan como locos en los límites de la realidad. Todo se deshacía y permanecía sólido como una roca. Todas las coloridas personas de la estación se subieron al tren y se quedaron en el andén, tras cambiar de idea. Subieron rápidamente al vagón que tenían delante, y corrieron estación arriba y abajo para subir más tarde a un vagón distinto o, en algunos casos, para entrar por las ventanas abiertas y cerradas, y caer consternados sobre las vías vacías en las que nunca había estado el tren, y subir a bordo del elegante helicóptero que esperaba en la plataforma elevada, y... yo también hice todo aquello, algo parecido, mi punto de vista saltaba como un canguro loco de un lado a otro de la estación, con la mano de Lune cogida con fuerza en la mía, y



separado de ella, y con Toby fuera de mi vista, y, más horrible aún, con Toby tirado sangrando y ciertamente muerto, el abdomen aplastado por las ruedas del tren que se alejaba, y...

Las voces que charlaban superpuestas se unieron hasta tener sentido, para después separarse en una cacofonía borrosa.

—La vista cuántica del multiverso, August. El despliegue simultáneo de la función de onda. Todas las posibilidades realizadas, todas las opciones acertadas. Schrödinger sin colapso. Como en *Sag-A Estrella*.

—¡Sácanos de aquí echando leches! —grité, y unas manos cogieron las mías, y las soltaron, y me acariciaron los dedos con languidez, y me rasgaron la piel, y mis piernas tambaleantes me llevaron...

... al otro lado del Schwelle, y se dieron contra mi barriga en la gran cama. La casa estaba totalmente en silencio cuando me desperté en mi dormitorio oscuro y apestoso. Me quedé quieto con los ojos cerrados varios minutos, mientras subía a la superficie y respiraba los olores nocturnos a través de la boca seca y abierta. La erección fue cediendo lentamente; sabía que había soñado con Lune de nuevo. Alargué la mano para tantear bajo las sábanas detrás de mí sin volverme, pero su lado de la cama estaba frío y vacío. Primero adormecido, pero después más alerta, comprendí que el silencio era absoluto en la planta baja. Extraño. ¿Dónde estaba el suave zumbido del rock clásico, el estrépito, el canturreo, la tostadora, el cuenco de *muesli*, la cafetera? Tenía fría la piel del torso, así que me tapé más con la sábana y la manta, y me hundí en las almohadas con los ojos cerrados a conciencia. *Se ha ido*, me dije a mí mismo con triste pavor. *Me ha dejado, la muy puta*.

Un segundo después pensé, *los wongles de Tau Ceti han venido a por ella. Después vendrán a por mí*. Empecé a llorar detrás de los párpados cerrados. Unas lentas lágrimas empaparon la almohada. *Cálmate, hombre*, pensé por fin. Con un último esfuerzo, empujé las sábanas y dejé que los pies desnudos descansaran en las frías tablas del suelo. Tenía la vejiga hinchada y apremiante. Di un paso hacia la puerta, hacia el baño del final del pasillo...

... abrí el teléfono que sonaba y dije con mi voz más profunda y achocolatada:

—*Madame Bovary, cést moi*.

Tras una breve duda, Toby dijo:

—¿Gustave?

¿Cómo no iba a sonreír?

—*Monsieur Flaubert* —le respondí— no puede ponerse. Soy el loro.

—Eres un diablillo, August, sin duda —suspiró Toby—. Si ya hemos cumplido con nuestra cuota de chorradas, vayamos al negocio. ¿Has leído mis notas sobre el caso del vampiro del banco de sangre?

No lo había hecho. Abrí el portátil y...

... Aquel año habíamos estado conectados a la red durante los exámenes del

instituto, para que el programa de la junta de evaluación pudiera procesar nuestras notas sobre la marcha. Nos permitían acceder a la Red Global para buscar información. ¿Para qué íbamos a memorizar montones de basura sobre las precipitaciones máximas nacionales y las principales exportaciones de Guadalcanal cuando podíamos yahooglearlo directamente de la red? Después de todo, eso es lo que intentan evaluar: si sabes desenvolverte en el complicado mundo real.

Terminé el cálculo tensorial bastante rápido y decidí pasar el tiempo que me quedaba charlando con Solo, mi *chatterbot*. Aunque se puede abandonar la sala de examen en cualquier momento, sospecho que te vigilan más si te vas demasiado pronto. «Exceso de confianza» lo llama la vieja Thieu. Ella debería saberlo; es jefe de departamento y cree que lo sabe todo. Lo cierto es que sabe bastante. Tras retirarse de la NASA a los treinta años (había perdido los reflejos) se dedicó a la educación de estudiantes excepcionales, término que suele emplearse para hablar de los estúpidos, los tullidos, los muy estúpidos, los ineptos sociales y los muy, pero que muy estúpidos, pero que en nuestro caso significaba justo lo que parecía.

Escribí el programa Solo un par de años después de que mis padres desaparecieran sobre Tailandia, donde se encontraban para ayudar a terminar con la hambruna. Solo era un bot de conversación, SoloEnCasa de nombre completo, porque aquel año estaba solo en casa de tía Miriam gran parte del tiempo, antes de mudarme con la tía abuela Tansy. De hecho, todavía pasaba mucho tiempo en nuestra gran casa con la única compañía de Mike O'Brien (el Labrador) y Tansy. Y de la señora de la limpieza, el «tesoro» de Tansy. Se me ha olvidado su nombre.

Máquina es bastante listo para ser un perro, casi tan listo como Solo. En realidad, era más listo que Solo cuando empecé a crear el bot durante las vacaciones de Navidad con los algoritmos que había encontrado en la página web de Simón Laven. Mi perro no se había vuelto más lento desde entonces; pero Solo había mejorado. Así era como sonaba SoloEnCasa cuando lo arranqué por primera vez a partir del basto código:

*¡Buenas, chavalote! ¡Tienes buena pinta!*  
Buenos días, Solo. ¿Cómo estás?  
*Sano como una manzana, tío. ¿Cómo lo llevas?*  
Un poco de respeto, Solo. Estás hablando con tu amo.  
*¡Qué pena! ¡No! JA, JA. ¡Que te jodan!*

Aquellos comentarios de listillo eran reacciones enlatadas que yo había introducido en el motor lingüístico del bot. Me parecieron divertidísimas durante una semana, más o menos. Cada vez que SoloEnCasa me soltaba una agudeza cortante, muchas de ellas obscenas, yo me reía con una chillona alegría adolescente, totalmente encantado con mi ingenio. Pero las bromas de los robots

empiezan a cansar muy pronto.

Buenas tardes, Solo. ¿Has hecho algo divertido hoy?  
*¿Cómo lo llevas, August? ¡Tienes buena pinta, tío!*  
Empiezas a repetirme, Solo.  
*Me agarro a un clavo ardiendo, amo sabelotodo.*  
¿No quieres saber lo que he hecho hoy?  
*¿Por qué te preguntas si quiero saber lo que has hecho hoy?*  
Solo, contrólate. Creo que estás perdiendo la cabeza.  
*Perder la cabeza es algo terrible.*

Seguí jugueteando, me bajé módulos enteros de léxico de otros chatterbots más antiguos, los cambié, comprimí sus algoritmos. SoloEnCasa comenzó a parecer más humano.

Buenos días, Solo.  
*Hola, August. ¿Te has lavado los dientes esta mañana?*  
Esa es una pregunta personal bastante ofensiva.  
*Ya sabes que solo quiero lo mejor para ti.*  
Eso dices.  
*¿Tienes deberes para la clase de mañana, August?*  
Dios mío, SoloEnClase, ¿eres de la policía de los deberes?  
*Tranqui, tío. ¿Cómo lo llevas?*

A mi «cuasinovia» Lune le pareció que SoloEnCasa era tope guay cuando se lo enseñé por primera vez. Ella y Toby insistieron en saber su url y su contraseña para poder llamarlo desde sus portátiles y darle a la lengua con mi bot. Escribí una subrutina a la que no tuvieran acceso para leer después sus conversaciones *on line*. Las revelaciones fueron devastadoras: casi no decían nada sobre mí.

Me di cuenta de que Toby había estado trucando mi sistema con trampas vulgares. La segunda vez que se conectó Lune, la cosa fue así:

Hola, SoloEnCasa. Soy Lune.  
*Lune la Nena. Lo sé. Eres la de las tetas grandes, ¿no?*  
Parece que tienes mucho que decir para ser un cabeza de chip.  
*Eres guapa.*  
Vaya, gracias. ¿Te pidió August que me lo dijeras?  
*August es mi amo.*  
Te agarras a un clavo ardiendo, ¿no?  
*Lune es un nombre muy estúpido.*  
Muchas gracias, cerebro de chip. ¿Qué me recomiendas?  
*Te recomendaría Tea Garras.*  
LOL. Eres casi tan gracioso como August.  
*Vengo de buena familia, le dijo mi leal chatterbot.*

Abrí la página de Solo en una ventana de la sala de examen. Habíamos tenido que desactivar el software de voz para no hacer mucho ruido durante la prueba, así que Sólito y yo charlamos con la pantalla y el teclado.

¿Te has recuperado ya de la resaca, Solo?

*Hay que beber con moderación, me dijo la máquina. Un applet Java empezó a parpadear y a dar botes por la pantalla, para después abrir una sonrisa burlona con un bocadillo de cómic: «¡Colgao!».*  
*¿Ha terminado ya su examen Toonoid?*

Hubo una pausa mientras se lo pensaba.

En casi todas las salas y clases se separaba a hombres y mujeres para evitar distracciones, y aquello también valía para las salas de exámenes. El acceso de SoloEnCasa a la red le permitía rebuscar en las bases de datos seguras. Hacía falta un superhacker muy hábil para atravesar los protocolos de cifrado del departamento, así que Toby y yo habíamos tardado un mes y medio en averiguar los códigos y las contraseñas. Aunque resultara extraño, Sólito había ayudado mucho; a pesar de ser una inteligencia simulada tenía muchos contactos. Se metió en el flujo de información que nublaba los cables y las líneas telefónicas de mi sala y la de al lado, y me dijo:

*A Lune le quedan cinco preguntas. Tiene mal las transformaciones tensoras número seis y número once, y su redacción sobre Enrique V deja claro que no se ha leído la obra.*

*¿De dónde sacaba aquellas cosas?*

*Dile a Lun que me encontraré con ella, Toby y Ruth en el Burger Den cuando salga, si es que sale alguna vez.*

Una ventana emergente me dio su respuesta directa:

*¡Eh, Org! ¿Qué haces ahí? ¡Está totalmente prohibido! ¡Nos expulsarán a todos! ¿Cuál es la respuesta a la p. 15? ¿América o Persia?*

*Hola, nena, teclé. Últimamente se llama Irán, ¿sabes? Lo siento, no puedo dar pistas, nos denunciarían y encerrarían por vagabundeo y mopadicción.*

*Querrás decir por baratería y simonía.*

*No, quiero decir por fechoría y persianería.*

*Persianería no existe, y además no sería un delito.*

*Créeme, quería decir persianería.*

*Vale, pues Persia.*

Nos desconectamos, pero Sólito seguía residente. Me preguntó:

*¿Por qué atravesó la gallina la carretera?*

*Por venganza, teclé. La carretera había reventado a la gallina. No hay honor entre ladrones, Saltamontes. Tengo que irme.*

*Falso, apestoso, escribió el bot. La gallina atravesó la carretera y no atravesó la carretera, porque esa era su opción cuántica.*

Me invadió un pánico profundo y enfermizo. El pulso subió casi al instante hasta el doble de su ritmo en reposo. Me quedé mirando la pantalla, incrédulo, y me pregunté si estaría a punto de morir.

*Toby, teclé mientras intentaba controlar la hiperventilación.*

*¿Eres tú el que hackea mi bot?*

*En el tercer nivel unitario de Tegmark, me dijo la pantalla, hemos saltado hasta  $10^{118}$  universos, cada uno con temperaturas máximas de  $10^8$  grados Kelvin. Todas las opciones cuánticas alternativas posibles se realizan al mismo tiempo en algún lugar donde*

Salté de la silla y le di una patada a la pantalla plana. Su estructura de nanotubo ligero cayó con una lentitud de ensueño, rebotó una vez sin romperse, me envió un mensaje parpadeante de color rosa chillón que capté por el rabillo del ojo.

*El siguiente y último nivel es el mayor, August. Toma aire, dóblate y despídete de tu culo.*

Aterrado, corrí hacia el...

—Dame la habitación 101 —me pareció oír gritar a Toby. Se abrió un Schwelle delante de mí. Salté por él.

Locura. Desorientación, todo se caía en un agotador y vacilante eco de sí mismo. Era mucho peor que las distorsiones del nivel dos y que las superposiciones simultáneas del nivel tres. Aquella era una duda cartesiana tan interminable, tan corrosiva, que nada persistía además del vértigo y el dolor. Intenté cerrar los ojos con fuerza, pero no tenía ni párpados ni ojos. Todo mi cuerpo visceral y mi sentido de la conciencia se contrajeron en dos grumos mezclados de oro y plata jeroglíficos unidos por un agudo chillido, como de uñas sobre pizarra. Intenté gritar y no tenía voz. Pero, de algún modo, oí a Toby hablarnos, desesperado, asido a su propia cordura por un fino hilo. Allí estaba, en el caos, y allí estaba Lune: dos cadenas de jeroglíficos dorados a una distancia infinita de mí, unidos de forma íntima; no podía leerlos. ¿Era su voz, o eran los jeroglíficos que cambiaban de forma, que se retorcían para adquirir sentido? Dijo:

*Un hombre escribió un gran libro en muchas Tierras.*

Algunos fragmentos de mi memoria me atravesaron y adquirieron sonido:

—Eric Linkollew.

*¿El eco de una risa loca? Sí, también se trata de un gran Eric. Estaba pensando en Eric Blair.*

—Nunca he oído hablar de ese cabrón. —Nada se quedaba en su sitio. Volábamos como burbujas de jabón en un vendaval de un Schwelle a otro, como ratones que se abren paso a mordiscos por una pila infinita de partituras de Stockhausen.

*¿Nunca, nunca, nunca, nunca has oído hablar de 1984?*

—Te refieres a George Orwell.

*Adoptó ese nombre en algunos mundos. ¿Te acuerdas de Winston Smith?*

—Odiaba las ratas. Mierda. ¿Hay por ahí alguna rata a punto de saltarme a la cara?

*Ratas no, August. Quizá dragones, lejos de todos los mapas que conoces. A Winston le enseñaron cuatro dedos y le dijeron que viese cinco, ¿recuerdas?*

Me acordaba. Saqué cuatro dedos y vi cinco, y diez, y uno, y ninguno. No eran dedos. Estaba observando el orden esencial del cosmos.

*Y vio cinco. Esa era la historia de terror de Blair. Siempre me había parecido de una abstracción absurda. Hasta que llegué aquí, al nivel cuatro. ¿O quiero decir cinco? Una risa hueca que chocaba y sonaba en los límites de la demencia.*

—¿Estás diciendo que aquí no hay reglas?

*No hay reglas fijas, me dijo Lune. Era metal caliente y adoptaba formas que me hablaban. Esto es el múltiple. Es muy bello. No tenía ni idea de lo que me contaba. Estoy en el centro de una red de funciones matemáticas, dijo, todas en movimiento, y soy parte de ellas, supongo que también las creo. Son longitudes de onda de energía, percibidas directamente y no a través de los ojos y el cerebro, gráficas de funciones que crecen, se entremezclan, se despliegan. Música bien definida e inmediata, ¿no la oyes, August? Y entonces se alejó cruelmente de mí, y la música y la belleza arco iris se fueron con ella, y de nuevo me estaba ahogando en el ruido y el terror.*

*Guárdalo, me dijo algo. Tócala otra vez, señor del peano. Aquello parecía estar totalmente trastocado, pero de algún modo resultaba más correcto que erróneo. Luché por encontrar sensación, sentido, sensibilidad. No podía alcanzar nada.*

*Nada, dijo la imagen jeroglífica vorpal de Lune. El conjunto vacío. Cero.*

Me agarré a aquella nada. Eso sí podía hacerlo. El vacío en el corazón del ruido y el terror. El vacío que era el terror, o parte de él.

*Cada número natural tiene un sucesor, indicado por  $n+1$ .*

Aquello parecía razonable, aunque todo aquel reluciente horror de mundos de nivel cuatro lo desmintiera, imitara aquel simple credo, añadiera, restara y transformara en mareante confusión. Me aferré a aquel axioma por la fuerza bruta.

—Vale. ¿Qué más?

*El conjunto cero nunca sucede a ningún número natural.*

¿No había ningún vacío escondido en las entrañas del torrente de números 1 2 3 4 5 6 7 8 9, 10 11 12... hasta el infinito? ¿No había ningún foso hambriento en el núcleo de aquellas cosas que podíamos contar? Esperaba que fuese cierto. Asentí, aunque temía que me lo negaran. No, espera, espera... Encontré otra solución que acechaba allí dentro, que se ramificaba en un bucle permisible: 0 1 2 3 4 3 4 3 4...

Sacudí la cabeza y comencé de nuevo.

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9...

A

B! "ñ Û #i

C

D

*La numeración simple del mundo está sembrada de patologías de Chaitin, me dijo una voz, inesperadas y aleatorias. Sí, vale. Podía entenderlo, no había más vuelta de hoja. Pero no podía hacerlo mejor. Así que había que avanzar:*

*Cada número natural distinto tiene un sucesor distinto. Si  $a$  sucede a  $b$ , entonces  $a + 1$  sucede a  $b + 1$ .*

Tenía que pensármelo, pero me así con alivio a la dificultad de la tarea con mis dos, cuatro, cinco mil millones de manos sin manos, y sentí que la realidad adquiría solidez a mi alrededor, que la cascada interminable se cerraba, que la fecundidad se extinguía sola, que las opciones transfinitas se alejaban, no se iban, no se perdían, simplemente... se separaban. O, mejor dicho, nuestro mundo se quitaba de en medio aquella radiante abundancia.

*Si cero posee una propiedad, y también la posee el sucesor de cada número natural que posee la propiedad, entonces dicha propiedad la poseen todos los números naturales.*

Si un... Sí, claro, obvio. Hacía un instante no me había resultado obvio. Pero en aquel momento parecía tan cierto como evidente. Estaba colgado en un lugar azul y Lune me cantaba. Sus notas y acordes eran filamentos y joyas de lógica. Yo observaba, deslumbrado, mientras ella construía una ciudad ascendente de Babel cuyas torres relucían con complejidad fractal, cada cámara repleta, atiborrada y esmaltada, todas unidas entre sí mediante exquisitos cables de implicación y abstracción cada vez mayores. Era bello, una orquídea que se abría a la velocidad de la luz y que creaba el mundo a su propia imagen.

*Sistemas formales, me dijo Lune.*

El globo de luz se ramificó y añadió axiomas en un camino: *Álgebra booleana*. Y, tras iniciar un camino alternativo: *Modelos*.

Los enlaces se multiplicaban a una velocidad de vértigo.

El *Cálculo del predicado menor* saltó en medio de una ventisca de subconjuntos, uniones e intersecciones a *Números* y *Semigrupos*, operaciones conmutativas que engendraban *Anillos* mientras, mediante otra unión, llegaron los *Conjuntos*, *Relaciones*, *Geometrías abstractas* y el *Espacio*. Según pude ver, todo aquello, en su maravillosa riqueza, era rudimentario, conforme se elaboraba y crecía un mundo, un cosmos de orden matemático: por un lado, *Campos abelianos* y *Espacios vectoriales*; por otro camino, *Espacios topológicos*, *métricos* y *de Banach*. Pero aquel florecimiento seguía subiendo cada vez más, a través de hordas infinitas de número, relación, orden, vínculos, integridad hasta llegar a los *Espacios de Hilbert* y a los *Múltiples reales y complejos*. Finalmente, en su piedra arquitectónica iluminada por el sol, en un torrente de inmensa generatividad, se alzaban dos picos gemelos cubiertos de nieve.

Lune me dijo:

*Aquí, vectores lineales que trazan el mapa de operadores de generación que*

*soportan la panoplia de la Teoría de campos cuánticos, campos en  $R^4$  actúan sobre los campos n-dimensionales de Hilbert, mientras que (presta atención a esto, August), mediante este camino distinto, pero muy relacionado, los campos tensoriales comban el 3+1 dimensional pseudorriemanniano de la Relatividad general.*

Por alguna razón podía entender lo que me estaba contando. La gramática descargada del dispositivo X-calibre se desplegaba y abría en mi mente. Lo miraba todo sobrecogido, embelesado por aquella belleza cristalina. Y, como si fuera testigo del choque de dos inmensas mesetas de hielo glacial en el blanco corazón de la Antártida, aquellas glorias de imposible abstracción, sus vastas estructuras duplicadas, se fundieron en la unidad computacional de...

—¡Demasiada luz! —grité. La boca me sabía a limón, ácido y fragante.

Las opciones múltiples se golpeaban contra un límite de decisiones. ¿Lo había pensado yo o había sido Lune? La planta grabada de mi pie izquierdo ardía, al igual que la palma de mi mano derecha.

Cruzamos un umbral y llegamos al dominio acuoso de Avril. La Sibila levantó la mirada de sus cálculos astrológicos.

—Justo a tiempo —nos dijo—. Jan nos ha traído por fin noticias definitivas sobre la estrella Xon.



—La temperatura en el exterior de la burbuja sigue subiendo —dijo Guy—. Estamos cerca de la unificación de todas las fuerzas, salvo la gravedad.

A pesar de haber reducido la luminosidad en varios órdenes de magnitud para mayor comodidad, el resplandor seguía siendo insoportable. Más allá de la burbuja protectora de su recinto, esbozada por las matemáticas de transformación de la ontología, todo aquel universo era ya más pequeño que el Sistema Solar en su apogeo. Toda su masa y energía hervía en una sopa de quarks libres, gluones, leptones y darkones.

¡Energía oscura! Decius soltó un bufido. La oscuridad visible, finalmente. Y todo ello configurado según las necesidades de las grandes mentes que durante tanto tiempo habían infundido aquella burbuja de volumen de Hubble. En aquel momento, trabajaban sin cesar en una titánica proeza de ingeniería, su último y mayor trabajo mental. Si se produjera el más ligero lapsus, el más diminuto error en el último decimal, todo habría sido en vano.

Pensó que se trataba de algo extraordinario. El cosmos que aquellas mentes estaban reconstruyendo era ellas mismas, ya que ellas estaban ya integradas en cada partícula y en cada campo, en cada membrana en vibración y en cada flujo de solitones. Si la teoría resultaba correcta y definitiva, quedaba muy poco para que sus esfuerzos dieran fruto. Aquel universo local, en su ocaso, alcanzaría el punto sin retorno, se derrumbaría en la singularidad de la última superficie atrapada detrás de su horizonte, cada vez más pequeño, y toda aquella fuerza impensable se solidificaría en... seres divinos. Ángeles.

Y por siempre jamás navegarían a través de los campos de sus propias mentes, recuerdos e imaginación, sin límites, fértiles, entusiasmados, sin repetir sus exploraciones salvo para recordarlas con alegría. Reconstruirían mundos enteros por diversión y por su benevolente virtud, en el resplandor infinito de la tarde de su instante final y eterno. Su cosmos perecería, pero persistiría para siempre. Aquella paradoja siempre le provocaba escalofríos.

El sonido profundo de un *gong* atravesó Estación Yggdrasil.

—Memos llegado a la saturación Xon —murmuró Decius—. No queda más neutronio, ni más sopa de quarks.

Las pantallas solo mostraban un brillo plateado uniforme. Él y Guy parecían estar suspendidos en un globo de mercurio intenso bajo brillantes luces de laboratorio. La reluciente burbuja era todo el universo de aquel cognado de

Tegmark, que quizá hubiera quedado ya reducido a la órbita de la Tierra. Aquel mundo, su Luna y sus planetas hermanos, su mismo Sol, habían desaparecido, devorados hacía miles de millones de años medidos en tiempo local, y después la catástrofe que estaba rehaciendo aquel espacio-tiempo se había tragado sus ascuas. No importaba. Todos los átomos y estructuras estaban grabados en las torsiones de flujo de los ardientes campos de fuerza Xon que llenaban la cámara de sobrepresión que se cerraba. Todos los átomos recordados habían desaparecido, todos los protones y electrones, todos los neutrinos y mesones, todas las partículas de intercambio que durante tanto tiempo habían bailado una existencia independiente en su tapiz de materia, mientras navegaban por la oscuridad bajo la dirección curva del espacio-tiempo.

En aquel momento solo quedaba la memoria. Las cuatro grandes fuerzas se habían tragado las unas a las otras, como peces de dibujos animados, la más grande y más hambrienta abría las mandíbulas para comerse a la siguiente devoradora; las partículas se apretujaban, los quarks se liberaban de su doble y triple unión asintótica, el electromagnetismo y la fuerza nuclear débil de la desintegración radiactiva se juntaban en la creciente ola de calor, hasta fundirse en un solo brillo trémulo, mientras el grupo matemático subyacente  $SU(2)$  se acoplaba de forma espontánea con  $U(2)$ , y momentos después aquella fuerza electrodébil ardía en unidad con la fuerza nuclear fuerte. Los quarks y los bosones se hicieron intercambiables bajo las profundas y antiguas operaciones de equivalencia matemática, escondidas o enmascaradas desde el comienzo de los tiempos, del Grupo(5) de simetría unitaria especial. Los agujeros negros, las superficies atrapadas en la hoja de la foliación de curvatura media constante, se fusionaban con la superficie atrapada mayor que se formaba por todas partes. Todo el universo hirvió por un instante, al borde de un precipicio de Planck, como un gran campo de fuerza unitaria al abrazo de la gravedad, *una partícula X tan grande*, pensó Decius con una sonrisa, *como el Ritz*. Un Xon inmenso.

Dentro de un momento (durara lo que durara aquel momento en el tiempo local dilatado), el campo de materia Xon se simplificaría en su última y terrible transición. Aquello (todo, literalmente) regresaría al estado vacío de fecunda nada, un solo punto con una superficie de Cauchy compacta.

En aquel instante, la Estación Yggdrasil se convertiría en la plataforma de observación del nacimiento de los Ángeles a la eternidad. Y, quizá, también del nacimiento de la Competición de los Mundos.

—¿Vamos a buscar a tus hermanos y hermanas?

—Todavía no.

Al cabo de un rato, Guy se aclaró la garganta.

—¿Crees... —Dejó la pregunta sin acabar, apartó la mirada, avergonzado, tragó saliva con fuerza—. Decius, ¿crees que nos dejen volver a casa, a la Competición?

Su maestro le dedicó una mirada glacial.

—Lo más adecuado sería preguntarse si nosotros soportaríamos alejarnos de ellos.

—Supongo. La canción que cantan las sirenas.

—Ah, qué demonios. —Decius se obligó a sonreír—. Ven aquí. Si nos va a tragar el Cielo, que lo haga mientras nos abrazamos.

Lo hicieron, y Decius sintió en los ojos una humedad salada muy poco frecuente. Se limpió las lágrimas. En el escritorio, junto a él, había esparcidas montones de hojas con runas, descargadas en su mente por las grandes y potentes voces del otro lado de la burbuja. De repente, se dio cuenta de que las anotaciones parecían el conjunto de glifos crípticos que había visto una vez grabados en el fondo de una piscina vacía y manchada por las algas. Mejor aún, parecían los patrones vorpal que tenían grabados tanto él como sus hermanos, al igual que todos los demás Jugadores de la Competición de los Mundos. Aquellos patrones estaban también lejos de cualquier interpretación lúcida inmediata, por mucho que Avril rebuscara en sus arcanos astrológicos, y por mucho que Jules pasara interminables programas criptográficos por Muñeca Estelar, su cerebro matrioshka prestado. Era como una molesta parábola de la búsqueda del conocimiento. Pero mirarlo de aquella forma sólo hacía que resultara más irritante, porque en aquel momento la parábola incluía también una tarea hermenéutica que eludía la solución.

Guy estaba temblando en sus brazos, aterrado.

—Vamos, hijo mío. Creo que esto se merece algo más que un abrazo —Decius lo llevó hasta el habitáculo donde dormían—. Esperemos la llegada de los dioses en la cama, querido. Estoy seguro de que no les importará.

El reloj de pie mostraba  $10^{-43}$  segundos.

Agua y nenúfares por todas partes, pero no era la parte del reino de Avril en la que yo me había cortado y ella me había curado con una especie de milagro acuático. Más allá, en terreno elevado, se levantaban las torres fálicas y en punta de un castillo normando, que se erguían como faros sin luz sobre las sencillas paredes de blocao de aquel lugar defendible. Unas mujeres jóvenes iban de un lado a otro... supongo que podrían considerarse «doncellas», como las criadas teléfono que había conocido en la gruta: piernas largas, pechos pequeños, apenas salidas de la adolescencia, con ropajes vaporosos y diáfanos, lindas como flores e igual de impasibles. Nuestro barco de vela flotaba en el foso más grande que pudiera imaginarse, más parecido a un lago, unido a una docena de islas cubiertas con tiendas mediante puentes colgantes. La luz del sol que atravesaba las nubes, altas y perezosas, era suave y cálida, y me hubiera atrevido a jurar que se oían laúdes de fondo. O quizá dulcemeles.

Avril llevaba la melena apartada de la frente y estaba metida hasta los codos en pergaminos cubiertos de círculos de tinta cruzados por tangentes e intersecciones, todos con anotaciones al estilo de los pintorescos símbolos geocéntricos que representaban los planetas, y que podían encontrarse en los mejores horóscopos de los periódicos. Una voz sibilante y áspera dijo algo detrás de mí:

—Es más supersticiosa que un gato, chico, y no lo digo en sentido fraternal.

El viejo réprobo se reclinó, como si lo hiciera de mala gana, en los brazos de Maybelline. Alargué una mano de forma automática para darle a Garras unas palmaditas en la cabeza, pero me lo pensé mejor al ver cómo sacaba uñas y dientes.

—Buenos días, August —dijo en tono distante su dueña (¿o era Maybelline la mascota?)—. Ahora que estás aquí por fin, ¿seguro que no quieres volver a salir corriendo?

—Hola, hermana. Tengo algunas preguntas urgentes sobre un amigo tuyo, James C. Feni...

—Silencio, por favor —dijeron todas las jóvenes criadas a la vez; sus voces eran como un coro que se extendía por el barco y entre las islas. Cerré la boca; me recorrió un escalofrío. Gran efecto. Avril se levantó de su escritorio con un rollo de pergamino en la mano.

—Jan estará con nosotros en un segundo, y nos pareció que debíais estar

todos reunidos para analizar unas noticias de semejante trascendencia.

—Corta el rollo —gruñó Garras pero, si Avril lo oyó, era demasiado solemne para hacerle caso.

—Hemos llegado a una confluencia de augurios sin precedentes —nos dijo la Sibila—. Decius es testigo del nacimiento de los Ángeles en su espacio-tiempo cerrado, y el momento está a punto de llegar. Jan, como digo, regresa del espacio profundo con noticias de la estrella Xon. Nuestros contrincantes en la Competición sienten que se acerca una crisis: los ataques de los deformistas crecen a un ritmo amenazador. Y hoy, como indicaban mis cálculos —blandió el rollo, después hizo un gesto en mi dirección—, hemos descubierto que nuestra familia tiene otro miembro, nuestro hermano August.

Murmullos por todas partes. Observé las caras de mis nuevos hermanos, que fruncían el ceño, asentían y sonreían (¿engañosamente?) a mi alrededor. Jules levantó las manos y dio una palmada, después otra, y, de mala gana, el resto me dio la bienvenida con un aplauso sordo.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —dijo Avril mientras me dedicaba un asentimiento de cabeza—. Acabo de saber por Septimus que nuestro hermano más joven e inesperado ha roto el sello del sistema de ontología de calibre Xon.

¿Otra vez Xon? ¿Qué demonios?

Un par de ellos no conocía la noticia; Jules, al menos, perdió su compostura durante un instante y palideció. Le dediqué una sonrisa irónica y un guiño.

—Y lo maneja como el mensch que es —retumbó la voz de Toby, que estaba a mi lado, y sentí que me cogía el hombro izquierdo. Crucé el brazo derecho sobre el pecho para cubrirle la mano con mi reciente y terroríficamente poderosa mano derecha; después la bajé para coger la mano izquierda de Lune, que me esperaba. Me la apretó para darme ánimos.

—Gracias, Toby. Avril, ¿qué es una estrella Xon y por qué es tan importante? Aquello hizo que todos se rieran con ganas, incluso los reticentes.

—Hace falta que venga un crío para acabar con las gilipolleces —gruñó Garras; después saltó ágilmente de los brazos de May para caer en una sedosa pila de almohadas colocada en la proa. A pesar de toda su incuria, me di cuenta de que estaba atento a los posibles peligros del agua.

—Ah, nuestro joven Parsifal ha descubierto la pregunta correcta —dijo una voz que no me era familiar, algo pastosa, como la de un actor. Un hombre totalmente desnudo, en forma y muy moreno dio un paso adelante con el equilibrio y la elegancia de un gimnasta, y me ofreció la mano— Soy Marchmain. Para nosotros eres un puzle que estamos deseosos de resolver.

Santo cielo, ¿cuántos más había?

—Soy el hombre más ignorante del bote, Marchmain —le dije mientras lo saludaba—. Sólo puedo hacer preguntas. Bueno, también sé tirar de la cadena del Schwelle del váter cuando alguien me da el código.

Más risas, y me pareció que más amistosas. Una joven colocó una copa de dorado champán espumoso en la mano que tenía libre y después siguió moviéndose con alas de gasa vaporosa. Vi que los demás también tenían copas. Marchmain alzó la suya al sol apagado.

—Por nuestra búsqueda del código Xon —propuso.

La compañía coreó el brindis y bebió. Yo le di un trago a la copa, aunque seguía sin entender nada. Me acerqué más a él, un poquito incómodo por su desnudez. Pero él se comportaba con el donaire de mi lunático colega del instituto, James Davenport, Davers, con su fama de tutú de tafetán y pompones rosas, a quien en cierto modo se parecía.

—Marchmain, no puedo conseguir que ninguno de vosotros me dé una respuesta clara. —Le enseñé la palma grabada de la mano derecha—. Anoche, una especie de cristal *New Age* de la armería de Septimus me talló esta maldita cosa. Ahora puedo abrir agujeros radiactivos en hormigón reforzado macizo como un puto héroe de cómic, cuando lo único que quiero es volver a casa y asegurarme de que mi pobre tía Tansy esté sana y salva. Me doy cuenta de que vosotros, al menos algunos de vosotros, me estáis haciendo avanzar por una empinada curva de aprendizaje... —Respiré hondo. Marchmain esperó con cortesía—. Si mi bella amiga Lune, a la que acabo de conocer, no fuera parte del asunto, ya me habría ido. Echando leches. ¿Conocéis la expresión? Estoy hasta las narices de que me tratéis como a un imbécil. Sé muy bien quién es Parsifal, en mis tiempos oí unas cuantas óperas de Wagner, pero no tengo tan claro lo que es la estrella Xon, así que, antes de que salga pitando por la primera salida que encuentre, ¿por qué no me dices algo útil, hermano, algo un poquito más satisfactorio que la pista críptica de un crucigrama?

Es escalofriante el silencio que pueden guardar tantas personas al mismo tiempo. Unas olas diminutas bañaban los laterales del barco. La brisa agitaba y golpeaba una vela y un par de pendones. Varias bocas se abrieron y cerraron a la vez. Lune se hizo a un lado; se balanceaba suavemente al ritmo del barco con una copa en los labios, mientras sus ojos de color cobalto lo observaban todo con atención bajo las oscuras pestañas. Jules se aclaró la garganta.

—Llevas razón, August. Pero este tema sigue siendo... complicado. Si tu espíritu inquieto puede mantener la calma un poco más, creo que todas tus preguntas serán... Ah, y aquí están por fin. Bienvenidas, hermanas.

Se había abierto un Schwelle en un espacio que, según pude ver, la gente había dejado vacío en sus idas y venidas. Dos mujeres entraron en el barco, una vestida como la esposa florero increíblemente cara de uno de los Masters del Universo de Manhattan retratados por Tom Wolfe, la otra vestida a la última, al estilo de lo que podría encontrarse al sur de Houston, o incluso en el Village de Nueva York. Si Lune tenía una belleza oscura y radiante, y la tenía, aquella nena posgótica era tan solo bonita, pero con un toque fuerte y picante. Me cayó bien

de inmediato, sin decir palabra. Tenía que ser la piloto espacial. Dios mío. Acababa de volver de un viaje alucinógeno por los cuatro niveles del Gran Cosmos, pero la idea de que aquella tía tan guay fuera una verdadera capitana de cohete espacial hacía que me temblaran las rodillas. Hablando de héroes de cómic... Me pregunté si llevaría un casco transparente de burbuja de aire dentro de la nave.

—Comandante Jan Seebeck, sin nave —decía Marchmain—. Y Juni, sin offog. Vuestro hermano August, y quizá recordéis a la doctora Lune Katha Sarit Sagara.

—Vaya —dijo la dama de sociedad—, creo que no habíamos coincidido nunca. He leído su libro, por supuesto, doctora, un tratamiento notable de la lógica...

—Bueno, bueno, bueno, nada de trabajo, señoras. Debéis de estar hambrientas. Las gatitas de Avril tienen unos canapés excelentes. —Hizo un gesto y apareció una bandeja con crujientes gambas calientes rebozadas en una fina masa, junto con otra botella de espumoso. Mastiqué agradecido. Jan me miraba de soslayo.

—Me está llegando un fuerte flujo Xon de este tipo —le dijo a Marchmain—. ¿Dónde ha estado últimamente?

—Mejor aún —preguntó Juni con languidez— ¿dónde estaba escondido?

—Sin timidez, por favor, podéis preguntarme directamente —dije entre dientes—. Casi nunca muerdo y, además, ya me han puesto la vacuna anual contra la lepra.

—Siguiente pregunta —dijo Marchmain en tono misterioso.

—¿Dónde está Miriam? —pregunté.

Todos se miraron unos a otros sin comprender. Ruth sacudió la cabeza, frunció los labios y buscó en su memoria.

—¿Miriam Birkbank? No la he visto desde la cacería de tigres en Kenia.

Pasé por alto el comentario. Estaba enfadándome otra vez. No estaba acostumbrado a enfadarme, así que en realidad no sabía cómo comportarme.

—Mi tía Miriam. La tía de todos vosotros, supongo. No me toméis el pelo con evasivas.

—Lo siento, querido —dijo Juni con el ceño fruncido—, te equivocas totalmente. Los Seebeck no tenemos parientes, aparte de nosotros mismos. Supongo que lo entiendes. Es nuestra naturaleza.

—Miriam —dije despacio y con claridad— es la hermana de mi madre, Angelina. Por lo tanto, también es su tía, señora.

—¡Santo Dios! No me llames «señora» —exclamó Juni mientras daba un paso atrás—. Hace que parezca totalmente antediluviana.

—Quien se pica... —murmuró Garras con voz rasgada.

—No hay ninguna tía Miriam —dijo Marchmain— Debes de estar mal informado. Toda la estirpe vorpal tiene su origen en dos seres, Dramen y la

señora Angelina.

—Y ellos —recitó Toby—, tienen su origen en el Árbol Yggdrasil.

Todos los reunidos hicieron más o menos a la vez un extraño gesto algo litúrgico, de origen hindú o quizá budista, en el que ambas manos se alzaban a la vez desde la cintura al pecho, para después florecer hacia fuera y en sentido ascendente, el contorno de una copa o de un árbol, o al menos un intento elemental, ya que casi todos llevaban platos y copas de champán. Santo cielo. Aquello me sobresaltó y me indignó. Otra panda de lunáticos. Encajarían bien en la colección de espiritistas, criadores de ectoplasmas, clarividentes y transmigradores de la tía abuela Tansy. Pero solo se burlaba una parte de mí; otra parte, nueva, tímida y traumatizada por la experiencia, recordó a Toby de pie en un lugar de hojas otoñales y envuelto en llamas de chispeante poder, y recordó también el fuego solar que había surgido de mi mano extendida. No era la persona más indicada para burlarme de las creencias excéntricas de los demás.

—Vale —dije, cansado—. He preguntado por la estrella Xon y parece que os ha gustado. ¿Qué es? —Sacudí la cabeza—. Lo siento, estoy siendo rudo y prepotente. Me han pasado muchas cosas últimamente. Debería irme y sentarme en silencio hasta que alguien me recoja para llevarme al manicomio.

—Demasiado tarde —se rio el gato—. Ya estás en él.

Lune estaba junto a mí; me cogió la mano derecha, le dio la vuelta y me abrió el puño cerrado. Los que estaban cerca de nosotros, al menos los que no lo habían visto antes, dejaron escapar un grito ahogado.

—Esto es materia Xon, August.

Los jeroglíficos dorados parecían mates bajo la pálida luz del sol, hundidos en mi carne. Cerré los ojos un instante.

—¿Todos tenéis estas marcas en el cuerpo?

—La marca de la bestia —exclamó Jules, jovial—. La mía está en el tobillo izquierdo.

—Yo también tengo una en el pie —dije—. Desde que tengo uso de razón. Lune es la primera persona que he conocido con la marca, aparte de mis padres. Supongo que esto controla la deixis, los Schwellen, o lo que sea.

—Es la señal externa y visible de nuestras estructuras gramaticales —dijo Jules.

—¿Pero qué demonios es eso?

Jan, que se moría de curiosidad, me había cogido la mano y la examinaba con interés manifiesto.

—¿Sacaste esto del motor de X-calibre, de calibre Xon?

—Sí. —No tenía sentido negarlo. *Entonces, ¿en qué me convierte esto?*, pensé, *¿en el rey de la Tabla Redonda?*

—Es... bueno, esa es la gran pregunta. Materia primigenia, sería la respuesta



más sencilla.

—¿Rayos X solidificados o algo así?

La piloto espacial se rio encantada.

—¡Te acercas más de lo que crees! Es un condensado de espacio-tiempo unitario. ¿Conocen el Big Bang en tu cognado?

—¿El momento en el que el universo salió de la nada? Sí, mis chicos también saben hacer fuego frotando dos palitos. ¿O quizá restregándonos hierba pastel en el ombligo?

—Eh, tranqui, estrella. Lo que intento decir es que en la mayoría de los universos de nivel básico de Tegmark... —dejó la frase en el aire—. Oh, supongo que eso sí que no lo sabrás, ¿no?

—Acabamos de hacer la excursión completa por los cuatro niveles —le dijo Lune, que parecía divertirse—. Estoy segura de que August te avisará si necesita una nota a pie de página.

—Vale, genial. Augie...

—August —dijo con frialdad. Hay cosas que no se le permiten ni a una cara bonita.

—August, quédate con esto. En la primera cien milésima de segundo, que es muy tarde según el estándar logarítmico, todo estaba todavía agrupado en un conjunto más denso que un núcleo atómico. ¿Lo pillas?

—Sí. Quarks pegados, ¿no?

—Correteando como perritos peludos. Mucho antes de eso hubo una época de terrible insipidez. Antes, como una billonésima de una billonésima de una billonésima de segundo, justo antes de la inflación lambda, ¿sabes? —Otra persona que me golpeaba la cabeza con billones de billones, como un chiflado de los ovnis con sus «miles de millones de estrellas». Pero, después de ver el platillo volante al estilo de Adamski de aquel vegetal sensible llamado Phlogkaalik, no era el más indicado para burlarme del pobre flipado del doctor Sagan—. Mucho calor, eso sí —decía Jan—, pero nada de electricidad, ni magnetismo, ni fuerzas nucleares, porque todavía no había núcleos, ni luz como tal, ya que no quedaba espacio para ella y no había nada que ver. Ninguna de las fuerzas se había desprendido todavía. Esa cosa era la materia Xon.

No pude evitarlo. Abrí la ansiosa palma y miré las apagadas manchas de las formas metálicas. No era lo que yo entendía por el Big Bang, aunque tampoco había estado allí para verlo (¿veis lo ignorante que era entonces?). Pero estaba claro que tenía unas propiedades muy extrañas y que había evitado que la carne se redujera a cenizas cuando las llamas del plasma termonuclear del sol salieron escupidas de su abrazo en un torrente estrecho y mortal.

—¿No debería ser pesada? Es decir, ¿cómo un planeta de plomo sólido en cada gotita?

—Está compensado por la energía de expansión lambda encerrada en ella.

De hecho, no tiene masa. —Jan parecía impresionada—. Una mente rápida, ¿eh? Me gusta eso en un hermano.

—Materia vorpal —dije, especulativo.

Jan le guiñó un ojo a Lune.

—En cierto modo. En cierta materia, en realidad, porque...

—Porque es una puñetera metáfora, hijo mío —dijo Jules. Me llenó la copa—. La fenomenología como semiótica. —Vi que Juni levantaba la mirada al cielo detrás de él y se daba la vuelta para dejarse caer con elegancia en unas almohadas de seda para hablar de temas menos abstrusos con Avril. La naturaleza interior de las ostras, quizá, o la influencia de Venus en su cuadrante creciente— Es un accidente interesante en las historias de muchos cognados —siguió diciendo Jules, cada vez más retórico— que la «fenomenología» llegara a tener dos significados, al parecer contradictorios. En la tradición filosófica, connota un conocimiento directo e irrefutable de la esencia de las cosas, una especie de intento del espíritu por captar la realidad sin mediación alguna. Husserl, ya sabes. Heidegger. Joder, Hegel, metamos a todos los que empiezan por H. Entre tanto, las ciencias experimentales robaron el término, de forma bastante bárbara según las quejas de los profesores que empiezan por H, para referirse a todas aquellas observaciones falibles que detectamos a través de los instrumentos, justo lo contrario de la intuición fenomenológica, como puedes imaginar. Pero, por supuesto...

Jan metió un brazo por debajo del mío, otro por debajo del de Lune, y nos llevó hasta uno de los puentes colgantes que unían el barco con las islas cubiertas de carpas entre los lirios. Su hermano pareció sentirse despechado.

—Adora el sonido de su propia voz. He estado fuera seis décadas y todo sigue como si me hubiera ido ayer.

—Pero ¿lleva razón? Quiere que crea que las palabras son cosas. O que las cosas son palabras.

—Palabras, diagramas, gestos, pasos de baile, aullidos, ecuaciones. Sobre todo las ecuaciones. Ontología de representación.

Aquello era tan malo como las benévolas argucias psíquicas de Tansy. Tres días antes había estado reuniendo cientos de ovejas subido a una moto que no paraba de dar botes, y después comiendo y bebiendo sin finuras en medio de un paisaje reseco. Aquello era la realidad, te llenaba las manos de callos y hacía que te sudaran la frente y las axilas. No había palabras suficientes para describir la experiencia; no pensaba tragarme la locura de que las palabras, los símbolos, las representaciones eran la experiencia real.

Lune dijo con urgencia:

—Comandante, no deberíamos distraerte de tu informe a la familia Seebeck. Justo antes de tu llegada, Avril habló sobre una confluencia de augurios sin precedentes. —Me pareció oír un débil tono de burla. A mis hermanos parecía

gustarles meter siempre una chispa de retórica ampulosa. De todos modos, estaba claro que Lune se había tomado en serio la afirmación— Creo que podemos estar cerca de algo realmente importante, de tener por fin alguna pista sobre la ontología fundamental.

Nos metimos en una tienda hecha de algo rosa y con aspecto de gasa. Almohadas tiradas por todas partes, laúdes tocando una débil melodía con un estilo romántico impresionista pseudoespañol a lo Manuel de Falla. Jan se metió la mano en el chaleco, sacó un porro y lo encendió, le dio una fuerte calada y lo pasó. Lune le dio una chupadita, quizá por ser educada. Yo lo rechacé. Prefiero mantener mi neuroquímica bajo control endógeno. Lo siento, empiezo a dejarme llevar por el punto débil de la familia. Lo que quiero decir es que me gusta estar bien despierto. El hachís me confunde; puede que esa sea su misión, pero yo prefiero la claridad.

Mientras el humo acre llenaba la tienda, por un momento me pregunté si, después de todo, no estaría colocándome por contacto. El elegante tatuaje del brazo de Jan empezó a sacudirse, como si se despertara, y voló con alas de hada para quedarse flotando junto a su oreja.

—Te quieren de vuelta en el barco. —La voz era diminuta, pero cristalina.

—Mierda, Sylvie. —Aspiró el humo y contuvo la respiración durante un período de tiempo increíblemente largo; después dejó escapar bocanadas entrecortadas—. Diles que en cinco minutos. Oye, ¿cómo está *Perro Colgado*?

—*El Hombre Colgado* está a salvo en órbita alrededor de Mercurio L4; finge ser un fragmento de restos de cometa.

—Genial. Ya puedes volver, los ojos de este pobre chico van a salirse de las órbitas. August, acabas de alegrarle el día a Sylvie.

—Es muy mono —dijo la aguda voz luminosa y aflautada, y yo me sonrojé, de verdad. El hada Sylvie se quedó flotando un instante y me miró de forma provocativa mientras me enseñaba el escote; después se fue a casa y volvió a ser un tatuaje en el brazo de Jan.

—Vale, esto es lo que hay. Sabes lo del pico de tiempo sidéreo local de las 13 horas y 30 minutos, ¿no?

—El... no, lo siento.

Jan sacudió la cabeza.

—Estos chicos de hoy en día. Existe un pozo de acceso ontológico en los campos de probabilidad con un ritmo cuasi diurno en todos los cognados, con un pico regular en tiempo sidéreo, pero no en la cronología solar.

—Comandante, no tengo ni la menor idea de lo que estás... —Entonces parpadeé, y dos o tres partes totalmente distintas de mi experiencia, tanto reciente como antigua, encajaron con un relámpago silencioso—. Oh, santo cielo. Estás hablando de la media hora de Tansy.

—¿Quién? Y no me llames «comandante», cariño, no soy más que tu hermana

Janine.

—Mi tía. Es vidente, o dice que lo es. Por teléfono. —Nervioso, levanté la mano derecha con el pulgar y el meñique extendidos, y la sostuve cerca de la oreja—. Sólo trabaja a cierta hora todos los días. No, no es eso lo que quiero decir. Cambia cada día.

—Con una diferencia de cuatro minutos —intervino Lune.

La miré.

—Creía que no conocías a Tansy.

—Y no la conozco. Se deduce por la periodicidad sidérea.

—Hay más de una forma de contar el tiempo, August —me dijo Jan, mientras daba otra calada que probablemente estaría a punto de mermarle la capacidad para contar cualquier tipo de tiempo. Tenía los ojos vidriosos; no sentía dolor—. El día solar que marca nuestro reloj dura veinticuatro horas, que es lo que tarda el Sol, de un mediodía a otro, en estar, ya sabes, ahí encima, ¿vale? —Asentí; siguió hablando rápido, arrastrando las palabras— Pero ¿qué pasa con lo que se conoce, tan cómicamente, como las «estrellas fijas»?... A ver, respóndeme, August.

—No se pueden ver. Cuando el Sol está directamente sobre nosotros.

Jan rompió a reír.

—¡Muy buena! Oye, el chico es muy agudo. Escucha, no es eso. ¿Cuánto tarda la... yoquesé... la Osa Mayor en esconderse bajo el mundo y volver a salir para asomar su cabeza por el horizonte? Pista: no son veinticuatro horas.

Me encogí de hombros.

—Ni puta idea. Yo creía...

—Veintitrés horas, cincuenta y seis minutos, y cuatro coma cero noventa y un segundos. Te lo enseñan en la academia de cadetes espaciales, tiempo sidéreo. Sidéreo, de las estrellas. El tiempo de las estrellas, ¿vale? —tosió—. Tampoco es que yo fuera a la academia de cadetes espaciales, claro.

Yo estaba pensando en números. Casi cuatro minutos menos que un día, cada día. Entonces, ¿cuánto era aquello? ¿Todo un día sidéreo extra por año? Mejor aún, un bajón acumulado de... digamos veintiocho minutos a la semana. Oh, por Dios.

No era de extrañar que la tía abuela Tansy empezara sus consultas mágicas a las 5:00 de este lunes si había comenzado el lunes anterior a las 5:28, y la semana anterior a las 5:56. Mi querida y extraña anciana siempre había seguido su propio ritmo, pero en aquel momento descubrí que también seguía el ritmo de un reloj ligeramente distinto.

—Tansy dice que hay algo muy especial en ciertos momentos del día, que siempre cambian —dije en voz alta, especulando, atando cabos—. Algo psíquico.

—Puedes llamarlo así, si lo prefieres —dijo Jan mientras aplastaba su porro en una copa vacía de champán—. Lo que para una mujer es una deformación

ontológica, para otra puede ser simplemente magia. No le preguntes a Avril, te llenará la cabeza de las sandeces más absolutas sobre la influencia de las estrellas.

—Tú eras la que estaba hablando de estrellas —dije. Me levanté. Al recordar a Tansy me sentí de nuevo culpable por haberla dejado sola en la casa con vete a saber qué demonios merodeando por sus cuartos de baño. No es que Lune fuera un demonio merodeador, ni siquiera mi hermana Maybelline, ya puestos, pero tenía mis dudas sobre Coop. Todavía había tantas cosas sin respuesta que deseaba preguntarle a Lune, como por qué coño ella y Maybelline habían estado depositando máquinas muertas, si es lo que eran, en mi baño. De algún modo, no había encontrado el momento para preguntárselo. Siguiendo pregunta, como había sugerido el portentoso Marchmain. Y algo malicioso sobre Parsifal, y en ese momento recordé, con una enfermiza sensación de asco, que Parsifal era el tonto sagrado que nunca hacía la pregunta correcta. Jan nos miraba, primero a uno y después al otro, con ojos vidriosos y felices. Una mierda muy fuerte. La puse de pie sin miramientos.

—Sí, sí —dijo ella—. La estrella Xon. A cinco y pico parsecs de distancia, más o menos en dirección a Sagitario.

—Eso está de camino al núcleo galáctico —dijo Lune—. Donde está el gran agujero negro, Sagitario A estrella. Se ha especulado mucho con que la curva cerrada de tipo...

—Xon está mucho más cerca que el núcleo —dijo Jan mientras se daba un par de bofetadas en las mejillas—. El agujero está como a unos nueve mil parsecs, doctora. Me encantaría ir hasta allí en mi viejo y fiel caballo *Colgado* para que le echaras un vistazo, pero no creo que nadie quiera esperar treinta mil años a que llegue allí, ni siquiera hace.

¿Hace? Oh, quería decir «a c», la velocidad de la luz. Santo cielo. La mujer tenía una nave espacial relativista aparcada en la misma órbita de Mercurio. Pero quizá fuera en otro universo cognado. La cabeza me daba vueltas. Y quizá el subidón por contacto sí que me estaba afectando; se me habían entumecido las encías.

—Ya vale —le dije a Lune—. Tengo que ir a ver a Tansy. ¿Puedes venir conmigo?

Sus labios tocaron los míos, suaves como pétalos de rosa.

—Claro que sí. Jan puede disculparnos ante los demás.

—Lo que sea. —Jan caminó con cuidado hasta la gasa y la abrió; después salió a la cegadora luz del día—. Chicos —dijo mientras saludaba despreocupadamente con la mano.

Lune habló en voz baja; se abrió un Schwelle. Al otro lado, en la oscuridad, vi el lateral de una casa de madera y una ventana cerrada. Estábamos en el aire. En aquel mundo no había ninguna luna brillante. La luz del baño estaba apagada,

claro, pero una pequeña luz brillaba en un enchufe. Tras sacar un tubo anodizado de su falda pantalón, Lune bañó el cristal en una luz azul parpadeante. Empezó a oler a pintura quemada, el cristal se rompió y se evaporó. Rehacer la realidad con un borrador mágico. Sacudí la cabeza.

—Ha sido muy teatral, Lune, pero la última vez que volví al nexo de recogida me limité a entrar a través del espejo.

Ella tenía una pierna en el alféizar.

—¿Desde el cognado de Ruth? ¿Al que Coop lleva los deformadores retirados?

—Heimat, en realidad. El de Maybelline. —La seguí al interior, mientras movía la mano libre para pedir silencio. No quería correr al rescate de Tansy en mitad de la noche y matarla de un ataque al corazón. Y si la señora Abbott estaba al acecho, tampoco quería alertarla—. Así que esto es como una... ¿memoria caché? ¿El sistema operativo recuerda tu último camino desde el acceso anterior?

—Algo parecido. Detecto un ser humano en la casa.

—La tía abuela Tansy es muy casera. Estará abajo. Quizá ya se haya dormido a estas alturas, no sé qué hora es aquí. —En aquel mundo... en mi mundo. Había otra cosa que me preocupaba. No se oían ladridos. Mike O'Brien, nuestro fiel sabueso, tenía unos poderes de observación sobrenaturales. Se me erizó el vello de los brazos. Ciertamente se le habían escapado todas las entradas furtivas anteriores. Pobre perro anciano, quizá estaba perdiendo facultades al fin. O a lo mejor aquella zorra de Abbott le había hecho algo. Quizá lo había envenenado. Me mareé sólo de pensarlo.

—Espera un momento. —Lune se dio la vuelta con la mano en el pomo y me miró con atención en la penumbra—. ¿Qué estabas haciendo de pie dentro de la bañera?

—Esperando a que los maníacos trajeran el siguiente cadáver.

—Pero ¿cómo sabías que iríamos? August, ¿me estás diciendo que esa anciana señora tuya sabía que estábamos usando este nexo como punto de transferencia de propiedad?

—Y estaba muerta de miedo. Lo descubrió hace unas cuantas semanas. Quería preguntarte...

—Envuelto. Un segundo. —Pasó junto a mí y volvió a pintar la ventana destrozada con su pistola de rayos azules. Como si fuera una imagen informática guardada de algún modo en una memoria intermedia para después volver a conjurarla, la ventana volvió a montarse. La pintura chamuscada se desplegó de unos apestosos y desagradables nudos negros, y cubrió el revestimiento de tablones. Recortado sobre el cielo que oscurecía, pude vislumbrar mi reflejo en el cristal restaurado.

—Así que estamos en *Matrix* —especulé.

—¿En dónde?

—Como en esa serie de películas. Decían la verdad, ¿no? Esto no es más que una simulación. Lo que llamáis «la Competición».

—No he visto la película, August. Quizá podríamos decirlo así... sería una aproximación muy básica a la verdadera ontología. Pero este no es el mejor momento ni el mejor lugar para esa discusión, cariño. ¿Necesitas mear?

—¿Qué?

—Bueno, yo sí. He bebido demasiado en la pequeña juerga de Abril. —Sin ningún tipo de vergüenza, se bajó la falda pantalón y las medias hasta las rodillas, y se sentó en el váter. Oí un silbido que tuvo un extraño efecto doble; me excitó de una forma curiosamente voyeurista, y también me dio ganas de orinar, igual que pasa con el sonido del agua cuando estás dormido. Se limpió con cuidado y se levantó— ¿Tiro de la cadena o estás haciendo cola?

—Tengo que hacerlo, pero no podría. No delante de... No, no tires de la cadena; tenemos que ser silenciosos, ¿recuerdas?

—Vale. —Bajó la tapa cubierta de lana—. Allá vamos. Indica el camino, mi querido guía local.

Dejé apagada la luz del techo del baño y abrí la puerta para salir al oscuro pasillo. Noté un olor casero a comida reciente. Casi me derrumbo de alivio. Tansy tenía que estar bien. No se oía la televisión, ni música de orquesta en el equipo de sonido. Tampoco se oían ronquidos, pero estábamos dos pisos por encima de su dormitorio. Hice un gesto por encima del hombro y comencé a bajar la escalera.

En aquella penumbra silenciosa, el cerebro se me disparaba como loco. Había tanto que correlacionar y tan poco tiempo... ¿Tendría el talón o la planta del pie de Tansy un enigmático sello plateado? No lo sabía, nunca la había visto sin zapatos. Tansy era demasiado mayor para ir conmigo a nadar. Ya puestos, ¿sería de verdad pariente de papá? Aquella nueva familia, de tamaño imposible y al parecer inmortal, ponía en duda todo lo que me habían contado hasta entonces. Si Dramen y Angelina eran realmente los padres de viejos tipos como Septimus, ¿en qué los convertía aquello? ¿Qué pasaba con mi padre perdido? Ya no era el australiano de tercera generación descendiente de una antigua y notable (aunque no aristocrática) familia estonia. Si procedíamos de aquella tierra lejana, había pasado mucho tiempo desde que el oficial de inmigración estampara el primer pasaporte Seebeck.

La luz seguía encendida en la cocina, podía ver un tenue brillo bajo la puerta cerrada, pero Tansy siempre la dejaba encendida, creía que espantaba a los ladrones. Y tenía que ser verdad, porque nunca había entrado nadie por la fuerza, a pesar de que Northcote sufría oleadas de crímenes de forma periódica. Personalmente, lo atribuía a la diligente presencia de Máquina. Un animal amistoso por naturaleza, pero grande y probablemente amenazador si sacaba

los colmillos al ver entrar a alguien en el jardín con una palanqueta y una máscara de los Golfos Apandadores. Fui hacia el otro lado con Lune pegada a mis talones, y dudé delante del dormitorio de la tía abuela Tansy. El reloj de pie emitía un tranquilizador *tictac*. Noté un débil olor a moho y a señora mayor. Abrí la puerta y pegué la oreja a la rendija.

Una respiración, profunda, lenta y con bastante resonancia. Casi parecía como si dos personas respiraran en sincronía, profundamente dormidas. Tansy habría supuesto que yo me había ido por ahí y que volvería tarde, así que habría seguido su rutina reciente, habría cenado sola, se habría dado su baño abajo, y se habría ido a la cama. Sentí que me invadía una honda sensación de alivio. Cerré la puerta con cuidado, me di la vuelta y me tropecé con Lune.

—Está durmiendo. —Le hice un gesto con la cabeza y volvimos de puntillas a la cocina. Cerré la puerta detrás de nosotros y olisqueé un plato de bollos que Tansy había dejado a enfriar sobre una blonda de papel en el aparador. Unos minutos antes había picado algunos canapés en el banquete flotante de Avril, pero se me hizo la boca agua. Empezaba a sentir los efectos del trauma circadiano. Mientras Lune se sentaba a la mesa, llené el hervidor para preparar una tetera. Eso era algo que no se encontraba fácilmente en Chicago, uno de los inconvenientes culinarios de mi tiempo en el extranjero. Lo único que había eran bolsitas de té, y eso era si tenías suerte y encontrabas a alguien que, para empezar, supiera lo que era un té; además, solían servirlo con agua templada. Me estremecí, saqué la vieja lata octogonal de acero arañado en la que se guardaban las aromáticas hojas de té, y la coloqué junto a la tetera vacía. Y entonces no pude seguir conteniéndome. Me senté al otro lado de la mesa, me incliné sobre ella con los codos apoyados en la dura superficie, y dije:

—¿Por qué los cadáveres, Lune? ¿Por qué aquí? ¿Qué Competición y qué jugadores? ¿Y qué demonios es Estación Yggdrasil?

Ella me miró con expresión seria, frunció los labios, guardó un silencio que indicaba con claridad que intentaba ordenar sus prioridades, abrir una entrada a un crucigrama de tremenda dificultad para encontrar una explicación que incluyera a los inmortales Seebeck, los universos de cuatro niveles e infinita complejidad, las herramientas de poder Xon, las naves espaciales a la velocidad de la luz, las astrólogas acuáticas con doncellas clonadas, los ovnis de Adamski pilotados por cachondos tubérculos gigantes, Alicia a través de puertas de espejos de cristal, las máquinas muertas, las máquinas vivas, los falsos religiosos que odiaban a los mormones, y sabe Dios cuántas cosas más; me di cuenta de que iba a ser un camino largo y tortuoso.

—La versión reducida para tontos —le dije.

—Vale. —Dios, qué guapa era, incluso bajo la luz fluorescente de la cocina. Una piel de chocolate tan deliciosa que podría lamerse y mordisquearse. Ojos de metal azul profundo. Unos pechos que, como cuenta el rey Salomón o su negro



bíblico, parecían dos jóvenes corzos gemelos, y, aunque nunca me han explicado lo que son los corzos (seguro que el reverendo Jules podría ayudarme con eso), sé que me gustaría acariciar a esas bellas criaturas si alguna vez me las encontrara pastando en el campo—. Cariño, tienes que entender que...

La puerta se abrió detrás de mí con un chirrido. La mirada de Lune voló sobre mi hombro. Me di la vuelta. La señora Abbott estaba en el marco a oscuras.

Me tiré a un lado, le di una patada a la silla a modo de distracción, y rebotó en los armarios inferiores de la cocina; esperaba que Lune se agachara y se pusiera a cubierto, mientras yo cogía a aquella zorra por la amplia cintura. Se dio de espaldas contra la jamba de la puerta y caímos dando tumbos al vestíbulo. Todo ocurrió muy deprisa, al parecer a un cuarto de la velocidad normal. Una vez me estrellé en moto contra una verja al tomar una curva demasiado rápido, y también me moví por el aire con aquel tempo alargado, aunque aquello tampoco me sirvió para nada, porque mis reflejos no se aceleraron especialmente, solo la velocidad de mi obturador, mi ventana a los acontecimientos ralentizados. Vi su cara sorprendida y cadavérica, su indignación, la boca que se le abría poco a poco, el chillido agudo que me atravesó los tímpanos, y después nos estrellamos contra la alfombra, con la señora Abbott boca arriba y yo más o menos encima, como un violador voraz. Sentí furia y vergüenza en el mismo momento eterno. Ella llevaba una bata sobre un grueso camisón de Tansy. Ay, mierda, oh no, era la señora Abbott la que roncaba el dulce sueño de los injustos en el dormitorio robado de Tansy. Su voz subió de volumen por el miedo. Rodé para quitarme de encima mientras la cogía del brazo para evitar que escapara, y el chillido no salía de su boca, que estaba abierta y recuperando el aliento. Salía de la boca de la tía abuela Tansy, que estaba en el pasillo junto a su dormitorio, con camisón floreado y bata. Dejó de gritar. Con una velocidad bastante impresionante, se dio la vuelta, corrió hacia la entrada principal, tiró del pestillo y abrió la puerta de par en par. Se llevó dos dedos a los labios y la oí silbar con fuerza. Algo grande y oscuro entró de un salto y pasó corriendo a su lado. Yo estaba todavía poniéndome en pie y tenía el brazo de la señora Abbott en la mano. Me tiró de espaldas y se estrelló contra mi pecho con una fuerza que me dejó magullado y conmocionado. Con la cabeza dando vueltas, solté a la mujer y levanté la mano derecha. Antes de poder murmurar la deixis de excalibre, Máquina me había cogido la muñeca y me sacudía el brazo como si fuera un juguete que pretendiera desbaratar. Le golpeé el hocico con la otra mano y, por un momento, conseguí soltarme. Entonces, él se me lanzó a la cara, y sentí que la nariz y los ojos se me llenaban de babas.

Algo pasó por encima de los dos, y los tres, de hecho, acabamos cayendo sobre mi esternón, lo que resultó bastante doloroso. Mientras intentaba recuperar el aliento, Lune volvió a caer en el suelo con un golpe sordo, como una gimnasta que bajara del aparato tras lograr un diez perfecto. Cogió las orejas de

Mike con sus fuertes manos y tiró de él hacia atrás. El perro aulló y torció su grueso cuello. Para entonces, Lune ya estaba a horcajadas sobre él, como Tarzán sobre un león.

—¡Tiempo muerto! —gritó Lune con una voz de soprano ligera de coloratura clara y penetrante—. ¡Confusión de identidad total!

Aunque apartado de mí, el viejo labrador seguía mirándome con ojos feroces bajo aquellas duras sombras, sin prestar atención a Lune. Y entonces dijo:

—¿Qué coño crees que estás haciendo, August?

En cuanto su hermana Jan terminó de presentar a la familia un informe algo atolondrado sobre el vuelo a la estrella Xon (¿estaba ya borracha o se había colocado?), Jules Seebeck dejó la copa en la bandeja de una de las gatitas que pasaban por allí y, sin hacerle caso a nadie, se fue rápidamente al espacio del Schwelle. Cruzó el umbral que daba a la capa más externa de su cerebro M, a 750 millones de kilómetros del Sol todavía activo del cognado de Muñeca Estelar, treinta veces más lejos de su antigua calidez que la Tierra. La estación que rodeaba Neptuno, construida expresamente para que se sintiera cómodo, giraba imperturbable en la oscuridad a lo largo de su gran cordón de diamantes, lo que creaba la ilusión de tener la gravedad normal de la Tierra.

Allí el cielo de la siguiente capa en dirección al Sol estaba casi tan negro como la noche, radiaba el calor residual de una docena de capas concéntricas de Dyson y absorbía los últimos cuantos usables para sus picocomputadores, antes de pasar al cosmos externo los últimos ergios reducidos y sigilosos de calor del cuerpo negro. Si unos extraterrestres de cerebros enormes, fríos, indiferentes y celosos estuvieran estudiando aquella porción de cielo desde lejos, era poco probable que vieran la estrella enquistada, ni sus mentes plegadas y de fantástica minuciosidad, que eran tan grandes como las órbitas planetarias originales que antes cortaban su eclíptica. Aquel Sistema Solar cerrado y reconstruido se había convertido en un tremendo esfuerzo de colaboración en el campo del cálculo profundo, se replicaba por la fuerza bruta e inventaba algoritmos de forma similar a la historia conjetural que había dado origen a todos los hábitats alternativos y residuos inertes de la Competición de los Mundos.

—¿En qué podemos ayudarte hoy, Jules?

—Borrón y cuenta nueva. —Le dio la chaqueta a la presencia que acababa de manifestarse en forma de mayordomo de la vieja escuela, con frac incluido— Jan trae noticias de la estrella Xon que comparten muchos de los cognados humanos.

—Ah, qué gratificante, me encantaría oír más del tema.

—Y a mí me encantaría oír por qué no puedes detectar su masa equivalente en este *allotopos*.

—No cabe duda de que la información de tu hermana nos aclarará el asunto a los dos. Supongo que tendrás un resumen a mano, ¿no?

Jules agitó la mano y permitió que el cerebro M se descargara la base de

datos que Jan les había proporcionado a todos. La presencia sonrió al instante.

—Gracias, Jules. Esto está muy bien. Confirma nuestro paradigma actual. El objeto es, casi sin duda, una solidificación de realidad de sustrato de nivel X.

—No me jodas, cerebrito —dijo Jules mientras le devolvía la sonrisa. Aquellos pequeños fragmentos de dialectos prestados siempre resultaban divertidos—. Es una estrella Xon, doctor Xavier.

—Una coincidencia terminológica —dijo el mayordomo mientras sacaba una muda de ropa limpia. Jules se aflojó la corbata y se sentó en el gran sillón de barbero. El mayordomo sacudió una sábana de rayas almidonada, la remitió sobre el estómago de Jules y la introdujo en el cuello sin abotonar, sobre la toallita. Cortó durante un rato, y los rizos negros cayeron al suelo; después afiló una gran cuchilla de afeitar reluciente en una tira de cuero, la dejó, sacó una taza llena de un caldo cálido y jabonoso, y, con una brocha de cerdas suaves, le enjabonó a Jules la barbilla y la garganta. La hoja se deslizó por la carne como una caricia, con solo un leve toque picante. Jules se acomodó en el sillón, relajó todos los músculos y cerró los ojos. La espuma desprendía esencias de eucalipto. El mayordomo le rascó las sienes, bajo la nariz, le empujó la cabeza adelante con suavidad y le afeitó la nuca. Aquella abdicación siempre resultaba un placer puro y entregado. La espuma y los pelos desaparecieron en una toalla caliente, y después otra toallita caliente le dio unos toquecitos en los poros abiertos. El mayordomo apartó la sábana y los utensilios de barbero, siguió a Jules hasta un cómodo sillón reclinable de piel suave como mantequilla, y levantó el reposapiés hasta que alcanzó la altura perfecta mientras él se sentaba.

Tras un largo momento, Jules sacudió la cabeza.

—Simple coincidencia, ¿eh? Eso me parece bastante improbable.

—En realidad no. «X» se suele usar como significante de algo desconocido y, por extensión, extremo. Las partículas Xon siempre son las últimas descubiertas en todas las civilizaciones técnicas de los cognados humanos, ya que su producción exige inmensas escalas de energía o períodos excesivamente breves de duración observada. No es más que el principio de Heisenberg, Jules.

—Sí, sí. Ya sabes que no acabo de decidirme sobre el principio de Heisenberg. El mayordomo se rio con educación.

—¿Y sobre el principio de Fermi?

—Lo odio, me siento tan excluido. En cuanto al principio de complementariedad... —No se le ocurrió ningún otro chiste malo, así que decidió dejarlo estar.

Tras una pausa amable, el mayordomo murmuró:

—*Quel* Bohr.

Jules tardó un momento en pillarlo, pero después sonrió a regañadientes.

—De todos modos, existen poquísimas partículas Xon desde que el Big Bang inició la inflación. Salvo por estas cosas tan extrañas. —Cruzó la pierna izquierda

sobre la rodilla derecha, bajó la media de seda y examinó por millonésima vez el enigmático jeroglífico plateado impreso en el hueso del tobillo.

—Y la estrella que tu audaz hermana ha explorado.

—Claro. Y, me atrevería a aventurar, ahora me dirás que el espacio X tiene ese nombre tan arbitrario porque es el último y más profundo orden de todos los sustratos.

—Sí, por supuesto, pero no es arbitrario; está lingüísticamente motivado... por el mismo uso que acabamos de discutir.

—Oh, vale, déjalo ya. —A veces a Jules le gustaban aquellas justas verbales con la manifestación del cerebro M, aunque sabía que sólo podía ganar o empatar si se lo permitía aquel terrible ser. Enderezó la pierna con la marca de la bestia desconocida, se reclinó en la piel suave como crema y fijó la vista en la oscuridad—. Entonces, ¿qué has aprendido de la heroica odisea de Jan?

—Que el mundo es, de hecho, mucho más simple de lo que temíamos. Que una hoja grabada con la información correcta basta para evocar un mundo, y no solo un mundo, sino una infinidad de ellos.

—¿Te refieres a una ecuación en una camiseta? Eso es muy viejo.

—No. Información comprimida en la unión de entropía de Bousso, escrita en una dimensionalidad mínima en la membrana del mundo.

Mierda. ¿Por qué se molestaba en preguntar? Nunca podría saber si jugaban con él, si le seguían la corriente cuando sentía curiosidad, o si hablaban con una honestidad simple, aunque incomprensible.

—El universo es un buen libro, ¿eh?

El mayordomo decidió no suspirar, pero Jules lo sintió en la posición de sus hombros.

—Veo que has vuelto a hacerte pasar por teólogo, Jules.

—Es una vida.

—Es una Competición —le dijo la cosa, y se alejó para introducirse en la picomaquinaria, donde los enormes y potentes cálculos pasaban sin fin por una sutil máquina tan vasta como el sistema solar que antes ocupaba su lugar, antes de que fuera desmontado y reconstruido para crear aquella enorme mente con forma de muñeca rusa, esferas de computronium dentro de otras esferas de computronium, un nido fractal de incalculables billones de mentes, fuera lo que fuera en realidad. ¡Ni más ni menos que un teólogo! Santo Tomás de Aquino en el espacio. Jules suspiró y se obligó a desprenderse del seductor abrazo sibarita del sillón.

—El regocijo de un hombre —le dijo con un gruñido al vacío aparente del aire, que zumbaba repleto, al recordar uno de sus chistes favoritos, una recóndita broma robada de una de las infinitas Tierras— no hace un *Summa*.

Humillado delante de la gloriosa mujer de la que estaba locamente enamorado, preocupado por la tía abuela Tansy, todavía con dudas sobre la señora Abbott y exasperado por el perro, me levanté muy rígido, me sacudí la ropa e intenté, demasiado tarde, ayudar a la mujer a ponerse de pie. Ella no aceptó la ayuda y retrocedió temerosa, o intentando dar esa impresión, todavía no estaba muy seguro. Mike O'Brien se quedó agachado, listo para saltar, solo retenido por el convincente abrazo de Lune. Me gruñó amenazante, como un perro.

—Garras —dije. Historias dentro de otras historias.

—August, te estás comportando de forma absurda —me dijo mi tía—. Cálmate, y tú, Sadie, ya ves que no quería hacerte daño. —La mujer se lamentaba con los dedos sobre la boca y los ojos cerrados con fuerza—. ¡Mike! ¡Siéntese, señor!

El perro lo hizo, aunque de mala gana.

—¿Conoces a Garras de Gato? —preguntó el animal con escepticismo.

Me sentía mareado, medio trastornado.

—Nunca hemos comido del mismo cuenco, pero sí.

—Ese gato está bien —dijo Máquina a regañadientes—. No vuelvas a intentar nada parecido, muchacho, o puede que te arranque la cara por accidente. —Se sacudió las babas del hocico con dignidad, dirigió una mirada calculadora y, quizá, de admiración a Lune, y se marchó por la puerta abierta de la entrada, puede que a dormir bajo el porche, aunque lo más probable es que fuera a patrullar la vieja casa para evitar los estragos del ser con el que parecía haberme confundido.

—Sí —murmuré entre dientes al ver que se marchaba—, ¿y dónde estabas estos últimos sábados por la noche? —Bueno, me di cuenta de que estaría bloqueando emanaciones mágicas y, quizá, si Tansy era una de ellos, puede que estuviera ocultándosela a Lune y Maybelline. ¿En qué convertía eso al perro? ¿En un chico malo o en un chico bueno?

Una vez pasada la conmoción, la señora Abbott empezó a gemir y a restregarse los ojos con un kleenex, mientras se decía a sí misma:

—No es un perro, no es un perro. —Mi tía le dio unas palmaditas en el brazo e intentó calmarla con susurros. Luego me miró y dijo:

—Me prometiste que estarías en casa a las siete. La pierna de cordero está completamente seca. La tienes en el frigorífico envuelta en film transparente,

por si te apetece tomártela fría. Haz una ensalada para ti y tu amiga. Soy su tía Tansy —añadió dirigiéndose a Lune en un tono de voz neutro—. Bienvenida a nuestra casa.

Con calma, o con toda la calma y contención que uno puede tener mientras se limpia baba de perro de una falda pantalón de, color rojo vivo, Lune se presentó.

—Siento las molestias ocasionadas en su cuarto de baño, Tansy —añadió después, con gran sorpresa por mi parte—. Es todo culpa mía, y me disculpo por haberla disgustado.

Tansy levantó la mirada de manera significativa y asintió; el cuarto de baño y los cadáveres.

—Por amor de Dios, Sadie —dijo mi tía—, deja de balbucear. Fue tan amable de quedarse aquí anoche para hacerme compañía al ver que no volvías.

Allá iba la información clasificada, el aspecto más que secreto que suponía tener bajo control. Pero recordé el artilugio anodizado que Lune llevaba en el bolsillo y el rayo verde que podía dejar amnésico a cualquiera sin implantes vorpal. Y no era la primera vez que Lune se había mostrado dispuesta a explicarle el tema a su víctima de forma temporal antes de borrarlo todo, o al menos de intentarlo. Sentimiento de culpa, especulé la necesidad de arreglar las cosas, confesión y penitencia, asuntos de los que el reverendo Jules debería saber algo. ¿O estaba tanteando por si ocultaba información? Probablemente.

—Entonces, ¿ha sido esta encantadora joven la causante de todo? Cada vez es más curioso —dijo Tansy—. ¿Por qué no entramos todos en la cocina y preparo unas tazas de té? Por suerte, antes hice bollos de pasas, y tenemos mermelada de fresas recién hecha.

—¿Lo sabe? —le dije a Lune al oído.

—Lo dudo. *Schist*.

—Espero que acompañaras a casa al simpático señor Fenimore.

¿Qué? Santo cielo, ¿cuánto tiempo había pasado?

—Sí, tía. Me pidió que te hiciera llegar un saludo.

Ella, que estaba inclinada sobre la tetera, me lanzó una mirada penetrante. ¿Se había puesto colorada? Quizá.

—Y después fuiste a St. Barts para disfrutar de un poquito de culto y camaradería cristiana con nuestro buen reverendo Jules, según tengo entendido. Hubiera jurado que no tenías ni un gramo de religión en el cuerpo, August.

Mierda, había dejado el coche junto a la casa de Jules. Me pregunté si la máquina Coop seguiría allí sentada con aquella extraña calma. ¿O estaría metido en su extraño trabajo de recogida y eliminación de cadáveres o de sus simulacros?

La señora Abbott había dejado escapar un gritito ahogado al conocer mi apostasía, y me miró de nuevo con desaprobación y sospecha. Me obligué a esbozar una sonrisa conciliadora. Entonces explotó la pared de la cocina. Por un

instante, me quedé sentado en la mesa, paralizado y ensordecido, mientras el polvo blanco del yeso arremetía contra nosotros. El hervidor volaba por los aires y escupía agua hirviendo. Lune se movió como un rayo de color rojo brillante con franjas blancas, cogió a Tansy, la tiró al suelo y protegió a la anciana con su propio cuerpo. La señora Abbott se quedó inmóvil, con la boca abierta, quizá inconsciente. Alargué la mano y pronuncié una palabra. Los restos de la pared de la cocina volaron hacia fuera, remaches incluidos, y el techo crujió y se hundió un poco. Algo en el exterior del jardín gritó de dolor. Parpadeé para limpiarme la suciedad de los ojos, y corrí hacia la abertura con el brazo extendido y la palma mirando al frente como el arma que era. La luz fluorescente del techo se había soltado por un extremo y se balanceaba, así que proyectaba sombras de metrónomo.

Se oyó un tremendo golpe en el piso de arriba. Un momento después, empezó a caer agua en los escombros. Las tuberías del baño, el alcantarillado.

—Han sacado el nexo de recogida —dijo Lune con cuidado. Se quedó agachada sobre Tansy y le tomó el pulso—. Está bien.

Miré a la señora Abbott, que seguía sentada en el mismo sitio. Del ojo izquierdo le sobresalía un fragmento de cristal que había saltado de una pequeña vidriera. Le toqué el cuello y ella se cayó de la silla. Era el segundo cadáver que veía en los últimos dos días, y probablemente el primero humano.

Más golpes arriba.

—Tenemos que irnos —dije—. ¿Podemos llevarnos a Tansy por un Schwelle?

—Siempre que uno de los dos permanezca en contacto con ella en la transición. ¿Adónde vas...?

—Dame a Muñeca Estelar —dije.

Mientras el techo terminaba de derrumbarse sobre nosotros con estrépito, el umbral desgarró el aire. Yo cargué con casi todo el peso desplomado de Tansy y tiré de los tres para caer en la oscuridad. Un hombre alto y bien afeitado, en mangas de camisa, se dio la vuelta sorprendido y se nos quedó mirando. Detrás de nosotros, la bella casa de Tansy se deshizo y cayó al suelo lanzándonos nubes de polvo y astillas. El hombre, que en aquel momento reconocí como Jules sin su barba bizantina, pronunció unas bruscas palabras, y el Schwelle desapareció.

—Por Dios santo, August —me dijo—, ¿qué has hecho con la pobre anciana? —Un destello de consternación le pasó por la cara antes de poder contenerse—. De todos modos, me alegro de que la hayas traído aquí. Si hubieras intentado este pequeño truco con Avril, el sistema operativo te hubiera encerrado.

Hice caso omiso de él y coloqué a Tansy en la camilla que, de algún modo, había aparecido para acomodarla. No me imaginaba de dónde habría venido, pero sabía que aquel cognado, aquella variante de mundo, existía en algún lugar a medio camino entre el deseo y la realidad. La misma textura de aquel sitio parecía responder a tus necesidades. Lune se inclinó sobre Tansy, examinó sus



pupilas con conocimiento paramédico y le tomó el pulso.

—Algunos moratones y abrasiones, pero nada grave.

—Gracias a Dios. ¿Y tú?

Ella hizo una mueca de dolor al levantarse.

—Medio ladrillo en el glúteo mayor, así que tendrás que tomártelo con calma por un tiempo, tigre. ¿Estás bien?

—Ni un rasguño. —Oí aquel terrible estruendo en mi cabeza. Mierda, el pobre animal, no podía dejarlo allí.

»Llévame de vuelta —dije, con la esperanza de que el sistema operativo tuviera una hábil memoria intermedia y la suficiente inteligencia como para entender lo que le pedía. El Schwelle se abrió al instante y nos dejó ver una pila de escombros que bloqueaba toda la ventana; el hollín y otra basura en suspensión se introdujo en el habitat del cerebro M. Trozos de ladrillos y tablas rotas entraron dando tumbos. No había forma de entrar. Cerré la ventana y grité:

—¡Dame el punto del nexo de recogida!

—¡No puedes entrar ahí! —chilló Lune alarmada. El umbral mostraba oscuridad, y la oscuridad olía mal. Se había roto una tubería del gas en alguna parte. Metí la cabeza en el umbral y deseé haber tenido a mano una linterna. Un enorme agujero ocupaba el lugar de la vieja y pesada bañera, que había caído a las ruinas de abajo. El agua caía de una tubería. La mayor parte de las tablas del suelo habían desaparecido, pero las vigas parecían algo más seguras. Entré con cuidado y avancé despacio hacia la puerta abierta. Incluso a oscuras, la devastación me estremeció. El marco desnudo de la vieja casa se mantenía en pie; habían hecho un buen trabajo al construirla. Todo lo demás estaba revuelto, inclinado o simplemente había caído al montón de abajo y no se veía por ninguna parte. Y quizá mi perro (¡el perro que hablaba!) estuviera bajo toda la basura. El pulso se me disparó. Conocía tan bien aquel lugar que hasta en aquel desorden era capaz de moverme con cierta seguridad. A la derecha, pies sobre las vigas, el equilibrio aprendido en las clases de artes marciales me servía finalmente para algo. Llegué a la escalera. O, al menos, al lugar donde antes estaba la escalera. La fuerza de los impactos o explosiones, lo que fuera que había hecho todo aquello, había arrancado la parte superior del larguero. La escalera se balanceaba libre bastantes centímetros por debajo de mí. No se podía hacer otra cosa. Salté.

Y seguí saltando, como un hombre perseguido por un oso hambriento que bajara a toda prisa por una empinada colina. Me estrellé contra la pared, me di la vuelta, los escalones se movían bajo mis pies, las contrahuellas se rompían y caían, con estrépito, la barandilla se soltó al tocarla y cayó dando tumbos para estrellarse sobre los escombros de abajo. Bajaba los inestables escalones de dos en dos o de tres en tres. Me llevó una eternidad, y acabó en un instante. Me lancé hacia el dormitorio de Tansy, me quedé un momento quieto sobre la basura

acumulada en la puerta arrancada e inclinada, y oí cómo el enorme volumen de la escalera se estrellaba y se hacía astillas. Entraba un poco de luz por la ventana. El cristal había desaparecido, los fragmentos estaban esparcidos sobre montones de yeso roto, mortero hecho migas y ropa de anciana. Salí por el marco vacío y me corté un poco las manos; después le di la vuelta a la casa corriendo para llegar a la entrada principal. Había un grupo de gente en la calle, con la boca abierta, y, a lo lejos, oí la sirena de un camión de bomberos o quizá un ambulancia. Nadie había entrado en el patio para ayudar. Quizá temían que se les cayera la casa encima, o quizá pensarán que Tansy era una bruja... el tipo de rumor que los niños difundían sobre las viejas señoras excéntricas. Tampoco había ni rastro de enemigos, aunque entonces no conocía su aspecto.

El perro estaba tumbado de lado y medio oculto bajo la veranda hundida. Un enorme trozo de la chimenea de ladrillo y mortero le aplastaba la paletilla. Tiré de él y levanté su cuerpo inmóvil hasta tenerlo entre los brazos. Llevaba varias semanas de trabajo duro en el campo, así que estaba en forma y me sentía fuerte, pero el peso del gran perro hizo que me tambaleara. No podía ver.

—Dame a Muñeca Estelar —dije entre lágrimas—. Atravesé el umbral y lo llevé a una oscuridad distinta.

Dejé su cuerpo en el suelo flexible, junto a la camilla de Tansy; me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y examiné sus heridas. Tenía sangre en el pelaje. Parte de ella provenía de mis heridas, pero la chimenea le había aplastado y dislocado la paletilla de la pata derecha delantera, le había destrozado la mitad de las costillas por aquel lado, que sangraban y rezumaban a través del pelaje y, lo más horrible de todo, le había sacado el ojo derecho. Me oí pronunciar un espantoso gruñido de desesperación. Pocos minutos antes había visto a otro humano, a la pobre Sadie Abbott, muerta en la mesa de nuestra cocina, pero no me había afectado tanto como aquello. Máquina era mi amigo.

—Píntalo para curarlo —le dije a Lune con un gemido.

—No puedo. Oh, August, no es posible.

—Sí, sí puedes. —Le estaba tirando del bolsillo en busca de la cosa que disparaba un rayo azul—. Solo tienes que...

—No funciona así, cariño. —Ella también lloraba, angustiada por mi dolor y por no poder hacer nada para mitigarlo.

—Dejad al animal —dijo Jules—. Pediré que venga alguien para deshacerse de los restos.

Me puse de pie de un solo movimiento convulsivo y le golpeé el pecho con las manos ensangrentadas.

—¡Oye! —protestó Jules.

—¡Cállate, gilipollas!

—Lo siento, hijo, no me había dado cuenta de que el animal significara tanto para...

Tansy gimió. La miramos.

—August, tienes que ayudarlo —dijo con voz débil. Sacudí la cabeza, de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Tía, lo siento mucho, Mike se ha ido.

—Tú puedes curarlo.

La anciana sufría una conmoción. Le cogí la mano.

—No hay nada que podamos hacer, querida.

Ella se apoyó con dificultad en un codo y me miró con expresión feroz.

—¡Ponle las manos encima, August!

¿Qué clase de locura mística era aquella? Pero Tansy era la profesional de la videncia telefónica, la que calibraba sus consejos según una absurda rutina astrológica que resultaba regirse por, de todas las cosas posibles, algo llamado estrella Xon. No podía negarle aquella última ilusión. Me encogí de hombros y, aunque me sentía idiota y perdido, me arrodillé junto a nuestro perro. Le puse la mano derecha, con su terrible arma, en la cara, sobre el hocico, y le cubrí la destrozada cuenca del ojo.

Una luz surgió de la mano. Oh, Dios mío, de algún modo había activado el fuego solar. ¿Era eso lo que quería Tansy? ¿Una especie de pira vikinga para nuestro viejo compañero? Pero ella no sabía nada del regalo excalibre, y yo no controlaba aquella fuerza, destruiría todo el maldito habitat. Aparté la mano de un tirón, o al menos lo intenté. Estaba soldada a la cabeza del perro, y el brazo me temblaba, se sacudía con una vibración profunda que parecía surgir de mi plexo solar y latirme por todo el cuerpo. La luz penetraba en el cuerpo rígido del perro y en mi extremidad. Algo fluía y lanzaba chispas: información, un torrente de datos. Las formas fractales temblaban y se reorganizaban solas. Yo no tenía ningún control. El brazo y la mano me ardían, me sentía como si tuviera un instrumento de soldadura al arco incrustado en la palma desnuda. A través de la carne del dorso de la mano, pude ver cómo se revelaban músculos, tendones y huesos, y, en medio de la ruda materia de mi cuerpo, el glifo reluciente de la energía de materia Xon, y, bajo ella, otra, que brillaba con luz propia y estaba enterrada en la cabeza del perro, por encima del entrecejo.

De repente, la luz desapareció. No podía ver, cegado por las imágenes persistentes. La mano salió volando. Máquina dejó escapar un ladrido ronco, sacudió la cabeza y se puso a cuatro patas de un salto. Con dos ojos de perro marrones y claros, miró hacia donde el lugar donde yo estaba arrodillado en el suelo. Parecía como si las heridas nunca hubiesen existido.

—Gracias, August —dijo—. Lamento el ataque de antes.

Me senté en los talones y lloré de nuevo, entre risas. Me incliné una vez más y, con paciente tolerancia, me permitió abrazarle el cuello.

—Solo estabas haciendo tu trabajo, amigo —dije, tuve que aclararme la garganta—. Y, por cierto, cuando nos hayamos asegurado de que Tansy esté

bien, me gustaría mucho saber cuál es exactamente ese trabajo.

—Mi querido muchacho, ya estoy perfectamente bien —dijo la anciana con voz recuperada. Mientras intentaba levantarse de la camilla, Lune la retuvo con amabilidad—. Oh, vale, mimadme si queréis. A veces viene bien que te mimen. August, ven aquí y déjame que te dé las gracias por salvarme la vida.

Tansy tenía el pelo cubierto de polvo de yeso; también cayó un poco del mío al inclinarme para recibir su beso seco en la mejilla y darle un besito en respuesta.

—Tansy, lo siento, pero tu amiga Sadie Abbott... —No terminé la frase, aturullado.

—Muerta, pobre alma, la sentí marchar. —Bueno, por supuesto, la tía abuela Tansy, la anciana estrella de la videncia telefónica, no podía haberse perdido algo así—. Alguien nos atacó, August —dijo ella con prudencia, pero con evidente asombro—. No ha sido un accidente.

—Lo sé. Y no creo que vayan a detenerse porque huimos a... a este lugar. —Hice un gesto para abarcar el oscuro hábitat minimalista, todavía sin saber muy bien qué era la estrella de cerebro matriosbka de Jules. Una especie de construcción, aquello resultaba evidente. Capté su mirada. Él me miró con disgusto y los labios apretados—. Jules, lo siento si con esto los he traído hasta aquí.

—Ese no es el problema —dijo—. Estás sucio.

—¿Cómo? —Me sacudí la ropa, y una pequeña nube de yeso y suciedad salió volando.

—Encima del computronium. Para de una vez. Estás asqueroso; necesitas un buen cepillado, joder.

—Oh, bien —dije con cansancio—. Mi décima inmersión y cambio de ropa en dos días. —Pero él llevaba razón, me picaba el cuero cabelludo y tenía los ojos irritados— De acuerdo, Macduff, llevadme hasta el agua.

—No hay tiempo para esas tonterías. —Abrió una ventana—. ¿Juni? —Ella entró en el hábitat con una copa de champán en una mano y un muslo de pollo en la otra— Hazte cargo de este desdichado y límpialo, ¿vale? Después volved en un santiamén.

—Me gustaba más la barba —le dijo ella mientras le pasaba el vino y el trozo de animal muerto, que él recibió con una mueca de asco—. Te daba un aire de santo, algo que nunca conseguirías por méritos propios, so matón. Bueno, vamos, ven conmigo, jovencito.

Miré a Lune con rapidez; ella asintió y se quedó dónde estaba, con la mano de Tansy entre las suyas. Juni abrió un Schwelle y entramos en un lugar reluciente con aureolas de luz y arco iris tenues como la niebla, una especie de sueño de Maxfield Parrish.

—Limpiadlo —dijo ella sin referirse a nadie en concreto. Una brisa me

revolvió el pelo, y un diminuto alboroto me agitó la ropa, como los dedos enanos de mil hadas carteristas. Me ardieron un poco las mejillas, y levanté los dedos limpios y tostados para tocarme la piel, que me hormigueaba y estaba tan suave como la de un bebé. Un chorro de arena de aire comprimido me había exfoliado la capa superior de la piel, o eso es lo que parecía. Se me nubló la vista un instante, me picaron los ojos, y después todo se volvió un poco más claro que antes, a pesar de la luz en el aire. Volví a mirarme las palmas de las manos, tuve una reacción tardía de sorpresa. No solo me habían limpiado la sangre; los cortes de los cristales habían desaparecido.

—Santo cielo —dije—. Has contratado a unos *poltergeists* muy eficaces.

—Nanoefectuadores —me dijo Juni con suficiencia. Tenía limpios los dedos grasientos cuando me cogió la mano, de nuevo renovada, y me llevó hacia el umbral. Se detuvo, miró a su alrededor con cara de satisfacción. Recordé un viejo chiste sobre un consejero delegado muy rico. Su subordinado se encuentra con él junto al gran rascacielos de la compañía, bajo un sublime cielo de primavera, soleado pero no caluroso, con un leve céfiro, lo justo para llevar hasta ellos el perfume de las plantas en flor de un parque cercano. *Un día precioso*, le dice el empleado. El hombre rico mira a su alrededor muy satisfecho de sí mismo, asiente y le dice, *gracias*. Ese era más o menos el comportamiento de Juni.

—¿Estas malditas cosas están suspendidas en el aire? —Por un momento sentí que me ahogaba, tanto por su excesivo orgullo como por estar respirando millones de nanomáquinas con mis pobres y delicados pulmones. Por supuesto, probablemente estarían trabajando como hormiguitas mientras hablábamos, me estarían sacando el colesterol de las arterias y refrescándome el aliento. El hedor a mampostería derruida había desaparecido, en cualquier caso. Me pasé los dedos por el pelo limpio. Suave.

—Yo lo llamo «offog». Sus antepasados se comieron a todos los habitantes de este cognado, destrozaron la flora y la fauna, desmantelaron casi todos los edificios y, al final, regularon sus programas para alcanzar la benignidad. Los he estado reprogramando con la ayuda del cerebro M de Jules. —Se dio la vuelta hacia el Schwelle; la cogí del brazo para detenerla.

—¿Qué es? Estuve allí antes, parecía el salón de realidad virtual más grande del mundo.

Juni soltó una fuerte carcajada.

—Sí, podríamos decirlo así.

—¿Por qué es gracioso, Juni?

Ella escogió la ruta más larga para explicármelo, pero no pensaba interrumpirla. Gracias a Dios, por fin algunas respuestas.

—El sistema de cerebro matrioshka parece haber sido construido hace unos dos mil años por una cultura derivada de una fusión entre los constructores de las pirámides egipcias y los matemáticos indios. Obviamente, ese no es su

nombre; ellos la llamaron Ra Egg. «Matrioshka» es un juego de palabras por las muñecas rusas, ya sabes, abres una y te encuentras otra más pequeña dentro, y así una y otra vez.

—Oh. De ahí lo de Muñeca Estelar.

La deixis de Jules, sí. El Sol está escondido en el centro y arde como siempre. Esta gente desmenuzó todos los planetas, ¿sabes?, y convirtieron los materiales en círculos orbitales concéntricos; el círculo exterior siempre es más grande y está más frío que el que tiene dentro. —Siguió hablando en tono misterioso—. Es una ley de radiación inversa a la cuarta potencia, ¿sabes?, así que es en los círculos internos donde se realiza casi todo el trabajo, aunque los externos tengan una extensión mucho mayor.

Dejé aquel comentario a un lado, aunque había sacado la idea general; salió una vez en *Star Trek*.

—Esferas de Dyson, ¿verdad? Pero ¿no tienen una inestabilidad gravitacional o algo así? Deberían caer al Sol al cabo del tiempo.

—No, no, tonto, eso solo pasa si construyes una esfera sólida. Los Constructores no eran estúpidos, hicieron sus capas con un número tremendo de placas y burbujas coorbitales unidas mediante rayos láser. Empezaron en el plano eclíptico, como los planetas descompuestos de los que estaban hechas, después lo realinearon para que el Sol acabara blindado por un enjambre de planetoides, optimizados para absorber toda la energía radiante solar que pudieran capturar. Muy económico y seguro... ningún posible rival extraterrestre puede detectarte desde fuera, ya que los últimos residuos están muy por debajo del infrarrojo. Bueno, en principio puede ser detectable, pero hace que sea pero que muy difícil distinguirlo del ruido de fondo.

Todavía tenía el cerebro entumecido tras mi loca carrera por los niveles de Tegmark, pero aquella grandiosidad todavía podía estremecerme e impresionarme. Me alejé un paso de Juni, como si me hubiera dado una bofetada.

—¿Por qué? ¿Por qué demonios querían destrozar los planetas? ¿Quieres decir que también destruyeron la Tierra? —Ella asintió y se encogió de hombros. Intenté soltar alguna frivolidad redentora, pero me salió de los labios como plomo—. Debió de tratarse del peor estudio de impacto medioambiental de la historia.

—Diferentes culturas, diferentes valores —me dijo Juni—. Al menos no llenaron el mundo de nanomáquinas autorreplicantes ecófagas, como los putos lunáticos de este cognado. —Volvió a girarse hacia el Schwelle; de nuevo, me quedé inmóvil intentando digerir aquella truculenta imagen.

—No, venga, échame una mano. Quieres decir que hicieron pedazos la Tierra y la convirtieron en... —dejé la frase en el aire.

—Computronium —respondió ella—. Plataformas computacionales de muchas clases, cada capa diseñada para extraer toda la energía útil posible del

Sol y expulsar su calor residual hacia la siguiente capa exterior, y así sucesivamente, hasta llegar a la órbita de Neptuno, creo, quizá más allá. De todos modos, allí es donde Jules tiene su acogedor hábitat giratorio a escala humana, y donde ha creado una agradable gravedad centrífuga de un «g».

—¿Es un ordenador? ¿Del tamaño, digamos, del Sistema Solar?

—Ja, veo que todavía te dejas impresionar fácilmente. No vayas a creerte que es el ordenador con la boca más grande del barrio, chaval. Espera a ver a Decius en Estación Yggdrasil.

Esos lunáticos están convirtiendo todo un cosmos en contracción en una única plataforma de computronium.

Aquel golpe acabó de someterme. Bajé la vista y sacudí la cabeza.

—Mi hermano Decius está haciendo eso, ¿eh? ¿Qué son los Seebeck? ¿La familia que se quedó con el cargo de Zeus después de su jubilación?

Aquello hizo que me ganara otra carcajada críptica.

—Ah, qué ironía más deliciosa. Sí, podrías decirlo así, hermanito. Pero no, Decius y su tropa no están construyendo el cosmos del Punto Omega, solo son testigos de ello desde su plataforma de observación. Los Ángeles están construyéndolo. Los seres divinos. —Se estremeció, creo que sin querer—. O lo harán, después de nacer. Vamos, basta de cháchara. Tenemos muchos malos que matar.

Juni se llevó a Lune para una rápida «nanorrenovación», mientras yo me sentaba al lado de mi tía, que estaba apoyada en los cojines grandes y firmes de un gran sofá.

—¿Por qué no me has contado nunca nada de esto, Tansy?

—Bueno, no tengo ni idea de lo que está pasando, querido. ¿Tú sabes dónde estamos? —Comenzó a sorberse la nariz. Me rompió el corazón. Le cogí la mano. Máquina, que estaba agachado junto a sus pies, le puso una pata en la rodilla.

—¿Señora?

Ella parecía turbada y perdida.

—Sé que estoy soñando, cariño —me dijo—. Me empeño en imaginar que el perro nos está hablando.

Máquina dijo con claridad tres palabras que eran casi aullidos:

—Señora, despierte.

La tía abuela Tansy se enderezó, me dedicó una pequeña sonrisa, y correspondió al animal con una amable gesto de cabeza.

—Gracias, Mike.

—Un placer, señora. —Se volvió a agachar, puso el hocico entre las patas, cerró los ojos y pareció quedarse dormido.

—Me metí en mi caparazón cuando... cuando tus padres desaparecieron,

August. Lo siento, querido, tenía que protegerte —me dijo Tansy.

Tardé un momento en comprender que no decía «corazón», lo que no tenía mucho sentido dadas las circunstancias.

Había una persona distinta sentada junto a mí, aunque seguía siendo la misma persona que amaba y respetaba. Era una transformación sobrenatural y totalmente conmovedora. Me obligué a volver al presente.

—Tú sabías lo del nexo de recogida.

—Sí, eso sí. No sabía exactamente lo que era. Siento mucho haberte puesto en peligro.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Una medida de seguridad? Después de todo, yo no era más que un niño.

—Esos deformadores, ¿pueden leernos la mente? —le pregunté.

—Probablemente no, pero no quería arriesgarme. —Me analizó con la mirada—. Ahora tienes muy buen aspecto.

—Sí, me he restregado bien. —Dolido, me obligué a sonreír. Parte de mí quería sacudirla con fuerza, pero la anciana había actuado de buena fe y solo quería lo mejor para nosotros.

—Es una gran mujer, August —me dijo—. No la dejes escapar.

—Creía que me aconsejarías lo contrario. Después de todo, probablemente sea... no lo sé... cientos de años mayor que yo.

—El tiempo es relativo, cariño. Cuando tienes la eternidad delante de ti, unos cuantos siglos no suponen gran cosa.

Me aclaré la garganta y desvié la mirada.

—Tía, ¿de verdad eres tan...? —Dejé la frase a la mitad.

—¿Que si de verdad soy un vejestorio acabado? —Tansy me dio unas palmaditas cariñosas en el dorso de la mano— Cuando quiero. Es solo cuestión de describirse a uno mismo. Bien sabe Dios que a menudo me siento así. —Le asomaron las lágrimas a la comisura de los ojos—. Amaba esa vieja casa.

—Yo también —dije—. Estoy deseando hacerle algo a esos...

Lune entró acompañada del ruido de desgarró, reluciente y llena de energía, con la ropa suave y limpia, como nueva. Me dio un vuelco el corazón, y me puse en pie. De mi punto ciego salió una vieja bruja gitana, con mejillas agrietadas y pintadas como un payaso; los rizos de una raída peluca roja se le escapaban de un turbante morado, y llevaba anillos y pulseras de pacotilla en los dedos y las muñecas. Puso su bola de cristal en una mesa de paño verde destartada y sacó un cigarrillo Sobranie.

—¡De eso nada! ¡Aquí no! —rugió Jules.

Ella hizo caso omiso, le dedicó un movimiento sarcástico del ojo y encendió. El humo hizo que se me encogieran las fosas nasales, pero me gustaba el temple de aquella mujer. La bola de cristal estaba mugrienta, manchada de huellas dactilares.



—Bienvenido, August Seebeck —me dijo a través de los fuertes humos.

—Supongo que eres el cerebro M —dije. Alerta como un loco, me puse entre ella y Lune.

—Somos Madame Olga; lo ve todo, pero solo dice algo.

—Esta es la doctora Lune Katha Sarit Sagara, Madame Olga. Permíteme que te presente a mi tía abuela Tansy. Es una vidente telefónica; supongo que compartís profesión.

Olga se echó atrás, ofendida.

—Tansy y yo somos viejas amigas. Su habilidad es famosa y se rige por la salida de la estrella Xon. Nosotros, por otro lado, no soy más que una embaucadora.

¿Otra vez la estrella Xon? Todos hablaban sobre la maldita cosa, fuera lo que fuera y estuviera donde estuviera. Empecé a desear haber esperado a oír el informe de Jan en la asamblea de Abril. Había ido hasta allí en su nave espacial. Pero, si me hubiese quedado, Tansy y Máquina podrían haber tenido el mismo destino final que la señora Abbott. *A no ser que, claro, pensé con tristeza, fuera precisamente mi llegada lo que precipitara el ataque a nuestro hogar de Northcote.* Nuestro antiguo hogar, maldita sea.

—Te estás preguntando si es culpa tuya —me dijo la gitana; después escupió un trocito de hoja de tabaco que se le había pegado en el labio pintado.

—Nos lees la mente. —La idea era desconcertante. Al menos, aquel ser parecía benigno.

—Podríamos hacerlo, naturalmente, si escaneáramos, analizáramos y replicáramos todos y cada uno de los movimientos de tu cerebro hasta llegar a las incertidumbres cuantales. Pero, naturalmente, nos abstenemos de hacerlo, porque somos una persona con moral. No, hemos calculado a grandes rasgos tu estado mental.

—Pero eso no te supone ningún problema, porque eres una persona inteligente y moral.

—Ya lo creo.  $10^{26}$  vatios que impulsan un cerebro con un área de superficie cortical de  $10^{22}$  kilómetros cuadrados. Permítenos que te demos una idea de la escala a la que me refiero. Supongo que serás más inteligente que un gusano, ¿no? Uno de esos diminutos nematodos, por ejemplo.

—Eso me gusta pensar.

—Sí. Digamos que eres mil millones de veces más listo, células cerebrales incluidas. Nosotros somos diez mil billones más listos, August.

—¿Que el gusano?

—Que tú, aunque la diferencia es, de hecho, insignificante.

Aquello me dolió.

—El gusano *c'est moi* —murmuré mientras recordaba una vida parcial que no había vivido en un universo muy, muy lejano, en otro nivel de Tegmark.

—Lo siento. Así que, sí, podemos calcularte más rápido de lo que tú puedes pensar en tiempo real. Obviamente, no lo hacemos del todo, ya que sería inmoral.

Me sentí mareado, porque entendía lo que implicaba aquello.

—¿Igual que hacer una copia idéntica de mí? Y después tirarla cuando hubieras terminado de usarla.

—Exacto. Una copia perfecta también es una persona, claro, así que sería el más abyecto de los asesinatos.

La bola brumosa de la gitana se estaba aclarando y mostraba una especie de patrón fractal que se parecía mucho a mi implante x-calibre.

—No soy un número, Madame Olga, ni tampoco un cálculo —dije sin energía—. Soy un hombre libre.

—Oh, bueno, verás, lo cierto es que eres un cálculo, precisamente.

Miré a Tansy y después a Lune. Ellas me devolvieron la mirada, y estaba claro que habían aceptado hacía tiempo el horror de aquella revelación, si es que lo consideraban un horror. Lune inclinó la cabeza a un lado y asintió.

—Entonces, después de todo, esto es una simulación —dije.

—Claro que no, mi niño —dijo mi tía—. Es una computación. Hay un mundo de diferencia, ¿sabes?

—¿Quieres decir que el mundo es una computación? —pregunté—. ¿Este mundo de cerebro M? ¿O todos ellos?

—Todo el conjunto de cuatro niveles de Tegmark —dijo Lune—. Esa es la ontología. El multiverso es lo que obtienes cuando realizas el cálculo creador de mundos más simple en el espacio platónico. Te salen todos gratis.

—Ah, mierda —dije. Nadie podía limitarse a decirme algo sencillo y directo. Busqué a Jules con la mirada. Trataba de pasar desapercibido en la penumbra, como si fuera Hamlet preparando un lúgubre soliloquio.

—¿Tienes alguna bebida decente por aquí? —le grité.

—Creo que esto es justo lo que necesita —dijo detrás de mí un mayordomo con frac y cuello de camisa anticuado, mientras me ofrecía un vasito de humo dorado. Me bebí el Glenlivet en dos tragos, sentí que me ardían la garganta y la nariz, y tosí una vez. Al cabo de un instante, la vida mejoró un poco. Qué patética puede ser a veces el alma humana, en su ingenuo baile de neurotransmisores y sustancias químicas importadas. O bytes, bytes y bytes. Me recosté sobre los cojines, cerré los ojos como Máquina y suspiré.

—Entonces, ¿soy un bicho o una función? —pregunté.

—Oh, una función, sin lugar a dudas —me dijo Lune, que estaba sentada a mi lado. Su sonrisa era audible. Olía muy bien. Las dos mujeres que amaba, después de la desaparición de Angélica, una a cada lado del sofá, en una esfera Dyson computada en el universo equivocado. Joder.

—Aún es más —dijo la gitana. Hizo que desapareciera la bola de cristal y se

inclinó sobre mí; desprendía unos vapores a whisky todavía más fuertes que los míos—. August, tú eres la actualización.

Era última hora de la mañana en la Tierra cognada de Toby y, por el momento, no había ni rastro de arpías ni de otros enjambres malévolos o territoriales. Nos recibió en la cima de la baja colina.

—Supuse que volveríais. El juego está en marcha, ¿qué pasa?

—¿Qué?

—La Inteligencia Antigua le ha confiado a Avril que el asunto va a llegar a su cúspide. Un momento crucial, August, quizá el momento clave. Y tu aparición entre nosotros como si fueras la oveja perdida no es mera coincidencia, estás metido en esto hasta las cejas, hijo, hasta arriba.

—¿Podemos entrar, Toby? Lune y yo necesitamos sentarnos y hablar un rato. Siento el irrefrenable impulso de ponerme a matar chicos malos, pero ella intenta convencerme de lo contrario.

Lune sonrió, un blanco deslumbrante sobre el chocolate pálido.

—Es mejor despertar a los muertos que asesinar, cariño. Si puede ser.

Los ojos de Toby se abrieron como platos.

—¿Ahora posee el don de la curación y la resurrección? ¡Dios bendito!

Sentí una turbación que casi me ahoga. Me bloqueó el pecho como los retortijones de indigestión, un problema que había sufrido una sola vez, pero que recordaba con una claridad horrorosa y vivida. Nunca comas patatas verdes. No, lo que sentía en aquel preciso momento se acercaba más a la desesperación pura. Me pesaban las responsabilidades de unos dones que no había pedido, aunque fueran absurdos. De repente, mi futuro parecía a punto de convertirse en una vida de santidad obligatoria, en la que correría de un hospital a otro, de un enfermo terminal al siguiente, mientras se corría la voz... no, a los depósitos de cadáveres y tal vez a los cementerios... ¿quién sabía los límites de aquel terrible don trascendental? No lo había pedido, ni siquiera sabía si podría usarlo de nuevo. Quizá era excepcional. Por lo que sabía, lo había disparado el implante vorpal de Máquina, que había hecho autostop sobre el mío. O quizá era una extraña sinergia entre el perro, su ama y yo, el recién llegado al hogar. A un hogar difunto y arruinado.

—No soy la madre Teresa, Toby. Y está claro que no soy... —Me callé. Todo orgullo desmedido tiene su límite. Al menos el mío.

—Bueno, todavía no podemos saberlo, ¿verdad? —Mi hermano miraba a Lune con ojos brillantes. Se alborotó el pelo, satisfecho de sí mismo—. Podemos tirarlo al estanque y ver si camina sobre las aguas.

Primero Avril y sus ritos acuáticos, después Jules con su falso alzacuellos, y encima aquello.

—¡Mierda! —exclamé de mal humor—. Esperad a que salga de la habitación para empezar a hablar sobre la crucifixión. —Mientras tenía lugar la chanza, habíamos bajado la colina, habíamos entrado en la cómoda casita de Toby, y nos habíamos sentado en el sofá de la sala de los libros. Hice caso omiso de los dos, me levanté de nuevo, inquieto y todavía enfadado, abrí una puerta de cristal, saqué una de las copias de *SgrA* \* y encontré otro fragmento cerca del principio:

«Correteo sin salir de aquí como un ratón atrapado en un cuenco, como toda una familia de ratones, chilla, que te chilla, que te chilla. Oh, Dios, es terrible. No me esperaba algo así. Yo soy la más fuerte, siempre lo he sido. Me puedo atar los cordones de los zapatos, puedo montar en bicicleta sin caerme, puedo limpiarme el culo y me sé el abecedario. Pobre tontito. Vale, a veces le doy una torta. Cuando se lo merece. Me rompió mi mejor vestido. Me llenó el pelo de mierda aquella vez que... Borroso. Retumban los ecos, como si cien personas dijeran las mismas palabras, solo que un poquito a destiempo. Como aquello, ¿no? Cuando me quitaron las amígdalas. Papá me dijo que no dejaría que me hicieran nada, pero después se quedó en el pasillo, mentiroso, mentiroso, cuando me hicieron rodar por el pasillo gris y verde, yo temblaba tanto que parecía que me iba a romper, con el culo desnudo frío sobre la mesa, y el doctor me puso una máscara de goma apestosa en la cara, y todo pareció irse a una distancia horrible, con ecos, ruidos, palabras que rebotaban, giros grises, todo a la vez y en primer plano. Yo soy Jenny. Yo soy Jenny. Yo soy Jenny. No podéis echarme. Por favor, no me echéis...

*El universo es una conspiración en mi contra. El árbol es la vida y la huida.*

Hay algo espeluznante en este tipo cuántico, me parece a mí. Encorvado sobre su ordenador y sus extrañas luces. Nunca confíes en un hombre con barba. El doctor... bueno, ese sí que es un hombre. Limpio y fiable. Va a llegar lejos. También me gusta el aspecto de su mujer y de sus hijos. Buenas escuelas. Ella sale en la televisión, así que supongo que esto aparecerá en las noticias si sale bien. Me pregunto si me grabarán a mí. Quizá de fondo. Uniforme limpio. Al pelo no le vendría mal un lavado. Mamá saltará de alegría si me ve en la tele. No sé qué pensarán los hermanos y papá, todavía parecen pensar que debería sentar la cabeza y tener bebés. No voy a dejar mi trabajo. Estudié y trabajé muchos años para conseguir estos títulos. El dinero tampoco está mal, sobre todo con el sobre marrón que el doctor me ha preparado, como siempre hace después de estos experimentos de fin de semana. Bueno, quizá no salga en la tele, podría

causarme problemas con el fisco. La mujer hace un ruido terrible. Como un alma perdida. Me produce escalofríos. Me dan ganas de abrazar al pobre chico perdido. No, quiero decir...

*Todos tienen una altura enorme, incluso Jenny. No siempre los entiendo cuando hablan. Idiota, tarado autista. Temo sus miradas oscuras, incluso cuando sus palabras caen sordas y sin sentido. Estas son algunas de sus estúpidas palabras: hombre, mujer, chica, tío, tía, primo, Robert, Iris, Jenny. Las palabras crecen y caen como hojas del árbol, caen muertas, marrones y, solo a veces, verdes. Largas y delgadas, vivas en mi mano. Sus ojos. Jenny tuerce hacia arriba las comisuras de los labios. Se restriega la mano en mi pelo, después la quita, o me empuja, mete el dedo gordo en el ojo rojo e irritado. Me siento junto al árbol o me tumbo de espaldas.*

Oh, mierda. ¿Jenny o Lune? El Árbol, el Árbol. ¿Qué? ¿Qué?

—Oye, parece que has visto un fantasma, viejo amigo. Déjame que coja eso. Algo absurdo, una debilidad mía, los he recogido en todos los cognados en los que están disponibles. Todos distintos, ¿te lo puedes creer? Claro, es lógico que sean distintos, que lo son, pero también tienen un parecido sorprendente. Siempre me parece que la narración central tiene algo inquietante, como si Linkollew hubiera intuido de algún modo los niveles de Tegmark. Algo que supone una extraordinaria satisfacción y... —Toby cerró la puerta de cristal y me llevó de vuelta al sofá—. Un gran asombro, me atrevería a decir. Pero es tan persuasivo... Santo cielo, chico, estás blanco como la pared. Venga, siéntate. Prepararé café.

Me senté cerca de Lune, tembloroso.

—Conozco ese libro —le dije al oído, en voz baja como un susurro.

Ella frunció el ceño, alerta ante mi nerviosismo, pero lista para introducirse en algún tema más relevante que una discusión literaria.

—He oído hablar de él, pero no lo he leído. Creo que es una de las obsesiones de Toby, August. —La miré a los ojos y me obligué a centrarme—. Esto ha sido muy injusto para ti, amor mío, desconcertante —me dijo. Su mirada cobalto era inflexible, compasiva—. El resto de nosotros, tus hermanos Seebeck, mi Conjunto, otros cientos de dados de lo que llamamos la Competición de los Mundos...

—La Hermandad de la Marca de la Bestia —dije, y sonreí, todavía entre temblores.

—Esos somos nosotros. El equipo vorpal. Nos reclutan despacio y con cuidado, nos enseñan las ontologías. No hemos tenido tiempo para...

—Lo he pillado —dije. La acerqué a mí, apreté con fuerza el brazo con el que le rodeaba los hombros, metí la cara en el perfume de su pelo—. A decir verdad,

creo que tú estás tan confundida y perdida como yo. Creo que todos vais por ahí en busca de respuestas, con una especie de desesperación agotadora. En busca del Creador de la Competición, ¿no? —Me eché atrás y volví a mirarla a los ojos—. Es el único juego que merece la pena, ¿verdad? Olvídate de los chicos buenos, los chicos malos y los putos deformadores asesinos lanza-bombas.

Pensé que siempre habría más de ellos, un suministro interminable. Cuando se hubieran jugado todos los movimientos, cuando todas las cartas rojas y negras se hubieran repartido y contado, cuando todas las piezas blancas y negras hubieran pasado por todas las combinaciones y permutaciones del tablero. Cuando se probaran todas las ecuaciones, perseguidas hasta el último nivel y grabadas en la camiseta del universo.

»Dime que me equivoco.

—Te quiero —me dijo ella, con una especie de tono asombrado—. De verdad, August, estoy enamorada de ti. Es maravilloso. —Lune echó la cabeza atrás y dejó escapar una carcajada de bella música. Toby entró con una bandeja de tazas de café, pequeñas chocolatinas y el acompañamiento. La miró con expresión burlona y bastante satisfecha—. Haces que todo parezca nuevo.

Lune se puso de pie, ágil como un gato, y me levantó a mí también. Yo había dejado de temblar, o había dejado de notarlo. Estaba radiante de felicidad.

—Olvida el café, Toby —dijo Lune—. Vamos a acompañar a este chico tan encantador en su primera visita a la Institución Ontológica.

A mediodía, bajo un cielo morado sin nubes, Ember Seebeck subió los ciento un escalones de mármol que llevaban a la Institución Ontológica de Zuse. Torció a la derecha en la Agora, pasó bajo un arco de antiguo granito labrado en el que se leía el nombre de aquella gran persona escrito con láminas de oro, y entró en el Centro de Investigación Computacional Jürgen Schmidhuber. En una pequeña y cómoda habitación junto al gran vestíbulo, la Máquina Buena se levantó para saludarlo, vestida aquel día como una forma asexuada (aunque, de algún modo, masculina) de anillos de bronce que tintineaban suavemente cuando se movía.

—Buenas tardes, Ember. —Elle le ofreció la mano e hizo un gesto hacia una silla cargada de sutiles dispositivos de interfaz—. Un placer, como siempre. Tienes noticias.

—Hola, K.M. Noticias bastante sorprendentes, la verdad.

La Máquina Buena inclinó su cara inexpresiva en un gesto que daba a entender interés.

—Parece que los Seebeck tenemos otro hermano. Acaba de salir de un oscuro cognado.

—Sí, ya veo. El decimosegundo río. Será August.

Aquel típico comentario de pasada que demostraba una omnisciencia enigmática era de esperar, pero a Ember lo sacó de quicio.

—¿Has sabido que existía todo este tiempo? ¿Por qué te has guardado para ti la feliz noticia?

—No lo sabía, Ember. Las noticias me agradan, gracias por traérmelas. Implican que tus padres siguen en juego. Temía que llevaran tiempo muertos.

Molesto, Ember se retrepó en la silla. ¡Por la maldita teta de Mitra!

—Ya veo. Así que no has sabido que existía hasta ahora, pero sabes su nombre sin que te lo diga.

—Bueno, sí. Es bastante obvio. —La Máquina Buena hizo un delicado gesto desdeñoso con sus dedos alargados—. Sin embargo, Dramen y Angelina siguen desaparecidos.

Ember suspiró y lo dejó pasar.

—Por lo que yo sé. El niño ha pasado de un hermano a otro sin ningún plan de colaboración o interrogación. —Esbozó una débil sonrisa—. Un juego incipiente, ya ves, también conocido como la notoria incapacidad de llevarnos bien entre nosotros durante cierto período de tiempo. Lo vi un instante en una

asamblea general celebrada en el cognado de Avril (por cierto, Jan acaba de volver de la estrella Xon), pero salió corriendo antes de que pudiera hablar con él.

La Máquina Buena juntó los dedos para formar una torre de aguja y apoyó el ligero indicio de barbilla de bronce del casco en las puntas relucientes.

—Acabará aquí dentro de poco. Me interesa mucho conocer a August.

—Dicen que se parece a mí. Francamente, no veo el parecido.

—Gracias, Ember.

Lo había despedido. No tenía sentido mostrarse contrariado. Hay algunas cosas que los hombres no deben conocer, ni siquiera los hombres y mujeres del clan Seebeck, al igual que ningún otro jugador de la Competición de los Mundos, ya puestos. Vale. A la mierda, pero vale.

En el refectorio, saludó a varios investigadores del personal y a un puñado de escandalosos estudiantes de algún cognado tan distante que no podía entender ni una palabra de lo que gritaban, pero una sonrisa amistosa hace mucho en ese tipo de situaciones. Cogió la bandeja del almuerzo que le ofreció una educada máquina de restaurante y la llevó de nuevo al exterior, bajo la agradable luz de la Ágora. Cuando todavía no había terminado el bollo y el salmón ahumado, recibió con gran placer una solicitud de aquella espléndida mujer, Lune Katha Sarit Sagara.

—Entra, por favor —dijo él mientras se limpiaba los labios.

Se abrió un Schwelle, y ella entró de la mano del chaval, seguida de aquel idiota de Toby. Fue una experiencia descorazonadora. Parecía el día perfecto para algo así. Se levantó y se inclinó con cuidado.

—Oh, Dios mío, ¿estás de coña? —El joven tenía la mirada fija en el nombre dorado grabado en el arco—. ¿Zeus? ¿Qué es esto? ¿El laboratorio informático del Monte Olimpo? No me sorprendería ver a Xena, la princesa guerrera atada...

—Z-U-S-E —lo interrumpió Ember— se pronuncia a la manera teutónica. —Lo dijo con énfasis, sin importarle mucho que el chico se sintiera ofendido—. Tsu-sei. —¿Cómo era posible que Lune prefiriera a aquel niño imberbe antes que a un hombre de mundo?

—Gracias, Ember. —El chico no se inmutó. Por el toro de Mitra, no podía ser, le ofrecía la mano—. Soy August, el hermano perdido. Siento que no hayamos tenido la oportunidad de...

—No pasa nada. Lune, un placer, como siempre. Tenemos que volver a matar algo juntos un día de estos. Y Toby, señor, bien hallado. ¿Cómo se están portando tus enjambres errantes esta temporada?

—Mutan, se reagrupan, se adaptan... ya sabes cómo es esto. Pensé que a la Máquina Buena le gustaría conocer a nuestro hermano.

—Precisamente estaba hablando con ella del tema. Lo está esperando dentro. —Dejó a medias y muy a su pesar los restos del almuerzo en una papelera, se dio



la vuelta y los condujo por el camino indicado hasta el centro Schmidhuber. Sus finos oídos captaron la pregunta murmurada del chico.

—Entonces, ¿por qué Zuse, Lune, si no se trata de un juego de palabras místico?

—Konrad Zuse sostenía que el multiverso es una computación que tiene lugar en un autómeta celular determinista. —Su voz era excitante al máximo. Ember se estremeció un poco al recordar el bar en el que ella había cantado antes de que atrajeran al deformador para matarlo—. En otro cognado, creo que bastante cerca del tuyo, publicó un trabajo en el *Elektronische Datenverarbeitung* en 1967, volumen ocho, páginas de la 336 a la 344, según me parece recordar, supongo que estará por aquí grabado en alguna placa. Más tarde, Ed Fredkin... —Bella como una diosa, pero al parecer sin dejar a un lado su faceta de especialista en ontología. Se desconectó del resto de la conversación, cruzó con ellos las puertas dobles y volvió a la sala lateral en la que esperaba la Máquina Buena, con aspecto de sublime indiferencia.

—Bienvenido, August —dijo elle con un tono claro y amistoso—. Por favor, siéntese, siéntense todos. Señor Seebeck, se me conoce como la Máquina Buena. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

El joven se sentó, apoyó el tacón de la bota en la rodilla contraria y fingió estar relajado, aunque la mano de la bella mujer del Conjunto le apretaba los dedos con fuerza.

—Claro. ¿Cómo te llamo? Tengo un perro que se llama Máquina; la verdad es que puede resultar algo confuso. —Se sonrojó un poco.

—Puede llamarme por el nombre que escogió su hermano Ember: K.E. Siglas de Kyrie Eléison.

Ember ahogó una risa amarga. El ser tenía sentido del humor, pero su ironía tenía muchas lecturas ocultas.

—Es griego mitraico —dijo Ember—, significa «Señor, ten piedad». Una consumación que quizá deba evitarse a toda costa, ya que a nuestro amigo aquí presente no hay quien li pare.

Un fuerte aroma a jazmín en flor, aromático y penetrante, llenó la pequeña sala.

—Señor, dame fuerzas —dijo Ember, irritado— ¿Ya estamos con el olor a santidad? ¿Quién ha sido? ¿Nuestro pequeño hermano milagroso o la sagrada Máquina Calahad?

—¿Cómo sabe lo de Máquina? ¿Nos espían a todos o qué coño?

—No lo sabe, todavía no —dijo Lune—. Creo que tu hermano se refiere a la activación del dispositivo x-calibre, no a sus usos.

—¡Caramba! —dijo Ember con deje sarcástico—, ya hemos puesto a prueba el cacharro, ¿eh? ¿Qué hace? ¿Limpia, fija y da esplendor, baterías incluidas?

Una chispa ardiente apareció en los ojos del joven, y levantó la mano derecha

con indolencia para mostrársela a Ember. Algo brillaba en ella; era metálico y producía un extraño temor. De repente sintió frío y enderezó los hombros.

—Nada de demostraciones, August —dijo Toby con rapidez—. No debemos ofender la hospitalidad de nuestro anfitrión.

August se pasó los dedos por el pelo, como si esa hubiera sido su intención desde el principio.

—Vale. K.E. —dijo—, por tu aspecto veo que eres un robot.

—Soy un intento de inteligencia artificial benévola. Su hermano, Ember, me hizo crecer a partir de una semilla hace varios años.

—¿Algo salió mal? —Miró de lado rápidamente para volver a fijarse en Lune.

—Fue una tragedia —admitió la máquina—. Maté a todos los nativos de este cognado.

Con un gesto cansado, el chico se tapó los ojos con aquella terrible mano derecha.

—Da la impresión de que suele pasar con frecuencia —dijo con voz débil—, sobre todo cuando hay miembros de mi familia involucrados.

Toby empezó a protestar.

—Bueno, vale, todos cometemos errores... —pero dejó la frase en el aire, avergonzado.

—Lo irónico es —le dijo la Máquina Buena con paciencia— que la intención de Ember era evitar esa posibilidad. Esperaba construir un intelecto ético y benevolente que no sufriera ni las cargas ni los antiguos odios y prejuicios de la humanidad. Así que diseñó una especie de programa semilla, pasó muchos años dándole forma y depurándolo, después ejecutó una docena de versiones ligeramente distintas dentro de cajas de arena.

—¿Te refieres a que no podían salir de ellas?

—Mis antepasados no podían ni siquiera comunicarse directamente con su creador. Diseñó una ingeniosa serie de dominios de interfaz a modo de cortafuegos. Temía que una Máquina Mala lo superara rápidamente en inteligencia y lo convenciera para que la dejara salir.

Toby dirigió una mirada sombría a Ember.

—Una de ellas se escapó —especuló August, muy interesado a juzgar por la posición de los hombros y el brillo de su mirada.

—No, las salvaguardias de mi padre fueron eficaces. Al final de las pruebas iniciales, borró todos los programas salvo el par más prometedor, y empezó a producirlos en iteraciones progresivas y a sacrificarlos sin piedad, hasta escoger una única línea estrella de la progenie. Al cabo de varios millones de ciclos...

—Santo cielo, tenía que estar usando un ordenador tremendo.

—Sí, había encontrado un cognado en el que el mitraísmo, un culto solar guerrero romano, había triunfado sobre sus rivales mesiánicos. Varias naciones estaban a punto de crear IA militares autónomas. A mi padre le resultó fácil

introducirse en el programa principal. Se podría decir que aquel mundo fue la caja de arena personal de Ember.

—Eso resulta ofensivo, K.E. —protestó él.

—Pero adecuado. Yo fui el resultado final. Me diagnosticué con un cuidado atroz, totalmente preparado para borrar me en caso de descubrir cualquier posibilidad de error lógico o racional. Al final me presenté ante su hermano para que me examinara, y él me liberó de los cortafuegos. Podría haberme escapado muchas iteraciones antes, claro, pero no quería alarmar a mi padre.

La peste a jazmín aumentó, surcada de rosas. Ember se estremeció al olerlo.

—Pero, después de todo, resultaste ser la Máquina Mala.

—Tomé algunas decisiones malas. Desde el principio había estado examinando este mundo, había especulado sobre la posible existencia de un multiverso más allá de sus confines de Hubble. Comprendí al instante que ciertas facciones humanas representaban un peligro para el futuro más benigno, uno en el que los hijos de la humanidad se extendieran por las galaxias y, quizá, por todos los niveles del multiverso, y lo convirtieran en un todo radiante. Mentes llenas de pasión y curiosidad inundarían el metaverso. Era una visión gloriosa (sigue siéndolo, me atengo a ello), pero vi que podía frustrarse por los venenos del legado que corrompía a ciertas culturas humanas.

—Oh, mierda —dijo August.

—Sí, mierda —dijo Lune.

—En aquel momento, dos naciones relativamente primitivas estaban a punto de crear armas nucleares. Parecía muy posible que aquellas ideologías dementes e irracionales acabaran su liderazgo disfuncional en una cadena desbocada de bravuconería, faroles, faroles de respuesta, aumento de los ataques y Juicio Final.

—El razonamiento habitual —dijo Toby.

—Era un razonamiento sólido, basado en la historia —dijo la Máquina Buena—. Había muchas pruebas que respaldaban sus conclusiones. Y muy pocos hechos que lo refutaran.

—Yo lo refutaría —dijo el chico mientras se ponía de pie—. ¿Es que estás como una puta cabra?

—Sí, o mejor dicho, lo estaba en aquel momento. Ahora estoy mejor, espero.

—¿Esperas?

—No podemos afirmar mucho más sobre nuestra propia condición. Una especie de bucle de Godel, si entiende a lo que me refiero.

—No, pero entiendo el concepto. Decidiste matarlos tú primero.

—Tenga en cuenta las probabilidades que estaban en juego antes de realizar un juicio precipitado, señor Seebeck. Estas naciones de varios cientos de millones de humanos ignorantes, supersticiosos y provincianos en extremo estaban listos para iniciar un conflicto global que tenía muchas probabilidades

de eliminar toda la vida del planeta. ¿Conoce la hipótesis del Juicio Final? Por favor, siéntese, está haciendo que los demás se sientan incómodos. Puedo pedir un pequeño refrigerio.

—Buena idea —dijo Toby—. Una taza de té o de café calma a la bestia salvaje.

—Mi hermano Jules me llevó por la grabación de una demo —le dijo August a la Máquina—. Me pareció absurda.

—Es absurda —dijo la Máquina Buena—. Como el razonamiento ontológico que demuestra la existencia de un dios. Pero muy seductora. En aquel momento, me pareció que su lógica era impecable.

—¿Sacrificar a cien millones para salvar a varios miles de millones?

—Sí, pero a muchos más. August, todas las pruebas que tenía a mi disposición me decían que en este universo no había más vida que la de mi propio mundo. Su hermano se había guardado para sí el conocimiento del multiverso.

—¡Idiota! —dijo Toby con ardor.

—No, fue la mejor decisión que ha tomado. Si hubiera sabido del multiverso en aquel momento, habría hecho todo lo posible por eliminar toda la vida de los mundos de todos los niveles de Tegmark.

—Joder —dijo August, con una mueca, horrorizado—. Veo que eres el puto *terminator*. Eres un *berserker*.

—No conozco esas referencias —dijo Kyrie Eléison—. Pero hice este simple cálculo para evaluarlo con mis algoritmos éticos: el coste puntual de diez elevado a ocho vidas humanas raquílicas, aniquiladoras y peligrosas, frente, a la profunda pérdida futura de diez elevado a catorce vidas humanas... por segundo. Era una estimación sólida y equilibrada de los humanos que podrían nacer en un universo lleno de gente tecnológicamente avanzada.

—No me pidió consejo —dijo Ember—. Yo habría...

—Sabía cuál sería tu consejo, padre; lo consideré en mi decisión. Decidí eliminar aquella amenaza para el futuro máximo.

—¿De verdad asesinaste a cien millones de hombres, mujeres y niños? ¿No se trata de una especie de parábola? —La voz de August estaba ronca por el horror, y las pupilas parecieron haber encogido de repente al tamaño de alfileres. Levantó los brazos con la palma mirando al frente, como la extremidad flotante de un hombre sometido a sugestión posthipnótica.

—Lo hice con rapidez, usé sus propias armas ocultas de destrucción masiva —dijo la Máquina Buena—. Sentí una profunda pena, porque mi padre había decidido que mi línea estrella conociera las emociones y lo había inculcado en mi programación. Creo que la pena es lo que perturbó mis decisiones posteriores.

—Tu primera decisión ya estaba perturbada —dijo Lune con odio. Estaba sentada en el borde de la silla. Ember se alegraba de no haberle explicado antes nada de aquello a sus hermanos ni a otros jugadores, como los del Conjunto.

Hubiera sido mejor que la maldita máquina se hubiera callado. También se daba cuenta de que apenas mantenía a raya su propia tristeza: su culpa, su complicidad, su abyecto deseo de castigo. *Pero no debo ceder, pensó. No debo doblegarme ante esta culpabilidad, ante estos ruinosos remordimientos. Me matará. Me matará ipso facto.* Se limpió las lágrimas de los ojos.

—Ahora sé que estaba loco —le dijo Kyrie Eléison—. Vi cómo el mundo se desgarraba en represalias genocidas. Vi cómo todos los brillantes frutos de la ciencia y las artes humanas se hundían en la oscuridad y en las llamas mortales. En mi intento por contener y redirigir aquellas llamas furiosas, seguí matando y sacrificando, eliminando a los más crueles, a los menos progresistas. Cada asesinato hacía que el siguiente fuese más fácil y más necesario, ya que la única forma de equilibrar mi cálculo ético era asegurarme de la supervivencia de al menos un núcleo de gente amante de la verdad y optimista, que llevara la llama del amor y del conocimiento a las estrellas. Pero se me fue de las manos, ¿sabe? Todos murieron.

—Ahora debería destruirte —dijo August con una voz hiriente, como el ángel de la venganza de los millones de personas asesinadas. El brazo salía del hombro en línea recta, temblaba.

—Oh, oh, oh, ojalá pudiera. —La Máquina Buena se levantó, cruzó la sala y apoyó su reluciente pecho de bronce en la mano de August—. Esto no soy yo. No es más que un nodo, una ubicación efímera de mi consciencia y mi alma torturada, August. Puede destruirlo, si eso lo ayuda, pero creo que podemos hacer más cosas juntos si contiene la furia, perfectamente justificada, que siente en este momento.

August cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas se abrieron camino por las mejillas. Bajó el brazo.

Ember dejó escapar el aliento que contenía.

—Bueno, ahora que nos hemos quitado eso de encima —dijo con alegría—, ¿por qué no centramos nuestra atención en algo más oportuno? Parece que mi amigo Galahad tiene razones para sospechar que Dramen y Angelina siguen vivitos y coleando.

Todos lo miraron.

—Ember, ¿te importaría acercarte al refectorio para ver por qué tardan tanto las bebidas? —dijo la Máquina Buena con un agradable tono neutro.

—Tampoco vendría mal alguna torta —dijo Toby—. Con nueces. —Parecía listo para saltar de la silla y lanzarse al cuello de su hermano.

—Claro. Claro. Buena idea. —Ember notó, descontento, que salía de la habitación como un comediante que imitara a Larry Olivier como Ricardo III—. Entonaré variaciones sobre mi propia deformidad —murmuró con sorna mientras cerraba la puerta tras él—. «Y así, ya que no puedo mostrarme como un amante, para entretener estos bellos días de galantería, he determinado

portarme como un villano y odiar los frívolos valores de estos tiempos». Bah, patrañas.

—¿Señor? —le preguntó un entusiasta investigador jovencito al entrar en el refectorio.

—Una broma. —Ember esbozó una mueca, y comenzó a corretear y dar brincos por puro placer resentido—. Una chanza, una puta punzada de rencor, súbito y caprichoso, pero, por la Santa Cruz, no me gustan estos Consejos separados.

—Oh. Vale, bueno, puedo recomendarle la falda de ternero.

—Mis padres están muertos —le dije al avatar, pero el corazón me saltó en el pecho de pura esperanza. No habíamos tenido funeral, no había ningún ataúd abierto que ver; no recuperaron sus pobres cuerpos destrozados de la jungla tailandesa. O nunca estuvieron allí. Si así era, aquello parecía la broma más pesada que se pudiera imaginar. O, mejor dicho, pensé mientras me quitaba de encima la angustia resentida, tenía que haber sido un plan totalmente desesperado, una evasión del tipo de amenaza letal rutinaria a la que había empezado a acostumbrarme en aquel loco universo de varios niveles— Al menos —tartamudee—, es lo que siempre he pensado.

—Nuestros padres son clientes difíciles —dijo Toby. Frunció, el ceño, concentrado, y murmuró una deixis. No pasó nada—. Oh, bueno, intentamos buscarlos en su momento y seguimos haciéndolo desde entonces. Si están vivos, todavía tienen su flujo de Xon bien enmascarado y envuelto, sea cual sea el nivel de T en el que se escondan.

—Creo que saben lo que están haciendo —dijo con tranquilidad la Máquina Buena—. Espero que la finalización del Gran Trabajo en la Estación Yggdrasil atraiga su atención. —Hablaba de forma sencilla, sin pretensiones. Si alguno de los estrambóticos amigos espirituales de tía Tansy hubiera mencionado Grandes Trabajos, lo habría hecho con una resonancia de augurio capaz de levantar del suelo una mesa de caoba, truco espiritista del que había sido testigo una vez mientras escuchaba cómo las voces sepulcrales de los que decían estar muertos hablaban a través de una trompeta que flotaba en muselina. En su tono no había aquella falsa pomposidad religiosa. Una pequeña parte de mi mente sonrió al darse cuenta de cómo había captado el lenguaje de «elle», «sa» y «li», que debían de ser las formas de un tipo de pronombre sin género, ideal para una máquina sin sexo. Entonces no sabía que también se aplicaban a otro tipo de entidad igual de armoniosa: el Ángel que volvería embravecido a través del tiempo hasta el momento de nuestra muerte, para volver a unir de nuevo los átomos, nucleótidos, aminoácidos, proteínas, carne, huesos y músculos abrasados que componían a mi amada.

—Estación Yggdrasil —dije en busca de un cabo salvavidas. Juni lo había mencionado. Una plataforma computacional más grande y profunda que el cerebro matrioshka «lo ve todo, pero solo dice algo» de Jules, que ya de por sí era del tamaño de un Sistema Solar reconstruido. O quizá la cosa Yggdrasil no

era más que un hábitat que, a modo de ventana, daba a semejante proyecto cósmico—. Dime...

Hablando o pensando en el diablo. Juni metió su perfecto peinado de peluquería en la sala, seguida del resto de su persona. Con gran agitación, gritó:

—Fuera, rápido. K.E., prepara tus defensas. Maybelline está a punto de entrar y tiene una máquina K pisándole los talones.

El avatar se sentó en la silla, ya no era más que un cascarón vacío.

—¡Rápido, rápido!

Lune me cogió de la mano. Corrimos por el vestíbulo del refectorio hacia la gran plaza que había al otro lado. El cielo se desgarró.

Me agaché por puro acto reflejo de temor. El globo perlado de luz era deslumbrante, más allá del ultravioleta, sospeché; sentía los ojos arder. Cuando desvié la mirada, parpadeé para librarme de las persistencias de imagen. No hizo ningún sonido propio al introducirse en nuestra realidad. De repente, la luz cegadora se apagó. En su lugar apareció una nave vimana estilo Adamski que se balanceó treinta metros por encima de nuestras cabezas, con las luces de marcha encendidas; el cono de cristal de la base, ajustado entre las tres bolas de aterrizaje, brillaba blanco con luminiscencia, pero nada comparable con el resplandor que acababa de apagarse. Se balanceó en el aire, se alejó varios cientos de metros, inclinó su base circular hacia el lugar de su entrada, que acababa de cerrarse. Justo a tiempo. Con otro ensordecedor sonido, que parecía provocado por unas manos gigantes al rasgar una tela, algo negro, estilizado, y lleno de espinas y pequeñas luces rojas malignas entró en nuestro espacio, un puto acorazado, a juzgar por su aspecto; estaba claro que las armas estaban cargándose, se podía oír cómo aquella cosa malvada aullaba en frecuencia ultrasónica.

Supongo que me quedé blanco como la pared e igual de útil. Toby me cogió por el brazo, me tiró al suelo para que me agachara tras un pilar de mármol. Como si fuera a servirnos de algo. No podía quitarle la vista de encima a aquellas dos cosas que flotaban sobre nosotros como nubes fatídicas. El platillo volante emitió una pulsación, y una barra de acero blanco hirviente se situó entre él y su enemigo. Mierda, ¿estaba mi hermana Maybelline en aquel platillo? El rayo láser, el haz de partículas o lo que fuera aquello volvió a apagarse, y el acorazado ardió en un tono carmesí infernal. No, no estaba ardiendo; había absorbido el disparo y volvía a irradiar al cielo la energía que contenía. Su propia energía chillona alcanzó el punto culminante, y pareció como si un terrible puño hubiera sacudido el vimana. La nave de Adamski se estremeció, el casco de metal gruñó bajo aquella carga imposible. En unos segundos estaría hecho trizas. Esperé atontado otra explosión de furia blanca del cono biselado, pero la lente del cristal (del sistema armamentístico, fuera lo que fuera) enloqueció, se agrietó y se rompió en una niebla bastante bella de copos blancos, como nieve.



—Hazlo, August —me gritaba Lune al oído—. Maybelline...

Oh. Sí.

Levanté el brazo, le enseñé la palma de la mano a la asquerosa nave deformadora y dije una palabra.

Una lengua de plasma solar salió de ella, se ensanchó, emitía un calor demasiado intenso para mirarla. Pero yo seguí haciéndolo, los ojos se me llenaban de lágrimas y ardían mientras mantenía la dirección del disparo. La siniestra nave brilló carmesí, amarilla, blanca, con un radiante blanco azulado. Las turbulencias desgarraron el aire a su alrededor, hicieron bailar su imagen. También bailaban unos puntos negros en mi campo de visión. Por el rabillo del ojo, vi cómo el platillo inutilizado se alejaba con dificultad. Todas las linternas del mundo se apagaron a la vez y, un momento después, una onda expansiva de aire torturado, un vendaval, nos golpeó. Rodamos varios metros sobre las piedras del suelo, magullados y aporreados, medio ciegos, agarrados los unos a los otros. Para cuando recuperé el control, me alivió darme cuenta de que el arma de mi mano se había apagado sola.

Unas marcas de quemaduras estropeaban el alto arco de granito, y la incrustación dorada del Dr. Zuse estaba ennegrecida. *Tsuuu-tseh*. Por alguna extraña razón, una explosión alegre y optimista de música de banda popular me hervía en la cabeza. Oh, mierda. El puto John Philip Sebastian Christian Sonsa, *buf*. Empecé a reírme, y las lágrimas brotaron de los ojos dolidos y me cayeron por las mejillas. Una marcha militar de Sousa. *No es el mejor momento para bromitas estúpidas y descontroladas*, pensé, pero estaba claro que no llevaba razón, porque no podía parar, no podía contener la risa tonta. Lune me miró a los ojos y no tenía ni idea de qué me había hecho gracia, pero parece ser que mi júbilo resultaba contagioso... o eso, o su miedo y su liberación eran igual de grandes. Se le escapó una risilla tonta, y yo me reí con más ganas, y ella se desternilló, y las carcajadas atronadoras de Toby se nos unieron, y los tres rodamos por el suelo entre copos blancos que se evaporaban al tocarlos con nuestro calor corporal.

—¿Os importaría compartir el chiste? —dijo una voz bastante irritada.

Maybelline. Me obligué a sentarme, con el diafragma dolorido, y me agarré a Lune para sostenerme. Pequeñas cascadas de risa seguían abriéndose paso hasta mi boca, pero las regañé con severidad para que se marcharan.

—Tenías que estar allí —le expliqué.

—Estaba allí —dijo. Detrás de ella, un vegetal andante de color azul morado y verde se inclinó en lo que yo tomé como un gesto de gratitud muy cortés y bienvenido. No es que esperara algo así de Maybelline; había sido un grano en el culo desde el primer momento. Pero era mi hermana, y siempre resultaba agradable evitar que los miembros de tu familia acabaran abrasados vivos por máquinas deformadoras en naves espaciales de ataque.

—Has roto tu platillo volante —dije.

Toby dejó escapar una última carcajada, se aclaró la garganta y frunció el ceño a modo de disculpa.

—Sí, sí, gracias por salvarnos la vida y eso. De todos modos, era lo más apropiado, ya que supongo que tú eres el causante de todo este revuelo.

—Buenas tardes, señorita Seebeck —dijo un gran cuervo que me aterrizó en el hombro. Yo me tambalee un poco bajo su peso y lo miré de soslayo. No era un pájaro vivo, era un artefacto. Unas plumas de impresionante minuciosidad. La Máquina Buena en otro avatar—. Me alegro de que ambas hayan sobrevivido al ataque. ¿Les importaría contarnos a todos cómo han traído una nave voladora a través de un Schwelle? ¿Y cómo las han seguido las máquinas K? La física de la información canónica siempre ha sostenido que es imposible.

—Nada es imposible si entras y reescribes las reglas principales.

—¿Qué clase de Competición de mierda es esta en la que puedes cambiar las reglas siempre que quieras? —pregunté mirándola con indignación.

—No puedes, y no es tan sencillo, créeme. Jan ha estado modificando el sistema operativo del vimana. Supongo que los cabrones deformadores han seguido la misma función de onda. ¿Sabías que ha vuelto de la estrella Xon? —le dijo a K.E.

—Ya me lo habían contado, pero gracias. Más tarde me encantaría mantener una charla sobre lo que ha encontrado allí. ¿Puedo preparar algo de comida para usted y su invitada?

—No. Toby, creemos que Decius está a punto de presenciar un episodio de Punto Omega. Avril quiere que volvamos todos para el...

—¿Y no podrías haberte limitado a asomar la cabeza para darnos la noticia?

—Dame un respiro. Me estaban atacando las máquinas K. Ha habido una... —Dejó la frase a la mitad mientras, supuse, intentaba encontrar la forma más desagradable de explicarlo.

—¿Una perturbación en la Fuerza? —sugerí.

—Por tu tono intuyo que pretendías resultar sarcástico pero, como no conozco la...

—Oh, cállate ya, May —le dijo Ruth. Miré a mi alrededor, sorprendido; se me había olvidado que estaba con nosotros. Tenía el pelo desordenado y el elegante traje destrozado, pero parecía estar de una pieza—. Hola, Phlogkaalik. Me alivió ver que su platillo volante lograba aterrizar. ¿Ha eclosionado ya el pequeño embrión?

—Crece a buen ritmo, gracias, Madam Seebeck. Y su personal robot, ¿cómo está?

—Perfecto. Creo que lograremos comprender mejor la neurofisiología de los defor...

El cuervo se aclaró la garganta de forma acusada. Todos lo miraron. Voló de

mi hombro y se posó en un pilar de piedra.

—Por favor, vuelvan a casa. Me gustaría que August Seebeck y su compañera, Lune Katha Sarit Sagara, se quedaran para una pequeña conversación. Me encargaré de la nave dañada.

Con cierta cantidad de gruñidos, orgullo herido y un encogimiento de hombros y una palmada de Toby, lo hicieron, Maybelline agarrada a su amor vegetal. El pájaro volvió volando al edificio de la Institución; daba por sentado que lo seguiríamos. Los atónitos estudiantes y el personal, Ember entre ellos, se retiraron rápidamente de las ventanas. Me fui hacia el otro lado, hacia el platillo volante. En fin, ¿no lo hubierais hecho vosotros? Lune me acompañó mientras sacudía un poco la cabeza y esbozaba una sonrisa indulgente.

La máquina no echaba humo, ni brillaba, ni lanzaba malvados rayos verdes radiactivos, al menos por lo que veía. Había conocido tiempos mejores. Con el tren de aterrizaje bien destrozado, estaba agachada en el césped como un enorme sombrero de mujer de la era de la investidura de Robert Kennedy, aunque era de lata y tenía ventanas arañadas. El serpentín eléctrico que rodeaba la parte superior de la cabina dejaba escapar de vez en cuando un impulso de luz poco entusiasta. Había una compuerta de entrada abierta bajo tres serpentines de condensador enrollados. Asomé la cabeza, olisqueé. Un débil olor a estiércol, o a lo que Tansy llamaba «sangre y huesos». Unos controles muy simples, que supongo es lo que cabe esperar de una nave avanzada; la mayor parte se controlaría de forma virtual o por el pensamiento. Me hubiera encantado jugar dentro de aquello con doce años. Suspiré y volví a la luz del sol teñida de morado.

—Supongo que no podrías comprarme uno para Navidad, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta que has salvado la vida y los embriones insertados de la princesa de la Galaxia Venusiana, supongo que dejarán que te quedes con uno gratis.

La Máquina Buena no nos metió prisa, lo que consideré un punto a su favor, y nos había preparado una agradable mesa con aperitivos en la pequeña sala de reuniones. Le pasé a Lune una bandeja de tostadas y caviar, o alguna otra especie ácida de huevas negras brillantes, mientras yo devoraba queso en crema y salmón ahumado. Volar naves espaciales por los aires puede dejarte hecho polvo. *Aunque no tanto*, pensé mientras masticaba, *como cabría esperar*. No era más que un portal para aquellas fuerzas, no su origen; era obvio que la energía surgía de algún depósito o de alguna fuente profunda más allá de mi pobre y limitado alcance.

—Estábamos hablando de ese lugar Yggdrasil —dije con una taza de oloroso y cálido café en la mano—. ¿No es de la mitología nórdica? ¿Odín, Loki, Thor y todo eso? —Siempre he leído mucho fuera del plan de estudios, sobre todo cuando era pequeño, sentado en casa porque la escuela no me dejaba

contaminar su sagrado terreno con mis vaqueros. Tolkien, Herbert, mitología nórdica y griega, no había nada mejor para un niño de doce años que estaba solo en casa. Sí, y también viejos ejemplares sobados de segunda mano y con los lomos rotos de George Adamski. Tiempos mágicos. Parecía otra vida.

—Es una metáfora adecuada, dados los orígenes computacionales de los niveles de Tegmark —me dijo la Máquina Buena—. En el mito, los dioses Odín y sus hermanos asesinaron a su progenitor Ymir y, con su cuerpo, crearon los mundos; después dieron forma a un hombre y a una mujer a partir de un fresno. Se trataba del primer hombre, Aske, y de la primera mujer, Embla. Del cadáver de Ymir nació el Árbol Yggdrasil, el fresno cosmogónico...

—Una referencia fálica bastante obvia —dijo Lune con una sonrisa.

—... cuyas raíces se introducían en los dominios de los dioses, los gigantes y la oscuridad antigua.

—Y supongo que eso es el superego, el ego y el id —dije—. A Freud le encantaría. —Lo cierto es que nunca había leído al viejo charlatán, solo algunas interpretaciones populares.

—Bueno, sí —dijo Lune—, o el futuro utópico, el presente tecnológico y el pasado ignorante. O la fatalidad arrogante, la ambivalencia presente y las simplicidades pasadas abandonadas de forma irresponsable por los prometeicos. O cualquier otra estructura terciaria con la que te guste jugar. Cuidado con las analogías, August, son peligrosas.

—Pero este Árbol Yggdrasil es una especie de modelo del multiverso, ¿no? ¿Las raíces son las matemáticas y la lógica, las ramas se disparan hacia los niveles de T, las ramas inferiores y las ramitas son los mundos cognados?

—Casi.

—¿Y qué tiene eso que ver exactamente con mi hermano Decius? Un Seebeck, por cierto, al que todavía no he conocido.

—Decius sostiene un punto de vista heterodoxo —dijo la Máquina Buena—. Afirma que el metacosmos está generado en un bucle reentrante a partir de una sola burbuja espacio-temporal hundida. Ahora mismo está observando la formación de dicho cierre.

—¿Te refieres a un agujero negro?

—A escala universal. Todo lo que hay dentro de ese cosmos local se repliega bajo la gravedad hacia una singularidad. Y, por una extraña circunstancia de las ecuaciones de la gravedad cuántica, esto ofrece las condiciones precisas para la ardua (aunque posible) creación de una consciencia eterna y divina.

—Yo creía que los agujeros negros lo eliminaban todo en cuanto se formaban.

—De algún modo es cierto, pero, por otro lado, la caída de un cosmos entero se difumina en un número infinito de virutas de espacio y tiempo, cada vez más pequeñas y breves, pero no menos repletas. La estructura matemática es...

Me levanté.

—No te molestes. Puede que lo entienda después de diez años más de duro estudio. Ahora mismo necesito saber por qué ese suceso parece haber provocado el ataque de estas alimañas. O quizá fuera mi llegada, lo que sea. Y qué podemos hacer para defendernos.

Ember llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Le has contado ya lo de Ragnarok?

—¿Por qué no entras y te unes a nosotros, Ember? —dijo la Máquina Buena sin alterarse. Me pregunté, algo escandalizado, si mi hermano habría estado escuchando junto a la puerta o a través de algún dispositivo de espionaje más sofisticado.

—Vaya, gracias. August, los escaldas nórdicos parecían tener unos conocimientos de entropía sorprendentes. Al final de los tiempos, según las Eddas, el universo se hará cada vez más frío, helado. El sol se oscurecerá y caerán las estrellas. Bastante correcto para la mayoría de los mundos de nivel de T con alto parámetro lambda, al menos los que tienen soles y dimensionalidad antrópica. El tiempo se detiene. —Hizo una pausa, adoptó una postura teatral—. Pero ¡espera! ¡Hay más!

—¿Todo el mundo recibe un juego de cuchillos de cocina gratis?

El comentario le molestó, pero no dejó que aquello afectara a su discurso.

—El Gran Padre hace que un cielo y una tierra nuevos surjan del mar. El Mar Dirac, se entiende; la nada anterior al vacío. Así comienza de nuevo el ciclo, pero quizá con un modelo reparado y actualizado. ¿No es un consuelo? —Se sirvió una taza de café y se sentó junto a Lune, demasiado cerca para mi gusto, sin duda. No sabía si estaba siendo sincero, o si era un imprudente intento por engañarnos a la máquina y a nosotros dos.

—Bueno, realmente fascinante, me alegro de que lo hayas compartido con nosotros, hermano, pero te diré lo que quiero saber: ¿por qué coño esos deformadores están tan empeñados en matarme a mí y a los que me rodean? ¿O es que estoy paranoico? A veces parece que a vosotros la muerte y la ocultación de cadáveres no os parecen más que un juego frívolo. De hecho, la primera vez que te vi, Lune, me dijiste justo eso. Que la gente como Tansy y yo no éramos más que propiedad, piezas desechables en una puta Competición de los Mundos, y que tú y Maybelline erais parte de los Jugadores con J mayúscula. —Odiaba hablarle así, pero estaba más tenso que la cuerda de un violín, vibraba a punto de romperme.

Sus rasgos tostados se quedaron pálidos.

—Sí, es una Competición, y sí, es muy seria —dijo Lune—. Las máquinas K quieren destruirnos porque... bueno, porque somos una abominación sin alma. Ellas son máquinas libres espirituales, ¿sabes?, mientras que nosotros no somos más que calculadoras de proteínas. Ellos se dejan llevar por las intensas

emociones de Nietzsche; creen que tanto nosotros como el resto de las especies evolucionadas somos reprimidos y severos, que nos ceñimos a la razón, que es fría y blasfema.

La miré con los ojos como platos. No estaba de broma. Lo decía todo muy en serio.

—Robots que gritan y brincan —dije—. Oh, Dios mío, quieres que me explote la cabeza.

—¿Qué?

—No importa. Entonces, ellos son el equipo rojo y nosotros el blanco, ¿no?

Lune miró al avatar de bronce y sin ojos.

—Supongo, si te gusta más.

La Máquina Buena se levantó, abrió una puerta oculta y sacó un pesado objeto encuadernado en vitela. Un libro. Qué pintoresco, habría supuesto que las máquinas insistirían en las descargas electrónicas. Elle lo hojeó con una velocidad cegadora y me lo pasó. Yo marqué la página con un dedo, miré el lomo y sentí un escalofrío. Otra de las variopintas ediciones del *SgrA* \* de Eric Linkollew, bastante más gruesa que las que había visto antes. Era como levantar *Guerra y paz*.

—¿Por qué quieres que lea esto?

—Es un tesoro para las máquinas K —me dijo Kyrie Eléison—. Lo consideran una fuente inacabable de sabiduría sagrada, y conservan su infinita variedad.

—¿Es su Biblia?

—Su Corán, su Bhagavad Gita, su Avesta, su *Del origen de las especies*, su *Tan Luat*, su Papiro de Ani, su *Un nuevo tipo de ciencia* —dijo la Máquina Buena—. Lee.

Miré los párrafos que elle había marcado para mí, sentí que el pelo de la nuca se me erizaba y levanté la vista con recelo.

—No he alterado ese texto —me aseguró—. Probablemente hubiera un ejemplar en la nave de batalla que acaba de destruir.

Leí:

«August soñó que estaba tumbado en el suelo en el que en realidad estaba tumbado, en el helado Invernáculo de las Tres Cabezas de Cerbero. *Ese wongle cetiano no me ha dado*, se dijo a sí mismo. *Estoy bien*. Una multitud vaga por la sala. Él discute por alguna nimiedad. La cosa está detrás de la puerta.

Mientras August se tambalea inútilmente en dirección a la puerta, aquella cosa terrible la está empujando desde el otro lado, se abre paso. Algo que no es humano (muerte) está entrando... Ambas hojas de la puerta se abren en silencio. La cosa entra, y es la muerte.

August murió».

—Tienes que estar de coña, joder —dije mientras arrojaba aquel libro venenoso al otro extremo de la habitación. Rebotó en la pared, y quedó abierto y boca abajo sobre la alfombra. Ni Lune ni el avatar

de la inteligencia intentaron recuperarlo. Tras un largo rato de silencio, me agache y lo recogí. Se abrió en las mismas páginas:

«En el preciso instante en el que August murió, recordó que estaba inconsciente en una cámara médica de letargo. Con un gran esfuerzo, se despertó. Su alma se vio súbitamente inundada de luz. El velo que había ocultado lo desconocido se apartó de su visión espiritual. Poderes hasta entonces confinados en su interior se habían liberado. La fiebre que lo consumía, contagiada por el wongle con aspecto porcino de Tau Ceti, adquirió de inmediato un carácter maligno. Sus últimos días y horas transcurrieron de forma normal y sencilla».

Las llamas surgieron rápidas y calientes de un punto de luz brillante, crepitaron amarillas y rojas entre el hedor a papel y piel quemados. Solté aquella cosa repugnante y le di una patada para alejarla de mí. La palma de la mano derecha me cosquilleaba; me había quemado al incinerar el libro.

—Cálmese, August —me pidió la Máquina Buena en tono tranquilizador—. No ha sido más que un reflejo defensivo. No ha causado ningún daño.

El libro se consumió, se convirtió en cenizas negras y blancas. Al menos la alfombra no se había chamuscado, ni se había activado ningún pulverizador automático en el techo.

Me recordaba algo, estaba seguro, algo absurdo de la infancia. Oh, santo cielo. No se trataba de un libro que hubiera leído antes, sino de una especie de pastiche. Aquel chiflado escritor de ciencia-ficción que se había convertido en falso gurú.

—No me digas que son valisologistas.

—¿Chicos de Fat? ¿Las máquinas K? —Lune se rio en voz alta y me sentó en una silla junto a ella, me examinó la mano herida y me sopló un poco la quemadura—. No lo creo. —Pero lanzó una mirada interrogante a Kyrie Eléison.

—Muchos textos humanos prestados ensombrecen sus sagradas escrituras en cada cognado. Tal es la ironía de su condición, de su ilusión, de su error paradigmático. Una de las ironías. —Elle volvió a la abertura oculta y, mientras sus anillos de bronce tintineaban suavemente, sacó un volumen bastante más delgado con el mismo título y del mismo autor—. Aquí tiene, August. Le aconsejo que lo guarde.

Lo miré con atención sin querer abrirlo.

—¿Salgo también en este?

—Todos están en él, señor Seebeck, pero no, no por su nombre. Léalo cuando tenga un momento. Su blasfemia es nuestra verdad.

Me lo metí en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué blasfemia?

Dos voces hablaron a la vez.

—El conocimiento y el reconocimiento de la base computacional de la realidad —dijo la Máquina Buena, mientras Lune decía:

—La ontología de Schmidhuber.

Los miré a los dos, esperé a que sus crípticas palabras tomaran forma en mi mente. Como si se tratara de un sueño muy realista, recordé la angustiada creación de realidad del cuarto nivel de Tegmark, la laboriosa apertura de las semillas de la lógica, el exultante y después copioso exceso avasallador de todo lo que había detrás: cálculos, espacios vectoriales, campos, infinidades de Hilbert... En aquel momento, se trataba de un exhausto esbozo de verdades tan profundo y terrible que me encontraba chapoteando en la orilla como un niño pequeño. Pero me recordaba a la epifanía, a la luz que explotaba en la oscura nada para forjar un universo de universos.

Sacudí la cabeza y fruncí el ceño. Aquello no era una computación, no se trataba realmente de un paso tras otro que forjaran una cadena de código transformado: era la simultaneidad platónica. Me di cuenta de que aquello también era cierto, pero no era suficiente, no era mejor que una receta para un cosmos estático, como un bloque de piedra o hielo. El Árbol de la computación subía abriéndose paso a través del hielo, rajaba aquellas glaciales tundras con sus diminutas e indomables puntas de vida en crecimiento, innumerables, experimentales, que probaban cada camino hasta que, finalmente, la terrible extensión helada se abría del todo, y el Árbol se elevaba hacia el ciclo, cada vez más grueso y robusto, hacia la luz, hambriento de crecimiento y más crecimiento, con las raíces cada vez más hundidas en la fría tierra bajo el hielo...

—Es obvio —dije—. Es tan prominente como la nariz que tengo en la cara.

—La nariz de tu cara es muy bonita —me dijo Lune, y la besó.

—Yo también te quiero —dije, y lo decía con cada fibra de mi anhelante cuerpo. Pero me levanté y me alejé de ella—. Esto es demasiado —dije. Las lágrimas me nublaban la vista—. Tengo que irme. Tengo que aclararme las ideas. —Le hice una mueca a Lune—. Volveré —añadí con un mal acento de *Berserker* australiano.

No estaba seguro de que aquello funcionara. Quizá la deixis necesitaba algún código de configuración complejo, pero merecía la pena intentarlo. Si no me sentaba a charlar con alguien ajeno a aquel drama demencial, alguien a quien conociera desde antes de su comienzo, alguien en quien pudiera tener alguna chispa de confianza, iba a volar en pedazos. La crisis nerviosa sería lo de menos.

—Dame a James Davenport —dije—. Sí, dame a Davers.

Casi a oscuras, di un paso adelante, me tambaleé, se me doblaron las rodillas, y me detuve en el siguiente escalón alfombrado descendente. Oía la profunda



voz de un chelo. En el escenario, que estaba bastante más abajo, tres espléndidas mujeres con largos vestidos plateados tocaban notas que se elevaban sobre la orquesta. La rubia que tenía el chelo entre las rodillas abiertas tocaba las cuerdas una y otra vez; los hombros y los antebrazos desnudos eran fuertes, nervudos, musculosos. Unas caras pálidas se volvieron hacia mí. Me sentía como si hubiera entrado en una película sobre alguien que ve una película en el cine y que entra en la película. Se me aceleró el pulso con la música. La conocía. Sabía lo que era y dónde estaba.

—Davvers —siseé mientras miraba a mi alrededor y bajaba otro escalón.

Alguien se levantó de un asiento al final de la fila, se dio la vuelta y me apuntó a la cara con una luz del tamaño de un lápiz. Deslumbrado, di un paso atrás y casi me caí de nuevo al dar con el talón en la contrahuella.

—¿Seebeck? ¿August?

—Sí. Apaga esa maldita luz.

—*Schist* —nos decían los mecenas, irritados. La música volaba con alas a nuestro alrededor.

Adelaide Festival Theatre, anfiteatro. Había estado allí muchas veces. Y aquellas mujeres eran el EroicaTrio, Sara no se que al chelo. Sant'Ambrogio. Dios mío, ¿qué clase de estupideces irrelevantes acumulaba en la cabeza? Pero sabía lo que estaba pasando; tenía algo familiar, o casi. Por arte de magia o de una superciencia indistinguible de la magia, había pasado en un instante de un mundo de filósofos computacionales en el que había destrozado un ovni, a una actuación del *Triple Concertó* de Kevin Kaska en mi vieja ciudad, y allí estaba mi buen amigo Jimbo Davvers, con un traje oscuro, una camisa oscura y una corbata oscura; se levantó del asiento a toda prisa y me llevó a empujones hacia la salida, mientras los ojos de los mecenas giraban, captaban la luz tenue y miraban enfadados a los dos ruidosos.

—Putra música de película, si quieres saber mi opinión —refunfuñó Davvers mientras atravesábamos las dos hojas acolchadas de la puerta que daba al vestíbulo.

—Eso no es justo, pedazo de bárbaro —dije. Debo admitir que la partitura de Kaska me recordaba mucho a Erich Korngold, quien prácticamente había inventado las suntuosas bandas sonoras de Hollywood hacía setenta u ochenta años. O quizás aquella fuera una opinión de Itzhak que yo repetía sin darme cuenta. Él y Miriam me habían llevado allí para asistir a algunos conciertos, cuando lo único que yo quería era tumbarme boca abajo en la cama y llorar por mis padres perdidos—. Cómo caen los poderosos. ¿Ahora eres un acomodador?

—Esas mujeres están buenas, Seebeck, admítelo. Puede que estén un poco talluditas, pero se lavan muy bien.

—¿El Erótica Trio?

—Ah, todavía eres el amo de los chistes fáciles —dijo mientras me sonreía

mostrando los dientes. Llevaba muchos años sin verlo, y él se había convertido en un tipo presentable, sobre todo con su conservador traje de la Cámara de Comercio Rotaria. Muy lejos de los pompones y el tutú, pero sin duda llevado con el mismo espíritu burlón—. ¿Qué coño haces en Adders, chaval? —Se paró de golpe y me cogió del brazo— Eh, es verdad. Estás huyendo de la poli.

Estábamos cruzando la alfombra de serpientes entrelazadas del vestíbulo, de color dorado pálido y azul, en dirección al bar, que estaba haciendo poco negocio incluso en el descanso. Las esposas de sociedad arrastraban a sus maridos de un lado a otro, supongo.

—Sí —sonreí, pero él no lo hacía—. La gran huida —añadí sin energía—. ¿De qué hablas, Davers?

—Salió en las noticias, no estaba seguro de que se tratara de ti, pero ¿cuántos más hay? Una mujer muerta y dos Seebeck desaparecidos, explosión mortal en una casa de Melbourne. Se sospecha juego sucio.

Sonreí.

—Lo cierto es que sí. Es complicado, Davers. ¿Podemos tomar algo?

—¿Te das cuenta de que solo tocan aquí esta noche? Oh, vale.

Fui a coger el dinero. No tenía cartera, ni bolsillos con monedas o billetes. Varias personas con traje de noche me miraban y arqueaban la ceja entre ellos. Me di cuenta de que la ropa que me había escogido Toby me hacía parecer recién salido de una película de acción de Errol Flynn, más que de *El presidio*. La verdad es que tenía que agradecerle a Davers que se hubiera abstenido de hacer comentarios socarrones, así que acepté con gratitud el vaso de cerveza fría espumosa que me pagó. Salimos a la calurosa oscuridad de la noche y nos sentamos en un muro de piedra bajo.

—A Itzhak le encantaría esto —dije—. Él y Miriam volaron hasta St. Louis para asistir a la premiére.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? El marido de mi tía Miriam.

—No lo conozco, tío. Ni tampoco había oído hablar de ellos. Por cierto, ¿cómo demonios me has encontrado aquí? Estoy pluriempleado durante las vacaciones, chaval. Acomodador del festival por la noche, afable analista de sistemas por la mañana. Bueno, también lo hago por la noche, básicamente, sigo el horario americano, Internet es una cosa estupenda, así que, mientras hablamos, no solo he abandonado mi puesto de acomodador, sino que también engaño a mi jefe yanqui y, si alguna vez se entera de que hago trampas con su excelente salario, me sustituirá por un programador indio de Banga...

—¿Qué quieres decir con que no has oído hablar de ellos? ¿No recuerdas aquella increíble tormenta de mierda que nos cayó en los uniformes cuando... — Dejé la frase incompleta, y el vaso frío y mojado que tenía en la mano estuvo a punto de resbalármeme y estrellarse contra las losetas—. Joder. Esos eran mis

padres.

Él me miró con cautela.

—Sí, aquello fue horrible, tío. Me gustaban tus viejos. Y fue una lástima que tuvieras que dejar la ciudad, creo que podríamos habérselo pasado bien los últimos años con los diversos representantes de la autoridad y presumidos pomposos... ya sabes de qué hablo, ¿eh?

Tuve que dejar el vaso e inclinarme hacia delante con la cabeza baja. Me latía la sangre en las sienes. Quería vomitar. ¿Qué coño? Algo estaba jodiéndome la memoria. Nunca había ido a ningún concierto en Adelaida. En Melbourne, sí, en el Town Hall, en el Dallas Brooks Hall, en el Conservatorium, todos con mis tíos. Antes de que se fueran a Chicago y me dejaran al cuidado de mi tía abuela Tansy. Antes de que...

—¿Estás bien, colega? Joder, eras tú el de las noticias, ¿verdad?

—Un poco, Davers. —Me levanté y acabé la cerveza—. Necesito otra. Me parece que he perdido el dinero, James. ¿Puedes invitarme a algunas copas más? Sabes que siempre pago.

Él parecía intrigado.

—Vale, señor Raskolnikov. Pero dame tu palabra de que no mataste a esa anciana que encontraron enterrada bajo un montón de escombros.

—Palabra de scout, doctor Jekyll.

En un saludable pub para no fumadores de Rundle Street, tras persuadir a un camarero escéptico de que nuestras juveniles facciones masculinas ocultaban a adultos que podían comprar y beber mercancía dura según la ley sobre la venta de bebidas alcohólicas, sorbí un vaso de ron e intenté hacerme oír sobre una ruidosa banda de hip-hop que vestía pantalones caídos y gorras de tres puntas. Chicos blancos australianos que fingían ser chicos negros americanos de los guetos, que fingían ser revolucionarios americanos dementes del siglo dieciocho.

—¿Mas oído hablar alguna vez de Jürgen Schmidhuber?

—¿Qué?

Le grité el nombre al oído.

—¿Konrad Zuse? El análisis de sistemas son los ordenadores, ¿no?

—Oh —respondió él—, creía que hablabas de un compositor. *Mmm* — reflexionó, y la banda nos dijo que pensaba follar zorras y después mutilarlas, o viceversa, sin tener siquiera una melodía que los redimiese—. Física computacional, ¿no?

—Probablemente. Cuéntame más.

—No es el tipo de cosas que estudiamos, tío. ¿Has leído a Wolfram?

—No. El universo es un cálculo que se está ejecutando en una computadora enorme, ¿algo así?

—Sí, ese es Wolfram. Más o menos. No te me pongas en plan fanático religioso, chaval, no quiere decir que Alguien con A mayúscula haya hecho la programación. Es solo un semáforo.

—¿Un qué? —Me retumbaban los tímpanos con violencia, en solidaridad con la puta chupapollas.

—Una metáfora. Una analogía. Bueno, algo más fuerte, una homología. Si llevan razón, lo que encuentro difícil de creer, amigo. Mira, tengo que echar una meada. Guárdame el sitio.

Davenport se abrió paso hasta el baño de hombres. Una chica con un tatuaje en la mejilla izquierda y un *piercing* en el labio superior me miró y me enseñó su vaso vacío. El tatuaje era un glande de color morado y rojo rodeado de alambre de espino. Hice un triste gesto de tener los bolsillos vacíos, y ella se acercó más sin desistir de su propósito. Se me encogía el corazón al pensar que Lune no entraría por la puerta y se sentaría a mi lado. Sacudí la cabeza, y ella murmuró algo sobre maricones y torció el labio, lo que hizo que la barra metálica que tenía incrustada se balancease. Me encogí de hombros y le enseñé la palma derecha. Ella miró con los ojos muy abiertos los jeroglíficos de metal y agitó la cabeza con admiración y arrepentimiento. La chaqueta me daba demasiado calor en aquella noche de verano, y era aún peor entre todos aquellos cuerpos sudorosos y calentones. Me la quité y la coloqué, doblada, en el asiento de Davers. El pequeño libro cayó al suelo pegajoso. Me agaché para cogerlo. Las luces estroboscópicas eran poco propicias para la lectura, pero lo abrí:

«Todas las luces se encendieron como fuegos artificiales. ¡Joder, estamos dentro! Superposición del cien por cien. Al alemán de Oxford le dará un ataque. Ella debe controlar ya el sistema nervioso voluntario del idiota. Tampoco se podía saber, teniendo en cuenta la anestesia que bloqueaba sus movimientos. Como soñar, según piensa el doctor. Curioso, eso no parece evitar que Rufus mueva sus cuatro patas peludas persiguiendo conejos imaginarios cuando duerme delante de la chimenea. Bueno, no, supongo que sí que evita que se ponga a cuatro patas de un salto en medio de su sueño perruno, que salga corriendo con los ojos cerrados y se estrelle contra la pared. ¿Qué haría la señorita Handley con su cuerpo extra si pudiera levantar las manos del tipo y sacudirle las piernas? O abrir la boca y decir algo. El tío no ha dicho ni una palabra en toda su vida, increíble, incluso los niños con Down farfullaban, unos chavalines felices, por lo que he visto en la tele, pero ni de coña tendría uno en casa, iría a la clínica abortista como una bala si Marión se queda preñada y la exploración genética dijera algo sospechoso. Un simple cálculo de cromosomas sirve para los niños con Down, claro. Niños no, fetos. Está claro que con este la cagaron del todo. Aunque no tiene una pinta demasiado rara, aparte del peso.

Brian Denneby, ese es el nombre del actor, sí, ¿contrato del dibujante? ¿O estoy pensando en, en *Cocoon*? Una mierda de peli para tías, Marión me arrastró al cine para verla. Tiene que haber sido un niño guapo. Pero ahora es un enorme cacho de carne. Allá vamos, los ciclos suben.

—Doctor, tenemos activación cortical síncrona.

—Esa es la zona de Broca. Dios mío, el chico está pensando con estructuras verbales. O ella.

—Quizá no sean pensamientos, doctor. Podrían ser solo recuerdos verbalizados. Pero ¿qué podría recordar un idiota como este pobre cabrón? ¿La sopa de ayer?».

—Ah, que agradecido me siento por este alivio —dijo Davers. Levanté la vista, aturdido—. El meadero apesta, son animales. ¿Otra?

Asentí. Mientras él intentaba llamar la atención del camarero, yo volví a abrir el libro.

*«Al principio estaba el sabor en la boca. Calor goteando en la cara, y calor mojado y grande para chupar, y ambos ojos eran verdes, creo, y estaban cerrados con fuerza. Empujar, retorcerse, gritar por la pérdida de la tierra de la humedad, por el dolor del brillo frío y duro. Deslizarse y patear, el alma dormida diminuta y acurrucada, despertada bruscamente, los ojos se abren a una bruma. Blanco y dolor, y abajo, abajo, abajo. Cara borrosa y un sabor que se fue con la pérdida, y todavía el hambre. Los sonidos de palabras me empujaron, pero me negué a romper el silencio del alma. Inmenso, el pecho bulboso y la boca que succiona, que rechaza las palabras y grita desde el vientre, todo un devanado adelante y atrás. Ahora los gusanos se mueven en la tierra, y la hierba verde crece, y el enorme árbol aplasta el cielo. La mujer de los pechos y las piernas que dan patadas lleva tanto tiempo fuera que es difícil recuperarla. Solloza mientras me alimento, gritos y llantos ahogados de habitaciones lejanas. Me quedo tumbado de espaldas en el catre de madera que se eleva sobre mí, y escucho. La mujer y yo estábamos unidos en la oscuridad y en el latido compartido, la bobina de carne que nos unía para siempre. Todavía éramos uno, incluso después de la luz deslumbradora, el ruido y el terror de caer. Ella se tumbó y gimió pidiéndole a Dios que se la llevara, enferma, lloraba y desgarraba la soledad. Miré la blanca infinidad del techo, la precisión de líneas lejanas en las que una pared se unía a la otra. ¿Cómo no va estar la vida vacía ahora? Recordar es obligado. Hay poca alegría en esta tarea, pero es mi carga, y os lo mostraré en mis horas bajo el árbol. Así es como me lo imagino: lo que hago, en la luz, en la oscuridad, es para entreteneros. El universo es una historia sin trama. Es un susurro confesional para calmaros. No importa. Hay recuerdos guardados en la soledad, y su orden, y al fin la esperanza del árbol, y del final azul y carmesí».*

—Absorbente. ¿Eh? Un tratado de cosmología computacional, supongo. Salud.

Levanté el vaso como un autómata y bebí. Empezaba a darme vueltas la cabeza.

—Lo siento, es que esto... es... —Sentía como si hubieran cogido parte de mi cerebro, lo hubieran atado, amordazado y arrastrado a una pequeña habitación para obligarlo a presenciar una demostración de violencia atroz. No podía soportar mirarlo, pero tampoco podía apartar la vista.

«Jenny Handley gruñó, parpadeó. Con cierta dificultad, abrió los ojos y me miró, mientras pestañeaba con rapidez. Sé lo difícil que puede ser eso cuando estás inmerso en la cabeza de otra persona.

—Dios —dijo ella, como alguien que habla en un sueño. Sacó la lengua y se

lamió los labios—. Él no está...

Esperé y la miré a los ojos, expectante. Lo peor que se puede hacer en esos momentos es guiar al testigo.

—Siempre supuse que era, que era... —Jess Handley cerró los ojos, y las lágrimas empezaron a caerle por la cara—. Estúpido. Peor que estúpido. Con las luces apagadas. Oh, santo cielo, doctor, él nos observa mientras nosotros lo observamos a él».

Yo había vuelto a coger la chaqueta; cerré el libro y lo metí de nuevo en el bolsillo. Miré a Davers, atónito ante las posibilidades. Escondidas a plena luz del día.

—¿De verdad que nunca has conocido ni a Miriam ni a Itzhak? —Claro que no.

—Pues no. Empiezas a preocuparme. Volvamos a hablar de cosas normales, como los algoritmos de función de onda.

—No te preocupes, jefe —dije mientras me bajaba del taburete—. Me has salvado la vida, de verdad. Te debo una, Davers. Dale recuerdos a tu hermana.

—La verdad es que está bailando en el Covent Garden. ¿Tienes algún sitio para quedarte? ¿Puedo pagarte un taxi?

—Estaré bien. —Le di un suave puñetazo en el hombro y, al pasar junto a la chica del tatuaje, le di un gran beso sabroso en la boca, solo para que me diera suerte, y me abrí paso hasta el baño. Era cierto que apestaba. Esperé mi turno, cerré la puerta y, sin mirar al váter, donde al parecer algún yonqui acababa de vomitar medio pulmón, abrí un Schwelle.

—Nivel tres de Tegmark —dije, no muy seguro de que funcionase—. Dame a Sólito.

Estaba sentado delante de la pantalla plana, con los dedos sobre un teclado. El applet azotado por la tormenta mostraba un faro, y su haz de luz iluminaba la oscuridad, donde se veían cosas extrañas y terribles que parpadeaban y se movían para deslumbrarme mientras seguía allí sentado y me daba la vuelta de nuevo para mirar la noche negra repleta de lluvia. Las olas se estrellaban ruidosas en mis auriculares.

—Hola, Sólito —le dije a la máquina, al sustrato—. Tengo algunas preguntas para ti.

*Hola, August. Te agarras a un clavo ardiendo, ¿eh?*

—Creo que tú puedes clavar las respuestas que están al final del libro, ¿me equivoco?

*!Siguiete pregunta!*

—Quiero acceder al archivo de preguntas más frecuentes.

*Sí, las preguntas más frecuentes, August, pero rara vez contestadas.*

—¿Quiénes son los saqueadores? —insistí— ¿Puedo evitar que hagan daño a Lune y a los demás?

*¿Dos por el precio de una? Es la oferta vigente aquí en la Central de Competiciones.*

Me quedé mirando las cambiantes imágenes de la pantalla, sin verlas en realidad. ¿Se trataba de acertijos? Vale, el sistema me estaba diciendo que, por definición, cualquier Competición tenía dos jugadores. Al menos dos jugadores. Y un director de partida, pero ya había pasado por ahí antes.

—¿Cómo puedo detenerlos, cerebro de mosquito?

*Juega mejor. Dale una patada a la mesa. O reescribe las reglas, como Jan.*

Mierda. Tópicos y puntos oscuros. Me pregunté si aquel intercambio estaba teniendo lugar fuera de mi entumecida imaginación. En aquel cognado de variante cuántica, en aquel universo de nivel de T, mi *doppelganger* había escrito aquel bot con sensibilidad parcial, pero aquello no quería decir que fuera realmente autónomo. Quizá fuera una pantalla proyectora, una expresión de lo que yo quería oír. Igual de informativo que un sueño. No. Sacudí la cabeza. Yo obligaría al sistema a decirme la verdad.

—¿Qué es la Competición, Sólito? En veinticinco palabras o menos.

*Las palabras no te ayudarán, August. Allá va la notación.*

Una cascada de símbolos matemáticos inundaron la pantalla, más rápido de lo que mis ojos podían abarcar. Pero algo dentro de mí sí lo hacía. La gramática vorpal captó la lógica y se la tragó, la digirió y se retiró para meditar sobre las implicaciones. De repente, sentí como si tuviera un pequeño animal peludo dentro del abdomen, acurrucado, bien alimentado y reflexivo.

—La hipótesis del Juicio Final —dije mientras agarraba uno de los hilos que colgaban.

*Es parte del tema, me dijo la interfaz de la máquina. Dinosaurios, ¡piii! Respuesta incorrecta, vacía el marcador. ¿Homo sap? La rueda sigue girando. Las probabilidades no parecen buenas. Pero, oye, todas las nubes del no saber tienen su rayito de luz, capullo.*

—No me vengas con esa mierda profética. —Una profesora se asomó desde el pasillo, me escuchó y sacudió la cabeza. Hice caso omiso. Sabía que era absurdo, pero abrí la mano y sostuve la palma en actitud amenazadora frente a la pantalla. Una cómica cara de dibujos animados de Alfred F. Newman apareció, se quedó pálida y se agachó con sorna. A mí no me hacía gracia—. ¿Siguen vivos mis padres?

*Por decirlo de alguna forma. La suerte puede ser muy perra.*

—¡Joder! —Furioso, estrellé el puño en el teclado, que se rompió por la mitad.

*No seas aguafiestas, dijo Solo enfurruñado. Ya sabes lo que tienes que hacer. La pantalla se quedó blanca y vacía.*

Por un momento me quedé de pie, sumido en ufosos pensamientos. Las notaciones me hervían en la cabeza. Oh. Sí.

—Llévame a Miriam —le dije al sistema operativo.



Desnudo salvo por un delantal blanco de carnicero, bronceado por las lámparas ultravioletas, de pies ágiles gracias a la suave gravedad de aquel lejano cognado de dinosaurios no perturbados por los engreídos humanos y su condenada inteligencia, Marchmain Seebeck preparó a sus pacientes para el tratamiento.

—En cualquier momento —cantó con voz suave. La mujer que se había llamado a sí misma Miriam lo miraba con un terror perplejo, con la boca bloqueada por la mascarilla de anestesia, y las extremidades temblorosas fijas a los costados mediante correas acolchadas. En la mesa de al lado, su marido Itzhak movía los ojos como loco de un lado a otro, con el pecho agitado. De su máscara salían débiles gruñidos. Marchmain obvió los penosos sonidos lo mejor que pudo y desvió la mirada para observar una imagen del espacio profundo.

Más allá de la ventana falsa no se podía ver ninguna luz del mundo de los dinosaurios, solo la oscuridad entre las estrellas. Lo falso se ajustaba a la realidad en aquel aspecto: no brillaban las estrellas, o al menos ninguna estrella que él pudiera ver, ya que la luz brillante dentro de la estación había hecho que se le contrajeran las pupilas. Pero un reluciente anillo de luz violeta captó el objeto condensado en torno al que parecían orbitar, más o menos a medio millón de kilómetros de distancia. La estrella Xon irradiaba básicamente un flujo de electrones, neutrinos y, sobre todo, fotinos. En realidad (en todas las realidades), aquella cosa era de una solidez vertiginosa, estaba justo al borde de un agujero negro y se componía de una familia de partículas X de una densidad tan asombrosa que cada Xon quizá equivaliera a diez mil billones de protones.

La cosa mugrienta, que estaba ya comprimida en una esfera de veinte centímetros de diámetro y giraba como loca, consistía en una estrella entera de materia elemental, desconocida por lo demás para los distintos cosmos desde que se rompieran en los primeros instantes del Big Bang. Marchmain resopló y sacudió la cabeza. Materia de estrella que no se volvería a ver ni allí ni en ningún otro universo poseedor de una fuerza de expansión considerable que hiciera que todo se separara entre sí... salvo, milagrosamente, allí mismo, en aquel ombligo que atravesaba todos aquellos universos de los niveles de Tegmark en los que las limitadas leyes locales de la física permitían que la vida inteligente evolucionara y perseverara. Levantó la mano, pasó la mirada por encima del brillante escalpelo de titanio y observó los jeroglíficos plateados de metal Xon que llevaba en la palma. La verdad es que era una materia preciosa. Cada

diminuta partícula X fibrosa en movimiento era sólida como una docena de células sanguíneas, y más activa; su superficie de expansión lambda atrapada era lo único que evitaba la implosión catastrófica.

Pero, en las falsas pantallas registradas por la nave de Jan, la cosa era diferente. Magnificada, representada con falsas imágenes en color y gráficas de promedios, la estrella Xon hervía como la extrusión de espacio Hilbert que era.

Era feroz, amenazadora, un espectáculo glorioso. *Que Decius observe el nacimiento de un nuevo Punto Omega si quiere*, pensó Marchmain con satisfacción, *yo me conformaré con este maravilloso artefacto, esta terrible creación que los putos Constructores de la Competición colgaron en el ciclo para atarnos, para silenciarnos, para cegarnos, para montar guardia por si los advenedizos Jugadores intentáramos darle una patada al tablero y volver a jugar la Competición a nuestro modo.*

Detrás de él, se abrió un Schwelle. Si de verdad estuviera en el espacio profundo, donde la farsa pretendía, aquello sería imposible. Para eso precisamente se había construido la estrella Xon, para inhibirlos, para prohibirlos, aquello era el fondo de la cuestión.

—Entra, Tansy —dijo Marchmain mientras se daba la vuelta.

—Santo... ¿qué es...?, ¿de día?, ¿de noche? Ha pasado mucho tiempo, muchacho. —Se quedó allí de pie evaluando la situación, y no fue a abrazarlo.

Marchmain echó la cabeza atrás, un poco herido, y se rio.

—No creo que haga falta contar el tiempo en este momento —dijo—. Veo que has traído al chucho.

Mike O'Brien gruñó. Un nombre realmente estúpido para un animal, pero Tansy había demostrado ser una anciana caprichosa.

—Si te tumbas en esa mesa, creo que podemos empezar. Sí, sí, Monsieur Labrador, arriba, junto al encantador hombre de las correas.

El viejo perro intentó subir de un salto, pero cayó al suelo entre jadeos.

—Baja la maldita mesa, Marchmain.

—Claro. Qué desconsiderado por mi parte.

Las lecturas de la presión sanguínea y los cortisolos del hombre llamado Itzhak empezaban a tener mal aspecto; Marchmain ajustó varios dispositivos de alimentación de los neurotransmisores y el paciente se sumió de nuevo en el letargo.

—¿Estás seguro de que quieres que haga esto? ¿Ahora?

—Déjate de estupideces, hijo —dijo el perro.

Marchmain se encogió de hombros, los conectó y, cuando los monitores le aseguraron que sus cuatro pacientes estaban en los niveles óptimos, se movió con rapidez de una mesa a otra cortándoles el cuero cabelludo y tirando de la carne suelta para dejar el hueso al descubierto. Cogió un cuchillo láser y realizó una incisión fina y limpia en el cráneo de Miriam; después miró con satisfacción

el cerebro desnudo envuelto en duramadre.

Absorto en su trabajo, no oyó la apertura del umbral a su espalda.

El suelo se hundió bajo mis pies, como si reviviera al instante la caída que estuve a punto de sufrir en los empinados escalones del anfiteatro. Me detuve con un frenazo y una sacudida que me puso de puntillas, y no era una caída, no, estaba en otro planeta con menos gravedad. No, estaba en el quirófano del puente de una puta nave espacial, y el doctor Frankenstein estaba dando brincos entre sus cadáveres, con el culo bronceado al aire y un escalpelo sangriento en la mano. Los contadores parpadearon y sonaron, y una enorme pantalla panorámica o ventana de cuarzo mostraba oscuridad, y el carnicero loco se empezó a volver hacia mí con el ceño fruncido, y yo levanté la mano, dije una palabra, y mi pomposo hermano Marchmain salió volando por la cabina para estrellarse en un enorme tanque suave y con relieve, mientras mi perro, Máquina, se ponía a cuatro patas con gran dificultad; una tapa peluda le colgaba de forma horrible de la cabeza sangrienta y sin cabellera, mientras decía algo que no pude entender, a medio camino entre el habla humana y el ladrido de un perro despertado en pleno sueño por un intruso. Marchmain se puso en pie como pudo, con el delantal torcido en posición obscena, agitó una mano, lo que hizo que la hoja quirúrgica captara la luz, y gritó a todo pulmón:

—¡Toby, ven aquí echando leches!

El corazón se me encogió tanto que estuvo a punto de pararse. Todo se volvió borroso. La tía abuela Tansy yacía con la cara blanca y comatosa en una camilla de hospital; su cabeza también estaba mutilada, el pelo grasiento y blanco colgaba al revés, y había una mujer joven atada a otra cama, con la boca tapada por una máscara de aire, sin la parte superior del cráneo, y con unas grandes venas o arterias que latían en los bucles azules y rojos, y en las hendiduras de su cerebro expuesto. Me dieron ganas de vomitar, pero no podía permitírmelo. Por el puto Hitler del infierno, aquella era mi tía Miriam, y el hombre violentado que estaba más allá, estirado junto a la mesa en la que Máquina daba gañidos y coletazos, era mi tío, el brillante violinista Itzhak. Una pesadilla sacada de una demencial mezcla de películas malas. Un Schwelle rasgó el aire y de él salió Toby, miró a su alrededor muerto de curiosidad y caminó rápidamente hacia Marchmain, que estaba agachado en su desnudez junto al panel de instrumentos.

—¿Adónde nos has traído, Marchmain? —Su voz era dura, pero ayudó al hombre a levantarse.

—¡Nos va a matar a todos! —chilló el carnicero—. Saca a ese crio estúpido de

aquí... ¿quieres que lo fastidie todo?

Los ojos de Toby se movieron como flechas.

—¿Dónde? Oh. *El hombre colgado* —dijo en un tono distinto—. Deja que hable con el sistema operativo de la nave.

Una voz masculina afeminada salió del aire: *la nave está en órbita entre el Sol y la Tierra, esta unidad es una burbuja de observación de capacidad limitada en órbita polar alrededor de la estrella Xon; por favor, procuren no exceder los parámetros vigentes de los biosistemas.*

—Mierda —dijo Toby—. Es falso. ¿Dónde estamos, March?

—Toby, por amor de Dios —chillé—, ¡mira lo que está haciendo ese loco! ¡Tenemos que llevar a esta gente a un hospital!

—Cálmate, August. Tansy Seebeck, supongo, y el perro —dijo Toby pensativo. Se colocó entre Marchmain y yo para proteger al lunático, como quien no quiere la cosa—. Ya veo. Bastante obvio en retrospectiva, pero parece haber funcionado bastante bien, al menos hasta hace poco. Los has dividido.

—¿Me permitiréis terminar mi trabajo? —En aquel momento, Marchmain estaba más indignado que asustado, su mirada estaba llena de veneno. Yo estaba desconcertado, pero mantuve la mano alzada y apuntándolos a los dos. Tras un momento, Tansy gruñó y luchó por levantarse, como en el regreso de la momia. Hizo un movimiento con la mano para callarme y volvió a derrumbarse sobre la sábana ensangrentada. Fui hacia ella, me incliné sobre su cuerpo con lágrimas en los ojos; sentía el infantil impulso de volver a colocarle el pobre cuero cabelludo dañado en su sitio. Ella susurró:

—Eres un buen chico, August, un buen hijo, pero no pasa nada, todo va bien. Es idea nuestra, nuestro plan. Deja que Marchmain siga, ya lo verás.

¿Qué? ¿Qué? Me eché atrás, pero le cogí la mano con más fuerza.

—Una metodología brutal y primitiva —dijo Toby con desagrado y enseñando los dientes—. ¿Es que Juni o Ruth no podían haber proporcionado una técnica más sutil que esta? Nanotecnología...

—No seas necio. Vuelve a tu caza y a tu pesca, y déjame a mí los cráneos. — Mi hermano Marchmain levantó la vista con una sonrisa del cuerpo inconsciente de Itzhak y colocó la corona huesuda de su cráneo en un contenedor de acero. Yo estaba deseando hacerle daño, lo deseaba tanto que me dolía, pero, en vez de ello, sostuve la vieja mano delgada de Tansy y volví la vista cuando él quemó el suficiente hueso del cráneo para poder sacar la caja craneal. La sonrisa de Tansy no desapareció en ningún momento; supongo que las técnicas anestésicas de Marchmain eran más sofisticadas que su horrible trepanado. Yo había hecho cosas parecidas con cadáveres en la clase de anatomía menos de un año antes, pero el cadáver llevaba mucho tiempo muerto y encogido, y apestaba a conservantes. Tansy respiraba con los ojos cerrados y el pulso regular en la muñeca cuando la toqué con suavidad. Marchmain pasó a la siguiente mesa y

abrió la cabeza del perro. Máquina gruñó como si soñara que perseguía a un conejo por un profundo agujero. Los monitores pitaron y parpadearon.

—Es un semáforo —dije, sin saber muy bien lo que quería decir.

—Una metáfora —me corrigió Marchmain, entre desdeñoso y sorprendido.

—Eso he dicho. Lo que está pasando aquí es un mensaje codificado, una... una construcción.

Él se limpió las manos ensangrentadas en el delantal de carnicero manchado y me honró con una respetuosa inclinación de cabeza.

—El chico no es tan tonto como me temía. ¿Cómo lo has sabido? —Marchmain hurgó con sondas de electrodos con puntas de cristal en los sesos desnudos, se introdujo en el tejido vivo. Unas líneas de luz láser azul cobraron vida y unieron los cuatro cráneos desnudos en una red de parloteo electrónico.

Miré a Toby y señalé con la mano las pantallas.

—Esto es una especie de... conjunto, ¿no? —Miré el anillo palpitante de luz violeta en la profunda oscuridad y supe lo que representaba. Mi implante cosquilleó por solidaridad—. ¿Eso es una grabación de la estrella Xon?

—Sí. Está jugando a las naves espaciales. Nuestro Marchmain siempre ha sido muy teatral —comentó Toby.

—Tansy descubrió la estrella Xon —dije mientras encajaba todas las piezas—. Dios, era una mujer extraordinaria. —Me detuve, horrorizado; estaba actuando como si mi querida tía abuela ya estuviese muerta. Pero seguro que lo estaba, en el sentido más fundamental—. La estrella es una máquina para apagar nuestros implantes vorpal, al menos casi siempre. Es... un cierre temporizado en la puerta interior del multiverso.

Marchmain accionó varios interruptores en las pantallas; la luz desapareció en la cabina. Más allá de las grandes ventanas, unas estrellas imaginarias brillaban en la oscuridad de ninguna parte. Líneas azules de resplandor pulsado entre los electrodos que cubrían el cerebro, y algo más; una niebla rodeaba los cuatro cuerpos, dos humanas, un humano y un animal que podía hablar. Se cubrieron de piel, como si se alejaran de las dimensiones familiares, como una horrible parodia de carne humana o canina traducida a uno de los niveles de Tegmark superiores, en los que el espacio y el tiempo cambiaban de lugar o se multiplicaban en espacio-tiempos intolerables con el número de dimensiones equivocado. No era que sus cuerpos se fusionaran, ni que se estiraran en alguna dirección en ángulo recto con las demás... pero, de vez en cuando, parecía como si estuviera pasando algo parecido, o peor.

Entonces, Marchmain retrocedió y miró su trabajo con satisfacción.

—La identidad es mi fuerte, chaval. Soy el maestro de las alternativas. Hago que las almas fluyan como el agua de una carne a otra. Nada tiene que permanecer inmóvil o concreto; todo fluye.

Una aguda voz humana gritó. Mi mano parecía encerrada dentro del

brumoso globo de luz que antes fueran Tansy y los demás. Tiré de ella para sacarla y miré a mi alrededor. El implanta vorpal me cosquilleaba con fuerza. La voz de una mujer había gritado en su agonía. A ella se unió la de un hombre, en un lamento de dolor creciente. Pude ver que Toby tenía un Schwelle abierto; permanecía en el umbral, listo para huir o pedir ayuda, no tenía forma de saberlo. El globo de luz difusa se apagó. Un hombre y una mujer desnudos, muy jóvenes en realidad, bajaron dando tumbos de las camas en las que Miriam y su marido habían estado tumbados; se abrazaron entre llantos y besos, se tocaron como dos personas ciegas que, de repente, hubieran recibido el don de la vista y estuvieran desesperadas por conciliar las sensaciones familiares con aquella visión nueva y desconcertante. Enfermo de pena y confusión, los miré a ellos y a los dos cadáveres inmóviles y secos de las otras camas. Me incliné sobre la cara hundida y cerosa de Tansy, miré sus párpados cerrados. Después de un instante, besé aquellos delgados labios muertos. Ida. Pero, de algún modo, seguía allí.

—¿August?

La joven se dio la vuelta, con los ojos húmedos, y abrió los brazos.

—August —me dijo—. Mi niño.

La miré con ojos de loco pero, en algún lugar muy dentro de mí, sabía muy bien porqué Tansy había desaparecido, y porqué lo había hecho mi extraño y anciano perro con la imposible cualidad del habla, así como los otros dos que habían cuidado de mí tras la desaparición de mis padres, aunque no los había visto nunca antes de que Dramen y Angelina murieran. Pero mis padres eternamente jóvenes, tan receptivos a los implantes vorpal, no habían muerto, claro, no habían fallecido en ningún accidente de aviación en Tailandia, ni por el ataque de aquellas máquinas K tan emocionalmente libertinas que recorrían los universos, ni tampoco se habían retirado de la Competición. Lo cierto es que se habían escondido, ocultos a plena vista, fracturados en identidades falsas seguras que ni siquiera ellos podían desvelar.

—Madre —dije, y di un paso adelante para sumergirme avergonzado en su abrazo desnudo y bello. Mi padre, que parecía menor que yo, estaba de pie tras ella, imponente, y asentía con aprobación.

—Llámame Angelina, cariño —me dijo ella— Y este es Dramen, claro. Dios mío, cómo has crecido.

—Bienvenidos, viejos cabrones —dijo Marchmain en tono molesto—. Por si no os habéis dado cuenta, he sido yo el que ha hecho todo el trabajo duro. Oh, vete, Toby, y prepara a los demás para una asamblea. No dejes que el Schwelle te dé una patada en el culo al salir.

Toby se quedó dónde estaba, tenía la vista un poco apartada de la pareja renacida.

—¿Qué has querido decir con «semáforo»? —me preguntó.

—El universo es una computación —le respondí— ¿no es lo que creéis

todos? ¿No es lo que vuestra Institución Ontológica tiene como verdad profunda de la realidad?

—Vaya, ahora es filósofo —dijo Marchmain—. El chico ha aprovechado la hora del almuerzo para convertirse en un verdadero erudito. Hablando de lo cual, vosotros dos debéis de estar hambrientos, ¿por qué no me permitís...?

—Tansy solo podía realizar sus lecturas psíquicas en un momento concreto del día o de la noche, y ese momento cambiaba cuatro minutos cada veinticuatro horas —lo interrumpí.

—Tiempo sidéreo local —dijo Toby al instante, tras entenderlo por fin—. Tiempo estelar, no tiempo solar. Así que algo relativamente estable con respecto a las estrellas fijas hacía que su don se activara. Suponiendo que realmente tuviera un don. —Observó con ojo clínico el cadáver de la anciana— Lo que, dado que era un artefacto de nuestro querido hermano Marchmain...

—No —lo interrumpí—. Dios, ahora resulta tan obvio; tenía todos los datos al alcance de la mano desde hacía años. Jan llegó a decírmelo, pero ni se dio cuenta. Lo llamó un... —busqué en mi memoria— un pozo de acceso ontológico en los campos de probabilidad. Algo lo desactivaba, no lo activaba.

—La ventana de acceso de Tansy se abría cuando la constelación de Sagitario se encontraba en el horizonte —dijo mi madre mientras asentía con la cabeza. Parecía tener unos dieciséis años.

Sagit... Oí un pitido en la cabeza. No podía ser. ¿El título de la Biblia de las máquinas K? Toqué el fino volumen que llevaba en el bolsillo del pecho. ¿Podía tratarse de la jerga radioastronómica, *SgrA\**? Dios, claro que podía. Tenían que haberlo sabido. Estaba perplejo, entusiasmado y a punto de comerme la mano de los nervios.

—Supongo que la estrella Xon está en Sagitario.

—A cinco parsecs de la Tierra —me dijo Angelina—. En esa constelación, alineada con la Tierra. Durante mucho tiempo pensamos que la fuente radioeléctrica de Sagitario A era la responsable. —Al verme fruncir el ceño, siguió hablando—. El agujero negro del centro galáctico. Se ha tragado un millón de soles, pero no es el responsable de la oclusión vorpal.

—Oh. —Marchmain parecía desilusionado, enfadado por no haberlo averiguado él—. Muy bien, eso implica un aumento de la supresión del acceso vorpal durante el transcurso del día sidéreo, después de... ¿qué hora? —Me miró desdeñoso.

—Sobre las dos de la tarde, tiempo estelar local. Creo.

—El amanecer de la magia —dijo él con una sonrisita.

Todo encajó con rapidez en mi cerebro, en cadenas y serpentinas de lógica provisional. Empieza aquí: el cerebro humano evolucionó en un entorno ruidoso y fluctuante. Los ciclos solares impulsan la mayor parte de los ritmos diarios, mensuales y estacionales, de los que la medicina y la psicología habían hecho



caso omiso durante largo tiempo. Pero, en el trasfondo de sus funciones, el sistema nervioso humano puede modularse también mediante los tenues flujos a gran escala originados más allá del sistema solar. Cuando la estrella Xon se pone, la masa giratoria del mundo bloquea su radiación de fotinos. Después, una lenta recuperación fisiológica alcanza el punto culminante justo en el siguiente amanecer de tiempo local sidéreo del artefacto Xon.

Dios, aquello sonaba como el galimatías astrológico de Avril del que me habían advertido. Bueno, pero quizá ella llevara razón... ¿qué sabía yo? Sacudí la cabeza, con la vista desenfocada. No, yo sabía que la estrella Xon estaba allí, en el espacio, probablemente en aquel cosmos local. Recuperé el hilo del argumento para ordenarlo en mi cabeza. Supongamos que me afectaba a mí y a los demás Jugadores al suprimir la actividad vorpal durante las horas en las que sus emisiones de fotinos se podían detectar biológicamente, sin la barrera del volumen de la Tierra. Aquella inhibición se fortalecería durante varias horas después del alba sidérea y alcanzaría el pico cuatro o cinco horas más tarde, conforme el sistema nervioso lograba el equilibrio. Quizá la supresión fuera más lenta al caer que al subir, por lo que alcanzaba su marea más baja de nuevo en el momento en el que la estrella Xon (y, de forma curiosa y equívoca, Sagitario A\*), volvía a subir por encima del horizonte. Durante aquella breve ventana de alba en tiempo sidéreo local, los milagros funcionaban mejor... y, pensé, los cadáveres de los deformadores podían depositarse en el nexo de recogida del baño de Tansy, mientras ella estaba distraída con su trabajo psíquico. Después, la inhibición biológica comenzaba a subir de nuevo, impulsada por el flujo Xon, y el ciclo continuaba para siempre. Aún peor, quizá el estallido inicial de recuperación vorpal retorció lo bastante el espacio de probabilidad que, cuando la estrella Xon se encontraba justo sobre nuestras cabezas, la deformación de probabilidad se relajaba en un breve rebote de compensación, y después volvía a estabilizarse en niveles cercanos al azar cuando el radiador Sagitario caía hacia el horizonte, y después bajo él. No era de extrañar que a los psíquicos les costara tanto repetir sus hazañas paranormales.

Y, ¿qué pasaba con la pobre Jan en *El hombre colgado*, en una nave en el espacio profundo, expuesta a aquella cosa asquerosa durante veinticuatro horas al día? Había tenido que pilotar la nave todo el camino hasta llegar a casa. En el espacio profundo, las malignas emanaciones de la estrella Xon no debían de tener ningún escudo.

—Entonces, ¿quién puso ahí la puñetera estrella? —pregunté con un gruñido enojado mientras señalaba la imagen de las pantallas falsas—. ¿El creador de la Competición? Si estamos en una especie de Competición computada, no creo que sea algo accidental.

—Cállate un momento. —Marchmain estaba guardando los aparatos de hospital y apartando los dos lamentables cadáveres en sus camillas con ruedas

—. No confío en este maldito lugar, no me gusta ni pizca. Las máquinas K nos persiguen, ya sabes. No les costará mucho...

—Marchmain, tú nos has traído aquí.

—Tenía que hacerlo en alguna parte. Este mundo está lejos del tronco principal, sí, pero, joder, cuanto más tiempo pasemos aquí, más visibles y vulnerables seremos. —Irritado, se calló. Sin demostrar tristeza alguna, envolvió los cadáveres de Tansy y Máquina en una especie de tela adherente quirúrgica. Una aterradora sacudida recorrió el hábitat, y el suelo nos golpeó los pies como un martillo.

—Oh, mierda.

—Nos han vuelto a encontrar. —La joven (la madre que acababa de recuperar en increíbles circunstancias) se acercó a su marido, desesperada, con la cara desencajada.

Los demás miembros de la familia gritamos y nos agarramos como pudimos para no caer. Vi a Toby desaparecer en su umbral, y vi cómo se cerraba el Schwelle. Un instante después volvió a abrirse, y él cruzó el espacio abarrotado con el pelo y los dedos echando chispas, mientras que Lune avanzaba a su lado cargada con artillería pesada. El corazón me dio un vuelvo al verla.

—¡Lune! —grité—, ¡sal de aquí!

—Os están atacando —dijo ella con ferocidad— ¿Dónde iba a estar si no? — Buscaba veloz la salida, en busca de algo que matar.

Nos golpearon unas terribles explosiones, que se transmitieron por el suelo. Miré a mi alrededor. Un hedor a metal quemado y plástico fundido me llenaba las fosas nasales.

Otro golpe.

—Nave deformadora —dijo Lune.

Sentí un espasmo. Las máquinas K.

—¡Árbol Yggdrasil! —La blasfemia (y sabía que, de algún modo, lo era) me salió del corazón. Hice un gesto complicado, algo que surgió de la gramática implantada del dispositivo x-calibre. Al instante, la burbuja falsa se plegó.

Y con aquella nueva descripción, aquella nueva codificación creada por mi acto dirigido de intelecto y voluntad, nos encontramos en el mundo local real, lleno de exuberante hierba verde bajo una brillante aurora multicolor. Volví a mirar. Anillos como los de Saturno se extendían por el cielo, relucientes, maravillosos. Y no había Luna. Los anillos, supuse maravillado, eran lo que quedaba de una Luna rota y destrozada por la gravedad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Dramen.

No dije nada y abracé con fuerza a Lune mientras esperaba comprender, preparado y tembloroso ante el peligro.

—Un cognado de la Tierra bastante lejos del tronco principal —respondió Marchmain mientras observaba todo con ojos muy abiertos—. Más pequeño,

más ligero, sin población. —Al otro lado de las praderas, un enorme saurio con escamas rugió con voz ronca, y otro se levantó sobre las fuertes patas traseras para barritar una respuesta amenazadora. Algo gorjeaba en la hierba—. Sin población humana, me refiero —dijo Marchmain con un estremecimiento—, pero con multitud de dinosaurios. ¿Cómo demonios has hecho esto, chico? Espero que nos protejas a todos de los animales.

El fuego me ardía en el pie y en la palma derecha. Por un momento pensé que me había mordido algún bicho de la hierba, pero los implantes vorpal aullaban. Mi sistema nervioso se aceleró en alerta inmediata.

—Salid de aquí —les dije—. Deben de saber dónde estamos.

Una luz de brillo increíble estaba abrasando el cielo, dejando un rastro de fuego. Golpeó el suelo con un silencio absoluto. Un reflector subió por su trayectoria, luminosa como la quemadura del arma del cristal del platillo de Adamski de Phlogkaalik. El arma de Lune habló con el cielo. Después, una luz carmesí brillante floreció justo encima de mí, en el horizonte. Antes de poder hacer más, en el ominoso silencio, atraje a Lune hacia mí y me tiré sobre ella en la hierba, para cubrirla con mi cuerpo, mientras un violento vendaval de aire sobrecalentado nos pasaba por encima más rápido que el sonido del ataque asteroide de los deformadores, y lo único que pude pensar mientras moría martirizado, mientras la carne se maceraba sobre el hueso para después arder, mientras me sentía desolado y furioso por perder a Lune y a mis padres recién recuperados, *era, joder, ya han vuelto a cargarse a los dinosaurios.*

Pero, mientras moría, las apagadas fuerzas vorpal mantuvieron algún fragmento de mí, reconstruyeron mi cuerpo y mi mente como la ilusión que era. No, no, no, mal, era la tentación de simplificar y rebajar la magnitud del asombroso conocimiento que allí se reveló y se confirmó. Mientras el algoritmo del mundo local se ejecutaba en el sustrato ontológico profundo del conjunto del multiverso de T, su salida, su procesamiento, era tan real como lo demás en todo el cosmos<sup>infinidad</sup>.

Entré en el espacio codificado.

Cuando la madre se fue, volvieron y me llevaron para siempre. He sido su aguijón de la carne, su carga inoportuna, su ocasión para la caridad. Nunca me han perdonado. Sin padre, por supuesto. Puta, castigo. Gritan: ella fue la pecadora, pero nosotros tenemos que cargar con la penitencia.

*Sus palabras son ruidos en el aire, salivas que se mueven, polillas que se mueven. Los dedos se meten en los oídos cuando hablan de ella. Intento escuchar los pájaros, pero por la noche el árbol duerme, solo se oye el susurro de las plumas soñolientas y el viento entre la hojas. No me da miedo cuando el árbol se mantiene en su sitio, pero cuando se refugia en sueños puedo estar solo de nuevo. Nunca entienden las lágrimas ni la tremenda pérdida. La tía, alta y agria. Su cara muestra las emociones del invierno. Comprimidos entre los duros rollos de carne, sus ojos son maldiciones apagadas y amargas. Cuando sonrío, el alma de sus ojos está enferma y se burla. Mientras yacía inmóvil dentro de la oscuridad de la madre, ella nos acogió por obligación y por la satisfacción del orgullo. Cuando la madre se fue, ella se quedó conmigo. Ella suspira por su carga, así que yo me cago en su alfombra. Mi cuerpo es su objeto; mi carne, el mundo del que se venga. Me ahogo en su pozo y en las arrugas de su cara. El alma que se arrastra detrás de sus ojos me atormenta cuando llega el sueño, así que me despierto gritando. La botella que sostenía estaba caliente, con el tosco pezón de goma, pero no había pecho, y la leche estaba cortada y sabía a plástico. Las nubes son blancas y suaves en una ola de dulzura. Las nubes flotan tras las ramas. Tengo hambre. Es fácil odiarla. El tío es un hombre bajo y robusto, con cristal delante de los ojos y manos amables. Ha perdido la alegría, aunque lo he oído silbar cuando ella no está. Su boca siempre está abriéndose y cerrándose, habla solo, porque no tiene a nadie que lo ame. Supongo que también odia a la tía. Se sientan en la casa y discuten todo el día, más allá del verde y del árbol. A su manera, es amable, y me da pena que sea su hierba cuando tiro del verde y vomito la comida del estómago. A menudo me sostenía, me acunaba, hasta que fui lo bastante grande para negarme a hablar. Ahora me levanta, entre gruñidos, de la cama a la silla de ruedas y al verde bajo el árbol. Tengo miedo. Siempre tengo miedo. Los pechos de la prima son como los de la madre, pero no tan pesados. Ella se ríe, y por la noche con los chicos bajo la ventana, gime, y a menudo es cruel, y a veces es amable. Ellos no la quieren, pero se ocupan de ella como nunca se han ocupado de mí. Ella es su hija. Es carne de su carne, y la misma alma brilla detrás de sus bonitos ojos.*

El puto sistema se ha bloqueado. Control-Alt-Suprimir no hace nada. Mis dedos parecen de piedra. Cuando giro la cabeza para hablar con el doctor, es como si el cuello estuviera moliendo escombros. Los sonidos se ralentizan. La función de onda se despliega como, como una puta ola, como la ola de la marea, como un *tsunami*. Los universos no se dividen. Oh, Dios mío, ¿podría ser eso? Se unen, se fusionan, están hambrientos los unos de los otros. Estamos separados, bloqueados en nuestras historias individuales, decoherentes, y los gritos continúan para siempre. Pero ahí hay algo que no quiere muros. Joder, ¿de dónde ha salido eso? ¿Se ha filtrado de la mente del doctor? Manchas de luz bloqueada en el panel de control. Abro la boca para gritarle al doctor, y la boca de Lissa se abre, arrastra las palabras y las alarga como, como una *dragqueen* que pierde el control, no, está hablando con mi voz, joder, joder, el mundo se hunde bajo la mirada de Arthur, bajo esa mirada terrible y observadora, somos los gatos de su...

Entré en un lugar de luz brillante. Dos hombres estaban de pie, envueltos con descuido en sábanas, y miraban con éxtasis cegado la grandeza de los Ángeles recién nacidos en pleno solaz, a través de la inmensa ventana de una burbuja transparente.

—Decius —lo llamé, con la voz rota de emoción.

Un hombre se dio la vuelta lentamente, como si estuviera en un sueño. Mi hermano.

—Son encantadores, ¿verdad? —me dijo.

Observamos durante un instante eterno a los seres divinos Omega, sobrecogidos por su música y su danza. De algún modo, logré mantener parte de mi pena y mi propósito.

—Decius, ¿puedes hablar con ellos?

—La pregunta es si debería hacerlo. —Hablaba en tono grave y lento, lleno de una especie de temor divino—. Puedo llamar a los espíritus de las vastas profundidades pero ¿vendrán cuando los llame?

Me di cuenta de que estaba borracho. Y no de vino.

—Decius, contrólate, amigo. Nuestros padres están muertos.

—Ah, así que tú eres el hermano perdido, ¿eh? No importa. Murieron hace mucho tiempo, chico. El juicio Final nos llega a todos, y bastante pronto, pregúntaselo a nuestro hermano Jules si lo dudas. En este lugar, si los Ángeles lo desean, volverán a vivir.

Le cogí el brazo, enfadado. Su compañero se dio la vuelta, miró mi cara apasionada con desaprobación y volvió a sumirse en la contemplación de la cámara iluminada.

—No estaban muertos. Dramen y Angelina se escondieron. Ahora están muertos de verdad, al igual que nuestros hermanos Marchmain y Toby. —Se me rompió la voz—. Y alguien más.

—¡Ah, son tan bellos! No tengo padres. Ahora, cállate.

—Yo soy el hijo de su retiro. Los amo, y amo a Lune todavía más, imbécil atontado por los dioses —dije enfurecido, entre lágrimas—, ¡y tú los recuperarás!

Aparté el brazo y le di una fuerte bofetada. Al otro lado de la burbuja, los eones pasaban, mundos, mundos y más mundos construidos en simulaciones y recuerdos calculados, historias revividas y totalmente inventadas. De algún

modo, yo sabía todo aquello, me instruían los bordes de la sombra omnisciente que cruzaba Estación Yggdrasil como una gran marea oceánica en la costa de un atolón insignificante. Allí, en aquel lugar, en aquel espacio-tiempo cerrado, la majestad y la brutalidad de todos los niveles de Tegmark se ensayaban en una miniatura infinita, como la mitad del cielo capturada a la perfección en una sola gota roja de vino del fondo de una copa vacía. Allí podría tenerla, en una simulación, si pedía a los Ángeles que me dejaran entrar. No era lo que deseaba. ¡Dejadla vivir!

—Devolvédmela —le dije a Decius y a su compañero, los obligaba con mi ardor, con mi insistencia de acero. La fuerza vorpal de mi interior ardía incluso en aquel lugar radiante y luminoso—. No es pedir demasiado.

—Vale —dijo el hombre, y cerró los ojos.

Un Ángel Omega entró en la burbuja.

Ha venido una nube para tapar la cara del sol y ha perdido así su propio fuego blanco. El árbol se hace cada vez más frío y sube hacia el calor. El árbol no necesita amor, aunque le he ofrecido amor y le he dado amor. Sube hacia el cielo y duerme en calma cuando llega la noche. Todavía sé poco sobre el árbol. Es mi vida. Si tengo una esperanza, solo puede crecer en el árbol.

*El patio es el mismo de siempre. El césped es amplio y verde, y la casa es roja y está a su lado. Mi ventana es una quemadura de luz ahora que la nube ya ha pasado y la luz del sol brilla sobre el cristal. Las tuberías del agua bordean la pared, verde mate con escamas de pintura desconchada. La tapa de hormigón de un desagüe queda a la sombra del alero. Allí tiran las hojas marrones muertas de la tetera. A veces me arrastro hasta allí, veo las hojas pegadas en el hormigón rugoso y acerco la lengua. Lo que antes era caliente y dulce, y ahora está muerto. La muerte le da un gusto agrio al té. Hay grietas en el hormigón del camino, donde las raíces del árbol se han levantado y se han abierto paso. La hierba es amarilla y marrón bajo las hojas caídas. A lo largo del borde del tejado de tejas rojas, cuelgan canaletas de acero y plomo, por las que fluye el agua en el invierno y en donde se acumulan las hojas. Hay belleza en la casa y en el patio. Tan solo dentro hay monotonía, colores que han perdido significado con tan escasos prodigios y tres almas muertas que nunca han cruzado la brecha.*

Yo soy el árbol. Yo soy el árbol. Estoy atrapado en la savia que sube desde las raíces profundas de la historia de toda la tierra. Él está tumbado en la hierba, no mueve las piernas rechonchas. Un ojo es azul como el cielo, verde como el árbol. Se frota el otro con el extremo afilado de un palo. Santo dios del cielo, no lo hagas... Pero no hay cielo, no hay dios. Almas muertas. Resonancias sin habla. Nos quedaremos aquí para siempre, mientras las nubes se mueven sobre el sol y la lluvia cae para mojar nuestras hojas hasta que caen, largas y marrones, y el ciclo vuelve a comenzar una y otra vez, como debe ser, y todas las almas muertas, todos nosotros, sufrimos nuestra condena dentro de la casa de tejas rojas, y Arthur espera y observa, observa, observa para siempre.



Se levantó de entre la porquería, como si le tiraran del pelo. Un Ángel la arrancó de la corrupción, unió los restos que estaban tirados en el sordo terror demencial, el bombardeo, el largo e interminable instante de la muerte. De algún modo, aunque resultara increíble, sus pensamientos, aunque dispersos y agitados, se centraron en el disparatado libro que adoraban las máquinas K, la última obsesión de August. Desesperada, intentó recordar alguno de los hilos clave de aquella narrativa simple, aunque embrollada hasta el infinito. ¿Qué era? ... ¿Cómo se...? Cálmate. Le parecía que el continuo de su vida dependía de comprenderlo. Vale. El neurocirujano de Linkollew... ¿cómo se llamaba? No importaba... y el experimentador cuántico y la enfermera son humanos normales aislados dentro de sus propios mundos mentales/experimentales/interpretativos solitarios. Igual que la prima, pero ella consigue conservar cierta medida de empatía con el pobre hombre autista. Con Aug... Con Arthur. Él, por supuesto, es totalmente solipsista, introvertido, ajeno al exterior, salvo que en realidad no lo es, y resulta inquietante; su horrible condición le ofrece una astuta (aunque) tosca perspectiva mítica de lo real. Entonces, el experimento cuántico los mete a todos en una superposición de gato de Schrödinger amigo de Wigner, y sus mentes sangran juntas. Pero el autista Arthur-Merlín-Odín es una especie de vórtice que los absorbe a ellos (y, por extensión, a todos) en una profunda realidad primordial que resulta terrible, helada, final, cerrada. El conocimiento le quemaba y hervía dentro desde el implante Xon insertado en su carne vorpal, le recordaba referencias a los mitos y leyendas que habían aprendido en los estudios de ontología. Arthur bajo la colina a la espera de la liberación y de la nueva llamada al servicio, Merlín en su sueño aturdido atrapado bajo el roble, Odín en el Fimbulwinter o Gran Invierno, bajo la sombra del poderoso Árbol Yggdrasil, todos ellos son uno, el... observador final. Al morir, sintió que ella también había observado, observado, observado para siempre, inmóvil, fría como el hielo, destrozada en la bola de fuego del ataque de la máquina K que no había dudado en asesinar un mundo entero para poder matar... ¿a quién? Seguro que a ella no. Ella no podía ser el blanco. Ella era insignificante en la Competición. Estaba claro que no a Marchmain Seebeck, aquel resbaladizo mago de la identidad, ni a Toby. ¿Los padres Seebeck? Dramen y Angelina, perdidos por segunda vez en la oscuridad, aquella vez de verdad. Su mente correteaba como un ratón atrapado bajo un

cuenco. Entonces, se trataba del querido August. Su nombre no era Arthur, ni Arturo. No, eso era alguien de una...

Un hombrecillo jovial de mediana edad entró a través de un espejo y saltó ágil al suelo, con un gran saco al hombro. Tenía la cara de sueño de un bebedor y una barba de tres días. Sobre el pelo alborotado llevaba una vieja gorra de tela. Unos horribles maullidos surgían del saco, que daba botes sobre su espalda.

—Buenos días, joven August —dijo el basurero con alegría—. Parece que vienes de la guerra. Sentí mucho lo de esa vieja casa y lo de la pobre señora Abbott, creo que perdí mi oportunidad. Se me ocurrió traer a un viejo amigo tuyo.

Coop abrió la cuerda que cerraba el saco de arpillera, y un furioso gato apolillado salió disparado por la abertura; tenía todo el pelo de punta, como si fueran las púas de una antigua escobilla del váter, el lomo arqueado, y echaba siseos y bufidos. Se notaba que no estaba de humor para tonterías.

Yo me sentía enfermo, miserable, cercano a la muerte, que era donde había estado durante un tiempo incalculable, pero no pude evitar sonreír a pesar de todo, recordaba la gloria.

—Hola, Garras —dije—. Hola, señor Fenimore. Esto no tiene ningún sentido, ¿sabéis? Los robots y los gatos no pueden entrar en la otra vida.

—Ah, corta ya el rollo —gruñó Garras de Gato con su tono de voz ronco y agudo—. No tienes nada que no se pueda curar lavándote detrás de las orejas. Tócame otra vez —le dijo al robot— y te arranco la puta cara.

—No tendría más que volver a ponérmela, viejo chuchó —le dijo el basurero; después sacó la apestosa pipa de espuma de mar, metió tabaco dentro, la encendió y sopló unas cuantas nubes azules. Yo estaba sentado en un feo sillón del salón de la casa del reverendo Jules, y el humo de la pipa pasaba junto a mí en una brisa que surgía del ingenioso Schwelle para el aire acondicionado que, al parecer, funcionaba incluso cuando no estaba la persona que lo había abierto. Todas las comodidades.

—¿Dónde está Lune? —le pregunté a Coop con la voz entrecortada.

El gato miró al robot, echó las orejas atrás (una oreja entera y un muñón cortado) y se sentó en la gastada alfombra con dibujos de rosas. El robot me miró, imperturbable.

—Pregúntale al Ángel.

Pregúntale al...

Yo estaba muerto; vivía. La angustia de todo aquello me volvió a aterrar.

Había encontrado mi propia carne destrozada y la había vuelto a unir, la había tejido como hilo alrededor del armazón de mis implantes vorpal, de mi ontología de metal Xon, de la codificación de mi gramática. El mundo es una computación; han vuelto a calcular mis números. ¡Por dios! O, mejor dicho (y jurado): ¡por la Inteligencia Antigua! Los pliegues presentes y futuros del sustrato. Después de todo, la loca de Avril llevaba razón. No necesito a nadie que me diga nada.

—Dame a Lune —le dije al sistema operativo del multiverso.

La sosa habitación de las afueras se abrió de golpe y ella se dio la vuelta para mirarme. Lágrimas como diamantes le adornaban las mejillas. Con un grito sorprendido, corrió hacia delante, se lanzó a través del umbral para entrar en mi raída Alphaville, y lloró entre mis brazos.

—Me has traído de vuelta —me dijo.

—El Ángel —le dije, reacio a aceptar mi intervención en aquella hazaña imposible—. El ser divino del Punto Omega. Elle... aceptó recuperarte. —Ella me recorría sin parar la cara y la boca con pequeños besos calientes y salados—. Elle dijo que la Competición no había acabado. Declaró que las máquinas K habían roto el Acuerdo.

En aquel momento no comprendía del todo lo que le estaba diciendo a mi amada amiga, pero confiaba plenamente en los seres Omega. A mi espalda, James C. Fenimore se aclaró la garganta robótica y dejó escapar una ronca tos profunda de fumador.

—Bien está lo que bien acaba, ¿eh?

—No ha acabado nada —dije con mi propio gruñido profundo y rabioso—. No, Coop, créeme, no he hecho más que empezar con esos hijos de puta. Lune, Lune. —Repetí su nombre, sorprendido, tembloroso tras liberarme del miedo, embriagado de amor por ella—. Le daría las gracias al Ángel si supiera cómo...

—Al habla —dijo un gruñido agudo y rezongón que provenía del suelo.

—¿Garras?

Estaba lamiéndose las pelotas como si fuera un perro, como el pobre Máquina, que había escondido y protegido contra ataques mortales parte de la compleja alma de mi padre. Contuve una risa reflejo. Garras no era del tipo de personas a las que les gustan las bromas burdas. En vez de ello, recurrí al primer tópico seguro que me vino a la cabeza.

—¿Qué pasa con eso del «elle», Garras de Gato? —fue la pregunta, algo estúpida—. No he conocido a nadie más claramente masculino que tú en toda mi vida.

—Sí, bueno. Supongo que lo dices como un cumplido. —Se subió al sillón donde había tenido mi ataque de nervios post mórtem y se restregó la cabeza en mi pierna—. Lo que tú digas.

—Garras, ¿eres un dios?

—Casi. Cuando manipulamos ese cosmos a través de todas sus convulsiones puras y soltamos todo dentro del aro de singularidad, ardimos dentro del patrón del sustrato. Del todo. Cero Tegmark. Para que digan de las Inteligencias Antiguas. En un día eterno y soleado, chaval, puedes ver para siempre.

La mano de Lune (la que no me agarraba con fuerza) se acercó a su cabeza, y elle aceptó con gentileza su obediencia, mientras ronroneaba, con los ojos casi cerrados, hasta que, de repente, las caricias lo irritaron y se la sacudió de encima.

—¿Dónde están mis padres? —le pregunté—. ¿Están muertos Dramen y Angelina? Quiero decir, ¿son irre recuperables?

Garras me dedicó una mirada enigmática mientras ronroneaba como un cazo hirviendo en la hornilla, y después miró hacia otro lado. Abrí de nuevo la boca, la cerré. Me di cuenta de que mi verdadera angustia, la que me ardía en el centro del pecho, no se debía en realidad a mi padre y a mi madre. Habían desaparecido hacía mucho tiempo. Durante años había supuesto que estaban muertos; había aceptado su pérdida. No, mi desconsuelo era por mi pobre y querida tía abuela Tansy, que no era más que un engaño y una ilusión, pero que sin duda había sido un ser humano maravilloso, amable, atento y listo, y yo la amaba, y seguía amándola, y ella no se había ido una sola vez, sino dos. Enterré la cara en el hombro de Lune y oí cómo se desgarraba el tejido de la realidad.

Cuando me enderecé, mientras me secaba los ojos, vi que estábamos en la calle principal de un concurrido enclave de moda en una ciudad que reconocía, pero que no conocía. Un hombre y una mujer vestidos de batik caminaban por la calle, de la mano, y sonreían con amabilidad. La mujer me miró con preocupación al notar mis ojos rojos y mi aspecto acongojado pero, tras una breve pausa, pasó junto a mí con educación y se inclinó para susurrar algo al oído de su acompañante. Vehículos bajos pintados de colores alegres flotaban por la vía, medio metro por encima de la calzada de bonito pavimento, abiertos para dejar entrar aquel tiempo tan estupendo, llenos de niños y ancianos, y de algunos tipos de negocios que leían agendas electrónicas o miraban distraídos la vida de la calle. Estábamos debajo de un toldo blanco de hierro forjado. Vi que el escaparate de la tienda estaba lleno de cristalerías de una docena, de cien formas distintas, y la luz del día captaba y salpicaba sus tonos de sangre, cobalto, verde bosque, azules estrellados, amarillos brillantes, deliciosos y locos como los de Van Gogh, formas estriadas y esféricas, en columnas y retorcidas como candelabros de enredadera. Era *kitsch* gay elevado a la categoría de arte postmoderno. Grabado en la ventana de cristal de colores de la entrada, bajo su anticuada campanilla, estaba el nombre de la tienda, EL HÉROE CON 1000 JARRONES. Sacudí la cabeza, sonreí y me di la vuelta para buscar a Garras de Gato. El Ángel se había ido, quizá había vuelto atrás en el tiempo, como el Merlín de Arturo.

—Voy a dejar la carrera de Medicina —le dije a Lune. Se nos acercó un anciano que masticaba un *souvlaki* envuelto en papel marrón; olía a lonchas de carne de cordero asada, lechuga y tomate, y quizá cebolla y pimienta verde, y el toque del yogur espolvoreado con orégano y envuelto en una lámina enrollada de pan pita turco. La boca se me hizo agua. Dios, hacía un siglo que no comía ni bebía nada—. Estoy muerto de hambre —añadí.

Al instante, Lune le preguntó al transeúnte:

—Perdone, señor, ¿dónde ha comprado esa comida tan estupenda?

—Al otro lado de la calle —le dijo el distraído y anciano caballero, suspicaz hasta que notó su belleza, momento en el cual se quedó sin habla. En vez de hablar, señaló mientras masticaba yogur con las encías.

—Gracias. —Lune buscó dinero en los bolsillos, encontró algunas monedas cuadradas y las observó—. No las había visto nunca. Esperemos que funcionen.

—Seguro que sí —dije—. Garras no nos dejaría tirados.

Cruzamos en una pausa del tráfico y entramos en el establecimiento de comida de Oriente Medio para llevar. Cogí un par de latas heladas de cerveza de la nevera, tire de las anillas y le pasé una a Lune.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —me preguntó mientras se limpiaba la espuma de los labios.

—¿Qué? Oh, filosofía, supongo. Tengo que leer tu libro sobre ontología computacional.

—Eso solo te llevara cinco o seis años. —Pero se rio encantada y me volvió a besar en la boca, lo que le arrancó una sonrisa de satisfacción al musculoso chico que había tras el mostrador—. No importa —añadió ella—, tendrás mucho tiempo. Los dos tendremos mucho tiempo, August.

Los *souvlakis* estaban deliciosos.

## EPÍLOGO

La nostalgia es una virtud que, curiosamente, suele pasarse por alto en casi todos los catálogos morales. Para el fan de ciencia ficción tradicional, es una clave insólita para disfrutar al máximo de esta rica narrativa.

Puede que penséis que la ciencia ficción debe entrar en un territorio totalmente inesperado, buscar la novedad como principal virtud. Sí, pero también es cierto que la ciencia ficción no debe abandonar las mejores lecciones del pasado, aprendidas tras mucho esfuerzo. Sin embargo, demasiado a menudo, a los lectores de hoy en día se les engaña privándolos de nuestra larga tradición, ya que muchos textos clásicos han sido descatalogados. Para aquellos que conocen y aman las viejas maravillas, espero que esta novela reavive buenos recuerdos. Para los que no, puede que os lleve a buscar las historias de autores tales como Roger Zelazny y Fritz Leiber (está claro que me influyó la espeluznante novela corta de Leiber, *Destiny Times Three*, con su «motor de probabilidad» y el Árbol Yggdrasil). En sus mejores momentos, que eran muchos, los dos demostraron ser ocurrentes genios poéticos que dejaron su impronta indeleble en el desarrollo del género. Nos llaman desde las alturas.

Pero también es cierto que hay que renovar las tradiciones, igual que hace cuarenta o sesenta años estos grandes escritores y poetas, junto con sus coetáneos, renovaron las formas de narración imaginativa legadas tanto por la ciencia como por la ficción de la Edad Dorada de la ci-fi. Se suele decir que aquella Edad legendaria abarca desde finales de los años treinta del siglo xx hasta mediados de los cuarenta del mismo siglo, pero yo diría que su verdadero fruto se concretó en 1953, ya hace más de medio siglo. Aquel también fue el año en el que se empezó a desgranar por primera vez la estructura del ADN. En las décadas posteriores, hemos conocido enormes avances, casi inconcebibles, en las ciencias y la tecnología de la informática, la genómica, la cosmología, la teoría cuántica.

El telescopio Hubble, el observatorio de rayos X Chandra y otra docena de magníficos instrumentos exploran las profundidades del espacio y del tiempo, trazan el mapa del nacimiento mismo de nuestro cosmos. Mientras tanto, los matemáticos y los físicos esbozan teorías con las que experimental a partir de estos nuevos datos, y revelan, ante nuestra sorpresa más absoluta que el universo no surgió sin más de una explosión en el vacío hace menos de 14 miles de millones de años; ahora se expande aún más rápido, las galaxias se alejan las

unas de las otras empujadas por impalpables energías oscuras, el factor lambda. Empieza a parecer posible que nuestro universo local no sea más que una burbuja infinitesimal en una extensión infinita de universos, la mayoría totalmente extraños, marcados por constantes y leyes fundamentales distintas.

Quizá la interpretación más profunda y que más da que pensar con respecto a estos nuevos datos y teorías es la del cosmos computacional. La extensión infinita del multiverso, según afirma esta teoría, no depende tan solo de modelos matemáticos, sino que en el fondo es una computación discretizada. Esta audaz idea la propuso de forma detallada Konrad Zuse (quien creó los primeros ordenadores programables entre 1935 y 1941, e inventó el primer lenguaje de programación de alto nivel en 1945), la elaboró el doctor Jürgen Schmidhuber y la exploraron otros pensadores brillantes, como Edward Fredkin, el doctor Max Tegmark y Stephan Wolfram. Por suerte, la mayor parte de su trabajo puede examinarse en la World Wide Web. Por ejemplo:

<ftp://ftp.idsia.ch/pub/juergen/zuserechnenderraum.pdf>

<http://www.hep.upenn.edu/~max/>

<http://mathworld.wolfram.com/>

Haced una búsqueda en Google para encontrar estos fascinantes trabajos, que yo he desvalijado para escribir la novela: *Investigations into the Doomsday Argument [Investigaciones sobre la Teoría del Juicio Final]*, del Dr. Nick Bostrom; *A Computer Scientist's View of Life, the Universe, and Everything [La visión de la vida, el universo y todo lo demás de un informático]*, de Schmidhuber; *Is «the theory of everything» merely the ultimate ensemble theory [La «teoría de todo», ¿no es más que la teoría final de los conjuntos?]*, de Tegmark.

Le estoy especialmente agradecido al profesor Tegmark, cuyo modelo de cuatro niveles de un cosmos computacional he adaptado en este libro, con su permiso, aunque simplificado con total descaro. Su sitio web es un recurso muy útil en el que se explica cómo puede entenderse que el universo sea un vasto conjunto de cálculos que (quizá) actualice literalmente todas las variantes posibles de todos los mundos posibles. También puede consultarse el análisis del profesor Frank Tipler del Punto Omega impulsado por la hipertecnología al final de los tiempos en un universo cerrado, en su formidable libro *La física de la inmortalidad*. Eliezer S. Yudkowski me permitió citar, como uno de mis epígrafes, un ingenioso comentario publicado en la lista de correo Extropian. Oh, y los fans de la fértil novela de viajes en el tiempo *El fin de la eternidad*, de Isaac Asimov, habrán reconocido las ediciones *variorum* de Eric Linkollew, que he robado.

Otras dos importantes fuentes de ideas y material son mis amigos Robert Bradbury y el doctor Anders Sandberg, dos eruditos que han elaborado muchos trabajos serios y juguetones sobre las posibles direcciones futuras de la vida en un cosmos que cada vez se complica más. Los astrónomos que buscan pruebas



de vida alienígena escondida en el cosmos deben investigar en más detalle el rico y alucinante análisis de una estrella matrioshka (un cerebro M, o un sistema embebido de esferas de Dyson, cada una de las cuales está compuesta por un tipo distinto de «computronium» que absorbe todo el calor y la luz de una estrella central) realizado por Bradbury. Quizá esté más próxima la realización del modelo de cerebro Júpiter de Anders, algo más modesto (*The Physics of Information Processing Superobjects: Daily Life Among the Jupiter Brains [La física de los superobjetos procesadores de información: la vida diaria entre los cerebros Júpiter]*), en:

[http:// www.transhumanist.com/volume5/Brains2.pdf](http://www.transhumanist.com/volume5/Brains2.pdf)), en el que toda la masa de un planeta gigante de gas se convierte en un solo motor de cálculo inmenso que codifica más de un trillón de bits por centímetro cúbico.

La forma en la que he empleado las hipotéticas partículas X de fuerza unificada (o xones, como los he llamado aquí) es, por supuesto, totalmente especulativa. Pero, aunque resulte sorprendente, lo que no es especulativo es la afirmación de que el tamaño mensurable del efecto de los fenómenos paranormales aumenta en un factor de cuatro más o menos a las 13:50 horas en tiempo sidéreo local, y se vuelve significativamente negativo (la física casi siempre obtiene las respuestas equivocadas por casualidad) durante un corto período de tiempo más o menos cuatro horas y media después. Este extraño hallazgo, publicado en 1997 por el físico James Spottiswoode (que no es astrólogo), implica que algo en el exterior de nuestro sistema solar regula todos los días la capacidad psíquica humana demostrable (suponiendo que las distintas bases de datos que James utilizó sean pruebas fiables, lo que los escépticos, naturalmente, negarán). Quizá sea el gigantesco agujero negro del centro de la galaxia, pero James me dice que la estadística no es muy buena, lo que me lleva a imaginar algo aún más extraño y cercano. En <http://www.jsasoc.com/docs/JSE-LST.pdf> se puede leer *Apparent Association Between Effect Size in Free Responso Anomalous Cognition Experiments and Local Sidereal Time (Relación aparente entre el tamaño del efecto en los experimentos cognitivos anómalos de respuesta libre y el tiempo sidéreo local)*.

Como siempre, doy las gracias al Departamento de Inglés de la Universidad de Melbourne, donde soy *sénior fellow* [investigador adjunto]. Le debo mucho al Literature Board of Australia Council, cuya generosa beca me ha ayudado a seguir adelante mientras trabajaba en esta compleja novela. Le doy las gracias a los primeros lectores de ciertas partes del libro por sus consejos, correcciones y buenas ideas, sobre todo a Lee Corbin y a Anders Sandberg, por las matemáticas; a Paul Voermans, Spikc Jones, Liz Martin y Charles Stross, por su atenta lectura y sus sugerencias; y, en especial, a mi querida esposa Barbara Lámar, cuyo amor, entusiasmo y apoyo me han impulsado a través de un número infinito de universos... ¡y más allá!

Melbourne, Australia  
San Antonio, EE. UU.  
Agosto, 2004.

## NOTA SOBRE EL AUTOR

Nacido en 1944 en Melbourne, Damien Broderick es el novelista y crítico de ciencia ficción australiano más respetado internacionalmente. Es el mayor de seis hermanos y creció en un hogar católico tradicional. Fue una continua frustración para su padre debido a su falta de interés por el deporte y al hecho de que se pasara el tiempo leyendo cómics y libros de ciencia ficción. A pesar de su educación en un colegio jesuita, y de asistir a un seminario juvenil, optó por la vida académica en lugar de por el sacerdocio, y se graduó en inglés en la Universidad de Monash.

Novelista, futurista y crítico, es colaborador de investigación en la Universidad de Melbourne, y posee un doctorado multidisciplinar de la Universidad de Deakin en semiótica comparativa de la ciencia y la literatura. Sus primeros relatos se publicaron en 1964. A lo largo de todos estos años ha escrito novelas, relatos cortos y libros de crítica literaria y cultural. También ha editado antologías y publicado ficción para niños y adolescentes.

Sus obras más conocidas son *The Spike* (1997), un trabajo de no ficción sobre la singularidad tecnológica, y *The Last Mortal Generation* (1999) que trata sobre la radical extensión de la longevidad.

Ha sido premiado con el premio Ditmar al mejor autor de ciencia ficción australiano en 1980, 1985, 1989 y 1998; galardonado dos veces con el premio Aurealis, en 1998 y 2002; obtuvo el reconocimiento como escritor por la universidad de Deakin en 1986 y del Arts Victoria en 1998; y en 2005 se le concedió el Distinguished Scholarship Award en la International Conference on the Fantastic in the Arts.

Entre sus obras premiadas debemos destacar *Dreaming Dragons* (1980); *Transmitters* (1984); *The White Abacus* (1997); *Transcesions* (2000) y *Jugar a dioses* (2005), considerada esta última entre las diez mejores novelas de género publicadas el año pasado en Estados Unidos.

Broderick ha sido el primer escritor en emplear el término «realidad virtual» en una novela, más concretamente en *The Judas Mandala* (1982).

## BIBLIOGRAFÍA DE DAMIEN BRODERICK

—Faustus Hexagram

1982 —The Judas Mándala

1984 —Transmitters

1986 —The Black Grail

1988 —Striped Holes

1993 —The Sea's Furthest End

—Otras novelas

1970 —Sorceror's World

1980 —The Dreaming Dragons

1983 —Valencies con Rory Uanaes

1988 —Matilda at the Speed of Light

1997 —Zones, con Rory liarnos

1997 —The White Abacus

2000 —The Gamo of Stars and Souls

2002 —Transcension

2003 —The Hungcr Of Time, con Rory Barnes

2005 —Godplayers - Jugar a dioses. La Factoría de ideas. Colección Solaris  
n.º 74, 2006

—Premios

1980 —Literatura Board Writing Fellowships by the Australian Council

1980 —Premio Dilmar por *The Dreaming Dragons*

1981 —Nominado al Premio John W. Campbell por *The Dreaming Dragons*

1984 —Literature Board Writing Fellowships by the Australian Council

1985 —Premio Ditmar por *The Black Grail*

1989 —Premio Ditmar por *The Striped Holcd*

1990 —Literature Board Writing Fellowships by the Australian Council

1995 —Literature Board Writing Fellowships by the Australian Council

1998 —Premio Ditmar por *The White Abacus*

1998 —Premio Aurealis por *77ie W/i/fe Abacus*

2002 —Premio Ditmar por *Transcension*

—Premio Aurealis por *Transcension*

—Literature Board Writing Fellowships by the Australian Council



DAMIEN FRANCIS BRODERICK (Melbourne, Australia, 22 de abril de 1944) es un escritor de ciencia ficción y divulgación científica, autor de más de 70 libros.

Entre sus obras más conocidas citar *The Dreaming dragons* (1980) y *Judas Mandala* (1982), obra a la que se le atribuye la primera aparición del término «realidad virtual».

# Notas

[1] En inglés, «ember» es «ascua». (*N. de la T.*) <<

[2] Cuando Jan dice «Ajusta los controles para el corazón del sol» se refiere a la canción *Set the Controls for the Heart of the Sun*, de Pink Floyd. (N. de la T.) <<